EL SÉPTIMO CIRCULO

MEDIDA PARA LA MUERTE

POR

CLIFFORD WITTING

EL SÉPTIMO CIRCULO

MEDIDA PARA LA MUERTE

POR

CLIFFORD WITTING

El quinto caso del inspector Charlton es dramático y su técnica emocionante. La trama recorre el bucle. Ya conoces el terrible clímax de la historia. Irresistible te atrae. Sabes que la muerte llegó al «Lavertine Little Theater» la noche anterior al escenario de «Mesure for Mesure» cuidadosamente ensayado. El Prólogo te da el descubrimiento del cuerpo apuñalado en la taquilla por una espada de atrezo, pero no ves la cara.

¿Quien es el asesino? ¿Y quien, entre las bellas actrices amateur que has conocido tan bien, ha sido elegida para el papel del cadáver?

Clifford Witting

Medida para la muerte

El séptimo círculo - 075

ePub r1.0
Piolin 02.01.2019

Título original: *Measure for murder*
Clifford Witting, 1951
Traducción: Estela Canto

Editor digital: Piolin
ePub base r2.0

EL SÉPTIMO CÍRCULO

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.

Tabla de Contenidos

Medida para la muerte

Portadilla

Noticia

Prólogo

Primera parte

- Sediento mal
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI

Segunda parte

El espantapájaros de la ley

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

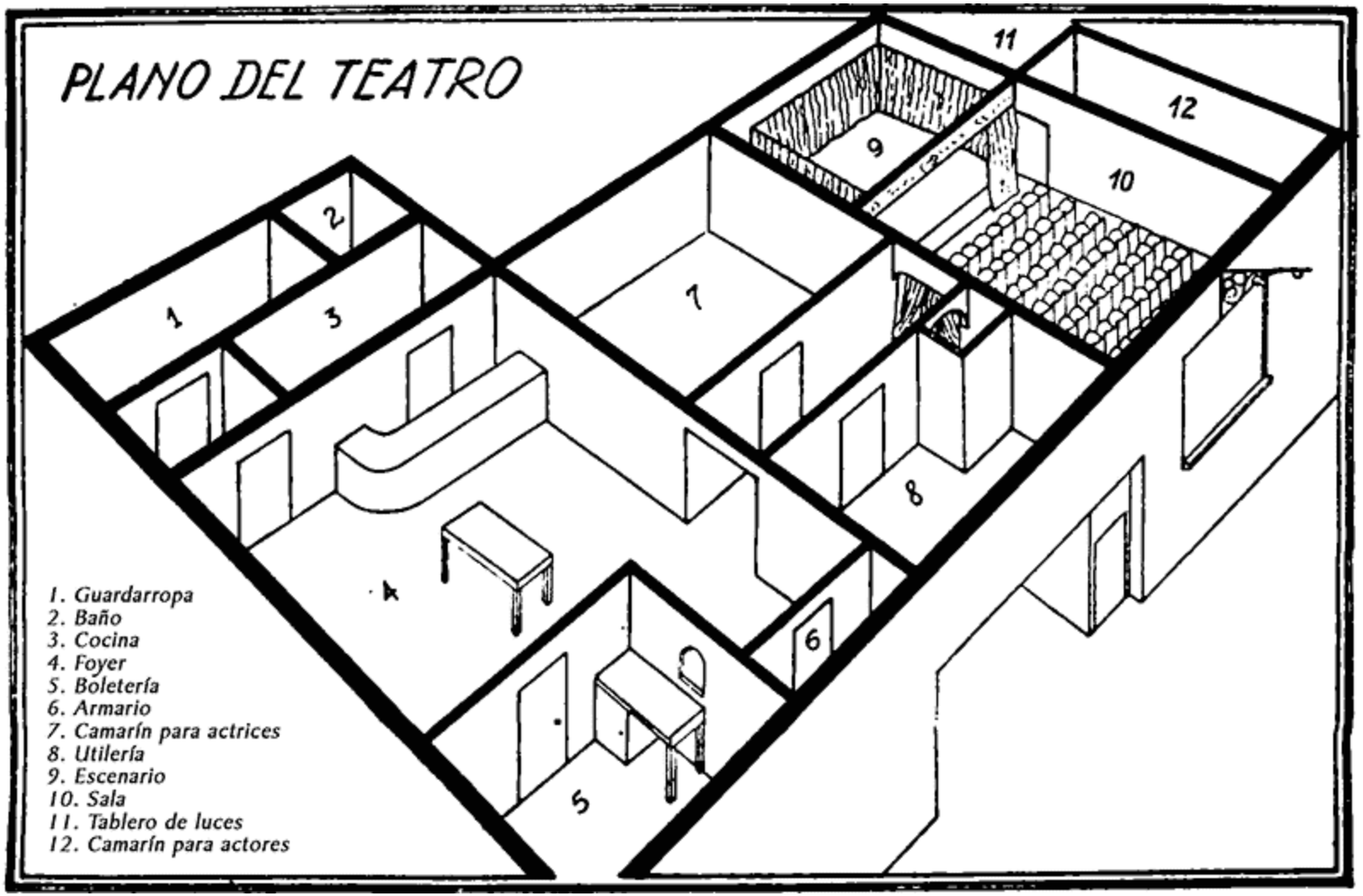
XXI

Notas

NOTICIA

Clifford Witting, escritor inglés contemporáneo. Observador irónico y bondadoso de la conducta y de las reacciones humanas; inventor de argumentos que tienen la secreta simetría y la terminación elegante de la obra de arte.

Entre sus obras, indicaremos: *Murder in Blue*, *The Case of the Michaelmas Goose*, *The Cat's out of the Bag* y *Midsummer Murder*[2].


PLANO DEL TEATRO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
1. Guardarropa
2. Baño
3. Cocina
4. Foyer
5. Boletería
6. Armario
7. Camarín para actrices
8. Utilería
9. Escenario
10. Sala
11. Tablero de luces
12. Camarín para actores

PRÓLOGO

La Muerte es una cosa terrible.
MEDIDA POR MEDIDA, acto III, escena 1ª.

COMO si corriera sobre ruedas invisibles, la señora Mudge, con su cartera colgada al brazo, se deslizaba serenamente por la calle de Harpur; sin disminuir el paso entró en Cooper Yard, volvió hacia la izquierda, entró en la arcada de la antigua panadería y, sin prestar atención a la puerta sobre la cual algún aficionado había escrito: *Entrada de artistas*, se detuvo exhausta frente a la puerta donde se leía solamente: *Entrada*.

Tarareando suavemente, la señora Mudge hurgó en su cartera, sacó un sucio portamonedas, tomó de allí una llave yale y, torpemente porque sus manos estaban endurecidas por el frío, la metió en la cerradura.

La señora Mudge, como es previsible que ocurra en una mujer de su tamaño, detestaba las escaleras, y como una foca sin aliento, trepó los estrechos escalones que conducían al Pequeño Teatro de Lulverton. Aun después de dejar la cartera, de colgar su ropa de diario en la percha del vestíbulo, de colocarse su delantal floreado y de sacar el aspirador de polvo del armario, la señora Mudge jadeaba.

Era temprano esa mañana del primer lunes de 1940 y, aunque la fea y ruidosa ciudad de Lulverton empezaba sus tareas diarias, el Pequeño Teatro estaba silencioso y tranquilo…, demasiado silencioso y demasiado tranquilo

para la señora Mudge, a quien, aun en pleno día, la desolación del Pequeño Teatro dañaba los nervios.

Los corredores y las habitaciones de techo bajo, los dibujos y retratos de Gran Guiñol en las paredes del vestíbulo, las máscaras de tragedia y de comedia sobre el escenario…, todo esto, confesaba ella al tomar su segundo vaso, le producía estremecimientos, de modo que, a cada momento, esperaba ver el lívido espectro de María Martin, o la pálida cara muerta de Sweeney Todd, sonriéndole siniestramente desde algún sombrío rincón. Así, cuando podía dominar el aliento, la señora Mudge ahuyentaba a los fantasmas cantando y trabajando al compás de *Haz girar el carrito*, acompañada por el débil gemido del aspirador de polvo.

La noche anterior hubo ensayo general, y si se deseaba que el teatro estuviera listo y pronto para la primera representación pública, el jueves por la noche, había mucho que hacer, especialmente en el vestíbulo y en el bar, donde las mesas y el alféizar de las ventanas estaban llenos de tazas de café vacías y de ceniceros llenos de colillas, algunas con boquilla de corcho, y la mayor parte con manchas de pintura para los labios. No pasó mucho tiempo antes que la señora Mudge terminara con el vestíbulo y dirigiera su atención a la oficina de la Dirección.

Con el aspirador gimiendo detrás de ella como un desdichado perro de la cadena, la señora Mudge entró, y encendió la luz. Después, al ver la figura sentada, inclinada hacia adelante, de modo que los brazos colgaban, con un puñal hundido hasta la empuñadura entre los omóplatos, lanzó un grito y huyó.

El aspirador siguió gimiendo.

*

Los dioses miraron hacia abajo.

—¡Mira!—dijo Melpómene, la diosa de la Tragedia—. ¿Qué te dije?

Talía, la diosa de la comedia, tenía una expresión de sorpresa en la cara, habitualmente alegre.

—¡Nunca lo hubiera creído! —dijo al fin.

PRIMERA PARTE

SEDIENTO MAL

Nuestras naturalezas persiguen,
como ratas que devoran su propio veneno,
un sediento mal...

Acto I, escena 2ª.

I

Te ocuparemos en un lugar más digno.

Acto V, escena 1ª.

CUANDO Ballantyne y Henty suplían la mayoría de mis necesidades literarias, me gustaban los relatos que comenzaban dando detalles sobre el nacimiento del joven héroe. Diciendo, por ejemplo, que él había llegado al mundo en una tempestuosa noche del año 89, en el inquieto seno del amplio Atlántico…, y terminando con la grata, y un poco triste descripción del joven encaramado en lo alto del velero *Delfín*, diciendo adiós a Tahiti (o a Labrador, según sea el caso), en viaje hacia Inglaterra, hacia el hogar, hacia el señor Gladstone. Y ahora, que estoy embarcado en mi propia historia, en una historia que no tiene nada que ver con islas de coral ni con el lejano norte, sino que trata de las acciones y de la súbita muerte de un hombre sencillo, no veo razón para no comenzar de manera muy semejante a como comenzó la historia de aquellos muchachos aventureros.

Nací, pues, en Lee —que pertenecía en aquel tiempo al condado de Kent, y que ahora pertenece al condado de Londres—, el 9 de noviembre de 1905. Mi padre, John Tudor, era contador y tenía su oficina en Bucklersbury, cerca de Mansion House, en la ciudad de Londres. Por orden de él, contrariando a mi madre, que hubiera querido llamarme Percival Herbert, como un hermano de ella, que se había distinguido en Spion Kop, me bautizaron con los nombres de Walter Vaughan, conmemorando el hecho de que vine al mundo el mismo día en que Walter Vaughan Morgan fué nombrado alcalde mayor de Londres.

Con el nombre de Walter parece inevitable un apodo; sin embargo, yo jamás tuve que responder al sobrenombre de “Wally”, o, peor aún, al de “Wal”. Mis padres siempre me llamaron por mi segundo nombre, y cuando fui al colegio, me llamaron por mi apellido, hasta que a un brillante condiscípulo se le ocurrió sacar conclusiones sobre el día de mi nacimiento y desde entonces me llamó “Turtle”[1] Tudor.

Tengo vagos recuerdos de mis primeros años como externo en un colegio de Sidcup, que todavía queda en el condado de Kent. Es extraño, pero no puedo saber si las cosas que recuerdo me sucedieron a mí, o a otro muchacho, o al personaje de un libro. Sin embargo, algunas imágenes se destacan claramente. Por ejemplo, durante el primer año apareció una enfermedad a la piel entre los alumnos pupilos. Y recuerdo que mientras nosotros, los sanos, estábamos en nuestros pupitres, ellos recorrían los terrenos del colegio con la cabeza rapada cubierta por un apretado birrete negro. Recuerdo claramente con cuanta envidia los miraba a través de las ventanas de la clase, viéndolos trepar a los árboles en el bosquecillo, o patear una pelota en el campo. ¡Con cuántas ganas hubiera sido víctima de la enfermedad!

Hay otras imágenes: un muchacho desmayándose en la capilla durante el silencio del día del armisticio; el maestro de lenguaje leyendo en voz alta *Los últimos días de Pompeya* en una pesada tarde de verano; un muchacho matando a un sapo tirándolo contra la pared…

Después hay aromas y sabores: percibo hoy una bocanada de olor a cera para lustrar pisos, y vuelvo a encontrarme en aquellos corredores del colegio; de aceite de lino, y me encuentro en el pabellón de jugar al criquet; de amoníaco, y me imagino en el laboratorio de química; de lápices con la punta recién hecha, y me veo en las aulas. Muerdo una banana y me encuentro otra vez con los sándwiches que me preparaba mi madre para el almuerzo, y que yo metía en una mochila todas las mañanas, antes de salir de casa.

En los juegos me destaqué poco. Jugué al criquet y al fútbol porque se me obligó a ello y, también forzado, participé todos los años en los deportes del colegio. La cumbre de mi carrera atlética fué en el año 1921, cuando logré el segundo puesto en una carrera pedestre en el campo; luego volví a

conquistar el segundo puesto en la media milla. Ambas veces fui derrotado por un muchacho de nombre Ridpath.

Fué curioso lo que ocurrió con Ridpath. Como ya he dicho, yo era alumno externo, o, como nos llamaban, *alumno chinche.* Ridpath estaba de pupilo, pues sus padres se hallaban en el extranjero. Él y yo éramos amigos. Esto no es extraño, pero en nuestro colegio lo era. Había una barrera bien definida entre los externos y los pupilos; a esa barrera se debía el burlón nombre de *alumno chinche*. Fuera de las aulas los pupilos se reunían entre ellos… y se esperaba que los *chinches* hicieran lo mismo. Naturalmente, en aquella época, los pupilos eran mayoría. Hoy en día, en el mismo colegio, con los externos en más, las cosas son muy diferentes.

Sin embargo, Ridpath y yo éramos amigos, y no porque él no simpatizara con sus compañeros pupilos, ya que ningún muchacho era más popular que él en el colegio, sino porque encontrábamos camaradería el uno en el otro. Los domingos, durante el período de clases, él venía frecuentemente a tomar el té con nosotros, en Lee. Era muy querido por mi madre, que acostumbraba prepararle bizcochos que deslizaba después en mi mochila, junto con los libros y los sándwiches de banana. Una vez, ante la perspectiva de pasar las vacaciones de verano en el solitario y vacío colegio, vino con nosotros a Walton-on-the-Naze.

Del mismo modo que a mí me llamaban Turtle, a él lo conocíamos como Tiddler. Tiddler 1º fué un hermano suyo, mucho mayor que él, que dejó el colegio antes de mi llegada y que fué muerto en Messines Ridge. Sus iniciales eran T. W., y de ahí no es difícil pasar a Tiddler. Como en nuestro colegio un apodo era de monopolio fraternal, el joven Peter Ridpath se convirtió en Tiddler 2º.

He mencionado que Ridpath me derrotó en la carrera pedestre a través del campo y en la media milla, pero eso no explica nuestra amistad. Tiddler no descollaba en todo, y yo luchaba. En verdad, ninguno de los dos se destacaba en el trabajo o en los juegos. Yo lo sobrepasaba un poco en francés, en inglés y en criquet; él me superaba en historia, en geografía y en el juego de pelota. No había supremacía entre nosotros en aritmética, álgebra o geometría… Ambos éramos nulidades. Tampoco competíamos el

uno con el otro, como en el cuento de Poe de los dos William Wilson. Éramos demasiado indolentes para ser rivales.

Su única ventaja era que él podía tocar el piano de oído, mientras que yo no podía hacerlo en modo alguno.

En cuanto a nuestro aspecto físico, él era alto, con cabello rubio rizado, facciones delicadas y nariz fina y sensitiva; yo era moreno, de estatura normal y con nada notable en mi rostro, exceptuando que años después esa cara dió tentaciones a la gente de pedirme dinero.

En 1922 ambos no pudimos matricularnos, pero estudiamos libre en las Escuelas Generales. Al final de ese mismo año ambos dejamos el colegio, él para unirse a sus padres en Corfú, y yo para empezar a trabajar. Es de admirar que mi padre no pertenezca al grupo de los que creen que un oficio debe seguir en la familia; por lo tanto, no tenía intenciones de que yo trabajara en su oficina. Creo que tenía razón. Nada desorganiza tanto una firma (con excepción, claro está, de la implantación de un sistema) como el hecho de que el hijo del dueño empiece en un puesto menor, con el objeto de conocer a los que más adelante habrán de ser sus empleados. Yo quería ser ingeniero de motores, pero, pese a mis ruegos, mi padre me empleó en un banco.

Se trataba de un gran banco, y no había estado allí una semana, cuando mi idea preconcebida de que los empleados de banco permanecían detrás de los mostradores lánguidamente pagando y recibiendo dinero sufrió un cambio radical. Fui designado al Departamento de Balances, en la oficina principal del banco, y allí pasé días colocando millares de cheques en orden alfabético y fabricando totales en la máquina de sumar. El trabajo era fácil, pero mortalmente monótono, y para un individuo distraído como yo, lleno de peligros. ¡Ryde se parece tanto a Rue cuando hay poco tiempo, y Shaftesbury es tan parecido a Shrewsbury cuando la luz es escasa! Difícilmente pasaba un día sin mi contribución de errores, que traían consigo el peligro de pérdidas para el banco, a causa del balance retardado.

Éramos sesenta y cinco empleados en una habitación enorme, y resultaba casi imposible hacerse oír entre el ensordecedor ruido de las máquinas de sumar. Antes de acostumbrarme, yo llegaba a casa en un estado de postración nerviosa. Tengo pocos recuerdos de aquellos años.

Calurosos balances de verano, cuando el trabajo era pesado… Sacos y chalecos afuera, mangas de la camisa enrolladas… Metros de papel saliendo de docenas de máquinas… La mayor parte de nosotros gritando una conversación con el vecino… Golpeábamos las teclas y hacíamos girar el manubrio automáticamente, y sin embargo, no éramos esclavos. Siempre que hiciéramos el trabajo, no había fiscalización estricta. A veces alguno de nosotros empezaba a cantar.

Después, al dar las tres y media, llegaba la calma. Los bancos se cerraban a esa hora, y aunque el público nunca nos veía, no se nos permitía fumar antes de esa hora. Con las pipas y los cigarrillos encendidos volvíamos a nuestras máquinas. Se aproximaban las cinco de la tarde, cuando todo debía estar listo para los carteros, que nos hacían una visita especial con sus abultadas bolsas. Uno a uno terminábamos con nuestras máquinas, colocábamos una banda de elástico sobre cada partida de cheques liquidados, los metíamos en sobres y después los pegábamos con un cepillo empapado. Luego, uno de los demorados descubría que hacía mucho rato que el papel de su máquina no estaba en el rodillo y que por media hora había tecleado inútilmente *sobre la madera*. Entonces miraba el reloj y hacía una seña desesperada, que era contestada por una orden general de movilización, y media docena de colegas se distribuían el resto de su trabajo entre ellos. El *esprit de corps* era muy fuerte esos días entre los empleados de banco.

Siempre ha sido para mí un misterio cómo conseguí que mi padre me permitiera dejar el banco. Basta decir que lo logré. Como ya he dicho, estaba interesado en automóviles. En el otoño de 1926, cuando yo tenía veintiún años, se presentó lo que yo entonces consideré una hermosa oportunidad. Dieciocho meses antes dos viejos condiscípulos amigos habían abierto un garage en Chislehurst, con bastante éxito. Yo tenía, en aquel entonces, una de esas máquinas suicidas que se llaman motocicletas y, en un rasgo amistoso, solía frecuentar el garage de mis amigos cuando necesitaba nafta, aceite, y reparar algo, cosa que parece ser necesaria diariamente en una motocicleta. Una tarde me propusieron entrar en sociedad con ellos. Al principio parecía que sólo necesitaban mi activa ayuda, pero no tardé en comprender que necesitaban más capital para

continuar con el negocio, porque, aunque ya daba beneficios, deseaban comprar unos terrenos adjuntos para edificar allí nuevos garages. Al principio me reí de ellos; finalmente, me convencieron. Necesité dos días para tener el valor de mencionar el asunto a mi padre. Aun entonces hubiera vacilado, si él no me hubiese ayudado a comenzar.

El momento era propicio. La comida había sido del agrado de mi padre y estábamos sentados en el jardín, yo con un cigarrillo y él con el único cigarro que se permitía diariamente. Tras un silencio de varios minutos, en lo que yo descarté varias frases iniciales, él dijo:

—¿Cómo marchan las cosas en el banco, Vaughan?

Yo tomé de inmediato el hilo.

—No muy bien. Empiezo a cansarme terriblemente.

—Todos nos cansamos de nuestros trabajos, Vaughan. No es muy entretenido ganarse el pan, pero hay que hacerlo.

—¡Pero no voy a ninguna parte así! —protesté—. He estado casi cuatro años en el banco, y si no hubieran traído un par de empleados nuevos este año, estaría aún donde comencé.

—Todavía eres muy joven para ser gerente —murmuró mi padre.

—¿Y qué pasará si pido que me transfieran a una sucursal? ¡Me mandarán a Shadwell o a un sitio peor!

Hice una pausa para ver el efecto que producía.

—El otro día —proseguí—, estuve hablando con Jack Harvey y con Phil Pearson. Ellos tienen un garage en Chislehurst, ¿sabes?, y me dijeron…

No es necesario repetir toda la conversación. Proseguí pintando en resplandecientes colores mi retrato como dueño de una cadena de garages, talleres mecánicos y galpones de transporte, con escuadrillas de grandes y lujosos automóviles; dueño de mi destino, capitán de mi alma, un hijo próspero que podría proporcionar comodidades a sus padres en su anciana edad. No creo que mi padre haya quedado convencido por mi charla, pero consintió, no sólo en que yo dejara el banco, sino a poner él mismo el capital necesario.

Debe haber sido efecto del cigarro.

En los primeros meses el garage marchó muy bien. Pronto descubrí dos cosas. Primero: el tiempo que pasaba en el banco era una bicoca comparado con el tiempo que debía pasar en el garage. Llegaba a casa a altas horas de la noche, con los huesos doloridos y tiznado de grasa de los pies a la cabeza. Y tenía que estar en pie al otro día, a las seis de la mañana. Segundo: descubrí que el garage debía su prosperidad a Jack Harvey. Pearson era bastante competente, pero carecía del instinto para los negocios que tenía Harvey, y del toque mágico de éste para la vida interna de las máquinas. Yo andaba a la par de Pearson. Sabía algo sobre magnetos y ejes traseros, y tenía bastante talento para conservar en orden los libros de la firma, pero a Jack Harvey se debían las recomendaciones de los encantados clientes, y las cifras en la columna de crédito. Harvey conducía, Pearson y yo seguíamos.

El 1º de mayo de 1927 el desastre nos alcanzó.

Harvey y yo, después de un largo y pesado día de trabajo, cerramos el garage a las once en punto. El poseía también una motocicleta, pero esa tarde la máquina había sido desarmada para reparaciones, y otros asuntos de trabajo impidieron volver a armarla. Como mi casa no quedaba muy lejos de la suya, yo me ofrecí a llevarlo sobre la parte trasera de mi máquina.

El hecho de que yo estaba cansado hasta el punto de desmayarme fué la principal causa de lo que ocurrió, aunque el débil rayo de luz de una exhausta lámpara de acetileno contribuyó bastante a ello. Yo deseaba llegar a casa antes que la lámpara se extinguiera y anduve a toda prisa. En la aldea de Mottingham me volví a la derecha, y un par de metros más allá doblé a la izquierda, hacia el nuevo camino principal, donde torcí la válvula reguladora hasta su punto máximo.

Durante cerca de media milla el camino corre paralelo con el ferrocarril; y después gira para pasar por debajo de la vía. Mientras rugíamos por el camino, Harvey me gritó por encima del hombro:

—¡Estamos batiendo todos los récords!

A una peligrosa velocidad lancé la máquina en la curva y, entonces, todo pareció ocurrir inmediatamente. Un veloz automóvil surgió debajo del puente. Yo doblé a la izquierda para esquivarlo. Delante de mí, desde las

sombras, surgió una forma confusa… un ciclista que no llevaba farol trasero.

El choque debe haber sido atroz, pero yo no lo recuerdo. Cuando recobré el sentido, sólo tenía una pierna rota. Harvey y el ciclista habían muerto.

Ese fué el final del garage. Durante las varias semanas que yo no pude trabajar, Phil Pearson trató de seguir adelante, y cuando yo me recobré, fui a ayudarlo; pero faltaba la inspiración de Harvey. Nuestras ganancias disminuyeron y, finalmente, todas las semanas perdíamos dinero. El 29 de setiembre de 1927 cerramos definitivamente, vendimos el negocio y nos retiramos con diez libras cada uno.

Así terminó otro capítulo de mi vida. Un capítulo que me dejó una marca, porque, antes del accidente, aunque mis puntos de vista eran decididos, yo raras veces me enojaba. A partir de entonces fui bastante parecido al soldado de Jacques: "Celoso en el cumplimiento del honor, brusco y rápido en la pelea." Aunque han pasado muchos años, a veces se me hiela la sangre al rememorar aquel choque, y recuerdo con profundo remordimiento aquel cansado y feliz grito:

—¡Estamos batiendo todos los récords!

II

¡Paz aquí, y gracia y buena compañía!

Acto III, escena 1ª.

¿QUÉ hacer ahora?… Esta pregunta estaba en mi mente en el otoño de 1927. Phil Pearson se dedicó al periodismo, y, ante la sorpresa de todos, incluso la suya propia, tuvo mucho éxito. Yo no podía marchar tan fácilmente. Mi padre dijo muy poco sobre el fracaso del garage, y sólo sugirió que yo debía buscar un empleo tranquilo, en una firma bien establecida. Le ofrecí el dinero que habíamos salvado del desastre, pero él rehusó tocarlo. En cuanto a un nuevo empleo, yo estaba firme en una cosa: no quería volver a entrar en el banco.

Todas las mañanas yo compraba el *Telegraph* y recorría los avisos de vacantes de empleos. Nada me atraía. Yo no quería ser ascensorista, empleado de pompas fúnebres o corredor de puerta en puerta. Después, en el Día de los Ex-alumnos, encontré a un antiguo compañero que me informó de considerables éxitos en el mundo de las agencias de terrenos y propiedades.

Aquí había trabajo de acuerdo a mis deseos… o así lo creí. Este trabajo no ataba a un escritorio o a una máquina de sumar, y ofrecía en cambio buena cantidad de libertad individual. Allí había oportunidades para un joven de iniciativa; además, siempre estaba la posibilidad de hacer un buen negocio. Mi amigo trabajaba con una importante firma de Londres, y mi primer entusiasmo disminuyó un poco cuando él me informó que aunque en el momento actual él era ya empleado definitivo, durante tres años había sido una especie de alumno, ganando cinco libras semanales, y que para que

él pudiera iniciar el período de aprendizaje, su padre había colocado trescientas libras.

Éste era el inconveniente. No podía abusar ya de la paciencia de mis padres. Pero mi amigo explicó la alternativa: un puesto del que se podía ser despedido con siete días de aviso, sueldo semanal de una libra sin comisiones, con la posibilidad de un buen empleo definitivo al final de tres años. Esto era más de mi agrado. Seguramente que pregunté a mi amigo si se podría aprender lo bastante, al cabo de tres años, como para asegurarse buenas entradas en la bolsa privada. Estando como él estaba a punto de ganar una fuerte suma, me contestó entusiastamente en la afirmativa. Supe después que sus negocios fracasaron, y que no ganó más que experiencia, pero, para entonces, yo ya estaba trabajando con los señores Littlesmith, de la calle de Maddox.

Permanecí cuatro años con Littlesmith. A fines de 1930 me dieron un puesto fijo y me encargaron asuntos de tan poca monta como el alquiler de casas y de apartamentos. Aprendí mucho durante esos cuatro años…, y todo ello no pertenecía al decálogo de los exámenes profesionales.

Creo que en el *Eclesiastés* se afirma que la carrera no es del rápido ni la batalla del fuerte. Mi impresión personal era que si uno no era rápido y fuerte, tanto la carrera como la batalla eran ganadas por los empleados superiores. Muchas buenas comisiones se me escaparon de entre las manos porque un colega tomó un llamado telefónico que me estaba destinado.

Pese a todo, me fué bastante bien, y gané reputación de ligereza en y alrededor de la calle de Maddox. En noviembre de 1926, justamente poco después de cumplir veintiún años, recibí de una firma rival una oferta lo bastante tentadora como para ser aceptada inmediatamente. En esa época había pasado los exámenes, lo que me permitía añadir un reducido número de letras a mi nombre. En mi nuevo puesto abandoné las casas y los apartamentos y me dediqué a cosas de más monta. Al transcurrir otro año cambié nuevamente de firma, convirtiéndome esta vez en un empleado importante. Y en junio de 1934, con una pequeña cuenta bancaria, llegué a una decisión: establecerme por mi cuenta.

Aunque soy londinense de nacimiento, siempre me ha gustado la vida del campo. Ahora tenía la oportunidad de realizar mi deseo. En varias

oportunidades había oído decir que Downshire ofrecía innumerables posibilidades a un joven y emprendedor agente, como suponía serlo yo. Oí decir también que Lulverton, la tercera ciudad en importancia en la localidad, en el camino principal sobre la costa, sería un centro admirable.

Por aquella época yo manejaba un automóvil Austin, pequeño, y el primer domingo de julio, acompañado por mi madre, y pese a sus protestas, por mi padre, me dirigí hacia el sur. Lulverton queda a unas tres millas de distancia, tierra adentro, de Southmouth-by-the-Sea, en medio de la llanura marítima entre South Downs y el Canal Inglés. Es una fea ciudad, dominada no por el campanario de una bonita iglesia, sino por la chimenea de una atroz fábrica de goma. Su único título es que ha sido la cuna de Wylliam Rycraft, el eminente filósofo y matemático del siglo XIX, cuyos numerosos trabajos sobre las ciencias inductivas y la filosofía moral le ganaron una placa en la iglesia parroquial y el alto favor de John Stuart Mill. Sin embargo, pese a sus fallas arquitectónicas, se pueden decir muchas cosas favorables de Lulverton. Sus veinte mil habitantes son industriosos; el número de muertes y de desocupación es escaso; la conciencia cívica es elevada, y en 1934 la ciudad estaba lista para desarrollarse.

Dejamos el coche, almorzamos en “El Racimo de Uvas”, una antigua fonda y, después, hicimos una gira de inspección. Como era domingo no había mucho que ver, pero yo vi lo bastante como para decidirme. Mi padre estaba algo escéptico y mi madre no demasiado entusiasmada. A mi padre porque era la segunda vez que yo iba a arriesgarme; y a mi madre porque la idea me forzaba a vivir lejos de casa.

Cuando regresamos a Lee el asunto se discutió, y, finalmente, vencí.

Otros viajes en las semanas siguientes me permitieron arreglar las cosas a mi gusto. Alquilé unas oficinas en el fondo de Beastmarket Hill, en el centro comercial de la ciudad, y con algún gasto las preparé. Contraté a una taquígrafa y a un muchacho para la oficina, y alquilé alojamiento en “La Casa del Águila”, de la señora Doubleday, en la calle de Friday.

El 30 de julio abrí las puertas al público, pero yo tenía demasiada experiencia para esperar la llegada de clientes. Los negocios no van al encuentro de un agente: él debe salir a buscarlos. Así, tomé mi sombrero y partí…, y el éxito me acompañó desde el principio. Me dediqué al

acrecentamiento de propiedades de tiendas y de solares, con lo que no quiero decir que yo realizara el acrecentamiento. Yo era simplemente un útil intermediario, que presentaba el ansioso vendedor a un posible comprador. A veces, naturalmente, nada salía de mis laboriosas negociaciones, pero en el primer año tuve buenos beneficios, lo que me permitió adquirir un automóvil más grande y subir el sueldo a los empleados. El año 1936 fué de bonanza; en el que logré interesar a una de las grandes tiendas en un antiguo local en la calle de High. Mi comisión en aquel negocio equiparada a mi ganancia anual como empleado, parecían los ahorros de una niña de escuela.

La vida social de Lulverton era bastante agradable. Siempre he sido de tipo gregario, y no me costó mucho participar en la mayoría de las actividades locales: golf, tenis, bochas y demás. Cuando faltaban otras diversiones, siempre se podía ir a South Downs. Durante las veladas invernales se jugaba al bridge o al billar en la hospitalaria casa de la señora Doubleday, o a las flechas en el bar "El Racimo de Uvas".

La señora Doubleday, de quien deberé decir algo más, llamaba a su establecimiento Casa de Huéspedes. Aunque algunos visitantes casuales iban y venían, había allí seis residentes fijos, además de mí. Describirlos no estará fuera de lugar, porque todos tienen participación en la historia de mi vida.

Primero hablaré de la anciana señora Stoneham, a quien se suponía viuda. Esta señora tejía incansablemente, era astuta en el juego de cartas, era una chismosa nata, era el terror de los sirvientes e, indiscutiblemente, gobernaba aquel gallinero. Bebía agua de Vichy en las comidas y devolvía la mayor parte de los platos a la cocina. En invierno se sentaba en el sillón de la izquierda de la chimenea, en la sala. En verano ocupaba el sillón de la derecha. Y ¡ay del que la contrariara! Al aproximarse el verano o el invierno, los otros residentes hacíamos una apuesta, que ganaba quien acertaba exactamente en qué fecha la señora Stoneham cambiaría de sillón, al otro lado de la chimenea.

La segunda persona de importancia era el señor James Henry Garnett, un fabricante retirado, de Wolverhampton. Era viudo y había venido desde el País Negro a Lulverton para estar cerca de su hija, que estaba casada con

uno de los gerentes de la fábrica de goma. Tendría unos sesenta y tantos años, era de constitución sólida, de modales duros, muy aficionado a su vaso de cerveza y asiduo lector del *Midland Counties Express*, del *Hardware Trade Journal* y del *Ironmonger*. Como prefería la cantidad a la calidad, su gusto para las comidas era primitivo. Creo que hubiera comido repollo frío, si hubiera habido bastante cantidad de este manjar. Los rumores afirmaban que su posición económica era buena, y que tenía dinero invertido en propiedades en ese distrito. El único juego a que se dedicaba era hacer solitarios, y esto siempre que tuviera la seguridad de ganar. Su principal afición parecía ser el ciclismo, porque frecuentemente salía después del desayuno, vistiendo una chaqueta del tipo llamado Norfolk, pantalones de golf y una gorra, y no regresaba hasta el crepúsculo. Pasaba la noche sobre un grueso cuaderno de cuero rojo, en el cual anotaba numerosas entradas. El mal tiempo no impedía sus excursiones. Cuando llovía llevaba una capa impermeable y polainas de un amarillo venenoso.

El señor Garnett era el único que desafiaba la autocracia de la señora Stoneham, aunque nunca obtuvo una victoria decisiva. Su técnica invariable consistía en ponerse de pie en medio de la habitación, con los brazos colgando y sus grandes puños velludos semicerrados; con sus pesadas cejas grises sobre los ojos y su gran labio inferior saliente, en dirección a la señora Stoneham, quien, serenamente, continuaba su tejido, mientras decía con voz clara e incontestable:

—Prefiero que se apague la radio, señor Garnett.

La radio no era el único motivo de discrepancia, naturalmente, pero, fuera el que fuera, el señor Garnett permanecía de pie, con los ojos brillantes unos momentos, después se volvía, atravesaba la habitación y cerraba la puerta suavemente detrás de sí (por extraño que parezca nunca la golpeó), y marchaba arriba, al lavatorio, donde desahogaba su ira contra el aparato que se conoce, en los círculos de plomeros, como preventor para el agua.

Después estaba la señorita Tearle, una tullida de mediana edad, que tenía ambas piernas entre hierros. Era una mujer dulce, aficionada a las palabras cruzadas, pero tan hábil con sus agujas de labor como la señora Stoneham con las suyas para hacer “crochet”. Se me informó que su renta

era muy pequeña, pero también se me informó de las caridades que hacía, ocultamente, en Lulverton. Los sirvientes la adoraban, y la única crítica que oí de ella es que era demasiado inclinada a decir que sí a la anciana señora Stoneham.

El cuarto residente era el señor Mortimer Robinson, un solterón de cincuenta años y cabellos grises, que era jefe del departamento de valuaciones en el Concejo de Distrito Urbano. Era un hombrecito reservado y modesto, pero cuando estaba con ánimo para ello era un buen charlista. Vestía bien y sencillamente, con un saco negro y pantalones de rayas, cuello duro, una perla sobre su corbata negra, polainas grises y una camisa blanca debajo del chaleco. Siempre llevaba un bolsillo lleno de lápices de varios colores, era secretario del club de bochas y un buen jugador de ajedrez.

A continuación venía Jack Gough, que era empleado en la sucursal del Banco de los Condados del Sur. Lo describiré caritativamente, porque era un hombre simpático y se hizo amigo mío, pero, con justicia, debo reconocer que sus facciones eran groseras. Para emplear una palabra más bondadosa, diría que su fealdad era gótica, pero no quiero que nadie suponga que su fealdad era la fealdad de Bulldog Drummond, es decir, esa fealdad que atrae a las mujeres. El pobre Jack tenía la cara…, bueno, de un rufián. Su cabello arenoso estaba siempre despeinado, vestía con gruesa ropa de lana, camisas de colores vivos y pesados zapatos de color castaño en cuanto tenía ocasión de hacerlo. Sus pantalones de franela estaban arrugados y siempre parecía que iba a punto de perderlos. Durante meses, desde su llegada a la casa de la señora Doubleday, la señorita Tearle lo miraba asustada, y rechazaba todas las corteses ofertas que él hacía para ayudarla a envolver su ovillo de lana. Había sido educado en un buen colegio, el tono de su voz era agradablemente culto y escribía poesías para la revista de su banco, que firmaba con el seudónimo de Gregory Gaunt. Tenía veintitantos años y siempre andaba escaso de dinero. Buscando un equivalente en la literatura inglesa, él sería Calibán… Calibán antes que el viejo mago Próspero se apoderara de él.

Con prioridad a Jack debía haber mencionado a la sexta huéspeda: Myrna Ashwin, una joven profesora en la Escuela Superior para Niñas, de Lulverton. Vino a vivir a la Casa de Huéspedes en 1937, y no tenía entonces

más de veintiún años. Era una muchachita bonita, vivaz, de cabello oscuro, con una leve sugerencia de pecas. Poseía también una voz musical y una voluntad decidida. Antes que pasara mucho tiempo de su permanencia entre nosotros, Jack Gough se enamoró violentamente de ella, pero Myrna prestó menos atención a él que Miranda a Calibán, y Gregory Gaunt tuvo mucho que decir sobre el amor desdeñado en la revista del Banco de los Condados del Sur.

El verano de 1938 presenció los comienzos del Pequeño Teatro de Lulverton y de la Sociedad de Aficionados al Drama de Lulverton, o SADL, como la llamábamos. Yo estuve presente en el principio de la sociedad, lo que ocurrió en el club de tenis, el sábado 13 de agosto, cuando yo regresaba de una mal planeada y azarosa vacación en los Alpes bávaros. Como muchas grandes empresas, el Pequeño Teatro comenzó con una frase casual…, y fui yo quien la dije.

Era ya demasiado oscuro para jugar, y diez o doce de nosotros, algunos procedentes de las vecinas canchas de bochas, estábamos sentados en sillas de campo, fumando, bebiendo limonada, espantando los insectos y charlando perezosamente. Tres de las personas que he mencionado se hallaban presentes esa tarde: Myrna Ashwin, Jack Gough y el señor Mortimer Robinson, quien, como de costumbre, estaba impecablemente vestido, pero, haciendo una concesión al tiempo cálido, había abandonado sus sobrias ropas negras por un traje de lino blanco y un sombrero de Panamá.

La conversación pasaba de un tema a otro, deteniéndose en la crisis de Checoslovaquia, que ensombrecía en esos momentos el horizonte internacional, y después volvía a temas más gratos, como el criquet, y luego seguía un cómodo y tranquilo silencio, que fué roto (¿es éste un término demasiado fuerte?) por la bella voz de Myrna Ashwin.

—Es curioso —dijo—, no hay ninguna sociedad dramática de aficionados en Lulverton.

El señor Mortimer Robinson contestó:

—Tuvimos una hace años, pero se deshizo, principalmente por falta de fondos.

—Bueno —dijo Myrna firmemente—, yo creo que debería haber una. La Sociedad de Witchester ha hecho algunas buenas representaciones. El año pasado hicieron *Los piratas de Penzance* y *Noche de Reyes*, y el local se llenó en cada representación. ¿Por qué no puede hacer lo mismo Lulverton? Debe de haber gente con talento.

La silla de descanso de Jack Gough estaba en su máxima extensión, y él mantenía las manos detrás de la cabeza.

—Que me lleven a mí a la escena —dijo pesadamente.

—Quiero decir gente de *talento* —respondió Myrna secamente, y Jack se hundió aún más en su silla.

—Como he dicho —señaló el señor Mortimer Robinson—, es más una cuestión de dinero que una cuestión de talento. Hasta una sociedad de aficionados que obtenga todo gratis debe tener apoyo financiero.

Myrna respondió:

—Eso es fácil. Lo único que hay que hacer es pedirle al hombre más rico del pueblo que sea presidente, al que le siga vicepresidente, y así llenar todos los puestos principales. Después usted podría ser secretario, señor Robinson, y exprimirlos bien.

Él sonrió.

—El secretariado del club de bochas es bastante para mí.

Myrna se volvió hacia mí.

—¿Y usted, señor Tudor? Usted sería un buen secretario.

Yo sacudí la cabeza y tiré la colilla de mi cigarrillo en el pasto.

—Cualquier cosa —dije— menos eso. Apuntador, carpintero, mensajero, cualquier cosa. Pero no secretario. Él es quien recibe todos los golpes. —Hice una pausa y después añadí: — ¿Por qué no podemos elegir un secretario del otro sexo, señorita Ashwin?

—Porque ustedes, los hombres, siempre quieren dirigir —respondió—. Pero yo aceptaría inmediatamente. ¿Qué debo hacer en primer término?

—Organizar una reunión —dijo Mortimer Robinson—. Póngase en contacto con todos los que puedan estar interesados y…

—Exprímalos —murmuró Jack a mi lado.

Myrna prefirió no oírlo.

—Comprendo —dijo—, no será difícil. Debe de haber cientos de personas en Lulverton que se interesan en el teatro. —Se volvió en su silla para dirigirse a una figura inclinada, que se mantenía en la sombra. —Señor Manhow, usted tendría que ayudarnos.

Hasta ahora no he mencionado a Paul Manhow. Era arquitecto y vivía con la madre viuda, a la que tenía que mantener. Era un hombre joven y grueso, de menos de treinta y cinco años, con un gran rostro blanco, un poco blando. Amaba las comodidades físicas, era perezoso y su cigarro negro jamás desaparecía entre sus dientes; era también aficionado a los argumentos de izquierda en política entusiastas y prolongados, pero expuestos con una voz lenta. Siempre llevaba corbata de moño.

¿Cómo podré describir el carácter de Paul Manhow? Por inclinación natural era perezoso. Amaba la indolencia por la indolencia misma. Pero una vez que despertaba de su pereza, parecía hecho de dinamita. Hay un cuento del difunto Stacy Aumonier. Se titula *Una aventura en la cama*, y trata de un individuo llamado George, que pasa la mayor parte de su vida entre las sábanas. "Era pura pereza —dice el autor—, pero no una pereza negativa, sino el resultado de una tranquila y sabia política." Después, en una de sus breves expediciones al mundo externo, George conoce una muchacha, "una hija del sol y del aire fresco, amante de los vestidos, de los teatros y de la vida social". Lentamente ella va cambiando la manera de vivir de él: lo saca más y más frecuentemente de su cama. Se casan. Él empieza a trabajar, a ponerse intranquilo, a utilizar la energía acumulada durante sus años de pereza. Y su carácter empeora. Al igual que Frankenstein, la mujer ha creado un monstruo que ya no puede controlar. Él trabaja febrilmente todo el día y se divierte bien avanzada la noche. La vitalidad de él termina por cansarla a ella, hasta el extremo de que, finalmente, corta el nudo gordiano y lo deja. Y George regresa entonces a su lecho.

Paul Manhow era como George. Se necesitaba mucho para estimularlo, pero una vez despierto, nada había más vivo que él. Hasta el momento de nuestra conversación, aquella tarde de verano, yo ignoraba esa característica de su carácter, y creía simplemente que él era pesado y aburrido. Pero Myrna lo conocía.

Al oír el llamado directo de ella, él gruñó.

—Ese juego no vale la pena —dijo—. Demasiado poco se sacará de él.

Después de este juicio gruñó de nuevo, volvió a colocar la pipa en la boca y consternó a los insectos arrojándoles una gran bocanada de humo.

—Bueno —dijo Myrna—, yo creo que es una gran idea.

—La antigua sociedad de aficionados —observó el Señor Mortimer Robinson— daba sus representaciones en Holy Trinity Hall.

—Entonces no es extraño que fracasaran —dijo Jack Gough riendo—. Es un sitio atroz. Sucio, frío y muy incómodo.

—Sin embargo —recordó Mortimer Robinson—, hay pocas alternativas. Y los precios del Holy Trinity son muy razonables.

En ese momento yo dije mi frase casual, sin saber adónde iba a llevarnos.

—¿No sería divertido —sugerí— tener nuestro propio teatro?

El silencio que siguió no fué de protesta o de sorpresa. Fué más bien un silencio indiferente, como si yo hubiera aludido a la diversión que podría haber en saltar a la luna. Después algo crujió y se oyó un pesado movimiento en la oscuridad, cuando Paul Manhow se sentó de golpe en su silla.

—Tudor —dijo extrañamente—, creo que esa idea vale la pena.

*

—Sabes, querida —dijo Melpómene con una nota de intensa satisfacción en su voz—, no estoy muy tranquila con todo esto.

Talía levantó las cejas con bella sorpresa.

—¿Por qué, querida? Todo parece marchar muy agradablemente.

—Muy probable —dijo la triste diosa—, pero siempre es más tranquilo…

—Conozco el resto —dijo Talía de prisa.

III

... todas las dificultades son fáciles,
cuando se las conoce.

Acto IV, escena 3ª.

EL DURMIENTE había sido despertado. Desde la chispa las llamas prendieron y se extendieron. Por aquel entonces, Paul no estaba interesado en el teatro como tal, pero el Pequeño Teatro de Lulverton se convirtió en su pasión dominante. No pensaba en otra cosa, estaba siempre haciendo planes, y nos arrastraba a todos en la marea de su entusiasmo.

Lo primero era encontrar un lugar apropiado, cosa que se me encargó a mí, en mi calidad de agente de tierras. Todo lo que pude encontrar, sin embargo, fueron unos galpones abandonados sobre una vieja panadería de Cooper Yard, más allá de la calle de Harpur.

Estos galpones estaban muy deteriorados, pero ofrecían la ventaja de que no había que pagar alquiler por ellos. Dickson, Parrish, Willmott & Lister, que eran mis propios abogados, representaban al dueño, cuya única condición era que él, o ella, permanecería en el anonimato, y que la ocupación de los galpones dependería de su voluntad, pudiendo terminar así en cualquier momento.

Llevé a Myrna y a Paul para que vieran el lugar. La planta baja hacía tiempo que había dejado de ser panadería, y era ahora una fábrica de pequeñas dínamos y aparatos eléctricos. Se llegaba a los galpones por dos estrechas escaleras, que, cuando las vimos por primera vez, estaban realmente en un estado lamentable. Había suciedad, telas de araña y desperdicios por todas partes. Y había también huellas de que las ratas

realizaban fiestas campestres en los curiosamente inclinados pisos. Myrna sintió asco, pero Paul estaba encantado. Llevaba consigo una flexible regla de acero y, sin prestar atención a sus ropas o a las mías, revolvió todo tomando medidas en el dorso de un sobre que después perdió.

Dimos un detallado informe a nuestro nuevo comité. Ellos dudaban, pensando tal vez que era mejor exponerse a los peligros del Holy Trinity Hall que correr otros peligros desconocidos. Myrna, todavía estremecida, se unió a ellos y también lo hice yo, aunque más débilmente. Pero Paul, con sus blandas y blancas facciones animadas, con sus cansados ojos brillantes, se embarcó en un entusiástico discurso que, después de diez minutos nos convenció a todos. Hasta Myrna capituló.

—En resumidas cuentas —dijo ella—, nos lo dan gratis

Al día siguiente yo arreglé el asunto con Dickson, Parrish, Willmott & Lister, y escribí una cartita de agradecimiento que les entregué a ellos para que la hicieran llegar a nuestro benefactor.

El comité no tuvo motivos para lamentar su decisión. La metamorfosis que Paul realizó en aquel lugar pareció obra de magia. El comité quería contratar un constructor para que hiciera las reformas necesarias, pero Paul no quiso oír hablar de ello. Rudamente nos hizo trabajar a todos. Al principio hubo descontentos, pero poco tiempo pasó antes que todos estuviéramos tan entusiasmados como él; y fué sorprendente el número de habilidades ocultas que salieron a luz. Manos que nunca habían tocado herramientas resultaron manos maestras. Descubrimos que entre nosotros había carpinteros, decoradores, escenógrafos…, y hasta un electricista competente en la persona de Archibald Hobson, que era el hombre de todo trabajo de la señora Doubleday, y que pronto se unió lealmente a la sociedad.

Lo único que no teníamos era plomero, pero Paul se las arregló para que los trabajos correspondientes nos costaran una bicoca. De tiempo en tiempo, él realizaba viajes misteriosos, de los que regresaba con un rico botín, todo adquirido por poco menos de nada en los puestos del mercado, en las tiendas de empeños y en los comercios conocidos por poseer objetos varios. La adquisición más importante que Paul realizó fué la compra de setenta y dos butacas de plateas de un teatro en demolición de Londres. La

tapicería estaba gastada y hacían ruido al sentarse en ellas, pero representaban una gran ventaja sobre las sillas de madera del Holy Trinity Hall. Decir la suma que Paul pagó por las seis docenas, sería provocar el descrédito y el ridículo.

Al terminar el segundo mes después de Munich, el Pequeño Teatro, o la "Panadería", como la llamábamos, estaba lista. Ahora convendría dar una pequeña descripción de ella.

Doblando por la calle de Harpur hacia Cooper Yard, la "Panadería" quedaba a la izquierda. A la derecha estaba la pared del establecimiento de empeños del señor Aarón Sugarman. Al extremo final de Cooper Yard había una alta pared de ladrillo; se trataba, pues, de un *cul-de-sac* que sólo daba entrada a la "Panadería" y a la puerta ladera del señor Sugarman. La "Panadería" era de forma rectangular. La planta baja se dividía en dos secciones, cortadas por un camino empedrado que llevaba al patio en el fondo del edificio, que recibía luz desde arriba. De las dos escaleras ya mencionadas, la primera estaba a la derecha del arco de la entrada. No era parte integral del edificio, pero estaba cubierta con cartones y prendida a la pared. La entrada, al pie de la escalera, daba a Cooper Yard. Paul convirtió esto en la entrada para artistas. La segunda escalera estaba al otro lado del arco de entrada, hacia el fondo del edificio, con su puerta en la pared, y nosotros esperábamos dedicarla —esperábamos— para el público.

La cocina estaba inmediatamente encima de esta escalera principal. A la derecha de la cocina se hallaba el guardarropas general —no teníamos espacio para bellas distinciones—, y a la derecha, el vestíbulo. Del rellano de la escalera se pasaba al guardarropas; se guardaba allí el sobretodo y después se volvía a atravesar el rellano para ir al vestíbulo. Con maderas, cartón y cera, Paul había convertido el vestíbulo en una habitación encantadora. Su suelo, como todos los demás, estaba muy rayado, pero esto aumentaba el encanto. Al lado del rellano estaba el bar, donde se vendían café, té y sándwiches. Una puerta detrás del bar conducía a la cocina. No inmediatamente al principio, sino después, tuvimos en medio del vestíbulo una mesa con cubierta de vidrio, debajo del cual había fotografías de las primeras obras representadas por la sociedad. En las paredes había otros

retratos, algunos tristes y otros alegres, y recortes de los periódicos, porque nuestro teatro bien pronto llamó la atención de la prensa.

Al final del vestíbulo estaba la boletería, con su ventanilla enfrentando casi el corredor que conducía a la platea…, si es que puede aplicarse esta palabra a un espacio tan pequeño. A la izquierda de este corredor estaba el vestuario de las muchachas y a la derecha, la habitación de objetos generales. Las escaleras que conducían a la entrada de artistas se hallaban entre esta habitación y la platea. Entrando a la platea desde el corredor, el escenario aparecía a la izquierda, y los asientos para el público a la derecha. Al otro lado de la platea quedaba el vestuario de hombres y el complicado aparato que constituía la tabla eléctrica de Hobson.

La situación general del Pequeño Teatro, que no era ni la mitad de lo grande que su descripción puede hacerlo parecer, es más fácil de entender si uno se imagina estar en Cooper Yard. Sobre la arcada central estaba, al frente, la habitación de objetos generales, y al fondo, el vestuario de las muchachas. Entre éstos corría el pasaje, uniendo la boletería y el vestíbulo a la izquierda con la platea a la derecha. El público debía sentarse de espaldas a Cooper Yard.

Sin embargo, no debe suponerse que se descuidó el lado artístico de la sociedad. Al contrario. Antes de fines de septiembre habíamos escogido una pieza y comenzamos las representaciones. Desde la tarde de agosto en que Myrna Ashwin lanzó la idea, ella había cambiado de opinión y, pese a mis grandes protestas, el cargo de secretario recayó sobre mí. Ella fué encargada de la boletería. Mortimer Robinson tomó el cargo de tesorero, y Paul Manhow, debido a su capacidad para realizar tratos dificultosos, fué nombrado gerente de negocios y de publicidad. Jack Gough no tuvo cargo asignado, pero actuaba como ayudante de la encargada de boletería.

Quedan por presentar otros dos funcionarios: el productor y el director de escena. Nuestro productor fué Patrick Collingwood, un gigante de suave voz, que no nos dejaba en paz hasta obtener el efecto deseado, y que cuando se enojaba, lo único que hacía era silbar *El Buen Rey Wenceslao* (fuera cual fuere la época del año), con los dientes apretados. La mayoría de las asociaciones dramáticas de aficionados prefieren contar con los servicios de un productor de afuera, pero, como Pat Collingwood había tenido amplia

experiencia de repertorios y se había criado en el lugar, le dimos la bienvenida como participante. Su hija, Felicity, fué también miembro de la asociación.

Nuestro director de escena era Frederick Cheesewright, un hombrecito calvo, aseado y ruidoso, de cuarenta y cinco años, que se movía sobre el escenario como sobre la cubierta de un barco, moviendo los brazos y dando rápidamente instrucciones. Tenía la costumbre de decir todo dos veces, en rápida sucesión, pero cuando daba órdenes a la compañía la repetición era aún mayor, como si tuviera la certeza de que nadie iba a entender una cosa dicha sólo dos veces. Era un próspero tendero, y en una ocasión que fui a comprar un par de medias a su establecimiento, comprobé que trataba a los empleados de la misma manera que a los actores. En ambas esferas sus procedimientos lograron éxito completo.

La obra que elegimos fué *El final del Edén*, de J. B. Priestley, y esperábamos abrir el teatro el jueves 1º de diciembre de 1938. Bajo la dirección de Pat Collingwood los ensayos marchaban bien. Desgraciadamente, el reparto de sólo siete personas dejó a los demás relegados al trabajo de camareros, vendedores de programas o apuntador. Pero se les prometió que su tumo vendría después, y todos quedaron contentos. En esos días del comienzo había un grato espíritu de cooperación y de armonía. Es para mí lamentable que en esta armonía haya pronto surgido una nota discordante.

Pero esto es adelantarse demasiado a los hechos.

El fin del Edén se estrenó en la fecha fijada y tuvo tanto éxito que, en lugar de representarse tres noches como habíamos pensado al principio, se dió, según anuncian los diarios generalmente: “Otra semana, y se realizará la última representación definitiva el sábado 10 de diciembre.” Con todos nuestros cuidados y responsabilidades esto era un gran esfuerzo. Y nunca procuramos sobrepasar esa medida.

El recorte de un periódico londinense fué el primero en ser cortado, puesto en un marco y colgado en el vestíbulo. Este distinguido artículo se debió a mi antiguo socio en el garage, Phil Pearson, que nos visitó especialmente y escribió él mismo el artículo. Helo aquí:

“El Pequeño Teatro de Lulverton merece realmente su nombre de Pequeño, porque las plateas son solamente setenta y dos. Las entradas de cada representación, en el caso de que el teatro se llene, lo que no es difícil, suman 6 libras, 8 chelines.

“La primera presentación del nuevo grupo se efectuó el jueves último, con la obra de J. B. Priestley *El fin del Edén*, representada ante lo que puede llamarse un teatro repleto. La representación, que estaba confiada a las capaces manos del señor Patrick Collingwood, no dejó nada que desear, y las muchas desventajas de un escenario pequeño fueron hábilmente sobrepasadas.

“En cuanto al reparto, pueden hacerse muchos elogios y ligeros reparos, aunque no debemos olvidar cuánto debieron los actores al brillante diálogo de Priestley. *El fin del Edén* es una hermosa obra, una obra de llanto y de risa, una pieza que hubiera tenido éxito aunque la hubiera representado un grupo de focas con el don de la palabra.

“La interpretación más notable fué la del señor Paul Manhow, quien personificó a Charles Appleby, el actor fracasado, papel que fué interpretado por Ralph Richardson en el estreno original en el teatro Duchess. En la famosa escena del borracho, el señor Manhow fué hábilmente acompañado por el señor Basil F. Northcott, en el papel del joven Wilfred Kirby, el hijo del médico. La interpretación fué excelente, aunque recordaba algo, en el aspecto, ya que no en los modales, al difunto John Tilley. La imitación del pesado y vacilante paso de Ralph Richardson fué muy bien lograda.

“La señorita Hilary Boyson fué una encantadora y graciosa Stella Kirby. Cuando esta joven actriz tenga más experiencia estará muy bien en papeles algo menos fuertes que el de la entusiasta, temperamental y pródiga hija del viejo médico de Yorkshire.”

Phil elogiaba después a los otros actores y terminaba así:

“En conjunto, una representación muy satisfactoria. ¡Adelante, Lulverton!”

No dejamos que el pasto creciera bajo nuestros pies y, a principios de año, comenzamos a ensayar otra obra o, mejor dicho, varias obras de Noel Coward bajo un título: *Esta noche a las 8.30*. En ésta habría más

oportunidades para nuestros futuros actores y actrices que en *El final del Edén*. Preparamos también una serie de conferencias sobre producción, dirección de escena, maquillaje, dicción, movimiento y ademanes, y clases de esgrima bajo la dirección de la Escuela de Esgrima de Southmouth. En este gracioso arte, Jack Gough resultó ser un alumno sorprendentemente bueno.

Y encontramos una nueva primera actriz.

Se llamaba Elizabeth Faggott, y su nombre era un inconveniente insalvable, aunque Jack Gough sugirió que dos "f" minúsculas darían distinción al nombre. Era alta, de cabello oscuro, y descubrimos que era una actriz de talento, capaz de representar cualquier papel… Otro de sus méritos era la imitación, no las interminables imitaciones de Greta Garbo, Grace Fields y Marlene Dietrich con que nos han hartado los artistas de radio, sino otras imitaciones más difíciles. A veces, en un ensayo, Elizabeth improvisaba imitaciones de gente que estaba muy cerca de nosotros. La única persona que no se impresionaba era el imitado, frecuentemente un hombre, porque el repertorio de Elizabeth era muy notable.

Cuando el comité se ocupaba del reparto de *El final del Edén,* prescindieron de ella. De otro modo Phil Pearson hubiera estado más encomiástico con Stella Kirby. En *Esta noche a las 8.30* el comité hubiera cometido el mismo error, sin mi intervención. Ellos no querían herir los sentimientos de Hilary Boyson, pero yo logré convencerlos de que sus susceptibilidades importaban menos que el bienestar general de la sociedad. Respondiendo un poco de mala gana a mi pedido, dieron a Elizabeth el papel de Lily Peppers en *Los rojos Peppers*, y el papel de Jane Featherways en *Álbum de familia.*

Fué una pena que Phil Pearson no estuviera presente en la representación de *Esta noche a las 8.30*.

Una vez que el Pequeño Teatro hubo sido un *fait accompli,* Paul Manhow perdió todo entusiasmo y, simbólicamente hablando, volvió a la cama. Consintió en representar el papel de Charles Appleby en *El final del Edén* sólo porque no había otro para representar ese papel. Aun así, fué necesario insistir mucho. Pero los elogios de Phil Pearson aguijonearon su

interés y lo convirtieron en el mejor actor aficionado. Como Burrows, el viejo comerciante y *deus ex machina*, él estuvo grande.

Era de esperarse que la novedad de nuestro teatro no se mantuviera siempre fresca, en lo que se refiere al público, pero, sin embargo, se vendieron todos los asientos para las cuatro representaciones de *Esta noche a las 8.30*, y podríamos haber doblado el número.

La última representación fué la del 4 de marzo.

Descansamos un mes y, el 3 de abril, empezamos a ensayar una nueva obra. Esta vez se trataba de *Los semejantes a ella* de Charles McEvoy. La elección se hizo tras acaloradas discusiones, siendo el principal argumento de la oposición que una obra sobre la guerra, no sólo estaría fuera de moda, sino que sería también poco popular. Los críticos fueron, sin embargo, derrotados con el argumento de que, en el papel de Sally Winch, la muchacha de la costa que espera a su amante trastornado por la guerra, habría amplio campo de acción para el talento de Elizabeth Faggott. Esto ocurrió, naturalmente, después que yo los hube convencido para que la hicieran primera actriz.

Elizabeth no se entusiasmó mucho con el proyecto. Declaró que hubiera preferido interpretar a Shakespeare. Siempre había sido su ambición interpretar a Ofelia, a Porcia, a Julieta, a Cordelia, a Desdémona, a lady Macbeth o a cualquier otro personaje. Yo, que había forzado al comité a elegirla para el papel principal, tuve que vencer mucha resistencia para que ella olvidara a la bella Ofelia y se dedicara a Sally Winch. La próxima vez, le aseguré intranquilamente, haríamos a Shakespeare, pero, entretanto, nos dedicaríamos a *Los semejantes a ella*.

Y así fué oportunamente. Finamente dirigida por Pat Collingwood, que había sido el único que me apoyó en la defensa de Elizabeth, la obra fué un gran éxito. Desde el momento en que la desaliñada señora Small anunciaba que desearía "ver los feos ojos de ella fuera", hasta el instante en que Sally Winch murmura a su amante: —"Son los semejantes *a ti*, los que importan. ¿Cuál es el brazo con que puedes abrazarme?", el público estuvo arrebatado. Elizabeth era una muchacha de Downshire, hija de un médico de Lulverton y, sin embargo, al igual que Sally Winch, parecía no tener más

hogar que el número 5, en Bridewell Court, en Stepney, y no haber conocido otros lugares que los alrededores de Aldgate Pump.

Dimos la última representación el sábado 27 de mayo. Yo no figuraba en la obra, pero estaba allí presente, ante el enojo y la incomodidad de toda la compañía, mirando y escuchando a Elizabeth. Puede parecer una confesión ridícula, pero yo estaba transportado cuando ella leía los horarios de salida de trenes de la estación de Paddington.

Descansamos todo el verano, mientras nubes de guerra se cernían sobre el cielo. A fines de agosto el comité se reunió para discutir el programa del invierno.

La mayor parte de nosotros creía que el conflicto europeo podría todavía evitarse, aunque fuera a costa de otro Munich, y se decidió por unanimidad que la situación europea no afectaría nuestros planes. Recordando la promesa hecha a Elizabeth, asistí a la reunión algo nervioso. No necesitaba estarlo, porque los otros parecían haber aceptado el eclipse de Hilary Boyson. Comuniqué el deseo de Elizabeth y, sin mucha resistencia, Shakespeare fué aceptado.

El problema era: ¿Qué obra representaríamos? Con frases como: “los ejércitos franceses e ingleses entran en combate”, y “el Rey entra con su pompa”, las historias de Shakespeare eran demasiado ambiciosas para nosotros. En nuestro pequeño escenario no habría mucha oportunidad para el despliegue de Stanley y Chester, y, "los soldados con escalas", hubieran degenerado en una farsa ruidosa. Macbeth presentaba iguales dificultades: un par de soldados llevando ramas en las manos no convencerían ni a un niño idiota que el bosque Birnam marchaba hacia Dunsinane. No teníamos un actor lo bastante bueno como para encarnar a Hamlet; y encontramos una u otra dificultad para *La tempestad, El sueño de una noche de verano, Otelo, El mercader de Venecia* y una docena más de obras.

Yo fui el primero en mencionar *Medida por medida*, pero, cuando se me preguntó de qué trataba, debí admitir que sólo sabía que era una de las comedias de Shakespeare. Me había enterado de ello mirando un ejemplar de las *Obras Completas*, que había llegado a mis manos. Una rápida ojeada no me había dicho nada, y, como todos los demás compartían mi ignorancia

y las demás obras no nos atraían, la reunión se deshizo para que pudiéramos leer *Medida por medida*.

Nos reunimos a la semana siguiente, bajo la presidencia del señor Maurice Scott-Brown. Éste era gerente de la sucursal del Banco de los Condados del Sur, o "el Banco", como le llamaban todos en Lulverton, ignorando los otros cinco bancos. Era, además, miembro de la Cámara de Comercio, y un hombre extremadamente útil en nuestra asociación. Macizo, de modales animosos, poseía una voz profunda y resonante, que, cuando se divertía, cosa que ocurría con frecuencia, resonaba como la voz de un ogro amable riéndose en su cueva. Al hablar dejaba de lado todos los adornos y utilizaba sólo las palabras necesarias. Jack Gough, que era uno de sus empleados subalternos en el banco, no se alegró demasiado con la participación de Scott-Brown en la sociedad.

Después de los procedimientos preliminares, el señor Scott-Brown preguntó:

—¿Han leído todos la obra?

Hubo un asentimiento general, y entonces él preguntó:

—¿Qué reacciones han tenido?

Cuatro de los miembros del comité contestaron al punto.

—Es muy objetable —dijo la señora Cheesewright.

—No podemos hacerla —agregó su marido—, no podemos hacerla.

—Es exactamente lo que estábamos buscando —dijo Paul Manhow.

—No creo que Ángelo debiera quedar impune —comentó Myrna Ashwin.

El resto, o sea Pat Collingwood, Mortimer Robinson, la señorita Lark y yo, conservamos la tranquilidad.

El señor Scott-Brown rió profundamente.

—¡Uno a la vez, por favor! ¿Le parece objetable, señora Cheesewright?

—Definitivamente —fué la aguda respuesta—. Algunas de las frases del personaje llamado Pompey no deberían ser permitidas en un libreto… En cuanto a decirlas desde el escenario…

—Vivía en tiempos desenfadados —dijo nuestro director, encogiendo sus pesados hombros—. ¿Cuál es su opinión, Collingwood?

—Ese tipo de cosas se encuentra en todas las obras de Shakespeare —contestó el productor—. Shakespeare era un hombre de negocios y daba al público lo que el público le pedía. Creo que después que hayamos tachado con un lápiz azul…

La señora Cheesewright lo interrumpió:

—Ninguna supresión la haría adaptable para el público de Lulverton. Esa obra es fundamentalmente desagradable y corrompida.

La buena señora Cheesewright era la esposa de nuestro director de escena y constituía una gran molestia en las reuniones, pero sólo la fuerza bruta le hubiera impedido asistir a ellas. Su marido, cinco años menor que ella, estaba totalmente dominado, y estando ella presente, apenas tenía oportunidad de hablar una vez, cuando más dos veces. Era cuidadora de los objetos del teatro, y realmente una feroz guardiana del orden, aunque hacía más daño con su charlatanería que la más desvergonzada muchacha. Como visitadora principal del distrito, tenía la invariable costumbre de llegar de visita a la hora de las comidas, y acusaba a las exasperadas clases obreras de ingratitud. Tenía facciones angulosas, grandes pies y cinco hijos. El estilo de su peinado hubiera sido severo, de ser cuidadoso.

Ella prosiguió diciendo:

—El lunes último, por la tarde, compré un ejemplar de la obra. Lo tengo aquí y voy a leerles el prólogo del editor, que repite la opinión de Samuel Taylor Coleridge.

Por encima del hombro de ella yo hice desesperadas señales a Scott-Brown. Éste llegó a decir:

—Apenas pensamos…

Pero ella se había puesto de pie y, con un librito rojo que sostenía a la distancia, entre sus manos enguantadas, gentilmente se aclaró la garganta.

Paul Manhow, a mi lado, me murmuró al oído:

—Puede asegurarse que la vieja *Hausfrau* era maestra de escuela.

Leyendo clara y precisamente, la señora Cheesewright comenzó:

“Esta obra, que es Shakespeare ciento por ciento, es para mí la más dolorosa, digamos mejor, la única dolorosa, parte de sus trabajos originales. Lo cómico y lo trágico bordean igualmente…, la palabra que sigue es griega, y no la entiendo. Es la única desagradable, la única horrible; y el

perdón y el matrimonio de Ángelo no sólo se burlan de la fuerte e indignada protesta de la justicia (porque la crueldad y la lujuria unidas a una condenable bajeza no pueden ser perdonadas, ya que no puede suponerse que él se haya arrepentido moralmente de ellas), sino que también es degradante para el personaje femenino…"

La señora Cheesewright nos miró a todos con mirada acusadora.

—Degradante —repitió con firmeza— para el personaje femenino.

—Bueno, no me mire *a mí* —protestó Paul Manhow.

—"Por otra parte —continuó ella—, Coleridge escribió que *Medida por medida* es la sola excepción en las deliciosas obras de Shakespeare. Es una obra odiosa, aunque de concepción enteramente shakespeariana. Nuestros sentimientos justicieros se lastiman duramente con el escape de Ángelo…"

—Exactamente lo que yo dije —intervino Myrna.

—"La misma Isabella no es simpática y Claudio es detestable." Esta es la opinión de Coleridge. Y cuando pensamos que él escribió *La rima del viejo marinero*, podemos aceptar su opinión.

Triunfalmente, la señora Cheesewright cerró el librito y se sentó. Por un rato guardamos silencio. Después Paul Manhow dijo:

—Y él se suicidó con opio.

—¿Quién? —preguntó Myrna.

—Coleridge. Como dice Charles Lamb, Coleridge era un arcángel un poco podrido.

—Eso no tiene nada que ver con la actual discusión.

La señora Cheesewright estaba enojada, probablemente por el momentáneo tono pedagógico de Paul.

—Tampoco tiene nada que ver el viejo marinero —fué la lánguida respuesta—. Ni con el albatros. Mi opinión personal es que una obra no empeora por ser un poco fuerte.

La frase fué dicha para enfurecerla. Ambos se detestaban.

—¡No acepto eso!—exclamó la señora Cheesewright—. ¡Señor Director, apelo a usted!

Scott-Brown se movió pesadamente en su silla.

—¿Nos alejamos del tema, verdad? —preguntó—. ¿Hay alguien más en contra de *Medida por medida*?

—¡Recuerda que eres padre! —dijo la señora Cheesewright agudamente.

—Estoy de acuerdo con mi esposa —dijo el hombrecito, cumpliendo con su deber—. La obra no es nada agradable. No es nada agradable. Descenderá el tono general del grupo si la representamos. El tono general. La gente joven…

—Farsa —dijo una tranquila y clara voz.

La señorita Lark era un miembro valioso de nuestra compañía, Era una aseada mujercita de cincuenta y cinco años, bien vestida, con hermoso cabello gris. Tranquilamente eficiente e ingeniosa, enemiga acérrima de la bambolla y de la pretensión, actuaba como antídoto de la señora Cheesewright. Y había — ¿cómo decirlo?— cierto conocimiento previo de su presencia. Una vez conocí a un viejo loro verde. Su conversación era muy limitada, pero cuando volvía la cabeza y miraba con sus maliciosos ojos, uno tenía la sensación de que, si él lo deseaba, podía decir varias cosas; como dicen los franceses, *il connut le dessous des cartes*. La señorita Lark no se parecía en modo alguno al loro, pero tenía cierta semejanza en el movimiento de la cabeza y en la malicia de los ojos.

Frederick Cheesewright se calló bruscamente. El director, con una sonrisa, miró a la interruptora.

—¿No está de acuerdo, señorita Lark?

—No —contestó ella—, no estoy de acuerdo. Realmente, Ángelo debió haber sido castigado más severamente, pero decir que no debemos hacer la obra porque no es conveniente para niños, es ridículo. ¿Cuántas obras hay? ¿Es acaso una pantomima…, quiero decir una moderna pantomima? Hoy en día las obras, en lugar de frases largas tienen doble sentido. Prefiero que un niño vea *Medida por medida* antes que *El gato con botas*…, y si debemos representar a Shakespeare, no veo ninguna razón para no representar *Medida por medida*.

Mortimer Robinson, sentado frente a mí en la mesa, habló antes que la señora Cheesewright pudiera interrumpir.

—Si debo expresar mi opinión —dijo—, será en favor de esa obra, porque hay escasa acción en ella, lo que es una gran ventaja en un escenario pequeño como el nuestro. Otra razón es que esa obra no está enteramente en

manos de los personajes principales, y que da oportunidad a actores menores. Pompey, por ejemplo, Lucio y Elbow, el torpe guardia. Paul estará perfecto en el papel del canalla de Pompey.

—Muchas gracias —dijo Paul.

—Esas son buenas razones —aprobó Pat Collingwood— y, algo más importante aún, es que el papel de Isabella dará una gran oportunidad para Elizabeth Faggott. Si pudiéramos encontrar un Ángelo con bastante…

Fué en este momento cuando la discusión comenzó realmente. Los Cheesewright quedaron literalmente de lado, mientras el resto del comité discutía varias cosas a la vez. El tema principal (la conveniencia de representar *Medida por medida*) pasó a segundo plano, y hasta el director, que no debía intervenir, expresó su opinión señalando este o aquel actor para este o aquel papel. La discusión duró tanto que, finalmente, yo debí llamarlos al orden.

—¡Un momento!—grité por encima del barullo—. Se hace tarde y no hemos llegado a una decisión. ¿Se representará *Medida por medida*?

El señor Scott-Brown tosió bajito y pareció culpable.

—Seguramente —dijo—. ¿Están todos de acuerdo?

Todos miramos dudosos a la señora Cheesewright, pero ella, retirándose militarmente, estaba ya en una posición preparada de antemano, y sólo movió los labios en desaprobación.

—Adelante, entonces —anunció alegremente el director.

—Pase lo que pase —anunció decididamente la pequeña señorita Lark cuando la reunión se deshacía—, yo haré la señora Overdone.

—No esté tan segura —le recordé—. Podemos tener guerra antes de que termine la semana.

—¡Tonterías! —protestó ella—. Siempre ocurre algo a último momento. Siempre es así.

—Lo dudo —dijo Mortimer Robinson.

Al día siguiente los alemanes invadieron a Polonia.

IV

...fué en El Racimo de Uvas...

Acto II, escena 1ª.

PREOCUPADO con las actividades de la sociedad dramática, he olvidado contar los hechos en orden cronológico, por lo tanto, debo retroceder al mes de mayo. Ya he dicho que mis negocios marchaban muy bien, aunque 1937 y 1938 no alcanzaron el nivel de 1936, que fué mi año bueno. En mi oficina trabajaban una mecanógrafa, la señorita Muriel Jones, y un muchacho para mandados, o, mejor dicho, varios muchachos, todos tan parecidos y tan incompetentes, que yo apodaba a todos Hindenburg, para no tomarme el trabajo de recordar sus deprimentes nombres.

La señorita Jones tenía bigote y, como todas las mujeres con bigote, era muy eficiente. Se ocupaba de las llamadas telefónicas, mantenía el orden de los archivos, escribía correctamente a máquina (sin responder jamás: "Eso fué lo que usted ordenó"), y sabía preparar una buena taza de té. Pero empecé a comprender que, pese a todos sus méritos, no podía darme toda la ayuda necesaria. Además del negocio ordinario de tierras, con los remates y las valuaciones, estaba el lado agrícola del negocio, lo que significaba frecuentes visitas a granjas de las afueras. Por eso decidí contratar un ayudante. Las búsquedas locales no trajeron ningún aspirante conveniente, y el último sábado de mayo puse un aviso en el *Estates Gazette*, pidiendo un ayudante.

La primera respuesta que obtuve fué la de mi antiguo condiscípulo, Tiddler Ridpath.

Naturalmente lo hice venir desde Londres a visitarme. No olvidaré nunca su mirada de sorpresa cuando el Hindenburg de turno lo hizo pasar a mi oficina.

—¡Por Dios Todopoderoso!—dijo, mientras una lenta sonrisa se extendía sobre su cara—. ¡Es el famoso Turtle!

Me pareció extraño oír nuevamente el antiguo apodo. Hindenburg se retiró, cerrando la puerta con violencia. Mentalmente tomé nota de esto para despedirlo.

—Siéntate —dije.

Tiddler estaba penosamente cambiado. Habían pasado once años desde que nos vimos por última vez. Entonces era un joven esbelto, con delicadas facciones y cabello rubio rizado; era además, atlético, lleno de vitalidad natural, alegre y siempre elegantemente vestido. Ahora, no sólo estaba delgado, sino que aparecía escuálido. Su cara estaba marcada hasta los huesos, sus ropas tenían la patética limpieza de un mantel muy remendado, y su valija de mimbre, rotosa y golpeada. Hasta su alegre saludo carecía del antiguo espíritu.

Noté algo más mientras se alcanzaba una silla. Algo que yo no había visto frecuentemente en mi vida bien alimentada, algo que me hizo decir, aunque apenas era mediodía:

—Esta mañana ya me quedé demasiado tiempo en este lugar. Vamos a almorzar y charlaremos. ¿O tal vez —añadí como dudando— es demasiado temprano?

—Para mí no —contestó Tiddler.

Lo llevé a “El Racimo de Uvas”, que es famoso por su comida; lo dejé sentado en una mesa y fui a decirle unas palabras confidenciales al viejo Charley, quien, tan inmune al fuego como una salamandra, estaba vigilando su parrilla. Charley escuchó atentamente, se llevó la mano a su alto gorro blanco, y respondió:

—Déjelo por mi cuenta, señor.

Yo sabía que podía confiar en él, así que regresé a nuestra mesa junto a la ventana, donde Tiddler miraba pasar a los transeúntes mientras arañaba el mantel con un tenedor. Se volvió cuando yo me senté frente a él.

—Ese aviso… —comenzó.

—Eso puede esperar —dije, animándolo—. La comida primero, los negocios después. Espero que tengas hambre, porque he ordenado un par de grandes chuletas. Son tal vez demasiadas para un almuerzo tan temprano, pero es lo único que vale la pena en este lugar.

Con estas palabras cometí una gran injusticia para con "El Racimo de Uvas".

Después de un tiempo conveniente, Charley abandonó la parrilla y atravesó la habitación con un plato en cada mano. Charley poseía un secreto indudable para que los desbordantes bifes no cayeran al suelo. Ada, la gangosa camarera, llegó al mismo tiempo con lo que se denominaba "ornamentos adicionales" y tres grandes jarras de cerveza, la tercera para Charley, quien desdeñaba las propinas, pero aceptaba un trago como un regalo de los dioses.

Pasé la vinagrera a Tiddler, pero él ya había empezado a comer la chuleta.

Después comimos torta de manzanas y bebimos un Stilton, deliciosamente a punto… Con un buen café delante de sí y un cigarrillo dirigido hacia el techo, Tiddler se echó hacia atrás en la silla, metió las manos en los bolsillos del pantalón y murmuró dichosamente:

—Ha sido muy bueno.

La ciudad de Lulverton almuerza generalmente a la una de la tarde, y por eso teníamos ahora el restorán para nosotros, con excepción de un individuo solitario en el otro extremo de la habitación, que había puesto un periódico sobre la jarra de agua, y comía con la sólida concentración de una vaca, mientras agarraba el cuchillo y el tenedor como si estuviera manejando una bicicleta.

Revolví mi café, dejando que Tiddler tomara tiempo.

—Ahora —dijo él finalmente—, hablemos de ese empleo.

—Sí, naturalmente —contesté tan rápida y suavemente como lo permitía una retirada—. El empleo.

—Tú pusiste un aviso en el cual pedías un ayudante competente en tu negocio de venta de tierras.

—¿Eres competente?

—No.

Bebió el café de un sorbo, puso la taza y el platillo a un lado y se inclinó hacia mí.

—Escucha, Turtle: vine aquí decidido a engañar a cualquier agente de tierras campesino. El nombre de Vaughan Tudor no significó nada hasta que te vi frente a mí. No quiero engañarte. Hemos tenido un buen almuerzo, olvida que has pedido un ayudante y hablemos de los viejos tiempos. ¿Cómo diablos ha sido…?

—En lo que a mí respecta —lo interrumpí con frialdad—, *un ayudante competente* no necesita ser un hombre de experiencia. Lo que yo necesito, lo que ansiosamente estoy buscando, es un hombre con sentido de la camaradería, que pueda aliviarme un poco de este trabajo agobiador. Creí, cuando tú apareciste, que había encontrado a ese hombre. Claro que si tú quieres dejarme en el atolladero…

Algo de la antigua alegría reapareció en su risa.

—Walter Vaughan Turtle Tudor —dijo—, eres un terrible mentiroso.

—Ésa no es manera de tratar a tu futuro jefe —le contesté—, Dime, Tiddler, ¿cuándo comiste decentemente por última vez?

Él miró por la ventana y pasó un rato antes que contestara.

—Ha sido infernal —dijo.

—¿Las cosas no han marchado bien?

Su voz fué dura cuando contestó:

—Eso es una manera de decir.

Le di otro cigarrillo y tomé yo uno.

—¿Te hará bien contármelo?

—No…, es una historia más de mala suerte. Habrás oído otras, espero.

Yo no insistí, y tranquilamente seguí fumando. Después de unos minutos de silencio, Tiddler prosiguió:

—Recuerdas cuando ambos dejamos el colegio en el mismo año… ¿Cuándo fué?… ¿En 1922? Tú ibas a entrar en los negocios y yo iba a reunirme con mi familia en Corfú. Mi madre estaba siempre enferma y mi padre consiguió aquel puesto para sacarla a ella de Inglaterra. La renta no era muy alta, pero la vida en Corfú no era cara, y ellos se las arreglaban muy bien.

Echó la ceniza de su cigarrillo.

—Y también me las arreglé yo… demasiado bien. Fui allí para hacerle el gusto a mi madre, y la vida fué una vacación total… al menos durante unos meses. Allí lo único que se podía hacer era divertirse. Yo era un demonio perezoso, y creí que aquél era el lugar para mí. Vivir de la pensión de mi padre no me preocupaba en lo más mínimo, y hubiera continuado así si un hombre no hubiera sido lo bastante estúpido como para hacerse asesinar.

"Corfú, como sabes, ha estado en manos de muchas naciones, pero, desde mil ochocientos sesenta y tantos, pertenecía a Grecia. En agosto de 1923 el delegado italiano de una sociedad de juegos, conocida como la Comisión de Unión Albanesa, fué expulsado del territorio de Corfú. Esto enfadó a los italianos y, para dar una dura lección, bombardearon Corfú. No fué una acción importante, y sólo un centenar de personas pereció. Mi madre y mi padre estaban entre esa gente.

Yo gruñí comprensivamente y Tiddler prosiguió:

—Yo estaba divirtiéndome en otra parte y no pude asistir a la fiesta. Ése fué el fin de mi paraíso isleño. Nuestra pequeña villa fué deshecha. Descubrí bien pronto que la vida no era tan grata sin la pensión de mi pobre padre. El único pariente a quien podía recurrir era a un hermano de mi madre que vivía en Shrewsbury…, que todavía vive allí, creo. Le envié un S.O.S. y él respondió en tono amable, enviándome algo, pero añadió una postdata donde me decía que no podía convertirse en una obra de beneficencia. Con la ayuda viví dos meses y, después, me embarqué para Nápoles.

Los turistas llegan en rebaños a Nápoles, y tuve allí la oportunidad de ganar unas libras haciendo de guía. No era un trabajo muy honorable, pero yo no podía elegir. En verdad, sorprendentemente me desempeñé bien, y pronto fui un guía perfecto.

El tono de su voz cambió cuando dijo:

— Ahora, señor, ¿desea un perfecto paseo en automóvil? Primero las famosas excavaciones de Pompeya y después el Vesubio. ¡Qué recuerdos para llevar a casa! ¿No? Bueno, entonces un paseo por la magnífica bahía hasta el volcán semiapagado de Solfatara y la celebrada Grotta y Pozzuoli, donde el apóstol Pablo…"

—¡Bien, bien! —interrumpí—. Entendido. ¿Cómo te las arreglaste con el idioma?

—¿Con el italiano, quieres decir? Muy bien. Yo había aprendido algo en Corfú, además de un poco de griego, y los meses que pasé en Nápoles aprendí a hablar corrientemente. El italiano no es un idioma difícil de aprender.

—¿Así que no permaneciste allí mucho tiempo?

—No. Seis meses, poco más o menos. Y todavía estaría yo allí, de no haber intervenido la señora Salvester. Era una rica y distinguida viuda americana…, viuda de una especie de barón de las arvejas cocidas de Boston, y recorría Europa en automóvil, con su sobrina. Había traído consigo a su chófer desde los Estados Unidos, pero en Nápoles surgieron algunos inconvenientes que dieron por resultado que el chófer se embarcara en el primer barco para Nueva York. Yo servía de guía a las mujeres en aquel momento, y la señora Salvester me ofreció un sueldo muy bueno si aceptaba el puesto. En ese momento yo estaba harto de Nápoles y acepté la oportunidad. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! No tardé en descubrir por qué el otro individuo había dejado su empleo. La sobrina tenía mal genio, pero la vieja era sencillamente venenosa. Fastidiosa también. Todo el tiempo llamaba "Ridpath" por aquí, "Ridpath" por allá. ¡Uf! Por toda Italia, Suiza, Alemania y Francia permaneció sentada en el asiento trasero, con un quejido gangoso, alto, lamentable. Todavía oigo esa voz detrás de mí. Sin embargo, pagaba bien.

Cuando llegamos a Le Touquet me despidieron.

Empujé hacia él el paquete de cigarrillos.

—¿Por qué? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Una discusión desagradable con su señoría.

—¿Algo especial?

Con un cigarrillo a medio sacar del paquete, hizo una pausa y me miró.

—¿Por qué preguntas eso? —dijo bruscamente.

—Simple curiosidad —contesté sonriendo.

—La señora Salvester —dijo poniéndose el cigarrillo en la boca— era la mujer más egoísta que he conocido. Nunca pensaba en nadie, y vivía

preocupada por su persona. Realmente, no lo lamenté cuando me despidió. Al encontrarme sin empleo surgió el dilema de si volvería a Nápoles o regresaría a Londres. Tenía varias libras en mi bolsillo. Londres me llamaba, y Londres ganó. Yo era todavía un muchacho de diecinueve años, y tenía la seguridad de que al regresar a Londres, todo iría bien. Recordaba la canción que habla de las viejas calles de Londres pavimentadas con oro. Como siempre, me equivoqué. Todo salió mal. Anduve de empleo en empleo, sin jamás poder conservar uno más de unas pocas semanas. Parece que no tenía talento para ello. Siempre llegaba tarde por la mañana…, con diez minutos de retraso, es verdad, pero tarde. Nunca podía hacer nada como me lo pedían. Yo no era un taco cuadrado que trataba de entrar en un agujero redondo, pero era un taco redondo no lo bastante grande como para no deslizarme hasta el fondo.

"Dios solo sabe, Turtle, cuántos empleos he tenido desde que dejé a la señora Salvester. He sido empleado en la sucursal de Londres del Banco de Canadá; he sido vendedor de puerta en puerta, de jabón y de cera para lustrar pisos; he sido chófer de camiones; he sido pianista en una orquesta de cuarta categoría; he sido camarero en una taberna del West End…

Yo no hablé cuando él se detuvo.

—¿Conoces esos juguetes —preguntó después de un largo silencio—, esos perritos grises de lana que sacan la lengua cuando se aprieta un botón al final de un tubo de goma? La semana última yo los mostraba a la salida del hipódromo de Lewisham. Vendí tres perros en dos días. Fué en la biblioteca pública de Ladywell donde leí tu aviso en el *Estates Gazette*. ¡No sé quién diablos me impulsó a caminar cincuenta millas para contestarlo!

—La Providencia —le dije—. Hay aquí una vacante, y tú eres el hombre que necesito. Veamos, hoy es viernes…

—Mira, Turtle…—protestó él.

—Por lo tanto —proseguí como si él no hubiera hablado— no vale la pena que vengas mañana. Nuestras horas de trabajo son de nueve a cinco; ven el lunes a las nueve en punto.

—Pero yo ignoro todo acerca…

—No puedo ofrecerte un salario demasiado grande, pero aumentará de acuerdo a tus capacidades. Necesitas un buen traje para la oficina, y

probablemente otras cositas, así que te adelantaré algo para que te arregles y lo descontaremos de tu sueldo todas las semanas.

Mi manera brusca obtuvo el éxito deseado, porque Tiddler dejó de protestar. Me alegré de que así fuera, aunque al hombre de negocios que había en mí no le agradaba la contratación de un individuo que había fracasado en todo lo que había emprendido. Tiddler mismo parecía estar de acuerdo con esto.

—Te arrepentirás —dijo riéndose un poco, mientras yo llamaba por señas a Ada para pagar la cuenta.

—Veremos —dije sonriendo.

Nadie llamó jamás a La Casa del Águila por otro nombre que "la casa de la señora Doubleday". La casa era una gran residencia levantada sobre un terreno alto, y constituía la mayor mezcolanza arquitectónica que yo haya visto. Durante años y años los dueños sucesivos añadieron y alteraron, sin tener en cuenta la forma. Al edificio original de cuatro pisos, que tuvo pretensiones de ser georgiano, un propietario de gusto poco convencional añadió dos alas con techo de tejas, y garages en la planta baja. Otro, que creía en el estilo clásico, construyó una entrada con pilares, lo cual me hacía creer, cuando pasaba por debajo de ella, que estaba entrando en la estación de Euston. El amplio jardín con terrazas me recordaba a Shanty Town. Unido a la casa por el sendero cubierto que partía de un invernadero, había una sólida construcción de latones dedicada a los billares. Por otro camino cubierto, se llegaba a una empalizada de madera donde se jugaba al tenis y al blanco con flechas; más allá, se levantaban construcciones aun más feas: la choza para guardar herramientas, la carbonera y el taller. A un lado de la cancha había una gran casa de verano, traída, supongo, de Hyde Park después de la Gran Exhibición; en el fondo del jardín, o tal vez debería decir en lo alto del jardín, detrás de los canteros de legumbres, estaban los gallineros.

Se llegaba al establecimiento por la calle de Friday, y se entraba por una puerta en medio de los pilares, que sostenían águilas de piedra; una de esas águilas era acéfala. El camino con gramilla se dividía y rodeaba un cantero circular, donde se levantaba una araucaria, conocida con el nombre familiar "el juguete del mono".

El interior de la casa, aunque sencillo en el diseño general, encerraba algunas sorpresas. A causa del declive sobre el que se levantaba el edificio, el primer piso del frente se convertía en planta baja en la parte de atrás. Y había, además, demasiadas puertas. Mi propio dormitorio tenía dos puertas, una que conducía a la escalera principal, y la otra, bajando un par de escalones, a una de las alas del edificio, que se hallaba un poco por debajo del nivel de los pisos principales.

Además, estaba la señora Doubleday.

La cuenta que yo recibía al terminar cada semana indicaba tímidamente que el nombre de pila de la señora Doubleday era Celia. Era una mujer muy bondadosa, pero carecía de belleza. Era baja y gruesa, con un cuello tan corto que parecía continuación de la barbilla, y que le daba semejanza con una foca. Llevaba lentes con aro de acero, y siempre vestía de negro. Aunque andaba cerca de los sesenta, recorría la casa como una colegiala, dando frecuentemente la impresión de estar en dos lugares al mismo tiempo. Por ejemplo: después de asegurarle que yo tenía todo lo necesario, la dejaba al final de un corredor… y, al llegar al otro extremo, la encontraba otra vez, que me decía:

—Ya sabe, si necesita algo, pídalo, señor Tudor.

Muchas veces me pregunté si la casa estaba llena de puertas secretas.

Era una perfecta ama de casa. Jamás marchó nada mal…, por lo menos en lo que se refiere a los huéspedes. Las comidas eran buenas y abundantes. No había restricciones: podíamos entrar y salir cuando lo deseábamos. Había cantidad de ceniceros en los dormitorios. Los timbres funcionaban. Había agua caliente en las canillas. Y no existían carteles que comenzaran con: “Se ruega a los visitantes…”

Lo sorprendente era que la señora Doubleday no parecía dormir jamás. Si llegábamos a las dos de la madrugada —cosa que ocurría con frecuencia — encontrábamos leche caliente, y hasta tocino y huevos si teníamos apetito. Sus ayudantes eran pocos: un par de doncellas, una lavandera… y Hobson.

Archibald Hobson merece un párrafo aparte. Era difícil decir su situación exacta en la casa. Encargado, sugiere una limitación de actividades, porque, además del común conocimiento de jardinería, radio,

carpintería, electricidad y automóviles, Hobson poseía un don natural que sólo se puede expresar con las palabras que el viejo Charley me dijo en el restorán "El Racimo de Uvas": ''Déjelo por mi cuenta, señor." Cualquier cosa que se necesitara, aunque fuera una cosa rara, Hobson podía hacerla. Cuando no se podía conseguir un boleto de entrada al hipódromo de Southmouth por vías ordinarias, Hobson conseguía cuatro entradas; cuando una tempestad había derribado millas de postes telegráficos, Hobson podía conseguir un llamado desde Escocia. Una vez Jack Gough dijo que si se le pedía a Hobson un diccionario chino, o un par de agujas de tejer hechas con un sacacorchos, él conseguiría todo en diez minutos. Hobson era pequeño, flaco y de facciones agudas. Fabricaba sus propios y sucios cigarrillos y siempre usaba una gorra (se suponía que hasta dormía con ella). Año tras año usaba siempre el mismo traje color castaño, con una especie de condecoración en la solapa. Sus bolsillos estaban llenos de piolines, aisladores eléctricos, instrumentos, clavos, tornillos, nueces y cerrojos. Su mujer estaba en un asilo de locos, y sin embargo, jamás lo vi con cara triste.

Era natural que Tiddler viniera a vivir con nosotros, en casa de la señora Doubleday. Se encontró un cuarto para él en el piso de arriba del que yo habitaba. La señora Doubleday le echó una mirada, comprendió lo que pasaba y se embarcó en una tarea que denominó "reconstruirlo". Ya he mencionado su gran hospitalidad, pero el trato que daba a los otros no era nada comparado con el que dió a Tiddler. La atractiva apariencia de él y sus modales alegres la conquistaron enteramente; se convenció además de que Tiddler era incapaz de hacer mal. Jack Gough dijo unas semanas después, con una feroz burla en su fea cara, pero sin malicia en su generoso corazón:

—Tiddler es ¿saben ustedes? el ángel de Celia.

Esa noche, antes de comer, yo presenté a los demás a Tiddler.

El comedor de la casa de la señora Doubleday consistía en dos habitaciones convertidas en una, y ocupaba toda la extensión de la casa. Ambas habitaciones tenían mesas, pero generalmente sólo se utilizaba la parte del frente; la otra, deprimente porque estaba virtualmente bajo tierra y miraba hacia el fondo, estaba cerrada con cortinas. La señora Stoneham y su servil señorita Tearle compartían una mesa pequeña, mientras el señor Garnett comía en silencio (en silencio en lo que se refiere a la

conversación), en una mesa solo. De común acuerdo el resto de nosotros —Myrna Ashwin, Jack Gough, Mortimer Robinson y yo— ocupábamos una gran mesa junto a la ventana.

Se le hizo sitio a Tiddler al lado de Myrna. Mortimer Robinson se sentaba en un extremo, yo en el otro, y Jack Gough, de espaldas a la ventana, disfrutó bajo el nuevo arreglo de todo un lado para él. Tal vez "disfrutó" no sea la palabra exacta.

La conversación, como siempre en aquellos inquietos tiempos, se volvió hacia los asuntos internacionales. Sus majestades, el rey y la reina, estaban en el Canadá; y Myrna expresó un ferviente deseo de que regresaran sanos y salvos.

—Sí —asintió gravemente Mortimer Robinson—, antes que estalle la tormenta.

—¿Cree usted que habrá guerra? —preguntó ella.

Jack gruñó desdeñosamente:

—¡Claro que no!

—Temo no estar de acuerdo con usted —dijo Mortimer Robinson—. Hitler no se detendrá en Memel. Estoy seguro que se propone la conquista de Europa y el dominio total del mundo.

—Eso es demasiado —protesté débilmente.

—Tal vez lo sea, pero todo parece indicarlo. Estaba ya preparado a hacernos la guerra en agosto del año pasado. El acuerdo de Munich sólo ha detenido el conflicto. Él *debe* luchar contra nosotros para obtener lo que desea. La alianza militar con Italia a principios del mes pasado es muy significativa. Por mi parte no me sorprendería que hiciera un pacto de no agresión con Rusia.

— *¡Rusia!*—se burló Jack—. Están amenazando a los rusos. ¿No recuerdan el pacto del anti-Comintern, con Japón, Italia y España?

—¿Y no recuerdan el acuerdo naval con Gran Bretaña?—respondió Mortimer Robinson—. Uno es tan fácil de denunciar como el otro. Si Rusia se retrae, Alemania podrá entonces atacar a Danzig y a Polonia. Luego, con la ayuda de Italia…

Lo interrumpí.

—No recibirá mucha ayuda de ese lado. Italia tiene demasiadas cosas entre las manos. Además, ya sabemos por experiencia propia, que no es gran cosa como aliada. Ridpath podrá decirles algunas cosas sobre los italianos.

Desde el principio de la discusión Tiddler había permanecido extrañamente silencioso. Yo dije la última frase para interesarlo en la conversación.

—Son malos soldados —dijo—, pero ingenieros de primer orden. Cuando estaba en Nápoles vi uno de sus destructores. Corría como un bote a motor.

Jack dijo duramente:

—Un poco de velocidad les será provechosa.

—No es que yo tenga motivos para querer o admirar a los italianos —continuó Tiddler—. Ellos mataron a mis padres.

Narró entonces el bombardeo de Corfú, y relató también algunas de sus experiencias cuando recorría Europa con la señora Salvester. Noté que no deseaba hablar de su situación exacta en estos viajes. Un diablillo dentro de mí me tentó a mencionarla, pero, al ver la extática expresión de Myrna mirando a Tiddler, me contuve

V

¡El Cielo nos ha concedido paz, pero no al Rey de Hungría!

Acto I, escena 2ª.

LA VIDA prosiguió en Lulverton. Tiddler perdió su expresión sufriente y se instaló entre nosotros, cumpliendo su trabajo con razonable competencia. Muriel Jones seguía haciendo buen té. Dos nuevos Hindenburgs vinieron, se quedaron un tiempo y volvieron a irse. Yo vigilaba y adoraba a Elizabeth de lejos, pero no lo demostraba. Sus majestades el rey y la reina regresaron a salvo del Canadá. Lord Halifax hizo una solemne advertencia a Alemania. América ganó cinco campeonatos en Winbledon. Ciano, Hitler y Ribbentrop tuvieron una conferencia. Myrna y Tiddler jugaron en dobles mixtos en South Down. Rusia firmó un pacto de no intervención con Alemania. El soneto *Soledades* de Jack Gough apareció en *Poemas del día*. El rey Leopoldo de Bélgica pidió la paz. La Sociedad Dramática de Lulverton realizó la primera reunión de la temporada. El presidente Roosevelt y el Papa pidieron por la paz. Lady Shawford dió su fiesta anual en Grange, y Myrna y Tiddler ganaron los premios de la carrera de tres pies y el campeonato de vals. Checoslovaquia fué ocupada por las tropas alemanas. La Sociedad Dramática de Lulverton realizó su segunda reunión y se decidió por *Medida por medida*. Alemania invadió a Polonia. El Parlamento se reunió. A las 10 de la mañana del 3 de setiembre se nos pidió por radio que esperáramos un anuncio importante a las once y cuarto.

Paul Manhow había venido a verme temprano, y estábamos todos reunidos en el vestíbulo. El tiempo era hermoso y el invierno parecía aún

muy lejos, así que la señora Stoneham tenía su silla a la derecha de la chimenea. Frente a ella, en una mesa cubierta de verde, estaba extendido su solitario; aunque generalmente fruncía el ceño al bridge o al whist toleraba los solitarios. Los permitía. Al lado de ella, con sus pobres piernas en hierros, estaba la señorita Tearle, dividiendo su atención entre las cartas y el centro de mesa que estaba bordando. De cuando en cuando, la señorita Tearle decía tímidamente: —"Ahora el seis", sólo para obtener la aguda respuesta de la señora Stoneham: —"No me apure. Justamente iba a hacerlo."

El señor Garnett, el fabricante retirado del País Negro, con su pipa humeante como el brebaje de una bruja, se sentaba en medio de la habitación, con las rodillas separadas, estudiando lentamente el contenido del *Hardware Trade Journal*. Jack Gough, sin saco, con una camisa verde, una corbata amarilla y una tricota azul, se sentaba al escritorio, con un lápiz cuidadosamente afilado en la mano y dibujaba continuamente en el papel que tenía delante un montón de sombreados cuadrados y triángulos.

Paul Manhow, Mortimer Robinson y yo estábamos en sendos sillones, discutiendo la nueva pieza teatral con suma atención. Myrna y Tiddler Ridpath, compartiendo un sofá, discutían alegres tonterías. Con frecuencia Myrna, con las manos rodeando su rodilla, echaba atrás su linda cabecita y reía.

Teníamos unos desconocidos ese fin de semana: un joven matrimonio que había llegado la noche anterior en motocicleta. Estaban recorriendo Downshire y los condados del sudoeste, y tenían pensado irse inmediatamente después del desayuno; pero la motocicleta se descompuso y no quiso marchar. El marido estaba ahora afuera, arreglando pacientemente el arranque. La mujer, sentada con nosotros; vestía un saco de cuero azul, pantalones azules, zapatos de taco alto y una boina roja con un broche al frente. Leía una barata revista femenina y fumaba gran cantidad de unos pequeños cigarrillos que se vendían al precio de diez por cuatro peniques; desparramaba la ceniza alrededor de ella como si fuera la buena simiente de la tierra. De tiempo en tiempo, miraba el brillante reloj de su muñeca y entonces deshacía la colilla de un cigarrillo manchado de rojo en el cenicero que tenía a su lado. Yo compadecía al sudoroso individuo de afuera, porque

el mal genio de ella era del peor tipo: el mal genio que carece de inteligencia.

Me incliné hacia Paul.

—¿Le gustaría estar casado con ésa? —murmuré.

Él se estremeció tan violentamente que Mortimer Robinson preguntó el motivo. Se lo dije y él sonrió.

—Ella me recuerda —dijo— a una mina magnética. Atractiva, pero muy peligrosa.

Así, pues, éramos allí diez personas.

—Me pregunto —dijo Paul— cuántos miles de personas están sentadas de la misma manera, esperando.

—Durante años hemos tenido la guerra a la puerta —dije— pero, no sé por qué, parece lejana esta mañana. Tal vez no estalle.

Paul hizo una mueca y dijo con su lenta voz:

—¡Optimista! Dicen que si hubiéramos mostrado claramente nuestras intenciones a Alemania en 1914 no habría habido guerra. Dios sabe que esta vez las hemos manifestado, lo que no ha impedido que Alemania invadiera a Polonia. El huno irredento. Desde 1918 sólo han esperado ganar aliento. Todavía están fijos en el *Drangnach Osten*, y sueñan que sus malditos *Tag* están tan vivos como en 1914.

Mortimer Robinson dijo:

—Paul tiene razón. Los alemanes son un pueblo testarudo. Son el *Herrenvolk*, los señores, y deben seguir su camino. Sir Neville Henderson pierde el tiempo. La palabra "compromiso" no tiene equivalente en el idioma alemán.

Junto a la chimenea la señora Stoneham protestó impaciente y deshizo el solitario.

—La doctrina de la fuerza bruta —contestó Paul— ha sido predicada por ese gran fiasco, Nietzsche. La Voluntad de Dominio, la Moral Fuerte, la Transmutación de los Valores…, *eso* es la mentalidad germana. La Sociedad actual es un negocio de los ineficientes. Debe ser destruida, dicen Nietzsche, César, Napoleón, Alejandro, hombres que la única ley que reconocen es su propia voluntad…ellos son los que importan. La piedad y la caridad conservan a los incapaces a costa de los capaces, así que no

deben existir piedad ni caridad. Todo se inclina ante el poder. Estamos contra eso, hijo mío.

La mujer de la boina encendió otro cigarrillo. Afuera su marido todavía pateaba la muerta máquina. Myrna rió dichosamente y dijo:

—No sea ridículo.

La voz de Tiddler respondió:

—Lo digo seriamente.

—Nietzsche —dije yo— puede ser el filósofo mimado de los nazis, pero no todos los alemanes son pro nazis y, por lo tanto, no son pro Nietzsche. Chamberlain ha dicho claramente que nuestra guerra no es contra el pueblo alemán.

Paul protestó:

—Como diría la señorita Lark, Vaughan, eso es farsa. Es probable que no a todos les importe Hitler, pero los hunos lo apoyan firmemente. Si él no fuera el jefe, ellos encontrarían otro…, algún otro que los llevara a la tierra prometida, donde habrá mucha cerveza y salchichas, y a todo buen alemán se le permitirá poner el pie sobre un *Englisch Schweinehund*.

—Pese a todo —dije sonriendo—, todavía confío en el último momento.

—En otras palabras —dijo Paul—, un segundo Munich. No queremos eso. Si nos dicen que hemos cedido una vez más, empezaré a creer que somos decadentes. ¿Qué esperamos, Vaughan, en nombre de Dios? Greenwood dijo el otro día en la Cámara de los Comunes que lo perturbaba mucho que todavía no hubiéramos hecho nada. Y él no es el único que piensa así.

Mortimer Robinson lanzó una mirada al reloj.

—Pronto sabremos a qué atenernos —dijo—. Dentro de diez minutos.

Tiddler se puso de pie.

—¿Le importa a alguien que toque el piano? —preguntó.

—Claro que no, Peter —dijo Myrna desde el sofá.

Yo no estaba seguro de estar de acuerdo. La cálida música de Tiddler parecía fuera de lugar en aquella hora cero. Pero el juego de la señora Stoneham parecía volver a iniciarse, y como ella, que era el árbitro, estaba demasiado ocupada para oponerse, Tiddler fué hacia el piano.

—¡El bueno de Nerón!—murmuró Paul, y añadió, con un relámpago de ingenio—: ¡Jugando mientras arde Roma!

La señora Stoneham extendió las cartas y comenzó un nuevo solitario. El señor Garnett y la Boina Roja todavía leían sus periódicos, ella tapándose la cara con el suyo, que tenía doblado al medio; su aspecto era el de un granujilla. Él con el suyo a la distancia de toda la extensión del brazo, y totalmente desplegado, Jack Gough había dejado de dibujar cuadrados y triángulos, y permanecía con ambos codos apoyados sobre la mesa, con los dedos metidos entre sus despeinados cabellos arenosos. Mortimer Robinson se había puesto de pie y caminaba lentamente por el cuarto, recogiendo ceniceros y pequeños adornos, evidentemente pensando en otra cosa.

No hubo nada discordante en la pieza que eligió Tiddler. Lentamente comenzó a ejecutar *Un día, cuando éramos jóvenes*. Un valsecito bastante popular en aquella época. Paul sacó un paquete de su bolsillo, tomó un cigarrillo, y después recordó que debía convidarme a mí. Myrna se levantó del sofá, se alisó el vestido y fué hacia el piano, a colocarse al lado de Tiddler. El prosiguió tocando. Myrna comenzó a cantar:

—Un día cuando éramos jóvenes,
en una hermosa mañana de mayo,
me dijiste que me querías,
un día cuando éramos jóvenes.

Él se volvió a mirarla y sonrió.

—Dulces cantos de la primavera,
y la música no fué nunca tan alegre,
me dijiste que me querías,
un día cuando éramos jóvenes.

Ella colocó una mano sobre el hombro de él.

—Y tú me dijiste que me amabas
y me apretaste contra tu pecho,
reímos entonces, lloramos entonces,
luego vino…

La silla de Jack Gough crujió hacia atrás en el suelo. Con su fea cara enrojecida atravesó la habitación, levantó la tapa del piano y la dejó caer

con un golpe que hizo detenerse a Tiddler, mientras todas las cueras del piano vibraban.

—¡Idiota! —gritó—. ¡No es el momento de divertirse ahora!

Con un furioso ademán de desdén que incluyó a los dos, Jack se dirigió hacia la puerta, que cerró violentamente detrás de sí.

—¡Bueno, bueno! —rió ligeramente Tiddler—. ¿Qué bicho le ha picado?

—Toca algo más, Peter —suplicó Myrna rápidamente. Su cara estaba sonrojada.

—Ya es casi tiempo de oír al primer ministro —recordó Mortimer Robinson.

Myrna corrió y prendió la radio.

Comprendimos, desde las primeras palabras del primer ministro, cuál iba a ser el mensaje.

"Esta mañana el embajador británico en Berlín entregó al gobierno alemán una nota final en la cual manifestaba que, a menos que supiéramos antes de las once que estaban preparados a evacuar a Polonia, existiría estado de guerra entre nosotros.

"Debo informarles que no he recibido tal comunicación, y que, por lo tanto, este país está en guerra con Alemania."

La señorita Tearle lanzó un ligero grito. La señora Stoneham se irguió sobre su silla. Mortimer Robinson, de espaldas a la habitación, miraba por la ventana. El señor Garnett hojeaba su periódico, pero no leía.

"Pueden ustedes imaginar qué golpe representa para mí el hecho de que toda mi larga lucha por ganar la paz haya fracasado. Sin embargo, creo que nada más ni nada diferente hubiera podido hacer."

—¡Pobre hombre! —dijo Myrna, con lágrimas en los ojos.

"Hasta último momento hubiera sido posible un pacífico y honorable arreglo entre Polonia y Alemania, pero Hitler no quiere…"

Un ensordecedor rugido ahogó la radio. El marido de la Boina Roja había puesto en marcha la motocicleta. Cuatro veces el ruido hizo un *crescendo*, mientras él abría la válvula reguladora. Después se oyó un continuo y bajo *chuk, chuk.*

"… no puede esperarse que este hombre abandone nunca su costumbre de usar la fuerza para hacer su voluntad. Sólo puede ser detenido por la fuerza.

"Nosotros y Francia estamos hoy, en cumplimiento de nuestras obligaciones, prontos a ayudar a Polonia, que resiste bravamente…"

La puerta que Jack Gough había golpeado con violencia se abrió, y el acalorado marido, sin aliento, se precipitó en el cuarto.

—¡La arreglé! —gritó.

—Era tiempo —gruñó la mujer y, poniendo la revista en el bolsillo de su saco de cuero, atravesó el cuarto, proclamando, en cada paso que daba, que creía, valer más que nosotros.

"Y ahora que estamos resueltos a terminar con esto, estoy seguro que cada uno de ustedes desempeñará su parte con calma y con valor. Es contra el mal que estamos combatiendo: contra la fuerza bruta, la mala fe, la injusticia, la opresión y la persecución y, contra ellas, estoy seguro…"

Perdimos el resto del discurso, porque la motocicleta empezó otra vez a bramar. Permanecimos frente a la radio mientras ellos se ponían en marcha. Con frecuencia me he preguntado desde entonces si aquel matrimonio sabía que estábamos en pie de guerra.

Las últimas palabras murieron en la radio. Entonces:

—Bueno, ha sucedido —dijo Paul Manhow.

—Pobre Chamberlain —dijo Myrna—. Es peor para él que para cualquiera de nosotros.

—Parecía tan triste —asintió la señorita Tearle— y tan decidido al mismo tiempo.

Era casi imposible que la señora Doubleday abandonara la cocina un domingo por la mañana y, sin embargo, allí apareció con su delantal blanco.

—¿Ha ocurrido? —preguntó, y nosotros la informamos—. Bueno —dijo ella, y serenamente regresó a la cocina.,

—Esto es el fin de todo —decidió la señora Stoneham, mientras barajaba las cartas.

Mortimer Robinson no se había movido de la ventana, pero ahora se volvió. Había algo desusado en aquel hombre tan tranquilo: una luz en sus dulces ojos grises.

—No, señora Stoneham —dijo—, esto no es el final. Es el principio. Ha habido demasiada quietud…, demasiado apaciguamiento. Nunca he sido soldado. Soy, como Chamberlain, un hombre de paz, pero ahora que la guerra ha estallado, estoy contento. —Hizo una pausa antes de añadir: — Y orgulloso.

—¡Vamos, vamos!—dijo Paul—. Los ingleses no han intervenido en tanto tiempo portándose como caballeros.

Oímos un sonido que nos estremeció a todos. La nueva sirena de lo alto de Beastmarket Hill nos prevenía.

—*¡ Vienen!* —murmuró la señora Tearle.

El viejo señor Garnett rompió su largo silencio.

—¿Qué esperaba usted que hicieran? —rugió, y volvió a sumergirse en el *Hardware Trade Journal*.

—¿Quién baja a los sótanos? —preguntó Tiddler.

—Si me buscan —dijo la decidida voz de la señora Stoneham—, me encontrarán aquí.

Myrna dijo:

—Yo nunca he estado en los sótanos.

Tiddler se inclinó, con burlona cortesía.

—Entonces permítame que la acompañe —sugirió, ofreciéndole su brazo.

Ellos se fueron, pero el resto de nosotros permaneció donde estábamos. Uno solo bastaba para llevar a Myrna a los sótanos.

—Yo no soy entrometido —dijo Paul después de un momento.

—¡Tan linda pareja!—murmuró la señora Stoneham—. Los vi en el jardín la otra noche. Era una visión hermosa.

En el momento en que la sirena anunciaba que el peligro había pasado, entró Jack Gough. Parecía avergonzado.

—Lamento mi actitud —dijo, dirigiéndose a todos en general—. Pero estaba un poco harto. Yo… —vaciló un momento—, yo no creía que fuera ése el instante apropiado para oír música acompañada de canto.

—Yo mismo lo encontré un poco inadecuado —asintió Mortimer Robinson.

—¡Tonterías!—dijo agudamente la señora Stoneham—. Era una canción muy bonita, y la señorita Ashwin la cantaba muy bien.

Realmente no defendía a Myrna, sino a Tiddler. El parecía provocar ese efecto en las mujeres, fuera cual fuere la edad de ellas. La señora Doubleday, la señorita Tearle, la señora Stoneham… todas sentían devoción por él. Si se trataba de una manifestación del instinto de maternidad o de otra cosa, no hubiera podido decirlo. La única mujer con quien él no se entendió, que yo supiera, fué con la señora Salvester, la viuda del rey de las arvejas cocidas.

—De todos modos —dijo Jack torpemente—, pido disculpas. Espero no haber dañado el piano.

Marchaba hacia el instrumento cuando la señorita Tearle dijo:

—Es una pena que usted perdiera el discurso del señor Chamberlain. Será histórico.

Él se detuvo de golpe.

—¡Ah, sí! ¿Y qué dijo?

La voz de la señorita Tearle fué estentórea.

—Estamos en guerra con Alemania.

—¿De veras? —preguntó Jack distraídamente—. ¿Dónde están Myrna y Ridpath?

Contesté:

—Probablemente, marchan hacia el sótano. Fueron a inspeccionar el refugio antiaéreo.

—La versión moderna de "ven al jardín, Maud" —replicó Jack con una amargura desconocida en él, volviendo su atención al castigado piano.

La guerra iba a influir inmediatamente sobre mis negocios, y decidí hablar con Tiddler después de almorzar. Pero no pude encontrarlo por ninguna parte. Luego recordé que, el día antes, me había pedido prestado mi coche para esa tarde. Yo leía el *Sunday Times* en el jardín cuando Jack Gough se dejó caer en la silla vecina a mí. Desde la casa llegó el ruido de las notas del piano. Alguien procuraba ejecutar *Un día, cuando éramos jóvenes* con un solo dedo, sin lograrlo.

—¿Quién es ese Paderewski? —pregunté a Jack, en el momento que se sentaba.

—Myrna.

Encendió un cigarrillo.

—¿Haces algo esta tarde, Vaughan?

—Sólo espero el comienzo de la guerra. ¿Por qué?

—Pensé invitarte a pasear en la Campanilla Azul. Lo preparé ayer y quiero probarlo con Cowhanger.

—¿Una invitación suicida, eh? —dije riendo—. Bien, acepto.

Campanilla Azul era la cosa que Jack más quería, o una de las que más quería. Había comenzado siendo un automóvil Austin-Seven abierto, de dos asientos, pero se le había añadido y quitado tanto, que se prestaba a la descripción que de él hacía Jack: una mezcla de Hispano-suiza y de caja de jabones. Era una "voiturette" muy incómoda y, como muchas de su sexo, muy caprichosa.

Con Jack en el volante, dejamos la casa de la señora Doubleday como una ametralladora y nos dirigimos hacia Cowhanger Hill.

La verdadera prueba no era Cowhanger, que no es una colina demasiado empinada pues gira continuamente por South Downs, sino un camino que conducía más lejos, y que trepaba entre una fila de hayas, con pendiente en aumento. Era éste un punto de reunión popular, no sólo para los dueños de coches, sino para los que se divertían al ver a éstos en dificultades.

Jack salió del camino principal y lanzó a Campanilla Azul por la barranca. Ella respondió bien hasta que llegó a un extremo —el *post asinorum* de la colina—, donde, guerra o no guerra, había una multitud estacionada. Mientras la maquinita de Campanilla Azul rugía magníficamente, Jack la hizo doblar en el extremo; y allí, allí, delante de nosotros venía un gran auto barato, deslizándose en una serie de saltos lentamente hacia la derecha, mientras su radiador lanzaba humo como una caldera. Un hombre gordo, de cara roja, con un sombrero aplastado, luchaba desesperadamente con los frenos, mientras tres grandes y angustiadas mujeres miraban ansiosamente sobre sus hombros. Los espectadores reían divertidos: para eso habían venido aquí.

—¡Condenación! —gritó Jack salvajemente.

Apretó el volante para deslizarse entre el automóvil y el banco de césped, pero apenas había espacio para ello. El frente de Campanilla Azul

se estrelló contra el banco, y su máquina se detuvo.

—¡Condenación! —volvió a gritar Jack, y empujó el freno de mano.

El otro coche, con su máquina imprudentemente apagada, nos pasó y se deslizó hacia abajo por la colina, ante la ruidosa diversión de la gente. Cuando pasaron frente a nosotros las mujeres chillaban como ratas, mientras el hombre les aseguraba que todo estaba en orden. Jack puso otra vez en marcha la máquina de Campanilla Azul y aceleró, sincronizando la acción con el freno de mano. Pero Campanilla Azul había sido golpeada y no podía moverse. El coche gritó desafiante y después estalló su poderoso corazón.

—¡Sirve como tenazas, hombre —gritó un individuo groseramente—, pero como un auto no sirve!

Jack fué lo bastante educado como para reírse, y el público perdió entonces interés en nosotros. No podían dedicar su tiempo a los que sobrellevaban fácilmente sus cuitas. No teníamos espacio para doblar, así que no nos quedó otro remedio que seguir el ejemplo del otro coche. Si el gordo chófer no hubiera elegido esa tarde para mostrar la capacidad de su auto para trepar montañas, Campanilla Azul hubiese demostrado su competencia. Hubiéramos continuado el paseo y no habríamos regresado a Cowhanger. No nos hubiéramos visto tan terriblemente cerca de un feo accidente, y yo no habría tenido tantas cosas que pensar.

Evidentemente, el conductor del otro coche distaba de ser un experto. Parecía no saber de qué modo había que manejar el volante cuando se marchaba hacia atrás, y descendió la colina en zigzag, apretando los frenos al final, como lo hacía en cada curva. Nuestro descenso, gracias a Jack, pareció mucho menos un espectáculo de “music hall”. Descendiendo, casi alcanzamos al otro coche. Yo me había dado vuelta en el asiento para ver adonde íbamos, y Jack manejaba con una mano a Campanilla Azul. Cuando llegamos el pie de la colina el hombre gordo no se detuvo, sino que siguió hacia atrás, hasta el camino principal. La bocina de otro coche aulló furiosamente, y el vehículo, a toda velocidad, tuvo que hacer una curva para evitar el armatoste, que sólo no lo rozó por unas pulgadas. El coche, como consecuencia de la maniobra, casi trepó sobre el banco de césped, pero logró enderezarse y proseguir su camino sin detenerse. Yo tuve el tiempo

justo para identificar al conductor, cuyo brazo izquierdo apretaba a una muchacha que se acurrucaba contra él.

Jack tomó aliento y después respiró con alivio.

—¡Se salvaron por casualidad! —dije—. ¿Reconociste al conductor?

—Es tu amigo Ridpath —dijo Jack.

—¿Quién iba con él? —pregunté torpemente.

—Greta Garbo —gruñó él.

VI

Dos veces han sonado las trompetas.

Acto IV, escena 6ª.

NOS DETUVIMOS dos o tres millas después para fumar un cigarrillo, porque no era placer hacerlo detrás del débil parabrisas de Campanilla Azul, a la velocidad favorita de Jack, que era a todo lo que el coche daba. La tarde era gloriosa, todo parecía tranquilo y en calma; ambos dijimos poco al principio, pues estábamos sumergidos en nuestros pensamientos. Finalmente Jack, que se había echado sobre el pasto con las manos en la nuca, dijo súbitamente:

—Hace tiempo que deseo hablar contigo, Vaughan.

Yo estaba sentado contra un árbol, con el sombrero echado sobre los ojos.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Sobre qué?

—Se trata de Myrna… Probablemente has adivinado lo que siento por ella. Hace dos años que la sigo, como un perro. Sé que parezco una de las gárgolas de Notre Dame, y los niños huyen gritando a buscar a sus madres cuando me ven, así que no espero que las mujeres se peleen por mí. Probablemente por eso nunca me importó mucho de ellas…, hasta que encontré a Myrna… No puedo… pensar en otra cosa, Vaughan… Ella hace…, sé que es una manera tonta de decirlo, pero hace que esté físicamente hambriento, como si no hubiera comido en una semana… Sin embargo, cuando estoy en el mismo cuarto que ella, desearía estar en otra parte… el mismo sentimiento que experimento en una casa vacía, o cuando voy a descomponerme del estómago.

Se irguió sobre un codo para apagar la colilla de su cigarrillo contra el pasto.

—Lamento estas confesiones —prosiguió, dejándose caer otra vez—. Debe ser incómodo para ti, pero tú eres casi amigo mío y necesito desesperadamente que alguien me aconseje… Al principio ella no me miraba, o sólo lo hacía con fascinado horror, como si yo fuera Drácula o un cocodrilo. Después, mucho tiempo después, mis maneras le hicieron comprender que yo no era tan monstruoso como parecía, porque se hizo muy amiga mía, de una manera impersonal, es cierto… Yo comprendí mis ventajas volviéndome una especie de animal dormilón, y ella se acostumbró a que yo estuviera siempre presente. Yo hacía pequeñas comisiones, arreglaba los libros en su biblioteca y mataba arañas en el baño…, pues fué todo lo que se me pidió al principio. Ella es un diablillo independiente, y muchas de sus frases, al comienzo, no eran halagadoras; pero dejó que la llevara al cine de cuando en cuando, y salió conmigo a pasear en Campanilla Azul.

Saqué un cigarrillo y me erguí para encenderlo.

—En el mes de mayo, Ridpath apareció en escena. Yo todavía hago comisiones y cambio los libros en la biblioteca, pero él tiene el gran papel de matar arañas en el baño. Él es hermoso y encantador. Parece sir Lancelot, un modelo de caballerosidad y de valor. Yo era como algo desagradable traído por el gato. Ella empezó a ir al cine con *él*. Cuando él pidió prestado tu coche, fué para sacarla a ella de paseo. Campanilla Azul no era bastante buena, nosotros parecíamos unos espantapájaros y espantábamos a todos.

“Hice el tonto esta mañana golpeando el piano. Eso me quitaba todo. Y me enloquecí cuando él empezó a mirarla de aquella manera posesiva. Después de almorzar hoy, la arrinconé en el vestíbulo, le pedí perdón humildemente y la invité a tomar conmigo el té. Ella sonrió dulcemente y dijo que tenía que escribir unas cartas…, y después fué y tecleó ese atroz vals, hasta que Ridpath llegó con tu coche, y la invitación fué bienvenida. Anoche ellos paseaban por el jardín. El la abrazaba. Yo no espié. Oí los comentarios.

Súbitamente se sentó.

—¿Qué puedo hacer, Vaughan? ¿Someterme o luchar? Si ocurre lo primero, deberé dejar la casa de la señora Doubleday y la sociedad teatral.

—Realmente no sé qué decir —admití—. Hay dos clases de amor…, me refiero al amor respetable, al que culmina en boda y al otro, al que termina cuando una de las partes comprende que el matrimonio sería un fracaso. No te ofendas si lo pregunto, pero ¿cuál es tu caso?

—No ha habido caso. Jamás hemos llegado a hablar de amor. Yo no he tenido valor para empezar. Si tu amigo Ridpath no hubiera aparecido, probablemente yo me le habría declarado ahora.

—Entonces, déjame que te lo diga brutalmente, Jack. El hecho de que la llevaras al cine y a pasear en auto no es lo que modernamente significa un entendimiento. Ella era libre. Tiddler Ridpath apareció…, y entró en la vida de ella. Comenzó a ir con él de paseo, en vez de ir contigo. Se sintieron atraídos el uno por el otro…

Hice una pausa para que dijera algo, pero él sólo miraba los declives, iluminados por el sol.

—¿Comprendes qué quiero decir? —terminé lamentablemente.

Se volvió hacia mí.

—¿Quieres decir que no me quiere, que nunca he significado nada para Myrna, que la pareja debe casarse porque está enamorada, que lo único que puedo hacer es ir a la boda, y tirarles *confetti*, y emborracharme en la recepción?

—Más o menos —asentí.

—En teoría, Vaughan, tienes razón. Debo aceptar mi destino como un oriental e ir al África y hacerme matar por un león. Pero no tengo ganas de hacerlo. Myrna significa para mí más que todo en el mundo… y no es un amor de perro, aunque he dicho veinte veces que es así…, y creo que ella se precipita. Hace cosas de las que se arrepiente después. Más de una vez me ha insultado y me ha pedido perdón luego, con lágrimas en los ojos. ¿Por qué este asunto con Ridpath no puede ser una cosa accidental? Estoy completamente seguro, Vaughan, de que antes que él viniera a casa de la señora Doubleday, Myrna empezaba a cambiar conmigo. Reía *conmigo*, y no de *mí*. Nos hacíamos bromas secretas. Empezaba a tomar la costumbre

de tomarme del brazo cuando salíamos del cine, en lo oscuro… Empezaba a llamarme “querido Jack”.

Creí que había terminado de hablar, pero después de un momento añadió:

—Vaughan, comprendo que Ridpath es amigo tuyo, pero ¿qué sabemos de él?

—Él y yo fuimos juntos a la escuela.

—La mayoría de los canallas de la historia fueron a la escuela con alguien.

Me apresuré a defender a Tiddler.

—Es un gran tipo. Cuando digo que fuimos a la escuela juntos, quiero decir que éramos amigos.

—¿Y siguieron siendo amigos?

—No, no, exactamente. Hasta que él apareció en el mes de mayo, yo no lo había visto durante años.

—¿Cómo puedes conocerlo entonces? Naturalmente, tienes que defenderlo…, yo haría lo mismo en tu lugar… Pero, ¿hago bien en dejarle el campo libre? ¿Debo abandonar a Myrna cuando más debería protegerla? Ridpath sabe tratar a las mujeres. ¿Cómo puedo saber que no está jugando con Myrna? Sir Lancelot, ¿sabes?, no era un modelo de caballería. Es verdad que se destacaba en los torneos y que fué en busca del Santo Grial, pero no se portó muy correctamente con Guinevere, la mujer de su mejor amigo.

—Si todavía me pides consejo —le dije—, sugiero que, por ahora, dejes las cosas como están. Si realmente están enamorados se comprometerán, pero, si se trata de algo pasajero, Myrna tendrá bastante cabeza como para detenerse.

Jack Gough se puso de pie y me miró.

—Las cosas pueden ir muy lejos —dijo, caminando hacia Campanilla Azul.

La tarea no me agradaba, pero pensé que era mi deber hablar con Tiddler. Cuando subíamos a acostarnos esa noche, lo invité a pasar a mi cuarto para fumar un último cigarrillo. Esa tarde fué Jack quien inició una conversación molesta. Ahora me tocaba a mí, y yo vacilaba.

—¿Estás enamorado de Myrna, verdad, Tiddler ? —pude preguntar, después de varios intentos fallidos para comenzar.

—La quiero como a una hermana —contestó ligeramente y sin vacilación.

—¿No es más que eso?

—¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Como andan ustedes siempre juntos.

—¿Y qué hay con ello, Turtle? Muchas veces salimos juntos, pero eso no quiere decir nada. Ya no vivimos en tiempos de la abuela. ¿Es necesario anunciar nuestro compromiso en el *Telegraph* antes de sacarla a pasear?

—Mira, Tiddler —dije agudamente—, no me gusta intervenir en tu vida privada, pero aquí debe arreglarse algo…

El empezó a hablar, pero yo lo interrumpí.

—Puedes decir que no te has dado cuenta de ello, pero Myrna está locamente enamorada de ti. ¿Sientes tú lo mismo? No te pido que me contestes, pero, si la respuesta fuera "no", decentemente, no puedes seguir como hasta ahora.

Él sonrió afectuosamente.

—¡El viejo y recto Turtle! —dijo.

—No se trata de rectitud. Myrna es una chica muy sensible, y si lo único que haces es divertirte con ella, eso debe acabar.

—¿Y quién va…?—Se interrumpió, y dijo en lugar de lo que iba a decir: — ¿Quién dice que juego con ella?

—¿No estás jugando?

—No. Esto es lo peor de un pueblo. Simplemente porque algunas veces la he llevado a bailar…

—No seas tonto, Tiddler, es mucho más que eso. ¿No crees que sea un secreto tu amistad con ella, verdad?

—No debes creer todo lo que oyes, Turtle. Myrna y yo somos buenos amigos. Todo está a la vista, viejo.

—Los vieron a ustedes en el jardín la otra noche.

—¿Así que el pobre Calibán nos ha espiado?

—Fué la señora Stoneham quien los vió. Dijo esta mañana que Myrna y tú eran una pareja perfecta.

—Es una señora muy amable.

—No hagamos ironías, Tiddler. Escucha un momento: antes que tú llegaras a casa de la señora Doubleday, Myrna salía con Jack Gough.

—¡Ese bruto!

—No es un bruto…, y tú lo sabes tan bien como yo. Antes que tú vinieras, ellos salían juntos. Fueran los que fueren los sentimientos de ella, él la adoraba… y todavía la adora. Ahora —me incliné hacia él—, si le pides a Myrna que se case contigo, ella aceptará. Y Jack, como es un hombre bueno, no intervendrá.

Lo amenacé con el dedo, y él hizo una mueca.

—Pero si piensas divertirte con ella mientras a ti te convenga, deberás atenerte a las consecuencias.

—¡Vamos, Turtle! ¿Por qué quieres que todo sea tan infernalmente serio? Me conviertes en un destructor de hogares. Yo no puedo pensar en casarme todavía, y tú lo sabes muy bien. No podría ofrecerle a Myrna un hogar cómodo. ¿Tendré que ser un ermitaño hasta que gane quinientas libras al año?

—Tiddler —dije—, contesta esta pregunta: ¿Le has hablado a Myrna de matrimonio?

—Una o dos veces hemos hablado de eso, de una manera general.

—¿Le has dicho alguna vez que cuando tuvieras más dinero te casarías con ella?

—Vamos —protestó riendo—, esta hora de la noche no es para hacer preguntas.

—¿Lo has hecho? —insistí.

La respuesta fué dicha de mala gana.

—Sí, creo que sí.

—¿Y piensas cumplir tu palabra?

Instantáneamente se puso de píe.

—¡No te metas en lo que no te importa! —gritó.

Su hermosa cara estaba endurecida mientras caminaba por el cuarto. Se detuvo con el picaporte de la puerta en la mano, se volvió, y lentamente caminó hacia mí.

—Lo siento —dijo tranquilamente—. No debería haber hablado así.

—Está bien —le contesté.

Fué un placer que desapareciera la mueca de su cara.

—Lo siento —repitió, sentándose en la cama—. Tengo demasiados motivos de agradecimiento contigo para gritarte. La primavera última me sacaste de la peor…

—Dejemos eso —le interrumpí.

—Sé que hablas como un viejo tío para que yo no haga el tonto.

—No pienso tanto en ti como en Myrna y en Jack Gough —dije rudamente—. Si no tomas en serio a Myrna estás jugando con un fuego muy peligroso.

—Oye, Turtle, quiero ser sincero contigo. Aunque por naturaleza soy voluble, empiezo a estar preocupado. Al principio todo marchaba muy bien entre Myrna y yo. Nada era serio. Caras frescas y la luna de junio. Después… ella empezó a ponerse sentimental…, y una tarde, en la playa de Southmouth, con la escollera encendida y el aterciopelado cielo sobre nosotros, como un telón para el romance, yo también me puse sentimental. Le dije entonces muchas cosas…, y todavía no sé si hablaba en serio o no. Desde entonces hemos marchado. Muchas veces yo he estado…, bueno, aburrido. Pero, otras veces, con la luna llena…

Se movió inquieto.

—Ella es para mí como una fiebre que va y vuelve. ¿Qué puedo hacer?

—Puedes dejar las cosas como están. No cabe duda que Myrna te quiere mucho, y es indudable que sería una buena esposa. Te estás poniendo viejo para ser tan voluble. ¿Por qué no te tranquilizas, Tiddler? El establecimiento de W. V. Tudor podría darte una o dos libras más a la semana.

—Turtle, eres un maravilloso tipo, y tienes razón en darme lo que la señora Doubleday llama “una buena reprimenda”. Pero déjame un poco de tiempo. Un hombre no puede casarse sin pensarlo antes un poco.

Recordé a Jack Gough, feo como un sapo y leal como un perro.

—Lo cierto es —dije—, que tú no quieres casarte con Myrna.

No hubo negativa. Él estaba sentado en la cama, con las manos enlazando las rodillas, mirando tristemente a la alfombra.

—Y si no quieres —proseguí—, ¿por qué no terminas esto?

—Porque no puedo.

Saltó, con una exclamación de impaciencia y, por segunda vez aquella tarde, su paso no fué gracioso mientras recorría el cuarto y se dirigía a la puerta. Pero no llegó a abrirla.

—Supongo —dijo sobre el hombro— que todos tenemos nuestro propio infierno. —Después, sonriendo débilmente, añadió: — Buenas noches, vieja hada madrina.

La puerta se cerró suavemente detrás de él.

Tomé algún tiempo antes de desvestirme y meterme en la cama. Estas charlas íntimas me turbaban. Aún después de media hora con mi lectura favorita para la cama: las aventuras de Winnie-ther-Pooh, del delicioso Piglet, y de la suprema creación del señor Milne, la melancólica Eeyore, no podía dormir.

El problema de Myrna, Tiddler y Jack Gough no me abandonaba. ¿Adónde iban a parar? ¿Terminaría aquello? Quizás no fuera asunto mío, pero los tres me preocupaban. Con todas sus faltas y sus debilidades, yo quería a Tiddler. Él era como un alegre perrito, que hace un agujero en la alfombra y después, arrepentido, muerde la mano de su amo. También quería a Myrna, no como a una hermana, sino como a una primita o a una cuñada joven. Era pequeña y fresca. Era bonita vestida, y… (¿no la había visto, acaso, en un llamativo traje de baño en la playa de Southmouth?) también sin llevar vestido. Tenía la picante carita y los oscuros rizos apropiados para esos fragmentos de sombreros que se compran en Bond Street. Era una conversadora brillante, con una voz argentina y muy ingeniosa. Y al igual que Jack Gough, era leal.

Sin embargo, algunas veces aburría a Tiddler Ridpath. Esto era como aburrirse con el sol primaveral o con el manantial de una montaña. *Porque no puedo*. ¿Qué quiso decir con esto? Hubiera querido decir, lo que hubiere querido decir, una cosa era cierta: él no pensaba casarse con Myrna si podía evitarlo. ¿Y qué hacer con Jack en este caso? Aunque Tiddler cortara el nudo gordiano, ¿volvería Myrna a reírse con Jack y no a reírse de él? ¿Volvería a bromear? ¿Le confiaría la destrucción de las arañas en el cuarto de baño?

Todo era muy difícil. Si Myrna tuviera una hermana melliza, las cosas se simplificarían. Entonces Jack se casaría con una de ellas, y Tiddler… ¿Qué? Me volví, pero el sueño no venía a mí… ¡Elizabeth!… ¡Cuán diferente era de Myrna! No era un danzante manantial, sino un suave y profundo río, misterioso y encantador… O un estanque… *Junto al riente, playo y soñador estanque*… Myrna y Elizabeth. ¿Quién era la mujer más hermosa del mundo? ¿Helena de Troya? No, ella no existió realmente. Ella era hija de Zeus… ¿Cleopatra? *La edad no puede marchitarla, ni la costumbre detener su infinita variedad... Si su nariz hubiera sido más corta, habría cambiado la faz del universo...* Era curioso cómo se habían dicho antes estas cosas… La nariz de Myrna era corta. La nariz de Elizabeth no era exactamente larga, sino sensitiva. Ella era un poquito más alta que yo. Alta, morena y tranquila, con una leve picardía. Una profunda y baja voz, con algo riente… Los sombreros atrevidos no eran para ella… ¿Se casaría conmigo si yo se lo pedía? ¿No sería provocar un gentil rechazo? Pero uno debe arriesgarse a veces. Al fin y al cabo, aquí no había un Tiddler Ridpath en el camino… Había que pensarlo.

Elizabeth estaría espléndida en *Medida por medida*. Isabella, con su *fuerza virginal, y severidad, y belleza*. Dura, poco comprensiva, inflexible. ¡Qué papel para una gran actriz! ¡Qué papel para Elizabeth! Pero había guerra. Probablemente, deberíamos abandonar *Medida por medida*. Probablemente me llamarían… El negocio se cerraría y probablemente no habría matrimonio con Elizabeth por mucho tiempo, aunque ella me aceptara. No habría matrimonio con Elizabeth… La vida sin ella sería atroz… Winnie-ther-Pooh… *Bueno, allí hay una cola, o no la hay. No es posible equivocarse en eso. Y la tuya no está aquí. Eso cuenta mucho* — dijo Eeyore sombríamente—. *Eso explica todo. No cabe duda... Alguien la debe haber sacado. Es muy de ellos...,* Yo corría, corría, corría…, me perseguían… Millares de ellos… me corrían con amenaza y terror y peligro en sus gritos… Yo corría…, caía…

Súbitamente me desperté. La alta sirena nueva de Beastmarket Hill nos sacaba a todos de la cama.

Todos nos reunimos en el vestíbulo, con excepción del señor Garnett y de Jack Gough, quienes anunciaron que, por lo que a ellos concernía, los

nazis podían seguir adelante. Nuestras vestimentas eran diversas. Sería poco caballeresco hablar aquí de la señora Stoneham y de la señorita Tearle; sólo puede decirse que, seguramente, habían venido aquí muy de prisa. Mortimer Robinson llevaba una bata, pero estaba fresco y alerta, como si no se hubiera acostado. Tiddler, en una bata con dragones y templos chinos, tenía el cabello revuelto, y parecía despierto y alegre. Myrna, con los ojos llenos de sueño, estaba deslumbrante en su salto de cama, y yo me alegré pensando en que él tuviera paz, de que Jack no estuviera aquí.

La señora Doubleday, completamente vestida en su traje negro habitual, entró a preguntarnos si deseábamos té. Todos asentimos. Las llamadas para prevenir de ataques aéreos despiertan mucha sed. Myrna y Tiddler se unieron a nuestro grupo junto al fuego, pero después de unos minutos, fueron al sofá y se pusieron a conversar en voz baja. Una ocasional risa alegre demostraba que el nudo gordiano no amenazaba cortarse inmediatamente.

Llegó el té y, después de la primera taza, la conversación se hizo más animada. Sólo mencionaré aquí una pequeña parte de ella. Después que todos convinimos, por la sexta vez, que la tranquilidad reinaba afuera, Mortimer Robinson dijo:

—Me resulta difícil creer que la guerra ha comenzado. Con excepción de la sirena, todo parece tranquilo como siempre. Esperaba que los alemanes lanzarían un ataque contra este país y que el cielo iba a estar lleno de aviones enemigos y de bombas.

—Es probable que estén atacando a Londres —recordé—. No olvide que estamos a cincuenta millas.

—De todos modos, estoy de acuerdo con el señor Mortimer Robinson— dijo la señora Stoneham—. Todo parece tranquilo y en calma. La señorita Tearle, la señorita Ashwin y yo hemos pasado toda la tarde cosiendo y leyendo en el jardín, y nuestro país está todavía en paz.

Toda la tarde en el jardín. Entonces *no era* Myrna quien iba en el coche con Tiddler.

*

—¿Ves todavía al doctor Pangloss? —preguntó Melpómene con algo que parecía una burla.

—¿Quién es? —preguntó Talía, que no estaba muy versada en los clásicos franceses.

—¡No te escapes!—exclamó Melpómene —. Reconoce que las cosas no marchan tan bien.

—Bueno, tal vez no —admitió Talía—, pero siempre es más oscuro…

—Yo sé el resto —exclamó Melpómene, vengándose.

VII

... él fué siempre preciso en el cumplimiento
de sus promesas.

Acto I, escena 2ª.

YO SUPONÍA que, cuando Hitler gritara "¡Adelante!", nuestra vida iba a sufrir un cambio total, pero la guerra no siguió el curso que esperábamos. Una vez sueltos los perros de la guerra se detenían, sin ánimo al parecer para soportar el hambre, la espada y el fuego. Nosotros, en Lulverton, valientemente levantamos barricadas, las apoyamos una contra la otra y procuramos persuadimos que era fosgeno y no otra cosa lo que olía como heno húmedo. Pero como el temido asalto no se realizaba, empezamos a descuidar nuestra vigilancia y a volver nuestros pensamientos a asuntos menos agobiantes.

Seis semanas después de la declaración de guerra, aburridos hasta morir en las oscuras noches, decidimos hacer otra reunión del grupo teatral. Se decidió por unanimidad seguir adelante con *Medida por medida*, y entregar las ganancias a la Cruz Roja.

Shakespeare tomó el tema de *Medida por medida* de Whesstone, quien lo había tomado a su vez de un novelista italiano llamado Cintio. No se sabe con quién estaba en deuda Cintio. Aunque la obra es bastante clara en conjunto, la versión shakespeareana es contradictoria y confusa en los detalles, como si el autor hubiera reescrito partes, sin ponerlas después en orden.

"En la ciudad de Viena —comienza Mary Lamb en los *Cuentos*—, reinaba una vez un duque de tan gentil y amable carácter, que permitía a sus

súbditos burlarse impunemente de las leyes. Había especialmente una ley cuya existencia se había olvidado, pues el duque nunca la puso en vigencia durante su gobierno. Esta ley condenaba a pena de muerte a todo hombre que viviera con una mujer que no fuera su esposa. Y como dicha ley fué olvidada por la blandura del duque, la sagrada institución del matrimonio fué descuidada, y los padres de Viena se quejaban diariamente al duque, diciendo que su hijas habían sido seducidas, y que vivían con hombres solteros."

El duque, llamado Vicentio, decide finalmente que ese estado de cosas no puede continuar, y que la antigua ley debe ser resucitada y estrictamente aplicada. Pero, al mismo tiempo, como no quiere hacerse impopular, se va a Polonia, delegando el mando en Ángelo, un hombre de reputación de santo.

La primera víctima del restablecimiento de la ley es un joven llamado Claudio, que se ha anticipado a su boda con Juliet (o Julietta, el autor no parece estar seguro del verdadero nombre), su amada. El ahora todopoderoso Ángelo sentencia a Claudio a muerte. En su desesperación, Claudio envía a su amigo Lucio (descrito entre los *dramatis personae* como un fantástico), a su hermana Isabella, a punto de entrar en un convento. Respondiendo al llamado, Isabella ve a Ángelo, para pedir por la vida de su hermano. Ángelo no cede, pero, viendo a la peticionante, le da cita para el día siguiente.

Pese al anuncio, Vincentio, el duque, no ha ido a Polonia, sino que ha regresado a Viena vestido de fraile, no sólo para ver los resultados de la proclamación, sino para vigilar al *aparente santo* Ángelo. Disfrazado, visita a Claudio en la celda de la prisión.

Isabella vuelve a ver a Ángelo, y éste, después de una noche de tormentos y de tentación, le ofrece a ella la famosa alternativa con la que tantos villanos han ofendido a las heroínas de elevados principios morales: —*Tu hermano morirá, a menos...* —Isabella rechaza la vil sugestión. Anunciando brillantemente que: — *Más que nuestro hermano vale nuestra castidad.* —Corre a la celda para preparar a Claudio a morir. — *Como el señor Ángelo tiene asuntos en el cielo* —dice ella gentilmente—, *quiere que tú seas su embajador.*

Si una expresión moderna es permisible, Claudio no soporta esto. Su punto de vista es que los espléndidos sentimientos de Isabella están equivocados. La muerte, dice él, es una cosa terrible, y cualquier pecado cometido para salvar a su hermano sería casi una virtud. Isabella se escandaliza y lo insulta. El duque los interrumpe, todavía vestido de fraile y, después de insistir en que Claudio represente un papel, traza un pequeño plan para Isabella.

Ángelo, le dice, estuvo una vez comprometido en matrimonio con una muchacha de nombre Mariana, pero la abandonó cuando la considerable dote de ésta se perdió en el mar. Mariana todavía ama a Ángelo, y la idea del duque es que Isabella acceda a la ultrajante proposición del duque, pero que sea Mariana quien lleve adelante el hecho; para que Ángelo se desengañe, pensando que su Isabella…

—Ve donde está Ángelo —*dice el duque a Isabella—,* contesta su pedido con una plausible obediencia, accede a sus demandas. Pide sólo estas ventajas: primero, el tiempo que permanecerás con él será breve; segundo, estará todo en sombras y silencio; y el lugar será conveniente.

Isabella está de acuerdo con el plan y procede, con ayuda de Mariana, a llevarlo adelante. Pero, pese a la consecución de sus demandas, el canalla de Ángelo da órdenes para que Claudio sea ejecutado y su cabeza llevada a su casa. (Probablemente este tipo de cosas fuera frecuente en Viena.) El duque, felizmente, se encuentra en la prisión cuando llega el mensaje, y arregla que la cabeza de Ragozine, *un pirata notorio*, sustituya a la de Claudio.

Cuando Isabella llega al otro día a la prisión, para preguntar si ya ha llegado el perdón de su hermano, el duque sale a su encuentro, y con aquella curiosa falta de percepción que lo convierte en un personaje tan poco convincente, le informa malamente a ella, sin ofrecerle un asiento:

—Le han cortado la cabeza y se la han enviado a Ángelo.

Él ya ha despachado un mensaje a Ángelo anunciándole su regreso de Polonia, y dándole órdenes de que lo espere a las puertas de la ciudad. Le dice entonces a Isabella que esté también allí, y que se comporte de la manera que se le informará luego.

Después que Ángelo y Escalus, un antiguo noble, hubieran saludado al duque en las puertas, Isabella grita entre la multitud reclamando justicia, y añadiendo que Ángelo la ha seducido. No está claro porque el duque ha pedido que ella haga esta falsa y pública afirmación. Mariana, cubierta con un espeso velo, afirma que es ella y no Isabella quien ha visto a Ángelo la noche anterior.

—*Es éste un extraño abuso* —dice Ángelo; después, con más dramaticidad que prudencia, añade—: *Veamos tu cara*.

Mariana se quita el velo, ante la reprimida consternación de él. El duque, fingiendo que no cree a ninguna de las dos mujeres, deja que Ángelo y el viejo Escalus administren justicia. Regresa, a los pocos minutos, con su hábito de fraile y cuando es interrogado por Escalus, que obra de buena fe, acusa a Ángelo de su villanía. Escalus, naturalmente, no cree en él.

—¡Llevadlo a la prisión! —*ordena.*

Lucio, el Fantástico, que ha revoloteado dentro y fuera de la historia, calumniando al duque de cuando en cuando, interviene ahora.

— ¿Cómo —*grita*—, tú, calvo y mentiroso canalla, tienes que estar cubierto, eh? ¡Muestra tu rostro de bellaco!

Arranca la caperuza y aparece el duque.

No necesita decirse más, excepto que Claudio aparece, todavía con la cabeza sobre los hombros (lo que es una lástima, pues es un pelele), y se casa con Juliet (o Julietta); Ángelo se casa con Mariana y es perdonado (lo que también es una lástima); Lucio, después de ser condenado a ser colgado y azotado, se casa con una muchacha de la más frágil hermandad femenina de Viena, probablemente llamada Kate Keepdown; y el duque convierte a Isabella en su duquesa.

Existen, naturalmente, otros personajes: la señora Overdone, que tiene una casa desordenada; Pompey, la camarera de la taberna, y un divertido villano; el preboste de la prisión; Elbow, un guardia tonto; Abhorson, el verdugo; Francisca, una monja; y Froth, un caballero medio tonto.

Tras varias reuniones y acaloradas discusiones, el comité para formar el reparto dió los papeles. Isabella, naturalmente, debía ser interpretada por Elizabeth Faggot; Mariana, un personaje muy secundario, por Hilary Boyson; Juliet (o Julietta), un personaje casi inexistente, por Myrna

Ashwin; la señora Overdone, después de terribles amenazas de que iba a renunciar si no le daban el papel, por la señorita Lark; Pompey, el principal personaje cómico, por Paul Manhow; Elbow, el guardia, por Jack Gough; Escalus, el viejo noble, por Mortimer Robinson; Francisca, la monja, por la señora Cheesewright ("¿Qué deliciosamente inapropiado", comentó Jack Gough); y el preboste, jefe de la policía de Viena, por mí.

Todos éstos han sido ya presentados. De los demás, se dirá algo después. Sólo añadiremos ahora que Vincentio, el duque, iba a ser interpretado por Geoffrey Cutner; Ángelo por Franklin Duzest; Claudio por Boyd Gloster; y Lucio por Basil Northcott, que había interpretado bien al joven Wilfred Kirby, pero que no parecía muy prometedor como un aéreo y gracioso Lucio.

Los señores Samuel French & Co. no han publicado una edición para actores de *Medida por medida*, así que debimos nosotros mismos revisar el texto. Una pequeña minoría encabezada por la señora Cheesewright, exigía un expurgo casi total, pero los demás no pensábamos lo mismo. Según decía Paul, si se cortaran todas las partes fuertes, él, Pompey, no tendría nada que decir. Nuestra intención no era purificar a Shakespeare, sino hacerlo inteligible. Expresiones como: *Hombre del bosque, vengan para Felipe y Jacob y podrían todos reír mortalmente*, podían ser entendidas por el público de 1604, pero el público de 1939, entendería mejor *mujeriego, venga el primero de mayo,* y… (no nos atrevimos a esa irreverencia), *rieron a carcajadas*.

Buscábamos al tanteo las casas de uno y de otro para realizar lecturas, a través de las oscurecidas calles de Lulverton. Comenzamos a estudiar nuestros papeles. Trozos de la obra aparecían en nuestras conversaciones. Siguiendo el mal ejemplo dado por Jack Gough, tomamos la costumbre de llamar a la señora Doubleday (a sus espaldas) la señora Overdone. Y a Hobson (en su cara malhumorada) Pompey.

Para aquella época Hobson había reorganizado nuestro sistema eléctrico, instalando una hermosa red de alambres y una sorprendente tabla de control, sobre la que se movía con la maestría de un organista de cinema. Fué también él quien decoró el escenario con cortinas que se corrían suavemente y con un telón de fondo, manejados con una maquinaria hecha

de ruedas de automóviles y de frenos. Nadie se atrevió a preguntarle de dónde había sacado aquel aparato. Paul Manhow era muy hábil, pero resultaba un niño al lado de Pompey Hobson.

Elizabeth supo pronto de memoria el papel de Isabella. Podía verse, durante las lecturas, que estaría soberbia en el estreno. El verdadero carácter de Isabella es tan misterioso como el de Hamlet. Mi opinión personal, dándole su justo valor a ella, es que en ambos casos Shakespeare no podía decidirse…, y el efecto es bifocal. ¿Es Isabella, se ve uno obligado a preguntarse, una santa o una maligna gazmoña? Veamos cómo habla del desdichado Claudio:

Oh, tú, bestia,
cobarde sin fe, despreciable y vil,
¿serías hecho un hombre a causa de mi vicio?
¿No es una especie de incesto recibir la vida
de la vergüenza de tu hermana? ¿Qué debo pensar?
¡El cielo protegió a mi madre para que fuera leal
[a mi padre!

¿Muestra este pasaje *fuerza virginal, y severidad y belleza*? ¿O es una simple contribución al carácter de una pareja grosera y vulgar? La interpretación de Elizabeth no sugería pudor indignado ni gazmoñería, sino una exaltada convicción de que ella no debía ser mancillada, de que debía sofocar su cariño hacia Claudio con salvaje y viva fuerza, dirigida tanto contra ella como contra su hermano. Ya con el libreto en la mano, en la sala de la casa de la señora Doubleday, sin ninguna de las mágicas vestiduras del drama, Elizabeth expresaba la desesperación de Isabella.

Nuevamente, en la escena en que Isabella ve por primera vez a Ángelo, la súplica de Elizabeth hubiera conmovido al corazón más duro del grupo.

Si los grandes hombres pudieran atronar
como Jehová lo hace, Jehová no estaría jamás quieto,
porque cualquier torpe y minúsculo oficial
usaría el cielo para atronar; para nada más
que atronar.
¡Cielos misericordiosos!
Tú más bien con tu agudo y sulfuroso trueno

quiebras al fuerte y nudoso roble
que al suave mirto; pero el hombre, el orgulloso hombre,
revestido de breve autoridad,
ignorando lo que más conoce,
su cristalina esencia…, como un mono furioso,
juega fantásticas tretas ante el amplio cielo,
y hace llorar a los ángeles; quienes, con sus fatigas,
podrían reír todos mortalmente.

Si ella hubiera sido en verdad Isabella y yo Ángelo, ella hubiera tenido todo lo que deseaba: perdón y una generosa pensión para su hermano; la cabeza de mi mejor amigo en su casa antes de desayunar; mis tierras y mis riquezas; mi misma vida. Podrá parecer exagerado, pero ésos eran mis sentimientos. Como Elizabeth, yo la amaba, pero como Isabella era su esclavo. Entre los ensayos yo esperaba impacientemente el siguiente, cuando habría de oír su voz profunda, un poco fría, gritando desesperadamente:

¡Cielo misericordioso!

Muchas veces traté de ajustar el tornillo de mi coraje para hablarle de mi amor, pero mi coraje no tenía apoyo. Jack Gough me había dicho, hablando de Myrna, que ella lo hacía sentirse hambriento psicológicamente, como si no hubiera comido nada durante una semana. Yo sufría el mismo tormento. Añorándola desde lejos, como un adolescente a una estrella cinematográfica desde la platea, ni siquiera me atrevía a invitarla al cine… En cuanto a dar un paseo en auto, seguido de una amable conversación después del té, comiendo bollitos, eso era el sueño dorado de un cobarde.

Una vez estuve a punto de hacerlo. Un ensayo demorado la había detenido en casa de la señora Doubleday, y yo me ofrecí a acompañarla a su casa. Mi linterna eléctrica nos guió hasta su puerta, y nos detuvimos y charlamos allí unos minutos. La noche era oscura como un pozo. Yo no podía verla, pero ella estaba muy cerca de mí. Era difícil hablar distraídamente sobre el ensayo de esa noche y, todavía más difícil pronunciar las palabras que temblaban en mis labios.

—Bueno —dijo ella finalmente—, debo entrar. Gracias, Vaughan, por acompañarme.

Mientras ella recorría el sendero hasta la puerta, clamorosos pensamientos me pidieron llamarla. Débilmente vacilé. Después la llamé:

—¡Elizabeth!

Ella se detuvo en la oscuridad.

—¿Qué, Vaughan?

Ahora o nunca. Tomé aliento.

—Oh, nada —dije, y eché a andar tambaleando, por el camino, hasta que choqué ciegamente contra el poste de un farol.

El invierno siguió al otoño. Parecía no haber cambio en las relaciones entre Tiddler y Myrna. Andaban con frecuencia juntos y, sin embargo, con la perspicacia que se había apoderado de mí desde la revelación de la señora de Stoneham, noté que, de tiempo en tiempo y con frecuencia creciente, Tiddler desaparecía, sin decir después dónde había estado. A veces pedía prestado mi coche; y, en una o dos ocasiones, desapareció todo el fin de semana. Jack Gough, a juzgar por sus maneras, conocía también las misteriosas excursiones, pero no habló directamente de ellas, excepto una vez cuando yo le pregunté si sabía dónde estaba Tiddler. Él respondió una frase de *Medida por medida*:

—¡Buscando truchas en un río peculiar, condenado!

Jack parecía haber aceptado su destino, aunque fuera provisionalmente, y era otra vez un individuo agradable cuando Myrna estaba cerca, por lo que yo creí oportuno no volver a mencionar el asunto. Dejar que Jack ganara tiempo, que Myrna descubriera las cosas por sí misma, que Tiddler hiciera el tonto…, ésa fué mi estrategia fabiana.

Otra cosa me preocupaba más.

Una noche la señora Doubleday me llamó aparte.

—Señor Tudor —dijo—, no quiero preocuparlo, pero se trata del señor Ridpath.

—¿Qué ocurre, señora Doubleday? —pregunté aprensivamente, porque nunca sabía qué podía ocurrir con Tiddler.

—Espero que no tome a mal que le hable de ello, señor Tudor. Creo que será mejor de esta manera.

—Naturalmente —asentí, deseando que continuara.

—Imagino que debía hablar con él directamente, pero, no sé por qué, no me ha gustado hacerlo.

—Tal vez yo pueda ayudarla.

—Es un muchacho tan simpático, tan decente.

Entonces yo sentí un alivio. Aparentemente no se trataba de lo que yo temía.

—Yo no deseaba hablar con usted sobre esto, señor Tudor, pero él está tres semanas retrasado con su cuenta, y esas cosas aumentan.

Yo prometí hablar con Tiddler. Él pareció arrepentido, echó la culpa a un sastre importuno, y pareció muy agradecido cuando le presté dinero para pagar a la señora Doubleday.

Éste no fué el solo ejemplo de lo mismo. Aunque recibía una renta más que suficiente para un hombre solo, Tiddler parecía estar continuamente necesitado de dinero; y cuando me pedía prestado, cosa que hacía con frecuencia a mediados de semana, yo debía recordarle amablemente su obligación cuando llegaba el viernes.

Hubo un feo incidente en la oficina a principios de noviembre. Yo siempre guardaba diez libras, poco más o menos, para tener a mano en un cajón; la señorita Jones tenía una llave de este cajón y yo otra. Cuando se necesitaba algo para cubrir gastos de viaje, pagos incidentales, la señorita Jones hacía una anotación en el cuadernillo de la caja, que, frecuentemente, yo examinaba. Un jueves de mañana, cuando los negocios marchaban muy despacio, pedí el cajón y el cuadernillo. Al descubrir que en el cajón faltaban dos libras, llamé a la señorita Jones a mi oficina y solicité una explicación. La pobre muchacha estaba muy afligida.

—No entiendo, señor Tudor —dijo.

—Veo —dije— que la última entrada anotada aquí fué hecha ayer por Hindenburg: ganchos para sujetar papel.

—Yo lo envié a comprarlos, señor. Él se demoró tres cuartos de hora.

—¡Condenado muchacho! —murmuré—. No vale más que el resto de ellos. ¿Tomó él mismo el dinero del cajón?

—¡Oh, no, señor Tudor! Yo nunca le he dejado tocar la llave. Le di un chelín que saqué del cajón y él trajo de vuelta el cambio, con el recibo. Después escribió los detalles en el cuaderno. No puede ser él, señor Tudor.

—¿No ha anotado grandes entradas?

—No, señor Tudor.

—¿Ha dejado alguna vez la llave?

—Sólo se la he dado al señor Ridpath, señor Tudor. Él la tenía ayer de mañana, exactamente antes de que cerráramos a mediodía; él buscaba unos bonos de Paulsfield. Usted puede ver la anotación inmediatamente encima de la anotación de los ganchos para sujetar papel.

—Eso lo explica todo —dije, con una tranquilidad que no sentía—. Creo que él debe haber olvidado de anotar algo…, probablemente algo sobre el negocio de Waghorn & Wheatley. Está bien, gracias, señorita Jones. Hablaré con el señor Ridpath:

Cuando ella regresó a su oficina, yo examiné las páginas del cuadernillo. Un agente de tierras debe hacer muchos viajes, pero yo no recordaba que las comisiones que yo encargué a Tiddler lo llevaran tan frecuentemente a Paulsfield, a Littleworth, a Padging, a Southmouth y a Whitchester, como indicaban las anotaciones del cuaderno.

Después hice llamar a Tiddler.

—Tiddler —dije descuidadamente—, faltan dos libras en la caja. ¿Tienes idea de quién puede haberlas sacado?

El respondió rápidamente.

—¡Soy culpable, señor! Yo fui quien robó el dinero y asesinó a Dan Magrew.

—Bueno —dije yo con cierta impaciencia—, quisiera que anotaras ese tipo de cosas en el cuaderno. Has causado gran preocupación a la señorita Jones.

—Lo siento, Turtle, viejo, pero las tomé ayer, apuradísimo, antes de cerrar. La señorita Jones se estaba preparando para salir.

Se detuvo. Yo lo miré.

—¿Tú recuerdas —añadió— que querías que fuera a Londres a ver a Fraser, Cook & Co. acerca de esos terrenitos de Burgeston?

—También recuerdo haberte dicho que la operación había fracasado.

—¡Claro que me lo dijiste! Y lo olvidé. De todos modos, iba a volver a hablarte antes de ir. Pensaba que, si pudiéramos interesar al viejo Linklater en los bonos…

—Diez chelines hubieran cubierto tus gastos a Londres.

—Pero no quería ir sin un centavo, Turtle. Un ataque aéreo podía obligarme a pasar allí la noche.

Era difícil ser severo con él.

—Está bien —dije sonriendo—, pero procura recordar la rutina oficinesca. Casi eché a Hindenburg, y la señorita Jones está segura que sospecho de ella.

—Lo lamento, viejo. Procuraré que no ocurra más. Hablemos ahora del viejo Linklater. Para cualquiera con capital flotante esos terrenitos son… ¿Qué pasa, Turtle?

Yo tendía la mano.

—Dos libras, por favor.

—Ésa es la dificultad, Turtle. No las tengo. Algo perdí ayer tarde y, fuera de eso, no tengo un centavo. ¿Te importa esperar hasta mañana y descontarlas de mi salario?

Era el momento, pensé, de hacer algo. Lo invité a sentarse en la silla al otro lado de mi escritorio.

—Tiddler —dije, procurando hablar severamente—, tú y yo tenemos que llegar a un acuerdo. Yo no soy millonario y no puedo seguir sacándote de dificultades. Eres un hombre solo. Con tu salario deberías vivir cómodamente. Y sin embargo, siempre estás en deuda. Sugieres que las dos libras sean descontadas mañana de tu salario, y ya me has pedido anticipos del mismo modo. Si descuento todo, tú no tendrás lo bastante para pagar a la señora Doubleday el sábado, ni para vivir hasta el fin de la semana.

—Me encuentro en dificultades, viejo. Es mi propia tontería, lo sé, pero el dinero siempre se me desliza entre los dedos. Un paquete de cigarrillos, una cerveza o dos… y no me queda nada. Además, debo mantener cierta posición. Además de eso, gasto mucho procurando establecer relaciones comerciales… y manteniéndolas. Es sorprende a cuánto montan los gastos casuales.

—Sí —asentí secamente—. He examinado el cuadernillo de caja.

—¡Entonces comprendes! —me interrumpió rápidamente—. ¿Cómo puedo pensar en casarme con mis negocios en ese estado?

—No estamos discutiendo tu matrimonio. Pero quiero saber si estás dispuesto a modificar tu manera de vivir.

—Tú me dijiste, Turtle, que si yo me comprometía con Myrna tú aumentarías mi…

—No he dicho nada. Dejemos a Myrna y contesta mi pregunta: ¿Vas a dejar de portarte como un señorito escandaloso?

—No me porto como un señorito… Pareces estar descontento conmigo estos días.

—¿Qué harás, entonces? ¿Cómo saldrás de este enredo?

—No lo sé. Pero me desvela de noche.

Yo proseguí, sin vacilaciones; era el momento de darle una lección.

—¿Has pedido prestado a alguien más?

—No…, bueno, sí. Una libra aquí y allí.

¿Cuánto en total?

—Tres o cuatro libras.

—¿Cuánto realmente?

—Cinco.

—¿Y cuentas?

—Sólo una por un traje: nueve guineas.

—Se puede conseguir un buen traje por mucho menos de nueve guineas. ¿Es eso todo?

Él asintió.

—Nueve guineas más cinco, digamos catorce libras diez chelines, y tres libras diez chelines hacen dieciocho libras. Te prestaré las dieciocho libras, siempre que me traigas el recibo del sastre mañana, y me prometas que usarás el resto del dinero para pagar tus deudas inmediatamente. ¿De acuerdo?

—Completamente.

—Todavía me debes las tres semanas de alojamiento que he pagado a la señora Doubleday y una o dos pequeñas sumas. Las dieciocho libras voy a tomarlas semanalmente de tu salario. Pero recuerda una cosa, Tiddler: no te prestaré una libra más, aunque estés en la calle.

Su sonrisa fué desanimada.

—Es muy decente de tu parte, Tiddler —dijo—. Yo no lo merezco… ¿Podrías hacer un esfuerzo y que fueran veinte libras?

—No… Está bien ya. Y una palabra más, muchacho: andar con varias mujeres es un deporte caro.

Su pálido rostro enrojeció.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—*Tú sabes* qué quiero decir.

Pasaron algunos segundos antes que él contestara.

—Quizás lo sepa.

Se levantó y se puso a mirarme extrañamente desde el otro lado del escritorio.

—Te digo —afirmó— que vivirás para arrepentirte de ello.

VIII

Tú no estás seguro,
porque tu carácter cambia extrañamente
bajo la luna.

Acto III, escena 1ª.

EL SÁBADO 25 de noviembre de 1939 fué un día señalado para mí.

Paul Manhow tuvo en gran parte la culpa. En la noche del lunes, durante un ensayo en casa de la señora Overdone (perdón, la señora Doubleday), interrumpió una escena entre Escalus y el preboste (Mortimer Robinson y yo), para decir:

—A propósito, antes que lo olvide: hacen una temporada shakesperiana en el Prince Consort en Londres, y esta semana darán *Medida por medida*.

—¡Lindo!—exclamó Myrna—. ¡Me encantaría ir!

—Eso es lo que deseaba decir —explicó Paul—. ¿No podríamos ir en grupo? Dan una "matinée" a las dos y media en la tarde del domingo y, si pudiéramos tomar el tren de las doce y veintitrés…

Elizabeth dijo:

—¡Qué maravilla! ¿Quién puede arreglar esto?

—Seguramente —dijo Mortimer Robinson sonriendo— estas cosas incumben a nuestro secretario, el buen preboste.

Así, todo quedó a mi cargo. Si puedo evitarlo, nunca volveré a organizar una expedición semejante. Atormentante es la palabra que conviene; y considero el hecho de más gran habilidad de mi vida que trece de nosotros tomáramos el tren de las 12.23 hasta Waterloo y que pudiéramos sentarnos

en nuestras plateas en el Prince Consort tres minutos antes de levantarse el telón.

Me hubiera encantado sentarme junto a Elizabeth, pero fui arrastrado por la señora Cheesewright y por Hilary Boyson, mientras Elizabeth ocupaba el asiento delantero entre Mortimer Robinson y Franklin Duzest. Hasta ahora sólo he mencionado casualmente a Franklin Duzest, que iba a representar el papel de Ángelo. Era un solterón, independiente económicamente, al principio de la cuarentena. No era tan alto como parecía serlo la primera vez que se le veía; tenía el cabello oscuro y cuidadosamente peinado, sus labios eran sensuales y llenos, y debajo de los ojos, sus párpados estaban hinchados. Vivía en "El Racimo de Uvas", que tenía alojamiento de primera clase y manejaba un automóvil Bugatti. Tiddler Ridpath tenía éxito con las mujeres, y lo mismo le ocurría a Franklin Duzest, aunque de otra manera. Su aspecto ligeramente disipado las atraía enormemente. Si entraba en un restorán del West End, todas las mujeres se volvían a mirarlo, no porque pareciera hermoso y distinguido, sino porque parecía tan cautivadoramente peligroso. La señorita Lark dictaminó: "Da la impresión de *haber vivido*." Probablemente por esto no estaba muy bien en el papel de Ángelo, que era sólo un novato en el desenfreno.

Yo me sentía bastante incómodo con la señora Cheesewright a un lado y Hilary Boyson al otro, pues a cada momento la señora Cheesewright volvía a una conversación iniciada en el tren. Por lo que pude comprender, y procurando decirlo coherentemente, la conversación era acerca de un tapado que la señora Cheesewright había comprado en Southmouth, con luz artificial. Durante mucho tiempo fué demasiado largo y, cuando lo hizo acortar quedó demasiado corto; de todos modos, cuando llegó a su casa, el tapado no hacía juego con el sombrero que había comprado en Higgins & Jones, y que no hubiera comprado de no haber sido el último día de la liquidación. Al principio ella estaba segura que el sombrero no iba a agradarle, pero era tan barato, que la señorita Boyson o la señorita Lark, que se sentaba al otro lado de la señora Cheesewright, no podrían suponer cuánto había pagado por él; ni siquiera iba a mencionar el precio, porque no

la creerían. ¡Veinticinco chelines y once peniques! ¡Caramba, había revelado el secreto! Pero ellas no lo creían, ¿verdad?

Yo no lo creía. La señora Cheesewright jamás había pagado esa suma por un sombrero. Todos sabían que compraba sus vestidos a ropavejeros. Después de cierto tiempo los sombreros que no se vendían aparecían en las vidrieras de trastos viejos, y terminaban su triste carrera sobre la sucia cabeza de la señora Cheesewright.

Del sombrero volvía al tapado, mientras Hilary y la señorita Lark escuchaban, con esa atención que ponen las mujeres cuando una de sus amigas habla de su guardarropa. En el segundo intervalo yo sugerí cambiar asientos con la señora Cheesewright, pero la proposición fué rechazada. Seguramente así se hubieran divertido menos.

Hilary Boyson, a quien Elizabeth había substituido como primera actriz, era alta como Elizabeth, y tan rubia como la otra era morena. Era del tipo que las mujeres jóvenes, las mujeres viejas, los hombres jóvenes y los hombres viejos describen como "una chica simpática"… por cuatro motivos diferentes. Ella pertenecía al tipo (esta definición no debe ser considerada una burla) que después de haber sido la mejor alumna del bachillerato, ganando diplomas por la mejor dicción y destacándose en los deportes, y obteniendo éxito en las representaciones teatrales de fin de año en el papel del capitán Absoluto en *Los rivales* —esto no a causa de sus atributos masculinos, sino de su estatura—, y de terminar los cursos con una aureola de gloria como alumna principal del colegio e ídolo de las menores, vive tranquila en casa hasta que contrae matrimonio con un médico quince años mayor que ella y le da dos hijos y una hija. Si poseía belleza, era la belleza del narciso. Pero era una chica simpática…, muy simpática.

A todos nos agradó la representación, pero sus efectos fueron calmantes, para mí al menos. Me sentí como un jugador de dieciocho años, que después de haber lanzado la pelota a la mitad de la cancha, ve que un profesional la lanza directamente en el arco desde mayor distancia.

Vincentio, el duque, con su plan bondadoso y algo tonto, no era el mágico exponente de pomposa humanidad que Geoffrey Cutner representaba. El duque de la escena parecía disfrutar secretamente de sus tretas; Cutner recordaba a los recitadores de Shakespeare.

El Ángelo de Franklin Duzest era un libertino nato…, una serpiente en el pasto, cuya vida no fué en verdad sin tacha, pese a su elevada reputación en Viena, e Isabella era para él una mujer más. El hombre que vimos aquella tarde en el Prince Consort era un austero anacoreta, arrastrado por la pasión cuando Isabella viene a suplicarle por la vida de su hermano, luchando y retorciéndose entre sus lúbricos deseos. *Porque voy a la tentación allí donde los orantes se santiguan*. Era éste el desesperado grito de la bondad derrotada. Cuando Franklin Duzest pronunciaba estas palabras, no se sentía que la derrota fuera tan grande.

Ya he dicho que Claudio es un poco tonto. Boyd Gloster no hizo nada en los ensayos para que yo cambiara de opinión. Pero el Claudio que veíamos sacó más partido de su papel que lo intentado por el autor, que suele ser bastante descuidado a veces. No era tan blando. Ponía realmente su propia vida antes que el honor de su hermana; pero la vida era alegre, los pájaros cantaban todavía…, y allí estaba Juliet (o Julietta), su amada, la muchacha con quien se casaría, sí… Era algo tan pequeño comparado con la muerte. *Yacer en una fría tumba y pudrirse; este cálido movimiento convertido en sucio barro*. Bien puede gritar: *La más penosa y más detestada vida, con que la edad, el dolor, la penuria y la prisión pueden herir a la naturaleza, es un paraíso frente a lo que tememos de la muerte.* Por primera vez se comprendía que Claudio era joven.

Lucio es un fantástico, para quien, por extraño que parezca, no hay definición en el tiempo moderno. Las generaciones previas le hubieran llamado un mentecato, un dandy, un *johny*; un carozo. P. G. Wodehouse se aproxima bastante llamando a este tipo de hombre *Huevos y papas*. Pompey es un personaje más importante, pero, en manos de un actor competente, Lucio lleva todos los honores. Y este actor lo hacía así. Pompey hacía reír, pero Lucio desternillaba a la platea. Sus ademanes aéreos, sus leves referencias a un pasado dudoso, sus inocentes comentarios sobre cosas que la mejor gente nunca menciona…, todo estaba maravillosamente hecho. *A fe mía* —dice el duque en sus hábitos de fraile— *iré contigo basta el fin del campo: si la mala conversación te ofende, hablaremos poco.* La señora Cheesewright rió una o dos veces, pero es cierto que hubiera reído de cualquier cosa.

Basil Northcott iba a representar el papel de Lucio en nuestra agrupación. Yo me estremecí. Basil era un muchacho agradable, útil como comparsa, pero, ¿dónde estaban el ligero toque, la sincera, picante indelicadeza? La conversación en el acto III, escena 2a, cuando le cuenta al fraile una o dos cosas inesperadas sobre la vida del duque… si Basil representaba aquello en su dolorosa pesada manera, todos iríamos a parar a la cárcel al día siguiente. Era esto caminar sobre hielo, y Basil, como artista, no era peso liviano.

El único actor del Prince Consort que no me agradó fué la actriz que representó a Isabella. Se trataba de una representación técnicamente perfecta, pero con la perfección de un perro de circo atravesando un aro, o de una foca balanceando una pelota sobre la nariz. Probablemente me hubiera encantado, si no hubiese conocido la interpretación de Elizabeth.

El Prince Consort queda cerca de Picadilly Circus. Después de la representación yo fui el último de nuestro grupo en salir, y quedé separado de los otros por la oleada de gente que salía de las tertulias. Afuera, en la avenida de Shaftesbury, estaba oscuro como boca de lobo. Un tumulto de voces decía: "¡Qué oscuridad!" "Ella estuvo maravillosa." "¿Dónde estás, querida?" "Agarra mi brazo." "No estuvo muy bien como Ángelo, fué mejor la semana pasada en el papel de Brutus." *¡Star, News, Standard!* "Así he dicho, es cuestión de probar." "Cuidado el cordón de la vereda." "Ofrecí cambiar asientos con usted." "Los periódicos dicen que cayeron diecinueve."

Yo no reconocía las voces. Los otros debían haber ido a Corner House, en la calle de Coventry, según convinimos. Tan rápidamente como me lo permitió la oscuridad, los seguí. En la esquina de la calle de Great Windmill, choqué con alguien.

—Perdón —dije, y una voz dulce, burlona, replicó:

—Realmente deberías tener más cuidado, Vaughan.

Me sentí muy feliz.

—¡Elizabeth! Vas en dirección equivocada.

—¿De veras? Creí que todos estaban delante de mí. ¿Adónde vamos a tomar té?

Debía tomar una rápida decisión.

—No tengo idea. Esperaba alcanzar a los otros.

—¿Adónde crees que han ido, Vaughan? Estoy totalmente perdida.

—Perfecto…, quiero decir, es perfecto que nos encontremos así. ¿Vamos por aquí, quieres? Tómame del brazo, o nos perderemos de nuevo.

Y, charlando alegremente, la alejé del Corner House, en la calle de Coventry.

Encontramos un lugarcito subterráneo, cerca del Strand, donde había compartimientos reservados y una luz discreta. En la puerta Elizabeth me miró, dudando.

—¿Es un poco escondido, verdad? ¿Has estado aquí antes?

—Acostumbraba traer a mis hermanitas a tomar el té. Te prometo una cosa: no hay orquesta, así que no tendrás que escuchar "El Danubio Azul". Entremos.

Cuando Elizabeth se sentó en el extremo de un amplio y lujoso sillón y la camarera recibió nuestro pedido de té y tostadas, ella preguntó:

—¿Cuántas hermanas tienes, Vaughan?

Me sentí como un loco irresponsable. En la marea de mis asuntos sentimentales, yo iba, esta vez, a aprovechar la crecida.

—Siete —dije—. Había otra, de quien jamás habla mi familia. Se perdió jugando a las escondidas…, desapareció cuando creía que no la veían. Espero que las otras disfruten de su té en el Corner House de la calle de Coventry.

—¿Crees que han ido allí?

—Lo sé. Convinimos eso de antemano.

—Pero creí que…

—Señorita Faggott… ¿Puedo llamarla Elizabeth ?… Tengo que confesarle algo. Le he dicho una mentira. No valgo más que mi hermana, la desaparecida. Por un subterfugio la he traído a este agujero. Señorita Faggot… Elizabeth, ¿puedes perdonarme ?

—Oh, es maravilloso —dijo ella— tener la fuerza de un gigante, pero es tiránico emplearla.

—¿Quieres que vuelva a llevarte con los amigos?

—Sí, pero después que haya tomado una taza de chocolate.

Después de la orgía dije, mientras le encendía el cigarrillo:

—¿Qué piensas de la actriz que hace de Isabella?

Ella lanzó una nube de humo.

—¡Qué me dices! —replicó sonriendo.

—Ella es buena…y así debe ser. Se trata de una de nuestras mejores actrices. Una interpretación muy pulida y competente. No se puede criticar. La dicción era perfecta. La interpretación buena. Me pareció atroz.

—¿Atroz? ¿Por qué?

—Porque me pareció atrevido que ella osara representar ese papel. Isabella te pertenece. Tú eres…

Mi valor falló. Hice una pausa.

—¡Adulador! —dijo ella sonriendo—. Quisiera interpretar tan bien como ella. Ha sido una experiencia calmante, Vaughan. Surgió la diferencia entre los profesionales y los aficionados. Ella hizo resaltar algunos pasajes en los que yo nunca reparé, aunque he estudiado cuidadosamente mi parte.

—Tu Isabella —insistí— es una mujer de carne y hueso. La de ella fué una autómata perfecta, que decía las palabras justas y hacía las cosas justas en el momento justo.

—Eres mentiroso…, pero me agrada que lo digas. ¿Sabes, Vaughan? Estoy totalmente dedicada a Isabella. Será una representación provinciana, y sólo la verán los habitantes de Lulverton; aunque pudiéramos dar la obra tres veces, solamente la verían doscientas dieciséis personas. Tres noches…, y todo estará terminado y olvidado. Sin embargo, espero eso como la más excitante y la más importante experiencia de mi vida. Siempre he deseado ser actriz…, no una actriz ordinaria, sino una intérprete de Shakespeare. Isabella es mi oportunidad. Supongamos que vuelva tu amigo, el del periódico nocturno…, y que yo le guste.

—Y que el señor C. B. Cochran lea la noticia…

Ella sonrió en respuesta.

—Es realmente vital para mí, Vaughan. Ha ocurrido con otras… ¿Por qué no podría sucederme a mí?

La conversación no seguía el camino que yo deseaba, pero dije:

—¿Por qué no?

—Poder dejar el sofocante Lulverton, con sus centenares de señoras Cheesewright. Ir a Londres… Papeles pequeños al principio: Mariana…

¡Tan enfermiza, pobrecita!… Audrey en *Como gustéis*, Valeria en *Coriolanus*… Después Julieta, Desdémona, Cleopatra, lady Macbeth…

Su voz vaciló.

—Lady Macbeth en el teatro real…

—E Isabella.

—Sí, Isabella. Le estoy dando lo mejor de mí a Isabella. Es una muñeca aterrorizante, y debo hacerla marchar entre las candilejas…

—Creo que llamarla muñeca es poco bondadoso.

—Pero lo creo. No hay comparación entre Isabella y lady Macbeth. Shakespeare se descuidó un poco con Isabella, pero lady Macbeth es perfecta. Nada debe intervenir con sus ambiciones. Duncan es rey de Escocia. Macbeth debe ser rey y, por eso, Duncan debe desaparecer. Banquo sospecha, y debe desaparecer también. Isabella parece pan y agua. No es una santa…, es una débil mental. Sabe que Ángelo está loco por ella. ¿No es ésta una carta de triunfo en manos de una mujer inteligente?

—¿Todo esto es académico, supongo? —pregunté riendo.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Hablo desde el punto de vista escénico.

Yo no deseaba especialmente discutir el drama. Pero era difícil decir lo que quería decir. Mi exaltación había pasado. Estaba deprimido. El lugar no parecía ahora apropiado. Pero lo intenté.

—¿Sabes? —dije—. Me he divertido mucho tomando el té los dos solos. ¿Quieres que lo hagamos otra vez?

—¡Me encantaría! ¡Ambos nos interesamos tanto en Shakespeare! Podríamos invitar a dos o tres personas y dedicar esos tés a Shakespeare.

—No he querido decir eso, Elizabeth. Quería decir que… Oh, ¿vamos a un cine de novedades, quieres, y comamos en otra parte?

Ella pareció dudar.

—Llegaremos tarde a casa.

—Eso no importa. ¿Por qué no portarnos mal una vez? Prometo que no perderemos el último tren.

—Pero no podemos comer con esta ropa.

—Podemos, en el restorán de François.

Elizabeth sonrió y dijo:

—Porque voy al camino de la tentación…

—No fué el vino —murmuró el señor Snodgrass con la voz quebrada—. Fué el salmón.

En mi caso, reconozcámoslo, era el vino. En la casa de té subterránea yo estuve paralizado. Procuraba recordar lo que Jack Gough decía sobre Myrna: "Cuando estoy en el mismo cuarto con ella, desearía estar en otra parte". Uno nunca debe declararse a la hora del té; decidí que era como emborracharse a la hora del desayuno.

Indudablemente era el vino, un Montrachet 1906. Naturalmente que el *Saumon Fumé*, el *consommé*, el *filet de solé orly*, el *poulet poché au Ritz*, el *carré d' agneau rôti* y el *soufflé en surprise Hélène* contribuían, pero, realmente, no fué el *saumon fumé*. Fué el Montrachet 1906.

Ocupamos una mesita a prudente distancia de la orquesta. El café fué caliente, negro y fragante; el coñac estaba embotellado en 1865; los cigarrillos, muy costosos, eran egipcios. El momento parecía apropiado.

—Elizabeth —dije a través de la mesa—, tal vez me he equivocado con respecto a Isabella…, quiero decir, la Isabella que vimos esta tarde. Quizá no era un títere. Pero no eras tú, Elizabeth. Yo me sentía desdichado. Era como si alguien usara mis zapatos. Para mí sólo existe una Isabella.

—La peor actriz del mundo adora la adulación —dijo ella sonriendo—. Especialmente después de una comida maravillosa. Dime algo más.

—Tengo mucho que decirte —la previne—. Es mi tema favorito, aunque no he tenido oportunidad de decírtelo antes. Tú dijiste esta tarde que cuando representaras Isabella, sería la experiencia más importante y excitante de tu vida. Tendrás que esperar algunas semanas para ello, pero yo he tenido mi gran experiencia hoy.

—Sí, ha sido estupendo ver cómo interpreta la obra una compañía profesional. Algunas de mis ideas sobre Isabella han cambiado totalmente.

Yo estaba demasiado excitado para pensar si ella era deliberadamente torpe.

—¡Condenada Isabella! —exclamé con tanto entusiasmo que me miraron de otras mesas. Bajé la voz—: ¿No adivinas que no puedo hablar…, que nunca me atreveré a decirlo? ¿No sabes que, aún ahora vacilo al decirlo, estoy loco por ti?

Tranquilamente ella contestó:

—Sí, Vaughan, hace tiempo que lo sé.

—Tú eres lo único en que pienso, la única cosa sobre la que quiero hablar o soñar. ¡Tés shakespeareanos! Siempre ha habido demasiada gente alrededor de nosotros. Hoy conseguí que dejaras a los otros…, he tenido la oportunidad de decirte lo que quería decirte desde hace meses.

Me detuve, y como ella no hablaba, añadí vacilante:

—Bueno, está dicho.

—Sí —dijo ella suavemente—, está dicho. He sido muy desdichada a causa tuya, Vaughan. Aquella noche que me llevaste a casa y casi me lo dijiste… Yo estuve a punto de llorar.

—Entonces…, ¿es inútil?

—No sé. Eres uno de los hombres mejores y más agradables que he conocido, pero… No sé, Vaughan.

—Es una lástima —traté de hablar ligeramente—, porque iba a pedirte que te casaras conmigo.

—No lo hagas ahora, Vaughan —suplicó rápidamente, añadiendo después con una tímida mirada de sus maravillosos ojos—. Puede haber otro té shakespeareano.

—Entonces tratemos otro tema. ¿Cuál eliges?

Ella tomó un cigarrillo del paquete sobre la mesa.

—Vaughan —dijo—, ¿cuál es el nombre de tu amigo el repórter?

—Philip Pearson.

—¿Crees que podrás convencerlo para que publique un artículo sobre nuestra representación?

—No veo por qué no…, a menos que él tenga otro compromiso.

—Sería maravilloso un artículo en un periódico londinense. Pero, ¿y si tiene otro compromiso y no puede venir?

Yo apagué el cigarrillo y me levanté.

—Nosotros los Tudor —dije— somos hombres de acción. No te alejes más de una milla de esta mesa. Regresaré dentro de tres horas.

Desde la casilla telefónica del vestíbulo llamé a Phil. Felizmente él estaba en casa… y todavía más felizmente quedó encantado de venir a la función del sábado.

—Si ella lo merece —prometió—, le daré un empujoncito.

Charlamos unos minutos, después yo volví al lado de Elizabeth.

—Acabo de telefonearle —dije—. Está hecho.

La amenacé con el dedo.

—Y ten cuidado, porque si no te portas bien conmigo, cancelo la cita.

—Hombre, hombre orgulloso —*citó ella—,* revestido de pequeña y breve autoridad… *¿Te has fijado en la hora?*

Tomamos un taxi hasta la estación de Waterloo y pudimos atrapar el último tren para Lulverton. Recorrimos el corredor buscando un compartimiento vacío, pero la débil luz de las bombillas eléctricas azules hacía esto difícil. Uno puede hacerse muy desagradable tanteando los rincones de los asientos con la mano. Finalmente, tuvimos que contentarnos con dos sitios al lado del corredor. Oí la voz de un hombre que murmuraba: "¡Maldición, condenación!", cuando yo seguí a Elizabeth. Mis ojos finalmente acostumbrados a la penumbra, vieron que un extremo del asiento estaba vacío, pero dos personas se sentaban en el otro extremo.

—¡Apenas lo alcanzamos! —reí.

—¿Qué hubiéramos hecho si lo perdíamos? —preguntó Elizabeth.

—Ordenar un tren especial —afirmé.

No era una broma muy buena y me agradó oír la risita femenina de uno de los viajeros. Siempre es agradable que los desconocidos rían de los chistes que uno hace a los amigos. Pero me equivocaba, porque la risa no era de diversión, sino de una embarazada sorpresa.

Una lenta voz familiar surgió de la oscuridad.

—¡Linda hora de volver a casa!

Elizabeth gritó:

—¡Paul!

—¡Diablos! —fué mi respuesta.

Yo no lograba identificar a su compañera. Ella no habló y yo no quise preguntar. Paul allanó las dificultades de la situación preparando y encendiendo su pipa. Cuando prendió el cigarrillo vi que la muchacha que lo acompañaba era Hilary Boyson.

—Nos perdimos de los demás en el oscurecimiento —explicó ella—. ¿Dónde se metieron todos?

Paul gruñó cómicamente.

—Que ninguno de nosotros haga preguntas —dijo.

Acompañé a Elizabeth hasta la puerta de su casa.

—¿No te enojarás —le pregunté— si en alguna oportunidad en el futuro, cuando estés en medio de un partido de tenis o en la peluquería, te pido que te cases conmigo?

—No, no me enojaré. Lamento haber sido tan cruel, querido Vaughan, pero se trata de una decisión muy importante. Dame tiempo para…

—Años si quieres.

—No tanto. Hasta después de la representación.

—Ése es un compromiso —añadí prestamente—. Y no olvides una cosa: si la paz termina con este infierno de oscurecimientos y se trata de escribir un nombre en letras de luces sobre el Prince Consort, Elizabeth Tudor es mucho más atractivo que Elizabeth Faggott.

—Es un argumento convincente.

—Te dejo pensándolo. Buenas noches, Elizabeth.

—Un momento, Vaughan. Has estado encantador conmigo. ¿Querrías… decir "buenas noches" como se debe?

—Escucha —dije juiciosamente—, si ambos nos lanzamos sin prejuicios antes que sea el momento, ¿no será perjudicial hacerlo?

Y tropecé otra vez contra el maldito poste.

*

—Seguramente ella es encantadora —dijo Talía ansiosamente.

Melpómene se burló más de lo que conviene a una diosa bien educada.

—También lo era Dalila —dijo.

IX

... porque hasta el día de hoy él recibe cartas
de extraño tono.

Acto IV, escena 3ª.

PASÓ OTRA semana antes que cayera la bomba, no lanzada por la Luftwaffe, sino por un comerciante retirado de Wolverhampton. Se ha dicho que el señor Garnett no era sociable. Su pipa, su *Hardware Journal* y su librito de notas eran sus compañeros predilectos. Yo me sorprendí cuando, en la mañana del domingo 3 de diciembre, él me preguntó en el vestíbulo:

—¿Le gusta el brandy, señor Tudor?

—Cuando puedo pagarlo —dije sonriendo—. No pretendo ser un catador.

—Ni yo. Compré una botella ayer. ¿Quiere tomar un poco después del almuerzo?

—Encantado. ¿Dónde se realizará el rito?

—En mi cuarto. No hay allí mujeres. No es posible disfrutar de un buen coñac con mujeres ruidosas alrededor. No es necesario informar a Mortimer Robinson ni a los más jóvenes. Sígame en el momento que levanten los platos.

Comprendí con esto que el señor Garnett quería pedirme un favor. Desgraciadamente, no me equivoqué.

Su cuarto estaba en el primer piso, frente al mío, y noté varias cosas cuando entré allí. Un alegre fuego chispeaba en la chimenea, frente a la cual había dos cómodos sillones traídos desde el vestíbulo para la ocasión. Sobre una mesa había una botella de coñac, dos vasos y una caja de cigarros

nuevos, que debían de haberle costado mucho dinero. Cuando nos sentamos, un sirviente trajo café. El señor Garnett, con un arte del que parecía incapaz, había preparado la escena.

Se prendieron los cigarros y se sirvió el coñac con la reverencia apropiada. Yo me eché hacia atrás en mi asiento. Si querían algo de mí, yo podría disfrutar de las comodidades accesorias. El señor Garnett hacía un esfuerzo para hacerse agradable. Durante veinte minutos hablamos de generalidades, luego, evitando siempre en apariencia el motivo principal, habló de sus aficiones predilectas.

Un coleccionista de monedas no se interesa necesariamente en los cambios o en la inflación, y un hombre que colecciona cajas de fósforos no necesita interesarse en pirología. Por lo tanto, no era evidente que el señor Garnett fuera un dipsómano porque coleccionara tabernas. Desde que entré en el cuarto percibí, y me pregunté de qué se trataba, un gran mapa del sur de Inglaterra, pegado sobre una cartulina que pendía de un hilo. Plantadas allí, con una especial concentración de ellas en la vecindad de Lulverton, había una infinidad de banderitas de colores, cada una con un número.

El señor Garnett vió que yo miraba el mapa.

—¿Quiere saber qué es eso? —preguntó, con algo que parecía una sonrisa.

—Parece un mapa de guerra —contesté— pero no veo la línea Maginot.

—Señalan tabernas. Es una afición mía.

Parece que el señor Garnett se interesaba en las señales de las tabernas, y anotaba en su librito forrado de cuero rojo los nombres de todas las que encontraba.

Generalmente, en su bicicleta, pero a veces en el tren o en el ómnibus, recorría el país en gira, en busca de nuevas adiciones a su ya considerable colección. Y no había perdido el día si encontraba una taberna con el nombre de “La Mujer Silenciosa”, o “La Casa en las Nubes”.

La anotación no se especializaba sólo en nombres curiosos. En el libro rojo existían numerosas clasificaciones. Cada condado tenía su sección propia. Bajo el nombre de *Sirena, Grifo* o *Vellón de Oro* figuraban las ciudades y los pueblos en donde el señor Garnett había descubierto ese signo. Estaban además los *Rojos*, los *Blancos*, los *Dos*, los *Tres*, los

Animales, los *Pájaros*, los *Reyes*, las *Reinas*. No era de admirar, a juzgar por lo que me contó, que el librito fuera tan grueso.

Oí algo también, de la historia de algunos de esos nombres: El Roble Real, que se llamaba así a causa del árbol detrás del cual se ocultó Carlos II después de la batalla de Worchester; La Cabeza del Sarraceno, que llevaba su nombre en recuerdo de las crestas de los antiguos cruzados; Las Llaves Cruzadas, emblema de San Pedro; la mayoría de los reyes eran Enrique VIII, y la mayoría de las reinas su hija, Elizabeth Tudor. (Yo di un salto cuando el señor Garnett dijo eso.)

—En el mapa —señaló— hay una bandera de distinto color para cada cervecería: roja para Charrington, azul para Ind Coope & Allsopp…, y así continúa.

Muy interesante, pero la exposición duraba tanto que empecé a temer que fuera el único motivo para la invitación sin precedentes. Al fin y al cabo, me decía, ¿de qué sirve una afición si no se habla de ella? Y era evidente, el señor Garnett tenía pocos amigos.

Luego, súbitamente, con un cambio de tono perceptible, la conversación varió. El Tártaro había sido apaciguado con coñac y un cigarro; se le había entretenido con una conversación agradable: había llegado el momento. No hubo transición. Un instante antes el señor Garnett hablaba del Sol en las Sombras: en el minuto siguiente hubo una frase brusca.

—Las mujeres —dijo— son peores que el diablo.

—A veces son difíciles de entender —asentí.

—Mi hija mayor es tan terca como lo fué su madre. Vine aquí desde Wolverhampton, dos meses después de la muerte de su madre, para que ella me cuidara. No quería dejarme con *ellos*. ¡Oh, no! Pero es dominante, quiere que las cosas se hagan de la manera como ella lo desea. Es del tipo de personas que no lo dejan a uno en paz hasta que se salen con la suya. Esto es de hombre a hombre, señor Tudor, así que usted entenderá que es ella y no yo quien insiste. Yo estoy en contra de ello, pero mi chica no me deja en paz.

Me pregunté adonde íbamos a parar.

—Su marido, mi yerno, es gerente de un departamento en la fábrica de suelas de goma. El gerente de las obras se retira dentro de una semana poco

más o menos, y Tom (es el nombre de mi yerno), desea ese puesto. Pero le han dicho que se lo darán probablemente al gerente de otro departamento.

¿Se me iba a pedir que intercediera por Tom?

—Tom está decidido a impedir eso…, mejor dicho, Elsie está decidida. Tom no hace nada por cuenta propia. Y Elsie imagina que el mejor medio es complacer al jefe.

Se inclinó hacia adelante y echó un poco de coñac en mi copa.

—La hija del jefe tiene interés en ser actriz. Elsie piensa que si esa muchacha tuviera el papel principal en la obra que ustedes están preparando, y su padre sabe quién consiguió esto, las posibilidades de Tom de obtener esa gerencia aumentarán.

Yo comencé con un fuerte gruñido.

—Temo… —dije. Pero el señor Garnett me interrumpió.

—Tom dice que el viejo daría cualquier cosa para que su hija obtuviera el papel, y yo pensé que siendo usted el secretario de la compañía, podría hacer algo en ese sentido. Además de ayudar a Elsie y a Tom, yo le estaré agradecido.

El asunto debía tratarse con delicadeza. Imaginé que el señor Garnett era un mal enemigo.

—Naturalmente, desearía ayudarlo, señor Garnett. Pero lo difícil es que se trate del papel principal. Si se tratara de que esta muchacha entrara a trabajar en la obra, eso sería otra cosa. Todos los papeles hablados han sido ya entregados, pero estoy seguro que podríamos meterla en alguna de las escenas de conjunto. ¿Sabe usted si ella tiene alguna experiencia teatral?

El labio inferior del señor Garnett surgió agresivamente.

—Un papelito no servirá. Tiene que ser el papel principal.

—¡Realmente, señor Garnett, eso es totalmente imposible! La primera representación se realizará dentro de un mes, y no podemos hacer ahora cambios. Los ensayos están muy avanzados…, y no olvide que el papel de Isabella es largo y difícil de aprender.

—La muchacha ya lo sabe de memoria.

—Es posible, pero se trata de algo más que de saberlo de memoria. La señorita Faggott, que interpretará ese papel, es una actriz muy competente.

En manos de una persona de menos experiencia, el resultado puede ser desastroso. Permítame una sugerencia. ¿Sabe cantar esa muchacha?

—Sí.

—Bueno, hay una comparsa en *Medida por medida* que canta: *Quita, quita esos labios*… El comité no ha decidido todavía quién hará ese papel, y si ella quiere asistir a una reunión…

—Debe ser el papel principal —insistió testarudamente.

Yo respondí con cierta brusquedad:

—Eso es imposible.

El señor Garnett volvió a poner el corcho en la botella de coñac. El ademán pareció simbólico.

—Escuche, señor Tudor —dijo—. Pensé que esto no era necesario, pero parece que lo es. Cooper Yard y la Panadería me pertenecen. Yo no pensaba ganar dinero con ustedes, así que se los he dado sin pagar el alquiler. Existe una carta firmada por usted, joven, en nombre de la agrupación, en la que piden a los abogados que agradezcan mi generosidad y pregunta si podía hacer algo para pagar mí bondad. Yo sólo debía pedir.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Estoy pidiendo ahora.

El comité debía decidir. Esa noche se realizó una reunión de emergencia. Cuando la reunión terminó, yo fui hasta la Panadería, donde guardaba la máquina de escribir, puse un papel con el membrete de la asociación en el rodillo y escribí lo siguiente:

"Estimado señor Garnett:

"Con referencia a nuestra conversación de esta tarde, de la que he informado a nuestro comité.

"Ellos me piden que le comunique el placer que han tenido en conocer finalmente la identidad de nuestro benefactor. En verdad estamos muy agradecidos. Sin ese excelente local no hubiéramos podido marchar adelante.

"Deseo expresar el pesar del comité al no poder considerar ningún cambio en el reparto de *Medida por medida*. Estoy seguro que usted apreciará las grandes dificultades que representa un cambio de ese carácter

en este momento. Pero me sentiré feliz de preparar una audición para su amiga, si ella desea ponerse en contacto conmigo.

"De usted, muy atentamente,

“W. V. Tudor”

“(Secretario)”.

Después de llevar la carta a casa de la señora Doubleday y echarla en el buzón del vestíbulo, decidí ir a ver a Elizabeth. La historia podría interesarle.

Mi llamado fué contestado por Jill Geering.

Elizabeth era hija única del señor y de la señora Faggott. Jill Geering había sido adoptada por ellos en la infancia, cuando su madre viuda, que era clienta del doctor, se había suicidado. En la época que escribo Jill tenía trece años…, era una niña extraña, delgada, de facciones agudas, con cabello negro en trenzas, anteojos y genio para decir frases inoportunas. Yo no la conocía muy bien, pero, si los rumores no mentían, ella había preguntado en su corta existencia más cosas sobre los hechos de la vida que un examinador del Colegio Real de Cirujanos. Algún francés debía pensar en esa personita cuando escribió el epíteto *l' enfant terrible*.

—¡Hola, Jill! —saludé—. ¿Está Elizabeth?

Ella me miró solemnemente.

—Sí, señor Tudor —respondió—, pero no sé si querrá verlo a usted. Es mejor que entre, pero límpiese los pies, por favor.

Me dejó en el vestíbulo mientras subía. Elizabeth descendió muy pronto y me hizo pasar a la sala vacía, donde ardía el fuego. Jill nos siguió, cerró la puerta y se dejó caer sobre el taburete del piano.

—Jill, querida —dijo Elizabeth sonriendo—, ¿no quieres leer tu libro?

—Sí —contestó Jill—. Margaret Montgomery acaba de ser expulsada. Lo traeré.

—No, querida. Hay un lindo fuego en el dormitorio.

Jill me hizo una seña, como si yo fuera un depravado.

—La tía no sabe que él está aquí —dijo, y, afirmándose en el taburete, fijó los ojos en el cielo con una expresión de piadosa paciencia en su fea cara.

—¡Deja de hacer tonterías, Jill!—la reprendió Elizabeth—. Vete, como una buena chica. Deseo hablar con el señor Tudor.

Cuando la puerta se cerró no demasiado gentilmente detrás de Jill, yo me pasé la mano por la frente.

—Esa chica me asusta —confesé—. Nunca se sabe lo que va a decir o hacer. No parece…

Me detuve porque, desde el otro lado de la puerta, una joven voz monótona declamaba, con un agudo temblor:

Tomé posesión del lecho de Julietta,
conoces a la dama, ella es mi constante esposa,
salvo que el hecho carece
de orden externa…

Elizabeth hizo un ademán de desesperación.

—Es terrible. Se ha apoderado de mi copia de *Medida por medida* y no sólo ha leído todo, sino que ha escogido los pasajes peores para aprenderlos de memoria. ¡Jill, sube por favor!

Inexorablemente, la aguda cantilena inició otro pasaje:

Oh, tú, bestia,
cobarde sin fe, deshonesto desdichado,
¿Serás hecho hombre con mi vicio?
No es un tipo…

—¡Jill!

Elizabeth corrió hacia la puerta, la abrió; pero, en aquel momento, Jill corría ya hacia su dormitorio.

Cuando Elizabeth regresó a su silla yo conté el incidente de Garnett. Ella dijo que se alegraba de que hubiéramos estado firmes, porque ella seguramente hubiera arañado los ojos de la hija del jefe del yerno del señor Garnett.

—¿Cómo se llama? —preguntó, y yo debí admitir que no había preguntado su nombre.

—¡Ah, los hombres! —dijo ella sonriendo—. ¿Dónde trabaja ese yerno?

—Es gerente de una sección en la fábrica de suelas de goma.

Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—¡Entonces no sabes quién es! ¡Es Hilary Boyson!

Hasta ese momento todo había sido gracioso. Después perdió la gracia. Cuando regresé a casa de la señora Doubleday había en el buzón un sobre dirigido a mí. Dentro se hallaba mi nota al señor Garnett. Encima estaba escrito, con lápiz azul: “Está bien. J. H. G.”

En el primer correo del martes recibí una carta dirigida al secretario de la Sociedad Teatral de Aficionados. Junto a una nota de Dickson, Parrish, Willmott & Lister, había un comunicado que decía:

"Los abajo firmantes, como abogados y agentes del señor James Henry Garnett, determinamos su interés y derecho de posesión de toda la parte superior del edificio conocido como la Vieja Panadería, en Cooper Yard, Lulverton, en el condado de Downs, conjuntamente con las escaleras de acceso, también de su pertenencia y ahora ocupadas por ustedes, y le solicitamos que inmediatamente se retiren y entreguen la posesión del susodicho edificio.

“A cuatro de diciembre de 1939.

“(Firmado): DICKSON, PARRISH, WILLMOTT & LISTER.”

El segundo párrafo de la carta adjunta decía:

“Si la entrega no es inmediata, tenemos instrucciones de acudir a la justicia para tomar posesión.”

Esto explicaba el comentario del señor Garnett: “Está bien.”

Me dirigí inmediatamente al banco.

Es tal vez una costumbre sintomática entre los abogados, dado su oficio, realizar negocios bajo otros nombres; así que no fué el señor Dickson, ni el señor Parrish, ni el señor Willmott, ni siquiera el señor Lister, sino Charles Howard, el socio principal de la firma, quien me recibió. Además de tener con él un conocimiento profesional de algunos años, era mi propio abogado, socio del club de golf y padre de Peggy Howard, que era miembro de la agrupación teatral…, una de esas personas que no hacen más que entrar y salir del escenario, y que, sin embargo, son la misma sangre de una sociedad de aficionados.

No había ninguna traza indicadora en la digna y tranquila manera del señor Howard, de que supiera la causa de mi visita, aunque él era uno de nuestros más generosos y entusiastas apoyos.

—Es por esta noticia —estallé.

—¿Qué noticia, señor Tudor?

—La noticia de que debemos abandonar y entregar la parte superior…

Lo miré, pero él todavía escuchaba con atención, así que continué:

—…del edificio conocido como la Vieja Panadería, en Cooper Yard, calle de Harpur, Lulverton, en el condado de Downs… ¿Quiere que le lea lo referente a las escaleras?

Ni siquiera por un pestañeo demostró él otra cosa que un principio de entendimiento.

—Gracias, señor Tudor. Ahora puedo identificar el documento. Lo mejor es que no haya incomprensiones en estas cosas.

—¡Es absurdo! —protesté ardientemente—. ¡Estamos allí, con todo preparado para una nueva representación y, súbitamente, sin aviso de ninguna clase, nos lanzan en la cara una orden de desalojo!

—Es muy penoso —concedió el señor Howard—, pero nosotros ejecutamos las órdenes de nuestro cliente.

—¡Entonces él es un miserable gusano!

—Nosotros hemos recibido instrucciones…, instrucciones muy precisas de nuestro cliente…

—¿No soy yo también cliente suyo? —pregunté.

Aquella cara se iluminó. La austeridad del señor Howard cayó, como una capa. Extendió entonces el manto amistoso del consejero comprensivo.

—Esta situación es en extremo desagradable, señor Tudor. No tenemos costumbre de representar a las dos partes en un asunto de esta índole, pero no veo motivo para no aconsejarlo. La situación, desde su punto de vista, señor Tudor, es algo difícil. La notificación es perfectamente legal y nosotros la representamos. Eso será dicho en la corte…, no me cabe de ello la menor duda. Ese local no es residencial. No están ustedes protegidos por la ley de rentas. Y no pueden alegar que el desalojo los dañará realmente. Entonces, señor Tudor, ¿por qué no escribe usted una carta a mi cliente, quiero decir al señor Garnett, solicitando que se postergue el desalojo hasta la representación de la nueva pieza?

—Porque no lo concederá. No es tipo de hombre capaz de ceder una pulgada. ¿No puede haber una treta legal? ¿No podemos rechazar el desalojo?

—Temo que no, señor Tudor. Su única posibilidad es convencer al señor Garnett para que retire la orden. Eso es difícil, pero tal vez no sea imposible ponerse de acuerdo.

—Y yo conozco los términos —dije amargamente, recordando los proyectos de la hija mayor del señor Garnett.

—Pese a todo, señor Tudor, ningún mal habrá en escribir esa carta. ¿Puedo sugerirle que ofrezcan pagar un pequeño alquiler?

—¡Inútil! —dije—. No aceptaría quinientas libras anuales y comisiones. Está bien, señor Howard. Dejemos esto. Hablaré otra vez con el señor Garnett.

Me acompañó por el corredor hasta la puerta.

—Buenos días, señor Tudor —dijo sonriendo; se inclinó hacia mí y, muy rápidamente, murmuró en mi oído: —¡Déle una trompada a cuenta mía?

Quizá sea éste el motivo por el que los abogados se ocultan detrás de otros nombres: durante apenas media hora, él había sido abogado del propietario, consejero del inquilino y simplemente Charles Howard.

Había llegado el momento de ir a ver al señor Garnett con el sombrero en la mano. Lo encontré en el rellano de la escalera antes de almorzar, y me invitó cortésmente a pasar a su cuarto. Esta vez no hubo cigarros, ni coñac, ni fuego, y la única silla estaba junto a la cama, con un par de pantalones colgando de ella. Estuvimos de pie.

Traté de razonar con él, pero fué inútil. En la entrevista previa él había dicho que su hija era la principal instigadora: pero ahora era obvio que, estando enojado, él iba a ser terco como una mula por su propia cuenta. La alternativa era bien clara: si consentíamos en dar a Hilary el papel de Isabella, él daría instrucciones a Dickson, Parrish, Willmott & Lister para retirar la orden de desalojo. Por otra parte, si Hilary no conseguía el papel, la orden seguiría en pie y nosotros seríamos expulsados del edificio, si era necesario, a la fuerza.

Protesté diciendo que aquello era una cosa fantástica; que, en la vida real, la gente no hacía ese tipo de cosas; que el hecho de que Hilary Boyson no consiguiera el papel no influiría en el trato que su padre daría a sus empleados.

—¿Quiere usted decir —pregunté— que si su precioso yerno va a ver al señor Boyson y le dice que él nos ha forzado a dar ese papel a su hija, el señor Boyson le echará los brazos al cuello y le dará la mitad de su reino?

—Eso es lo que piensa mi chica —dijo mirándome ferozmente—. Y yo no iré contra ella.

—¿Y cuáles serán los sentimientos de la señorita Boyson? ¿Cree usted que cuando ella conozca las circunstancias, aceptará el arreglo?

—Probablemente no, pero usted y su comité harán bien en no decirle nada, porque, si ella no hace el papel principal, la orden de desalojo sigue en pie.

—¿Y si la señorita Faggott se opone?

—No puede hacerlo. Ella tampoco podrá representar ese gran papel, porque para entonces, el edificio estará cerrado.

—¡Esto es un chantaje!

—Llámelo como quiera, joven. Estoy decidido. Ya conoce las condiciones. Acéptelas o rechácelas. Le doy hasta mañana a las nueve de la mañana. Y recuerde: si no se van, los haré echar a la fuerza.

Se dirigió a la puerta como un gorila furioso y la dejó abierta. Yo no quería quedar derrotado. Caminé hacia la puerta y me detuve frente al mapa colgado en la pared.

—Una afición interesante —dije, después de un descuidado examen—. Impide que usted se dedique a hacer maldades.

El gruñó algo en voz baja.

Yo proseguí ligeramente:

—Estoy seguro que no le importa que se lo diga, pero definitivamente es imposible que haya taberna alguna en la penitenciaría… Con permiso.

Con un ademán delicado quité una bandera del mapa, la coloqué en algún lugar sobre el canal de Bristol y, caminando desdeñosamente, salí de la habitación. Fué una pena que la señora Doubleday viniera en dirección opuesta, porque choqué con ella, arruinando lo que hubiera sido un efecto verdaderamente artístico.

De todos modos, era un martes de mala suerte. Cuando miré en el tablero de la correspondencia al regresar esa tarde de la oficina, encontré otra carta en mi casillero, esta vez de Basil Northcott. Comunicaba que se

había alistado en la Fuerza Aérea y que, por lo tanto, no podría representar el papel de Lucio. Yo lancé un suspiro. Se dice que el cabello de Ludovico Sforza encaneció en una sola noche. Y a veces me he preguntado si él era secretario honorario de una asociación teatral de Milán.

Otra reunión de emergencia del comité debía realizarse esa noche. Nos encontramos en casa de la señora Doubleday. Junto conmigo, cinco miembros se sentaron alrededor de la mesa: Mortimer Robinson, Pat Collingwood, Frederick Cheesewright, Myrna y Paul. Myrna parecía pálida y enferma, y no tan animosa como de costumbre, lo que me hizo pensar si Tiddler habría cortado el nudo.

Mortimer Robinson tomó el sillón principal. La segunda cuestión por tratar era la falta de Basil Northcott. ¿Quién iba a reemplazarlo? Hay dieciséis personajes masculinos en *Medida por medida*. Seis de estos personajes podían ser doblados, pero aun en ese caso era necesario encontrar trece actores, y los hombres no tienen tanto interés como las mujeres en hacer los idiotas en el teatro. Nuestro número de actores era dieciséis, lo que nos dejaba con tres actores para representar a los nobles, los oficiales, y la mayor parte de la población de Viena. Aunque Basil Northcott no se prestara para el papel, ninguno de los dieciséis restantes (incluido yo) hubiéramos podido siquiera intentarlo.

—Lucio —dijo Pat Collingwood— debe ser esbelto y elegante, lleno de actitudes graciosas. No hay ninguno así entre nosotros. ¿Hay alguien que pudiera aprender ese papel de prisa?

La única sugerencia la hizo Mortimer Robinson.

—¿Y su amigo Ridpath, Vaughan?

Mi respuesta fué dudosa.

—Puedo decírselo, naturalmente.

—¡Oh, *no*!

Todos miramos a Myrna. En su voz había una nota de desesperación. Ella nos miró y prosiguió a toda prisa:

—Creo que él no servirá. No tiene experiencia.

—Pero se le puede preguntar —dijo bruscamente el pequeño y calvo Cheesewright—. Se le puede preguntar.

Myrna no podía decir nada más, y la sugerencia fué aceptada, encomendándoseme a mí que hablara con Tiddler. Pero, en lo hondo de mi alma, yo rechazaba esta idea: seguramente había pasado algo entre él y Myrna.

El segundo tópico a discutir era el golpe de mano del señor Garnett. Yo narré mi desastrosa entrevista al comité. Ellos me escucharon en silencio.

—¡Pero eso es simplemente un chantaje!—exclamó Cheesewright cuando yo terminé el relato—. ¡Eso es un chantaje!

—Moralmente —dije—, pero no legalmente. Garnett actúa dentro de sus derechos. No tenemos nada en qué apoyarnos. ¡No podemos decir que nuestra actuación, en la Panadería sea una contribución al esfuerzo bélico!

Siguió un silencio, que fué interrumpido por la lenta voz de Paul, que daba fuertes pitadas a su pipa desde el principio de la reunión.

—¡Parece tan infantil! Es como sir Jasper, el malvado terrateniente, haciendo efectiva la hipoteca. Además, conozco al viejo Boyson. Es uno de los últimos caballeros que quedan en Europa. Imagino sus reacciones si un sucio individuo aparece con una historia así. ¿Por qué no lo atacas, Vaughan, hablando con el viejo Boyson?

—Es inútil, Paul. Garnett ha sido arrastrado al asunto por su deliciosa hija Elsie, quien evidentemente, posee una mentalidad de novelón de seis peniques, unida a un carácter rencoroso. ¿Recuerdan aquella sorprendente criatura con los pantalones azules, los zapatos de taco alto y un complejo de inferioridad sin desarrollar, que estuvo aquí la mañana del domingo en que se declaró la guerra? Bueno, ella es de ese tipo. El viejo Garnett le tiene un miedo mortal. Pero sus ridículas ambiciones no son lo principal. Comprendo que, si el domingo pasado yo hubiera accedido instantáneamente a la proposición de Garnett, el yerno, como dice Paul, hubiera dicho algo al señor Boyson, y hubiera recibido la patada que tanto merece. Pero James Henry Garnett tiene todas las características de una mula…, y yo lo he enfadado. La pobre Hilary es ahora sólo un símbolo. El viejo Garnett es el tipo de hombre que se rebela en un litigio, y les aseguro que, si prevenimos a Boyson, o a la misma Hilary, o si desafiamos al viejo a que lleve a cabo sus propósitos, dejará que su yerno pierda el puesto y nos echará de la “Panadería” con todo el vigor de que es capaz.

Pat Collingwood hizo una pregunta:

—¿Puede él obtener orden de desalojo antes de principios de enero?

—No lo sé. Pero, aunque pudiéramos hacer *Medida por medida*, ¿podemos perder el teatro? Hemos trabajado mucho en él.

—Pese a todo —protestó Pat—, no podemos pedir ese papel a Elizabeth. Lo que hemos hecho en la "Panadería" no es nada junto a lo que esa muchacha ha trabajado en los ensayos. Sería terriblemente injusto.

—No podemos tener tan en cuenta los sentimientos de *ella* —dijo Myrna con desacostumbrada acritud—. En fin de cuentas, éste es el turno de Hilary…

Entre dientes nuestro productor empezó a silbar *El buen rey Wenceslao*, pero ella no prestó atención a la señal de peligro.

—Hilary cedió el puesto a Elizabeth en *Los semejantes a ella*…, y es tan buena actriz como la señorita Elizabeth Faggott.

—No estoy de acuerdo en eso —dijo Pat—. Elizabeth está estupenda en el papel de Isabella. En mi larga experiencia jamás he visto una Isabella mejor comprendida o representada.

Paul añadió:

—Y eso pondría a Hilary en una posición muy incómoda.

—Ese es el inconveniente de estas representaciones de aficionados —persistió Myrna—. Siempre hay uno o dos que toman todo y no dan nada. Creen que deben estar a la cabeza del reparto por derecho divino.

—¡Myrna! —protesté—. Eres un poco injusta, ¿verdad?

Ella se volvió hacia mí como una pequeña tigresa.

—¡Claro que tú la defenderás! —exclamó—. ¡Y eres un idiota al hacerlo!

Retiró su silla de la mesa. Esperamos, sin hablar, hasta que la puerta se cerró tras ella con un golpe.

—Vamos —dijo Paul tranquilamente—. ¿Algún otro de ustedes espera un ataque de histeria?

Mortimer Robinson puso su corbata a nivel con las puntas de su cuello. A aquel hombrecito de modales suaves le disgustaban las escenas.

—Debemos discutir esto con calma —dijo.

La decisión, aunque largo tiempo demorada, fué inevitable: Hilary debería representar a Isabella. Aunque traté de evitarlo, se me encomendó a mí la tarea de informar a Elizabeth. Insistí, sin embargo, en que, aunque Hilary estaría ignorante de todos los hechos, Elizabeth debería ser informada detalladamente de todo; y que si ella se negaba a ceder su puesto a Hilary, no insistiríamos, dejando que nuestro dulce propietario hiciera lo que le diera la gana. Con esta resolución, el comité se disolvió.

Era ya muy tarde, pero el señor Garnett quería conocer nuestra decisión por la mañana temprano. Yo cargué nuevamente mis baterías y fui a ver a Elizabeth, con el corazón mucho más pesado por cierto que en mi última visita. Mi cara debió decirle que traía malas noticias.

—¿Qué pasa, Vaughan? —preguntó con temor en cuanto llegué.

—Tengo una misión un poco brutal, Elizabeth… Yo…, quiero decir, el comité, desea que entregues el papel de Isabella a Hilary… Me han pedido que te diga que…

Mi voz se detuvo, en un miserable silencio.

—Sigue, Vaughan —dijo ella en voz baja.

—¡Es ese demonio de Garnett! —estallé—. ¡Nos tiene tomados por los cabellos! No ignoras que él quería que diéramos el papel a Hilary. Y ahora ha apretado el tornillo. Súbitamente se ha revelado dueño de la Panadería y nos ha dado orden de desalojo. No la retirará a menos que hagamos lo que él desea. ¿Quieres… ayudarnos, Elizabeth? En cuanto termine *Medida por medida*, comenzaremos con otra pieza de Shakespeare, *Macbeth*, si lo deseas.

Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas.

—Vaughan —dijo, con la voz contenida—, ¿por qué me haces llorar con tanta frecuencia?

Yo proseguí:

—Hemos discutido dos horas esta noche, y no vemos otra salida. Quizás él no pueda conseguir una orden de desalojo antes de la representación de *Medida por medida*, pero, tarde o temprano, perderemos la Panadería.

—¡Pobre y querida Panadería!… Y tú, y Paul, y Pat Collingwood, y Pompey Hobson, que han trabajado tanto en ella…

—¿Aceptas? —pregunté ansiosamente—. ¿Puedo decir a Hilary que has decidido no continuar? ¡Demonios y maldición! ¡Todo este asunto está podrido!

—No quisiera que fuera de otro modo… ¡Oh, Vaughan —su encantadora voz se quebró— vete ahora, por favor!

Cuando regresaba a casa de la señora Doubleday, me detuve en el teatro y escribí a máquina una nota para el señor Garnett.

“Estimado señor Garnett”, comencé… y arranqué el papel del rodillo.

"Muy señor mío (comencé de nuevo):

"Debo informarle que el comité ha accedido a su propuesta. Sin duda usted retirará la orden de desalojo que ha sido enviada a esta sociedad por los señores Dickson, Parrish, Willmott & Lister.

"Debo decirle que aunque se harán todos los esfuerzos para cumplir con sus deseos, circunstancias tales como la enfermedad o una negativa categórica de cierta persona puede forzarnos a rectificar nuestro acuerdo.

"Atentamente,

“W. V. Tudor”.

“(Secretario).”

Quince minutos después, deslicé la nota debajo de la puerta del señor Garnett; tomé *La casa de Pooh Corner* de mi habitación, y descendí a ocupar un cómodo sillón en la sala. Pero ni siquiera la historieta del desayuno de Tigger atrajo mi atención. Mis pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Jack Gough, quien parecía el retrato mismo de la desdicha.

—¿Qué pasa con Myrna? —preguntó.

Yo arrojé *La casa de Pooh Corner* en el sillón vecino y me puse de pie.

—¡No lo sé —le dije inquieto—, y con el riesgo de que me des una trompada, te digo que no me importa!

Lo tomé luego del brazo.

—Vamos, Jack. Ambos hemos suspirado ya bastante. Vamos a "El Ancla Azul" y tomemos tanta cerveza como sea posible tomar desde ahora hasta el momento de cerrar.

—Ya he bebido cerveza —confesó, de mala gana.

Había tomado seis jarras, y eso le hizo cantar: “Aparta, oh, aparta esos labios”, con una tonada propia, todo el camino de regreso, por la calle de Friday.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto encontré dos cartas en el suelo. La primera que abrí era breve y directa: “Me basta con su palabra. J. H. G.” Estaba garabateada en el reverso de una hoja cubierta de signos cabalísticos y de anotaciones. Al señor Garnett no le agradaba gastar papel.

La otra carta era de Myrna:

“Querido Vaughan: Perdóname, por favor. Lo siento mucho, mucho. No te heriría por nada del mundo.”

Puse ambas en un cajón; y, un poco más dichoso, me metí en la cama.

X

El niño golpea a la niñera, y completamente,
pierde todo decoro.

Acto I, escena 3ª.

TIDDLER, como Barkis, aceptó. Apoyado por la presencia de Mortimer Robinson, quien, sin embargo, se ocultaba tras el *Telegraph*, yo abordé el asunto a la mañana siguiente, a la hora del desayuno. Aparentemente, Tiddler estaba contento como siempre. Hizo bromas acerca de los estallidos de Myrna, y aseguró que ella era capaz de gobernar un jardín de infantes dando pataditas; parecía no estar preocupado con el estado de ánimo de ella la noche anterior.

—Lucio es un papel muy largo —le previne—, y no hay mucho tiempo. Hoy es 6 de diciembre. La función se efectuará el 4, 5 y 6 de enero, y el ensayo general el miércoles 3. Las ropas llegarán de Wight el lunes o el martes; el sábado previo habrá un ensayo completo, con gestos y parlamentos, pero sin vestuario. Eso ocurrirá el 30 de este mes. Sólo cuentas, pues, con tres semanas.

—Puedes confiar en mí —afirmó.

—Aquí —proseguí— hay copias de la obra y el libro de Lamb *Relatos de Shakespeare*. Lee la historia primero y después mira la obra. Es mejor que tengas el día libre y que te dediques a Lucio en lugar de vender tierras.

Antes de salir para la oficina llamé por teléfono a Hilary y le pedí que aceptara el papel de Isabella. Tras un silencio tan prolongado que empecé a pensar que se había cortado la comunicación, ella se manifestó muy contenta, pero añadió:

—¿Qué ocurre con Elizabeth?

—Ha cambiado de idea.

—¡Oh!… Está bien, Vaughan.

—Espléndido. Hay un ensayo el viernes a las siete en punto. ¡Hasta pronto!

No muy tranquilo, dejé el aparato. El tono de Hilary revelaba que ella sospechaba algo.

Al día siguiente, por la mañana, Tiddler se presentó en mi oficina.

—Es un poco fuerte, ¿verdad?—preguntó, arrojando el sombrero sobre una silla—. No me sorprende que ensayen a puerta cerrada. ¿Quién representa a Isabella… Betty Faggott?

—La llamamos Elizabeth —lo reprendí—. No, Hilary Boyson. Elizabeth representa el papel de Mariana, la muchacha que Ángelo abandona.

¿O no lo representaba? Yo había olvidado preguntarle. ¿Acaso Elizabeth quería figurar en la obra?… Querida Panadería… Sí, ella representaría a Mariana. Elizabeth se adaptaba a todo.

—Myrna me dijo hace un tiempo —prosiguió Tiddler— que ella hacía de Julieta, aunque no es papel para una muchacha como ella, ¿verdad? Sólo lo ha hecho para que todo quede bien en la última escena.

—En realidad —le dije—, no hay en esta obra papel apropiado para Myrna. Puck en *El sueño de una noche de verano* es como para ella.

—Todos —se quejó Tiddler— se casan respetablemente, menos yo. ¿No podrían darme un final más feliz? Esa Kate Keepdown no es mi tipo. ¿No habría algo mejor para mí?

—*Azotes primero y colgarlo después* —decreté sombríamente.

Tiddler se puso en una actitud elegante y dijo, con la misma impudicia del verdadero Lucio:

—En verdad, señor, he hablado de acuerdo a la obra. Si queréis colgarme por ello, hacedlo. Pero preferiría que me hicierais azotar.

—Te azotarán —aprobé.

El señor Garnett me detuvo en el vestíbulo después de almorzar.

—He dicho a los abogados que retiren la orden de desalojo.

Asentí. Pero no pude darle las gracias.

—Y he dicho a mi chica que si su Tom quiere sacar capital de lo que ha sucedido, ni ella ni él tendrán un centavo mío cuando llegue el momento. Si él sirve para el puesto de gerente de las obras, se lo darán espontáneamente.

Sus duras facciones se distendieron un poco.

—¡Fué una buena broma, muchacho!

La esperanza empezó a invadirme.

—¿Entonces, este nuevo arreglo…? —exclamé.

Se golpeó con el puño la palma de la mano.

—Sigue en pie.

Me volví hacia las escaleras sin decir una palabra. Él me llamó, torpemente me deslizó un sobre en la mano y se perdió en la sala. Dentro del sobre había un cheque. Estaba a nombre de la Sociedad Dramática de Lulverton, y era por veinte libras.

Elizabeth y Hilary cambiaron de papel tan rápida y naturalmente, que el hecho pasó casi sin comentarios de los otros miembros de la compañía. Hilary había estudiado el papel y lo conocía bien. En poco tiempo la dicción fué perfecta. Tiddler aprendió su papel con sorprendente velocidad y, frecuentemente, lo encontré en la oficina declamando ante un público compuesto por la señorita Jones y Hindenburg. Si las fibras morales de éstos fueron sacudidas por la representación de Tiddler, nunca lo he sabido, porque Hindenburg tuvo que ser reemplazado poco después, y nunca se supo que hiciera otra cosa en las representaciones de Tiddler que lanzar un prolongado “Bien”; y yo tenía la costumbre de discutir sólo de negocios con la señorita Jones.

Mi impresión se confirmó en la segunda reunión de emergencia del comité. Había una ruptura definitiva entre Myrna y Tiddler. Eran lo bastante educados como para alcanzarse la salera en las comidas, pero la amistad había terminado. Pensé que era Tiddler quien había roto, porque él se portaba como si se hubiera quitado un peso de encima, mientras que durante una quincena Myrna se lo pasó haciendo terribles muecas.

Por primera vez durante la guerra llegó la Navidad, y la señora Doubleday mostró su magnificencia culinaria. Comimos tanto, que cuando Myrna regresó el miércoles después de pasar las fiestas con sus padres en Whitchester, los otros declaramos que ella estaba hambrienta y que debía

colocarse inmediatamente en manos de la señora Doubleday. Esto era una exageración, porque Myrna parecía más bonita y más alegre que lo que había estado desde la noche en que se enfadó conmigo.

Tiddler salió temprano en la mañana del veintiséis y llegó a la oficina el miércoles, una hora tarde. Estuvo distraído el resto del día. Cuando le pregunté el motivo reconoció haber bebido demasiado la noche antes.

En la noche del miércoles, es decir, el 27 de diciembre, casi ocurrió un serio accidente en la Panadería. Una compañía de treinta y cinco personas, eran una multitud en un espacio tan limitado, especialmente en el corredor que llevaba desde el vestíbulo hasta la platea. Esa noche, cuando Pat Collingwood solicitó cinco minutos de descanso, hubo un desbande general en busca de café, y Elizabeth se enganchó el pie en un pedazo roto de la alfombra del corredor; perdió equilibrio y cayó contra Hilary, lanzándola escaleras abajo.

El grito de Hilary fué seguido de ruido de madera quebrada, al romper con su peso un escalón podrido. Paul y yo acudimos a ayudarla y pudimos sacarla del agujero. Con considerable alivio notamos que, con excepción de una pierna arañada y del susto consiguiente, Hilary estaba ilesa. La señorita Lark, siempre espléndida en casos de emergencia, se encargó de prestar los primeros auxilios y llevó a Hilary a su casa, en un coche manejado por Paul.

Cuando ellos se fueron se comentó mucho si Hilary podría tomar parte en la obra; pero, al día siguiente, se supo que estaba ilesa, con excepción de la pierna raspada y de uno o dos moretones.

El 30 de diciembre era el día del ensayo general, sin ropaje.

Algunas mañanas, al despertarnos, presentimos algo malo. La sombra de los acontecimientos del futuro parece pesar sobre la mente semidormida. La sensación es, en gran parte, ilusoria, y una taza de té basta para ahuyentarla. Así me ocurrió a mí la mañana del 30 de diciembre, con el añadido de que dos tazas de té no despejaron mis sombríos presentimientos. Yo presentía que algo desagradable iba a ocurrir en cualquier momento.

Tuve que esperar hasta la tarde para que eso sucediera.

Una cita de negocios me detuvo más de la cuenta en Paulsfield, y llegué a la Panadería con quince minutos de retraso para el ensayo, que se había

fijado para las siete y media. Corrí por la calle de Harpur y me precipité en Cooper Yard con tal velocidad, que un gruñido de alarma no me impidió chocar contra alguien que estaba allí de pie.

Sin aliento, me disculpé, y una voz interrogante mencionó mi nombre. Me di a conocer, y la voz dijo:

—Soy Garnett.

—¡Hola, señor Garnett! —saludé amablemente.

Habíamos comprendido que no era tan malvado. Elizabeth no se había manifestado tan deprimida como yo temí, y las veinte libras nos fueron muy útiles, aunque era dinero dado para hacerse perdonar. Gastamos casi todo en dar una nueva capa de pintura a la Panadería, y en otras mejoras que la hermoseaban. Como suele ocurrir, el trabajo de decoración se había demorado y, aún ahora, no estaba terminado del todo.

—¿Qué hace usted por estos lados? —pregunté.

—Mirando. Un hombre debe inspeccionar sus propiedades.

Las palabras estaban fuera de tono, pero la voz era amable.

—¡No verá usted mucho en Cooper Yard esta noche!—dije riendo, y añadí en un impulso—: ¿Quiere venir al teatro y ver cómo gastamos su dinero?

El gruñido de respuesta implicaba asentimiento.

Todos me esperaban y estallaron en gritos cuando me vieron aparecer en el vestíbulo. Cesaron bruscamente cuando la poco agraciada figura del señor Garnett apareció detrás de mí. Yo aproveché la oportunidad:

—Señoras y señores —grité—, por largo tiempo hemos usado la Panadería sin pagar alquiler por ella y, recientemente, con la ayuda de una buena contribución a nuestros fondos, hemos podido restaurarla. ¡Ambas cosas las debemos a este caballero…, el señor Garnett!

Todo marchó bien. Hasta el objeto de mis elogios, arrastrándose sobre la alfombra nueva, con su sombrero sólidamente metido en la cabeza y las manos enguantadas en el mango de su paraguas, permitió que se extendiera en sus feas facciones algo que, con un poco de imaginación, podía parecer una sonrisa. La ceremonia fué terminada por una voz que se elevó en lúgubre queja desde el auditorio:

—Señor Collingwood, si no piensan irse a casa todavía, les recuerdo que tengo las luces preparadas para el acto primero, escena primera, en el palacio del duque.

Pompey Hobson estaba ajustando los controles. No era necesario tener iluminación de candilejas para este ensayo, pero Pompey deseaba, según dijo, "pulsar los controles".

Nos agrupamos en el corredor, en dirección a la platea. Encontré un asiento para el señor Garnett, y después, como iban a necesitarme para la segunda escena, fui a recibir las instrucciones de Pat Collingwood. Los miembros de la compañía que no eran necesarios inmediatamente en escena se sentaron en la platea. Entre ellos estaba Elizabeth, que, en el papel de Mariana, no aparecía hasta el comienzo del cuarto acto. Percibí que junto a ella estaba la niña terrible, Jill Geering, y me estremecí.

La primera escena breve, en la que el duque concede autoridad a Ángelo, con el viejo Escalus como ayudante, y sale, ostensiblemente para Polonia, pasó con una sola interrupción de Pat, quien estaba sentado en medio de la primera fila de plateas, con el manuscrito y un lápiz en la mano. Geoffrey Cutner estuvo soberbio en el papel del duque, pese a sus pantalones de franela gris. Franklin Duzest, en el papel de Ángelo, demostró un perfecto equilibrio entre la dignidad y la obediencia a la voluntad de su señor. Mortimer Robinson, en el papel de Escalus, pese a que sus ademanes eran venerables y su edad apropiada, se parecía —en su escrupulosa vestimenta diaria—, tan poco a un antiguo noble, como puede esperarse del jefe de un departamento de valuaciones. Ropajes patriarcales y una peluca harían toda la diferencia.

La calle, en la escena siguiente, estaba, como la belleza, en el ojo del espectador, diferenciándose muy poco exteriormente de la escena anterior, que ocurría en el palacio del duque. Nuestros telones de fondo eran cortinas, que servían, con pequeños cambios, de palacio, calle, cárcel, granjas y campos fuera de la ciudad. Por lo demás, se dejaba que Pompey Hobson hiciera sus hechizos con soldaduras, tablillas y profundas luces de color ámbar y rosa. Pero en la escena segunda del primer acto, que transcurre en la calle, temporalmente, Hobson perdió su poder. Tiddler, en el papel de Lucio, estaba listo para entrar con Ralph Freshwater como

Caballero Primero y Stewart McIver como Caballero Segundo. El telón delantero no se utilizaba en este ensayo, y debíamos esperar solamente que las luces cambiaran, de la apagada riqueza del palacio a la aguda definición de la calle.

Después de un momento de total oscuridad, el escenario se llenó de un intenso resplandor rojo, como si toda Viena estuviera en llamas. Esto desapareció, y otro período estigio fué seguido por una iluminación fantásticamente azul, que continuó hasta que, tras el ruido de alguien que quebraba una cosa que parecía leña, la cara de Hobson surgió entre las cortinas. Fué la primera vez que yo vi un espectro vivo, con gorro.

—Lo siento, señor Collingwood —dijo—, pero hay un botón que no anda.

—Lo suponía —dijo secamente Pat.

Entonces se oyó la aguda voz de Jill Geering que preguntaba:

—¿Es ése el hombre que llaman alcahuete?

El botón de Hobson se arregló prontamente y no hubo mayores dificultades con la luz.

Lucio entró con los dos caballeros. Comenzaron con las primeras frases sobre la paz hecha por el rey de Hungría, que eran frases bastante alusivas en 1606, pero totalmente oscuras para un auditorio moderno. Después, cuando el segundo caballero dijo *Amén*, Lucio replicó:

—Tú eres como el pirata santimonio que se hizo al mar con los diez mandamientos, pero borró uno de la tabla.

El segundo caballero iba a hablar otra vez, pero Pat lo detuvo:

—Un momento, Mac —dijo—. Peter —yo era el único que le llamaba Tiddler—, eso fue demasiado serio. Prueba otra vez y dilo más ligeramente. Y has olvidado el asunto de la daga. Aunque no la lleves ahora, pretende sacarla de debajo de la capa. Vaughan, ¿pediste a Wight que enviaran una daga?

—Sí, Pat —contesté—. Escribí pidiéndola especialmente. Vendrá con las otras cosas el lunes o el martes.

—Bueno. Adelante, Peter.

Tiddler repitió la frase. Pat no hizo comentarios, y la escena prosiguió algo insípidamente hasta la entrada de la señorita Lark en el papel de la

señora Overdone y de Paul Manhow en el de Pompey, y desempeñó tan bien su insolente papel y dijo las frases con tal sabor, que yo olvidé a los demás.

La obra prosiguió. Yo, como preboste, saqué a Claudio de la cárcel. Lucio visitó a Isabella y, más de una vez, olvidó sus frases. Pompey y Froth, el caballero tonto, fueron traídos por Elbow el guardia (Jack Gough) ante Escalus y se les permitió quedar libres… y Paul desempeñó triunfalmente la larga escena de la comedia. Nunca lo había visto mejor. Isabella (Hilary Boyson) visitó a Ángelo y suplicó gentilmente por la vida de su hermano. El duque, disfrazado de fraile, pero vistiendo aún sus pantalones de franela, tuvo una corta escena con la desventurada Juliet, representada por Myrna, quien distaba mucho de dar la impresión de *estar muy cerca de su hora.*

Ángelo e Isabella se encontraron por segunda vez. Él le ofreció la eterna alternativa. Ella rehusó, hermosamente. En el comienzo del tercer acto ella hizo su famosa escena con Claudio y, en el discurso recriminatorio, fué evidente que Hilary era una muchacha de buena cuna.

En el acto III, escena 2a, Elbow se venga de Pompey y lo arrastra a la prisión. La segunda parte de esta escena es el gran momento de Lucio. El actor que representó ese papel en el Prince Consort así lo había hecho. Él había volado sobre esta escena como una mariposa traviesa al recorrer un campo de flores prohibidas. Basil Northcott pasó por ella como el toro de la vulgaridad sobre la porcelana de la susceptibilidad pública. Es la escena en la que Lucio cuenta al fraile las faltas en las vidas privadas y en la moral de sus señorías el duque, y su delegado, el señor Ángelo. Después dice al duque en memorables versos:.. *La calumnia hiriendo hacia atrás las más blancas virtudes toca*. En la manera que lo dijo Tiddler, aquello era *calumnia hiriendo hacia atrás*, y nada más.

Lucio ataca primero a Ángelo:

—Algunos dicen que es hijo de una sirena marina—*dijo Tiddler—,* otros que fué engendrado por dos peces. Pero es seguro que…

—¡Un momento, Peter! —Era ésta la interjección habitual de nuestro productor. — Eso no es bastante aéreo…, ponga más vida en los ademanes.

Tiddler lo repitió y yo percibí algo del Lucio que había aparecido ante Hindenburg y la señorita Jones.

Después de terminar con Ángelo, Lucio presta su atención al duque.

—... Él estará también borracho, dejad que os informe,

—Un momento —interrumpió de nuevo Pat—. No es *dejad que os informe*, sino *así os informo*. Eche la cabeza hacia atrás. Usted está demostrando su esperanza de chocarlo y de sorprenderlo.

La escena tuvo que repetirse dos veces antes que Pat estuviera satisfecho. Nueve versos después hubo otra interrupción. Tiddler acababa de decir:

—Un individuo superficial, ignorante, sin peso.

—Un momento, Peter. No son necesarias esas grandes pausas entre los epítetos. Pareces un guarda de tren, cuando llama en las estaciones. Di las palabras casualmente, o rápidamente, como si pensaras que el duque es un tema de conversación.

—Olvido el orden de las palabras —explicó torpemente Tiddler.

—¿Qué te pasa?—preguntó Pat—. Estabas perfectamente el miércoles. Hoy no vales más… —Creo que iba a mencionar a Basil Northcott, porque vaciló antes de decir— un torpe colegial.

—Lo siento, Pat —contestó Tiddler—. Creo que empiezo a cansarme.

— *¿Cansarte?* ¿Qué dirías si hubieras representado el mismo papel, todas las noches durante dos años? Sigue y, por amor de Dios, pon un poco de vida en el papel.

Yo estaba un poco preocupado por Tiddler. Los pensamientos de él estaban lejos de la obra. Si había recibido un golpe, pensé, había quedado más preocupado que dolorido.

Al final del acto tercero nos interrumpimos por un cuarto de hora. Pat llamó a Hilary, al duque, a Claudio y a mí para que nos reuniéramos con él, mientras cl resto de la compañía salía al vestíbulo, donde dos muchachas servían café. Elizabeth y Jill fueron con ellos. El señor Garnett siguió en su asiento, fumando su pipa.

Pat deseaba hablarnos de la escena al principio del acto cuarto, en la que aparecíamos los cuatro. Pasaron diez minutos antes que se nos permitiera reunirnos con los otros en el vestíbulo. A lo largo del corredor yo seguía a

Hilary. Al llegar a la puerta oí que alguien hablaba en el vestíbulo…, y si ella no hubiera estado delante de mí, yo hubiera jurado que se trataba de Hilary. Instintivamente, ella se detuvo, y nosotros también.

—¡El cielo hizo que mi madre fuera leal a mi padre!

Porque tan agudo puñal de maldad

jamás brotó de su sangre. Acepta mi provocación,

¡Muere, perece! Si mi bajeza

Te salva de tu destino, déjalo seguir adelante.

Era la voz de Hilary. Había el mismo profundo refinamiento, la misma calidad de dama en esta voz. Había la misma sugestión de la perfecta alumna de la Escuela Superior; de la alumna modelo de las clases inferiores; la sugestión cabal de una buena chica que representa a Shakespeare. La imitación era perfecta, mucho más profunda que una simple burla.

—Rezaré mil plegarias por tu muerte,

Pero no diré una palabra para salvarte.

Una pausa y luego:

—¡Oh Dios, Dios, Dios!

Un estallido de carcajadas saludó el último gentil reproche. Hilary avanzó hacia el vestíbulo y yo la seguí.

—No te detengas por mí, Elizabeth —dijo—. Sólo he venido a tomar un poco de café.

Era difícil decir si estaba realmente enojada.

Elizabeth se hallaba en medio del vestíbulo repleto, de espaldas a nosotros. Probablemente no oyó la frase de Hilary, porque, sin interrupción, alzó la voz de modo que las palabras surgieron nítidas, sobre sus gallardos movimientos.

—Así, a la guerra, al sudor, a las

galeras, a la pobreza, estoy acostumbrada.

La señorita Lark, desde el bar, saltó como un pájaro.

—¡Elizabeth, animalito! —gritó entre la hilaridad general—. ¡Estoy segura de que no soy así!

Como un eco, las mismas palabras se repitieron.

—¡Elizabeth, animalito, estoy segura de que no soy así!

Era siniestro.

La voz cambió. Era más profunda, pero con acento londinense y la sugerencia de adenoides y de un catarro bronquial.

—Señor Collingwood, si no piensa irse ahora a casa, le diré que tengo las luces listas para el acto primero, escena primera, en el palacio del duque.

Detrás de mí, en el corredor, el verdadero Pompey Hobson gritó:

—¡Ahora imíteme diciendo *La carga de la Brigada Ligera*, señorita Faggott!

La diversión acabó aquí. La conversación general continuó. Yo traje café para Hilary y charlé con ella hasta que la señora Cheesewright llegó con Jill Geering y se la llevó. Ya libre, me abrí camino entre la gente hasta Elizabeth, que conversaba con Franklin Duzest. Cuando yo llegué, él decía, en voz baja:

—Pero usted es diferente, más comprensiva ahora… ¡Hola, Vaughan!

— ¿Y cómo *—pregunté con una sonrisa—* están el villano delegado y la olvidada prometida?

—Lo hemos arreglado fuera de la corte *—rió Duzest—*. He prometido ser un buen delegado en lo futuro y no lanzar flechas en la noche.

Su sonrisa se apagó.

—Estaba diciendo a Elizabeth que no entiendo por qué dejó su papel. Hilary es una buena chica… ¡lo ha probado nuevamente…, pero no tiene bastante fuerza para representar a Isabella ni (a Elizabeth no le importa que lo diga) es lo bastante vulgar. Si ella pensara más en el papel y menos en la pureza de sus vocales, tal vez daría vida al personaje.

Él volvió la cabeza sobre el hombro.

—Eso, viejo —añadió sorprendentemente—, le hace parecerse a un cambista. ¿Ese sombrero se lo quita o forma parte de su cabeza?

Volviéndome, vi al señor Garnett a la entrada de la platea. Jill apareció, llevando a la señora Cheesewright de una mano y a la señorita Lark de la otra.

—Muéstrales, Elizabeth —ordenó.

Elizabeth pareció distraída. Jill pateó con impaciencia infantil.

—El regalo —dijo.

*

—Algo me dice —*afirmó Melpómene*— que las cosas nos están llevando a una cosa desagradable.

— ¿Crees que se van a arañar hasta sacarse los ojos? —*preguntó Talía, esperanzada.*

—No me preocupo por esas dos muchachas. El mal yace mucho más hondo —*y su voz pareció llena de presentimientos*—. El brebaje ha empezado a burbujear.

XI

La voluntad de la doncella marcaré...

Acto III, escena 1ª.

ELIZABETH rió.

—¡Ellas no querrán verlo, Jill!

—¡Muéstrales!

Con un encogimiento de hombros Elizabeth abrió su cartera y sacó un trozo de papel, que desdobló. Era un billete de diez libras.

—Papá me lo dió como regalo de cumpleaños —explicó—. Tiene fascinada a Jill.

Un billete de diez libras es una curiosidad en estos tiempos. Otras personas nos rodearon y el billete pasó de mano en mano, entre risas y viejas bromas. Mortimer Robinson fingió meterlo en su bolsillo, ante la verdadera preocupación de Jill. El divertido intervalo fué terminado por Pat Collingwood, que nos llamó a todos para el cuarto acto.

En ese momento yo fui al vestuario. Permanecí allí dos minutos, y estaba a punto de atravesar el vestíbulo para reunirme a los otros en la platea, cuando oí la voz de Hilary. Era rápida y tensa.

—…sólo acepté el papel porque me lo pidieron. Sin embargo, desde entonces, me has tratado horriblemente. Oh, ya sé que no has dicho una palabra cuando yo estaba allí. Esa atroz imitación no la hubieras hecho delante de mí. Todos reían. ¿Por qué haces las cosas más difíciles para mí?

El tono de Elizabeth fué tranquilizador.

—Fué sólo una broma, Hilary. Y tú imaginas cosas. Yo deseaba interpretar a Isabella, pero cuando el comité…

—Así que no lo decidiste tú? Vaughan me dijo que tú habías pedido que yo interpretara el papel. Ahora comprendo y sé qué debo hacer.

Esto fué amenazador. Retrocedí, golpeé la puerta del vestuario y salí al vestíbulo, tarareando suavemente.

—¡Hola, ustedes dos! —dije—. ¿Qué pasa con el cuarto acto, escena 1.ª? ¿No deberías estar dentro, Elizabeth?

Pat Collingwood pensaba lo mismo, porque en aquel momento la llamó desde la platea.

—¡En seguida, Pat! —respondió ella, corriendo por el pasaje.

—Vaughan… —empezó Hilary.

Yo la detuve.

—Te llamarán en un momento —dije—. Ven.

Me apresuré, dejando que ella me siguiera, para evitar una discusión penosa.

Se recordará que yo hablé al señor Garnett de nuestra dificultad para encontrar un muchacho que cantara: *Quita, oh, quita esos labios*, la canción con la que se inicia la escena. El talento musical era limitado en la compañía, y Elizabeth debía cantar. Esto se arregló fácilmente cortando el verso: *Rompe tu canción y vete*, que hace que el asistente salga de la escena antes de la entrada del duque. Cuando yo entré en la platea, Elizabeth estaba sola en escena, cantando. Cantaba sin acompañamiento, pero su suave voz de contralto me fascinó.

La primera escena del cuarto acto ocurre entre Mariana, el duque e Isabella. Al terminar la canción, el duque, siempre disfrazado, se une a Mariana y tiene una breve conversación con ella. Después entra Isabella y se va Mariana. Isabella dice al duque que ella ha fijado la cita con Ángelo. Mariana regresa y el duque la presenta a Isabella. Las dos muchachas se van, para que Isabella pueda explicar el plan a Mariana. Cuando regresan, Isabella dice al duque: —*Ella realizará la empresa, padre, si la aconsejáis.* El duque responde: —*No sólo doy mi consentimiento, sino que también es ésta empresa mía.*

Para evitar que la escena degenerara en una competencia de entradas y salidas, Pat había arreglado que cuando Elizabeth en el papel de Mariana decía: — *¿Quieres caminar afuera?* , ellas no dejaran la escena, sino que

fueran al fondo, mientras Geoffrey Cutner se adelantaba y decía un monólogo. La intención era fingir que Isabella no necesitaría más que unos momentos para convencer a Mariana, y ellas debían sólo pretender hablar, pero la conversación, aunque en voz baja, fué verdadera e intensa, y ellas se demoraron tanto, que el duque terminó su discurso y esperó que ellas se le unieran.

—¡Vengan ustedes dos!—gritó Pat—. ¡Esto es una comedia, no una reunión social!

Hilary se volvió y le contestó:

—Yo quiero que ella represente a Isabella.

—No es éste el momento para eso —respondió Pat agudamente—. ¡Por favor, adelante con la escena!

Hilary estaba sonrosada y sus labios temblaban.

—Desearía volver a representar a Mariana.

Elizabeth dijo bruscamente:

—Muy bien, entonces.

Se volvió hacia el duque.

—Ella aceptará la empresa, padre, si tú la aconsejas.

El solemne Geoffrey Cutner hizo la única broma que le oí decir:

—No es mi consentimiento —dijo—, sino el de Pat Collingwood el que es necesario.

La risa que se oyó en respuesta fué un poco forzada. Aunque no estaba lo bastante cerca para oírlo, estoy seguro que nuestro productor volvía nerviosamente las páginas del libreto.

—¡Basta de tonterías! —dijo—. Elizabeth, continúa representando a Mariana.

Hilary gritó:

—¡No lo hará! ¡Estoy harta de estas burlas y de hacer el ridículo! Si ella quiere representar a Isabella, que la represente.

—No debes descorazonarte por unas bromas —dijo Pat—. Elizabeth sólo quiso hacer una broma.

— *¿Broma?* —gritó Hilary—. ¡Si supieran lo que ella entiende por broma! —Atravesó rápidamente el escenario— Me voy a casa —dijo, y desapareció entre las cortinas.

Vi que Paul Manhow se levantó del asiento, dijo unas palabras a Pat y dejó la platea.

—Que ninguno se vaya todavía —pidió Paul—. Elizabeth y Geoffrey, es mejor que vengan a descansar unos minutos.

Aunque Cutner bajó inmediatamente a la platea, pasaron algunos minutos antes que Elizabeth lo hiciera. Ella miró alrededor, me vió sentado solo, vino y se dejó caer en el asiento, a mi lado.

—Muy desagradable —murmuré.

—No importa eso —dijo rápidamente—. Vaughan, ese billete de diez libras ha sido robado de mi cartera.

—¡No!

—Cuando Pat me llamó, salí corriendo a prisa y dejé la cartera sobre la mesa, en el centro del vestíbulo. Cuando fui a buscarla, la cartera estaba allí, pero faltaba el billete.

—Mira otra vez —sugerí.

Ella abrió la cartera sobre la falda y cuidadosamente revisó el contenido. El billete no estaba allí.

Yo anuncié la pérdida a los demás y ordené una cuidadosa revisión de la Panadería. Todo resultó inútil. Con toda la compañía reunida en la platea, dije:

—Si ésta es la broma de alguien, ya es suficiente.

Todos protestaron inocencia. Pedí a Elizabeth que registrara nuevamente su cartera, y después hice que retirara su tapado del guardarropa de las muchachas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté desesperadamente.

—Demos vuelta los bolsillos —fué la rápida respuesta de Frederick Cheesewright—. Demos vuelta los bolsillos.

Varias personas empezaron a hablar a un tiempo, pero la alta voz de Jill Geering fué la más perceptible.

—La señorita Boyson no puede mostrar su bolsillo, porque se ha ido a su casa.

Un niño puede decir eso sin querer decir más. Pero todos los demás callamos. El difícil silencio que siguió fué roto por Pat Collingwood.

—Paul fué con ella —dijo—. ¿Por qué no esperamos que regresen?

No fué una idea inteligente, pero como aliviaba una situación molesta, fué aceptada con más prontitud que la de Cheesewright. Se encendieron cigarrillos y la compañía se dividió en grupos, en la esperanza de que unas pocas palabras de Paul aclararían la situación. Pero él se demoraba más de lo que supusimos. Las muchachas hicieron más café y comenzábamos a beberlo en el vestíbulo, cuando oímos el ruido de la puerta y pasos en las escaleras sin alfombras. Jill corrió hasta el descanso, pero regresó sola, con una expresión de consternación en la cara.

—Es un policía —anunció, con importancia.

—Luces —dijeron todos con desmayo, y se pusieron de espaldas, como si revisaran los telones.

—Dile que entre, Jill —dije yo.

Yo esperaba que el policía vistiera de uniforme, pero estaba en ropa civil. Era un hombre grande, de unos cincuenta años, con un gran sobretodo gris y un sombrero negro, que se quitó cuando Jill lo hizo pasar al vestíbulo.

—Buenas noches —dijo con una voz profunda, agradable—. Soy inspector de policía. Tengo entendido que aquí pasa algo.

Jack Gough murmuró a mi lado:

—¡Es Charlton!

Yo sonreí: pronto dispondríamos *de él*.

—¡Dios mío, no! —dije ligeramente—. No tenemos absolutamente necesidad de molestarlos a ustedes. Lamento que se haya molestado en venir. ¿Puedo ofrecerle una taza de café antes que se vaya?

Él ignoró mi invitación.

Estábamos todos de pie como un grupo de criminales, como si hubiéramos sido atrapados en un garito de juego, o vendiendo cigarrillos después de hora.

—No pasa nada —aseguré—. Desgraciadamente, alguien ha perdido algún dinero. En realidad, en el momento que usted entró, acabábamos de saber qué había ocurrido con el dinero. Dale café al inspector, Peggy.

La policía no debía intervenir, aunque el dinero saliera de mi bolsillo.

—No quiero café, gracias, señor Tudor. —Yo di un salto al oír mi nombre. — ¿Qué ha sucedido?

—¿Cómo? ¡Ah! ¿Quiere usted decir qué ha sucedido con el dinero? Bueno, los hechos son éstos, inspector: una de nuestras actrices recibió un billete de diez libras de…

—¿Está ella aquí?

—Sí —señalé a Elizabeth—. Su padre le dió el billete como regalo de cumpleaños, y ella lo trajo esta noche para mostrárnoslo. ¡Un billete de diez libras es una curiosidad en estos tiempos! Estábamos ensayando una nueva comedia, *Medida por medida*, y…

Me detuve viendo la expresión interrogante de su fina cara.

—Iba usted a decirme —recordó— qué sucedió con el billete.

Oí que en el patio la puerta se golpeaba nuevamente. "Es Paul", pensé.

—Discúlpeme un momento —dije, y salí al rellano y llegué a la mitad de la escalera antes que el detective pudiera detenerme.

—¿Eres tú, Paul?—murmuré en la oscuridad, y recibí un gruñido de asentimiento—. ¿Has visto el billete de Elizabeth?

—Aquí lo tengo.

—¡Por amor de Dios, entrégalo! Tenemos aquí a la policía.

Pensé rápidamente.

—Enróllalo y déjalo caer en el suelo del guardarropas antes de entrar en el vestíbulo.

—Está bien —murmuró.

Yo volví a reunirme con los otros.

—Es alguien de la compañía —expliqué al inspector con una sonrisa radiante—. Acaba de acompañar a casa a una de las actrices. Ahora le explicaré el asunto de ese billete. Un minuto o dos antes que usted llegara, estábamos a punto de organizar una búsqueda en el teatro, que, como usted sabe, es viejo y tiene muchos recovecos.

Paul entró.

—Su llegada nos interrumpió. ¡Vamos, adelante todos!

Quizás algunos pensaron que el asunto era muy extraño, pero todos se unieron ansiosamente en la búsqueda en el vestíbulo, en los camarines, en el escenario, en la platea, en la cocina, en la boletería, en el guardarropa. Franklin Duzest fué quien descubrió el billete fuertemente enrollado en un rincón del guardarropas.

—¡Bueno, ya está!—dije, demostrando gran alivio—. Una vez más le pido disculpas, inspector, por haberlo hecho salir a estas horas de la noche.

La sonrisa de respuesta, como la de un pagano chino, era infantil y blanda…, y también dudosa.

—En modo alguno, señor Tudor. Yo trabajaba tarde en mi puesto y, cuando el llamado telefónico…

—¿El llamado telefónico? —pregunté sorprendido—. Pero si nadie llamó desde aquí.

—El mensaje era que algo muy serio había sucedido, y que yo debía venir en seguida.

Miré interrogativamente todas las caras.

—¿Quién llamó a la policía? —pregunté.

—Yo —dijo Jill Geering—. Elizabeth me dijo que lo hiciera.

— *¡Jill!* —protestó Elizabeth, sorprendida—. ¡Yo no hice eso!

—Bueno, yo lo creí —dijo serenamente la espantosa niña—. De todos modos, siempre se llama a la policía cuando a alguien le roban algo. El señor Grainger telefoneó cuando asaltaron su casa.

—Nadie robó nada, Jill —dije severamente—, y tú no debiste hacer eso. Me volví al detective con una sonrisa que pedía disculpas—. Eso lo explica todo, inspector. Ahora creo que no podemos permitir que usted se vaya sin un par de billetes para la próxima representación. ¿Cuándo prefiere…, el jueves, el viernes o el sábado?

—El viernes me vendría muy bien —respondió él sonriendo, y Myrna, que era encargada de la boletería, anotó dos plateas que ya habían sido previamente reservadas.

Insistimos en que él tomara café y un cigarrillo; y descubrimos sorprendidos, que conocía *Medida por medida* tan bien como nosotros.

—Está llena de contradicciones —dijo—, como si Shakespeare la hubiera escrito de prisa, después de una discusión con Ben Jonson. Y la distribución es pésima. Me sorprende que no hayan elegido *Noche de Reyes*, que es una de las mejores comedias que se han escrito.

Cuando terminó el café yo lo acompañé escaleras abajo. Él se detuvo en el patio.

—Gracias, señor Tudor —dijo—, por esta amena media hora. No imaginaba que una compañía de aficionados pudiera ser tan… tan iluminadora.

Desapareció en la oscuridad, dejándome perplejo con lo que había querido decir.

Con la ausencia de Hilary debimos abandonar el resto del ensayo. Cuando todos se preparaban a irse, Paul me pidió que me quedara un rato, pues tenía algo importante que decirme. Cuando los otros se fueron, nos quedamos sentados en la oficina, que era el único rincón de la Panadería libre de corrientes de aire.

—Bueno —pregunté a Paul—. ¿Qué sucedió?

—Algo muy simple —contestó sombríamente—. Cargaron a Hilary con ese billete. Lo encontró en el bolsillo de su tapado cuando llegamos a su casa.

—Pero ¿quién demonios hizo eso?

—Pregúntatelo a ti mismo, Vaughan. Pero la trampa fracasó. Alguien no contaba con que Hilary se iría a casa tan temprano. En el preciso momento (es decir, cuando Hilary se puso el tapado), la pérdida del billete se hizo pública. La Panadería iba a ser revisada y, después nos revisarían a nosotros…, ¡y en el bolsillo de Hilary aparecería el dinero! ¡Nadie podría probar que ella lo había robado, nadie iba a procurar probarlo, pero imagínate el escándalo las cosas que se dirían a espaldas de ella! ¡Imagínate cuánto se divertiría la vieja Cheesewright !

Hizo una imitación que divertía por su maldad más que por su perfección.

—*Querido, yo estaba allí cuando ocurrió, y aunque no hay un átomo de prueba, uno no puede evitar la sospecha de que todo no fué como debía ser*. Había aquí más de treinta personas esta noche, Vaughan. ¿Se puede suponer que todos no iban a chismear? ¡Demonios! Inocente o culpable, a Hilary se le expulsaría de la sociedad. Y esto hubiera sido muy grato en algunos sectores.

Yo lo miré fijamente.

—No entiendo lo que quieres decir —dije.

—Vaughan, desde que estamos juntos en este negocio de la Panadería, hemos aprendido a conocernos. No estamos y nunca estaremos de acuerdo sobre ciertas cosas. Pero, pese a eso, somos buenos amigos, ¿verdad? —Yo asentí. — Bueno, lo que voy a decir ahora hará más tensas nuestras relaciones. Estoy pronto a arriesgarlo, porque es ya tiempo que alguien te diga, pero también… para decirlo rudamente… Hilary significa más para mí que tú. ¿Sigo?

—Es mejor que lo hagas, ya que has empezado.

—Hice algunas averiguaciones después de la partida del detective esta noche, y conozco algunos hechos. No me dejes seguir adelante si no son correctos. Al final del intervalo para el café, entre los actos tercero y cuarto, la compañía regresó a la platea, dejando en el vestíbulo a Hilary y a Elizabeth Faggot. No fué una coincidencia. Una de ellas deliberadamente detuvo a la otra.

—Fué Hilary —dije, y Paul levantó las cejas—. Ella retuvo a Elizabeth para aclarar una ofensa. Yo salía del guardarropas y la oí que se quejaba amargamente de varias cosas, especialmente de la imitación.

—¿La oíste cuando retenía a Elizabeth?

—No —me vi forzado a reconocer.

—Está bien, entonces. Súbitamente Elizabeth corrió, dejando su cartera sobre la mesa.

—Debió hacerlo. Pat la llamó.

—Como presumiblemente iba a hacerlo, si ellas se detenían mucho tiempo.

—Hilary era quien hablaba. Y de todos modos, yo estaba también allí. Me detuve en el vestíbulo con Hilary uno o dos minutos, y después seguí a Elizabeth. No sé qué ocurrió con Hilary.

—Ella estuvo bastante tiempo sola en el vestíbulo como para sacar el billete de la cartera y deslizarlo en el bolsillo de su tapado en el vestuario de las mujeres. El momento fué bien elegido… por alguien. Vamos un poco más lejos. En cuanto Isabella entra en escena al principio del cuarto acto, Mariana sale y está fuera durante treinta y dos versos…, otra vez tiempo suficiente como para poner el billete en el tapado de Hilary. ¿Cuándo te dijo Elizabeth Faggot que faltaba el billete?

—En seguida que tú y Hilary se fueron. En cuanto Hilary se fué, histérica, Pat le dijo a Elizabeth que saliera del escenario… y lo primero que ella hizo, naturalmente, fué recoger su cartera en el vestíbulo. Vino en seguida a decirme qué ocurría.

—Allí es donde el plan fracasó, como ya he dicho. El globo no debía remontarse hasta que Hilary se hubiera puesto el tapado y pudiera ser pescada, literalmente, con las manos en la masa. Lo segundo era anunciar el asunto lo más pronto posible, para que Hilary no pudiera descubrir el billete en su bolsillo y tuviera tiempo de justificarse. Fué sólo por accidente que ella lo encontró…, y yo corrí de regreso, comprobando que había sido llamada la policía… Ambos sabemos quién tuvo la culpa de eso.

—Esa chica, Jill Geering.

—Y Elizabeth Faggott hizo que la chica llamara. Ya sé que lo negó, pero, ¿quién no lo negaría? ¿Por qué una niña como Jill iba a hacer eso sin que se lo ordenaran?

—Porque es una niña metida y desagradable.

—Y eso no es una respuesta valedera. Escucha, Vaughan, la mayoría de las imitaciones son malignas para el imitado, pero, ¿negarás que la imitación de Elizabeth Faggott, esta noche, eran tan deformada que sólo pudo haber sido hecha por odio personal?

—La señorita Lark y Hobson no se enojaron por las imitaciones de ellos.

—No hablo de ellos. La imitación de Hilary era con deliberada intención de convertirla en un objeto risible, del mismo modo que el incidente del billete fué para despertar ligeras sospechas y envenenar la mente de los de la compañía y de los amigos de éstos. Debes entender, Vaughan, que no soportaré más tonterías de esa muchacha. ¿Conoces acaso su verdadero carácter? ¿Sabes que nada detendrá su ambición y que irá lejos para herir a Hilary? ¿No empujó deliberadamente a Hilary escaleras abajo? Tú estás loco por ella. Quizás la amas. Quizás quieres casarte con ella. Probablemente, ella te habrá contado los viejos cuentos de estos casos; pero cuando consiga de ti todo lo que pueda, te echará de lado, como una naranja exprimida. Hasta es posible que se case contigo, si tú tienes bastante dinero. ¿Sabes que no eres la única cuerda de su arco?

— ¡Cállate!

—¿Sabes que anda con otro hombre y que se va a pasar los fines de semana con él? Un minuto. Deja que te diga quién es, así puedes preguntárselo a él. ¡Es tu lindo amigo Ridpath!

—¡Mentira!

Ambos estábamos ahora de pie.

—¡Pregúntale a él! ¡Pregúntale dónde pasaron ambos las fiestas! ¡Pregúntale sobre el señor y la señora Matthew Shaw, que estuvieron en el hotel de Guilford en septiembre último! ¿Por qué supones que Myrna te llamó idiota en la última reunión del comité? Porque ella acababa de descubrir las correrías de ambos. La pobrecita está locamente enamorada de Ridpath. Él la balancea en el extremo de una cuerda, al mismo tiempo que a la Faggott. Lo han despachado ya, a juzgar por su comportamiento de esta tarde. Probablemente, ella ha decidido que tú eres más conveniente. Ella es sólo una vulgar…

Con toda mi fuerza dejé caer el puño sobre su blanda cara.

*

(En este punto, con excepción de una página más, terminaba el manuscrito de Vaughan Tudor. El cadáver descubierto por la señora Mudge era el cadáver de él.)

SEGUNDA PARTE

EL ESPANTAPÁJAROS DE LA LEY

No debemos hacer un espantapájaros de la ley,
poniéndola a asustar a los pájaros de presa,
y dejándola mantener una forma, hasta que la costumbre
la haga apoyo y no terror de ellas.

Acto II, escena 1ª.

XII

Porque esto es lo más de su peregrinaje.

Acto II, escena 1ª.

EN LA HABITACIÓN del inspector Charlton, en el Departamento de Policía de Lulverton, sólo dos ruidos rompieron el silencio del alba: el suave sonido del gas y los ocasionales murmullos del sargento de detectives Martin, quien, con los pies sobre el escritorio de su jefe, echado hacia atrás en una silla, contaba y recontaba las cifras en su libreta de gastos, llegando siempre a un resultado distinto. Estaba a la mitad de la columna de chelines, en su quinta tentativa, cuando sonó el timbre del teléfono.

—Un momento, por favor —murmuró cortésmente, y, también cortésmente, el timbre se paró—. Ocho, nueve, doce, trece, quince… —La campanilla insistió, pero Martin se acercaba al final y no atendió. — Dieciséis y dos son dieciocho, diecinueve… —Una sostenida llamada demandaba instantánea atención. — Diecinueve…, ¿o eran dieciocho? ¡Bueno, basta!

Quitó los pies del escritorio y tomó el teléfono.

—Oficina del inspector Charlton. Sí, Harrison… ¡Demonios!… Está bien, bajaré y hablaré con ella.

El sargento había hecho sentar a la señora Mudge y le había alcanzado un vaso de agua. Ella estaba pálida y temblorosa, pero locuaz.

—¡Hola, señora Mudge!—saludó Martin—. ¿Qué me ha dicho el sargento Harrison?

—¡Oh, señor Martin, se trata del señor Tudor! Acabo de encontrarlo asesinado en el Pequeño Teatro. Está echado sobre el escritorio, con un

puñal en la espalda. Me asusté increíblemente. ¡Era un caballero tan simpático! Yo acababa de limpiar el vestíbulo y entré en la oficina para pasar por allí el aspirador; lo encontré, con los brazos colgando y la cabeza sobre la máquina de escribir. ¡El susto más grande que me he llevado en mi vida, les aseguro! Era un verdadero caballero, como no hay otro. Sólo ayer me dijo: —Señora Mudge (con esa agradable sonrisa que tenía), señora Mudge, hoy es un buen día. No había nada que reprochar al señor Tudor. El mejor caballero que…

—No lo dudo —asintió Martin—. Voy en seguida para allá. Es mejor que usted se quede aquí entretanto, señora Mudge. Jim, ¿quieres ponerte en contacto con el jefe? Probablemente ordene que vaya otro, por no tener confianza en un simple sargento, como yo.

—Imagínese *él*, atacado —decía la señora Mudge moviendo la cabeza de arriba abajo—. ¡Un caballero tan bueno!

—Así dice usted —afirmó Martin.

La rutina preliminar había terminado. Cumpliendo instrucciones del superintendente Kingsley, Charlton fué llamado e interrumpió su desayuno en Southmouth-by-the-sea. Un guardia uniformado estaba a la puerta de Cooper Yard. El fotógrafo de la policía tomó una docena de instantáneas de la boletería y del vestíbulo. El doctor Lorimer, médico de la policía, dijo a Charlton que Tudor había muerto entre las diez y las doce. El contenido de los bolsillos de Tudor había sido cuidadosamente anotado y controlado por Charlton y Martin. El abogado del crimen fué notificado y el cuerpo enviado a la morgue.

—Ahora, Martin —dijo Charlton bruscamente—, vamos a trabajar.

—¿No le parecería mejor tomar primero una taza de café? —dijo Martin, con una expresión interrogante en su roja cara redonda.

El jefe lo miró severamente.

—¿Es éste el momento para tomar café, sargento? —preguntó—. ¿Adónde quiere ir?

Volvieron quince minutos después, y encontraron a un guardia junto a la señora Mudge, que seguía allí quejándose.

Charlton dictó las siguientes notas al sargento Martin:

TEATRO

Situado en la parte superior de un edificio de dos pisos en Cooper Yard, a la vuelta de la calle de Harpur. Cooper Yard (un *cul de sac*), es el único medio de entrada al edificio, que se extiende a la izquierda de Cooper Yard. En el extremo hay una alta pared y, a la derecha, la pared del jardín de la propiedad de un prestamista (Aarón Sugarman), cuya puerta ladera se abre sobre Cooper Yard. El arco del edificio central de la vieja panadería corta la planta baja en dos y conduce a un patio entre paredes, en el fondo del edificio. El acceso, desde el arco, es por dos escaleras. El teatro está enteramente cerrado.

VENTANAS

Todas las ventanas estaban cerradas por dentro. No hay evidencia de entrada clandestina.

HUELLAS

La arcada, Cooper Yard y el patio del fondo están empedrados. No se han encontrado huellas.

ENTRADAS

La puerta a la derecha del arco, con la inscripción: *Entrada de artistas*. Una hoja de la agrupación clavada afuera. Dice: “Peligro. Esta escalera no debe usarse hasta nuevo aviso.” Lleva la fecha 27/12/39 y la firma de “W. V. Tudor, Secretario.” Una hoja similar en lo alto de la escalera. Ambas hojas escritas a máquina, con tinta negra. El anuncio (a la altura de la cintura), en lo alto de la escalera, tiene uno de los extremos sueltos, como si hubiera sido arrancado, pues se ha encontrado el clavo que lo prendía en la pared. La escalera de la izquierda es de tablas y está apoyada contra la pared del arco. El tercer escalón a contar de arriba, está raro. Parece podrido, pero debe examinarse. La puerta del escenario está recientemente pintada por dentro y por fuera. La pintura no está húmeda, pero sí pegajosa. Tiene un cerrojo que se abre por adentro. No puede abrirse desde afuera. La puerta estaba cerrada. La cerradura y la barra estaban también pintadas. Se han encontrado partículas de lana u otro material adherido a la barra, como si hubiera sido agarrada por dos manos enguantadas. Pueden verse huellas digitales (“¿Sirven?”, preguntó Martin) en la superficie cercana a la puerta. La cerradura fué cortada de la puerta para que Peters la examinara. Hay

partículas de lana u otro material también adheridos en la parte de afuera de la puerta. Se recogieron las muestras. No había huellas digitales en la puerta.

La puerta de la izquierda de la arcada lleva encima la inscripción “Entrada”. Una hoja de papel de la agrupación clavado encima. Dice: "No pueden reservarse más entradas para las representaciones de *Medida por medida*. Unos pocos asientos podrán venderse inmediatamente después de cada representación.” Fecha 4/1/40 y firmado “W.V.Tudor, secretario”. En letra roja. La puerta es de construcción más pesada que la de entrada de artistas. También recientemente pintada, pero ni tanto como la de entrada de artistas. La cerradura Yale y el cerrojo están oxidados. La puerta estaba cerrada con la Yale. La testigo, Agnes Mudge, confirma que estaba cerrada cuando ella llegó esta mañana. La llave pertenecía al muerto. La testigo, Agnes Mudge, tiene también llave. Buzón con cajón dentro, y bronce oxidado fuera. No hay huellas digitales en las cerraduras, pero han sido quitadas para que Peters las examine.

Cortinas para oscurecimiento al pie de cada escalera.

Una lámpara azul, de veinticinco amperes, en cada escalera, examinada desde arriba y desde abajo. La luz de la escalera principal estaba encendida, y la de la otra apagada. La testigo, Agnes Mudge, afirma que la luz de la escalera principal estaba encendida cuando ella llegó esta mañana.

OTRAS LUCES

Points encontró luces encendidas en el guardarropas, en la cocina, en el vestíbulo y en la oficina. La testigo, Agnes Mudge, afirma que todas las luces estaban apagadas, con excepción de la luz de la escalera principal.

INTERIOR GENERAL

No hay marcas o señales sospechosas, exceptuando en la oficina.

GUARDARROPAS

Sobretodo gris cruzado y sombrero de fieltro color castaño encontrados en una percha. El sobretodo tenía una etiqueta con el nombre “W.V.Tudor, 19.11.38”. Las letras de metal dentro del sombrero eran: “W.V.T.”. Par de guantes de cuero en el bolsillo derecho del sobretodo. La testigo, Agnes Mudge, reconoce haber encontrado el sombrero y el sobretodo sobre la

mesa con cubierta de vidrio del vestíbulo, y haberlos llevado al guardarropas.

OFICINA

Formada por una partición en un rincón del vestíbulo. La puerta se abre hacia afuera y los goznes están a la derecha, mirando desde el vestíbulo. La boletería en otra partición de la pared. Muebles: una mesita de caoba, sillones, estantería, un escritorio para mesa de escribir y una silla.

Mesa. Debajo de la boletería, con un sillón al lado. El único cajón, semiabierto, con llave en la cerradura y resto de las llaves del muerto en un llavero. Impresiones digitales en el cajón (para ser examinadas por Peters). Dos pilas de programas de *Medida por medida* sobre la mesa. Gran pila a la izquierda, como acabados de llegar de la imprenta; una pila menor a la derecha, para hacer pequeñas modificaciones con cuatro cambios hechos ya con tinta. Un programa entre las pilas, abierto en la página central, con dos correcciones con tinta. Sin haber usado secante, como en los de la pila de la derecha. Papel secante y tintero sobre la mesa, con la pluma apoyada en el borde de un tintero sin abrir. El cajón sólo contenía un libro de caja, con las operaciones de la agrupación. (Para ser examinado por Peters.) Teléfono sobre la mesa.

—Esto me recuerda algo —dijo el sargento, aprovechando la oportunidad para interrumpir unos momentos—. Se me pidió que le dijera que hubo un llamado para usted la otra noche. El individuo que llamó no dejó su nombre. Dijo que lo llamaría en otro momento. Siempre son curiosos los llamados telefónicos…

—La estantería —dijo Charlton implacablemente—, contra la pared opuesta.

Martin suspiró y mojó la punta de su lápiz.

Estantería. Contra la pared opuesta a la puerta. Sin terminar de pintar. Usada como archivo, con etiquetas pegadas en los cajones. Sin cerraduras. El papel de los cajones mostraba signos de haber sido revisado. Tres cajones semiabiertos. (Para ser examinados por Peters.)

Escritorio de la mecanógrafa. Contra la pared opuesta a la boletería, con máquina de escribir encima. Dos cajones abiertos, uno con el papel de la

agrupación, el otro con papel en cuarto y una caja de papel carbónico. (Peters examinará el cajón.)

Silla. Giratoria de metal, con asiento de cuero reversible, donde fué encontrado el muerto.

MÁQUINA DE ESCRIBIR

Corona portátil. Cinta de dos colores. Hoja de papel con hoja detrás, y carbónico en el medio, encontrado en la máquina. Hoja en cuarto e idéntica a la del papel en el cajón del escritorio. Marcada 229 en lo alto, a la derecha. Dice así, comenzando casi a mitad de página:

"CAPÍTULO XII"

Paul cayó hacia atrás, llevándose ambas manos a la cara.

—¿Quieres más? —dije, con los dientes apretados.

Él no respondió. Permanecí un momento frente a él, después fui a buscar mi sombrero y mi sobretodo del guardarropas. El quedó en la oficina cuando yo dejé la Panadería.

Negros pensamientos cruzaban mi mente mientras caminaba en las sombrías calles en dirección a casa de la señora Doubleday… Las ausencias de Tiddler. Sus gastos… Lady Macbeth… El billete… La imitación de Hilary… El accidente en la escalera… Lady Macbeth… Duncan es rey de Escocia. Macbeth debe ser rey, así que Duncan debe desaparecer… *¿Realmente ella pensó esto?* ¡Oh, Dios!

Era tarde, pero Tiddler estaba en la sala cuando llegué.

—Ven a mi cuarto —le dije bruscamente—. Quiero hablar contigo.

Marca roja en la página de atrás para denotar que se llegaba a la última línea. La escritura en la máquina había llegado a ese punto. La máquina se interrumpía después de la palabra *contigo*. Un cuidadoso examen de las líneas revelaba precisión. La página escrita en negro. Cuando se examinó la máquina, ésta estaba en el color rojo. Una minuciosa investigación de las teclas reveló diminutos trozos de lana, u otro material. (Irán al laboratorio para ser comparadas con los trozos encontrados en la puerta de artistas y en la cerradura.)

EL MUERTO

Fué encontrado sentado junto al escritorio de la mecanógrafa. Caído hacia adelante, con los brazos colgando y la mejilla apoyada sobre las teclas

de la máquina. El puñal estaba metido entre los omóplatos. Traje azul, cruzado, sin abotonar. Cuello celeste y corbata rojo oscuro. Zapatos negros. Reloj de muñeca, de plata (todavía en marcha), con pulsera de cuero. Cabello oscuro, bien peinado. Billetera de cuero con cinco billetes de una libra, un billete de diez chelines y otros papeles sin aparente importancia. Encendedor de plata, en el bolsillo derecho del chaleco, y lápiz de oro *Eversharp* en el izquierdo. No llevaba pluma fuente. Libreta de identidad Nº AHCBIW/46/3. Libreta de chófer.

El cuerpo no era visible desde la puerta, a menos que la puerta estuviera muy abierta. La puerta estaba levemente abierta cuando lo encontraron. La testigo, Agnes Mudge, confirma que la puerta estaba así esta mañana, a su llegada.

MARCAS DE SANGRE

El piso de la oficina cubierto con linóleo. Un número de manchas, rotas y descascaradas, parecían sangre seca en las proximidades de la víctima. Se ha cortado un trozo de linóleo para pruebas de laboratorio. No hay otra huella de sangre en la oficina.

EL ARMA

El puñal usado en las representaciones dramáticas. No presenta huellas de haber sido afilado especialmente. Hoja de ocho pulgadas. Mango decorado y cruz. Alambre alrededor del mango. Partículas de lana u otro material adheridos al mango. (Pruebas de laboratorio.) La posición del muerto sugiere que fué atacado de espaldas, por alguien que estaba de pie detrás de él.

La vaina fué encontrada en el suelo de la oficina, unida a un cinturón isabelino de terciopelo negro adornado con plata, con hebillas de metal blanco y adornos. La etiqueta en el cinturón dice: “Wight & Hijo, Sastres Teatrales, calle de Gray’s Inn, Londres, W.C.1”. Y, marcado con tinta: “María, Reina de Escocia… William Maitland.” Vaina de cuero castaño, terminada con metal blanco (para ser examinada por Peters).

Los trajes para *Medida por medida* fueron encontrados en desorden en perchas y sillas en el vestuario. Trajes de brocato, túnicas, ropas con caperuza negra, etcétera. No había puñales ni otras armas.

Grandes canastos de Wight & Hijo en el cuarto de desechos.

Primera pregunta: ¿Es necesario un puñal para algún personaje de *Medida por medida*?

Segunda pregunta: ¿Se entrega normalmente un puñal junto con el vestuario de esa obra?

Tercera pregunta: Si no es así, ¿quién hizo que el puñal fuera mandado por Wight & hijo?

Cuarta pregunta: ¿Dónde quedaron el cinturón y la daga al final del ensayo, la última noche?

—Bien —dijo Charlton—. Esto es todo por ahora.

El sargento cerró su libro de notas con un suspiro de alivio. Hubiera deseado saber taquigrafía.

La señora Mudge fué despedida, después de recomendársele que no hablara, y, naturalmente, salió corriendo a contar todo a sus vecinos. No hacía dos minutos que se había ido, cuando el guardia al pie de las escaleras anunció la llegada de un tal señor Smart. Seguido por Martin, Charlton bajó.

El señor Smart era un decorador de casas que trabajaba por su cuenta y, como la mayoría de los decoradores que trabajan por su cuenta, sufría de asma y siempre llevaba los pantalones prendidos al tobillo, como si anduviera en bicicleta. Su aspecto era penoso y tenía el bigote manchado de tabaco. Su sobretodo estaba abierto; de los bolsillos, salían descuidados montones de papeles, y del bolsillo del pecho, una regla de madera doblada. Detrás de la oreja llevaba un resto de lápiz, en la boca tenía un cigarrillo consumido y hecho penosamente por él mismo; sus modales, aunque correctos, sugerían prisa.

—Sí —respondió a la primera pregunta de Charlton—. Yo hago el decorado para ellos. Acabo de llegar para echar un vistazo a una escalera que merece especial atención. Ellos quieren que la termine esta noche.

—¿Sabe usted cómo se rompió el escalón?

—Sí, una de las señoritas que trabajaba aquí metió allí el pie. Casi ocurrió un accidente, según me dijo el señor Tudor. Yo le dije que este lugar tenía por lo menos cien años, y la madera no es eterna. Al verlos a ustedes los policías, aquí, he pensado que alguien se ha roto ahí la cabeza. ¿Qué pasa?

—¿Cuándo ocurrió ese accidente?

—¿A la señorita? El miércoles de la otra semana.

—¿Y cuándo terminó usted los decorados?

—El viernes último. Con excepción de la puerta de artistas.

—¿Cuándo se hizo la puerta?

—Anteayer.

—¿Por qué la dejaron para último momento?

—¡Vamos, señor Charlton! No me gusta esto. Si alguien se ha matado en esa escalera, no es asunto mío. No consigo que trabajen los pintores estos días, con todo el trabajo que hay no he podido…

—No necesita contestar a mis preguntas a menos que desee hacerlo, señor Smart. Estas preguntas son sólo de carácter general.

—Dígame lo que ha sucedido, y entonces pensaré si debo contestarle.

—El señor Tudor ha aparecido muerto en el teatro esta mañana. Y no hay nada que demuestre que haya caído por la escalera.

—¿El señor Tudor? Es una de las mejores personas que he conocido. No me agradan los agentes de tierras en general, pues son aprovechadores, pero el señor Tudor era diferente. Bueno, realmente me ha sorprendido la noticia. ¿Qué fué? ¿Un ataque al corazón?

—Eso no es asunto suyo, señor Smart. Vamos al tema. ¿Quiere decirme por qué se demoró la pintura de la puerta?

Sí, ahora que sé de qué se trata, se lo diré. Usted ha estado bastante tiempo en la policía de Lulverton como para que yo sepa que usted es un buen tipo.

El señor Smart no fué el primero, ni el último, en tener esa ilusión.

—Le diré —explicó— por qué no se hizo la puerta. Habíamos dado la primera capa de pintura a todas las cosas de madera, y estábamos por dar la segunda capa el jueves. Como dije, la señorita se cayó el miércoles, como yo no disponía de un carpintero para que arreglara la puerta de artistas, fué demorada hasta que yo pudiera traer uno. Siempre que la nueva pintura que iba poniendo no fuera raspada. Después las cosas sucedieron de tal modo que no pude sacar a los carpinteros de labores más apremiantes, y como quería terminar con la pintura, decidí pintar la puerta de artistas el martes. Ayer por la mañana me telefoneó el señor Tudor diciendo que el escalón

debía estar arreglado para esta noche, a causa de la primera función, y yo le prometí que lo arreglaría hoy sin falta. Así que, si para usted es lo mismo, señor Charlton, iré a tomar las medidas.

—Gracias, señor Smart, pero las cosas deben quedar como están, por el momento. Desearía que usted regresara esta tarde y me diera un informe acerca del estado actual de la escalera. Tengo interés en conocer su opinión sobre el motivo de la rotura del escalón.

Esto pareció tranquilizar al señor Smart, quien deseó los buenos días y salió de prisa, mas se detuvo un momento en Cooper Yard para encender su pésimo cigarrillo con un encendedor de bencina que no funcionaba.

—No es un mal principio, Martin —dijo el inspector mientras regresaban a las escaleras—. La puerta para artistas fué pintada anteayer. Desde entonces la cerradura ha sido tocada por dos manos desnudas… y, según podemos deducir por las raspaduras…, por alguien que llevaba guantes de goma. Los guantes de Tudor son de cuero. Hay anuncios arriba y abajo de la escalera y, además, toda la compañía debía saber que había allí peligro. El anuncio en lo alto de la escalera ha sido arrancado de un extremo. Así, pues, desde anteayer, la escalera ha sido utilizada por alguien que tenía mucha prisa y que llevaba guantes de lana; por alguien que no conocía la existencia del escalón roto, o que, conociéndola, se vió obligado a correr el riesgo. Si podemos unir esos trozos de lana del piso y de la cerradura con los de la máquina de escribir y el mango del puñal, habremos logrado algo.

—Esto es lo romántico de la pesquisa criminal —dijo Martin con voz dolorida.

—Que realmente no depende del microscopio y del tubo de experimentos, sino de hacer innumerables preguntas y tejer las respuestas.

—¿Y cuándo ese canalla corrió escaleras abajo, después de apuñalar a Tudor y de escribir un poco a máquina, decidió quitarse los guantes para que tuviéramos también sus impresiones digitales?

—Eso —replicó el inspector— está por verse.

La señorita Muriel Jones estaba en la primera habitación cuando ellos llegaron algo después a las oficinas de Tudor, al pie de Beastmarket Hill, en el centro comercial de la ciudad. Charlton se presentó y gentilmente

anunció las noticias, diciendo solamente que Tudor había sido encontrado muerto. La noticia fué un gran golpe para la señorita Jones, aunque pudo responder a las preguntas.

—Generalmente él viene después de las nueve —dijo ella—, y yo esperé hasta las once antes de telefonear a la pensión donde vive. La señora Doubleday, la dueña, me dijo que el señor Tudor había ido al Pequeño Teatro ayer noche, pero que no había regresado a casa, y ella no lo había visto desde entonces. Es horrible, realmente horrible… Y no sé qué voy a hacer…

La voz de ella se quebró, atrozmente.

—¿Quiénes son los parientes más cercanos de él?

—Su padre y su madre. Viven en Londres. 40 calle de Westcroft, Lee, S. E. 12.

—¿Figuran en la guía telefónica?

La señorita Jones dió un número en el distrito de Lee.

—¿Y sus abogados?

—Dickson, Parrish, Willmott & Lister.

—¿Hay alguien para continuar con el negocio por el momento?

—Sólo yo. No sería tan difícil si el señor Ridpath no nos hubiera dejado. ¡Oh, es horrible! El señor Tudor era tan bueno! En mi último empleo…

—¿Quién es el señor Ridpath?

—Es el asistente del señor Tudor, pero se ha ido a fines de la semana pasada. El señor Tudor me informó que el señor Ridpath había decidido dejar su puesto aquí, y que deberíamos buscar quién lo reemplazara.

—¿Dió alguna razón el señor Tudor?

—No, sólo dijo que el señor Ridpath se había ido.

—¿Puede usted pensar por qué, señorita Jones?

—No me gustaría decirlo. El señor Ridpath es un joven muy simpático y muy buen mozo. Sabía comportarse y jamás se tomó libertades. ¡Pero era tan descuidado! No era un hombre de negocios, serio, como el señor Tudor. Si el señor Tudor le encargaba algo, y el señor Ridpath se acordaba de hacerlo, lo hacía muy bien; pero, con frecuencia, olvidaba todo. Yo siempre estaba recordándole cosas que no había hecho. Era agradable tenerlo en la

oficina, aunque fuera tan descuidado, especialmente con el dinero. Tenía gran sentido del humor y siempre estaba planeando bromas. Habiéndose ido él y con nuestro pobre señor Tudor…

—Dice usted que era descuidado con el dinero, señorita Jones. ¿Habla usted en términos generales?

—¡Oh, sí! ¡Ni por un momento quiero que supongan que el señor Ridpath era deshonesto! Sencillamente él no tenía idea de la responsabilidad, y nos causaba mucha ansiedad no obedeciendo las órdenes del señor Tudor.

—¿Quiere usted decir órdenes acerca del dinero?

—Sí. Él sacaba dinero de la caja de gastos diarios y olvidaba reponerlo. Después, cuando el señor Tudor controlaba, faltaba dinero. No crea usted que sugiero que no se podía confiar en el señor Ridpath. Jamás ha habido hombre más honesto. Pero era como un niño. No era posible hacerlo trabajar a sistema. Sus papeles estaban siempre en desorden. Si me pregunta mi opinión, le diré que él jamás debió haber trabajado en negocios. Le hubiera ido mejor como artista.

Miró a Charlton con gran seriedad y añadió:

—Estaba bajo la influencia de Venus en conjunción con Júpiter. Era alegre, confiado, amante de la vida y despilfarrador.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí empleado?

—Vino con nosotros el último mes de junio. ¡Realmente fué algo extraordinario! Él y el señor Tudor fueron a la escuela juntos, y eran grandes amigos. Después que dejaron el colegio no se vieron por años. En mayo último el señor Tudor puso un aviso en el *Estates Gazette* para pedir un asistente…, y la primera respuesta fué del señor Ridpath. Parecía muy deprimido y enfermo cuando empezó a trabajar, pero la buena comida y el aire del campo lo hicieron recobrarse. Nunca he conocido los hechos, pero no me hubiera sorprendido que el señor Tudor hubiera salvado al señor Ridpath de la miseria.

—¿Tiene usted la actual dirección del señor Ridpath?

—Sí. Espere un momento.

Fué a la otra oficina y regresó con una carta, que entregó a Charlton.

“Querida señorita Jones: (Decía la carta.)

“Si necesita ponerse en contacto conmigo, me hallará en la dirección de arriba. Le ruego que le pida a la señora Doubleday que me envíe allí las cartas. Muy atentamente,

“PETER RIDPATH.”

La carta tenía la fecha del lunes 1º de enero de 1940, y la dirección escrita arriba era 54, calle de Back Eldon, Whitchester. Whitchester era la ciudad condal de Downshire, unas diez millas al noroeste de Lulverton. Charlton gruñó. Si alguna parte de Whitchester podía llamarse un suburbio, esa parte era la calle de Back Eldon.

—Guardaré esto, si usted no tiene inconveniente —dijo, y cuando la señorita Jones asintió, deslizó la carta cuidadosamente en su sobre.

Cambió de tema.

—¿El señor Tudor estaba escribiendo un libro, verdad?

La señorita Jones pareció atónita.

—No, que yo sepa.

—Curioso. Creía que era así. ¿No hay un manuscrito, de unas doscientas páginas poco más o menos, escondido aquí, en la oficina?

—¡Oh, no! Yo tengo las llaves de todo, incluido la caja de seguridad, y seguramente lo hubiera visto. Es cierto que el señor Tudor compró una máquina de escribir, pero la usaba para la agrupación teatral. Creo que el señor Tudor estaba demasiado ocupado para perder el tiempo escribiendo cuentos.

—Eso está bien —dijo él sonriendo—. ¿Tenía el señor Tudor un amigo cuyo nombre de pila fuera Paul?

—Ese debe ser el señor Manhow. Pertenece también a la agrupación dramática, y ha estado aquí algunas veces a ver al señor Tudor. Un joven de aspecto pesado, con una gran cara blanca y un tardo modo de andar, como si estuviera medio dormido. Creo que es arquitecto.

La señorita Jones movió la nariz, con desaprobación.

—Creo que es una persona bien.

—¿Y quién es Tiddler?

—El señor Ridpath. Ese es el apodo que le daba el señor Tudor. Es del tiempo que estaban en el colegio. El apodo que el señor Ridpath daba al señor Tudor era Turtle, porque había nacido el día de la Feria Mayor.

—¿Era el señor Ridpath miembro de la agrupación teatral?

—Sí. Se unió a ellos hace unas semanas, pero ya le encomendaron un buen papel en *Medida por medida*, una obra de Shakespeare, ¿sabe? Creo que todo se suspenderá ahora. Yo iba a ir mañana por la noche, con mi madre. Ambas estábamos ansiosas por ir. ¡El pobre señor Tudor dedicaba tanto tiempo a la agrupación! ¡Es una tragedia tan horrible! Ya sé que es fácil parecer sabio después del hecho, pero yo lo vi venir.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso, señorita Jones?

El tono de él fué tan agudo que ella se alarmó.

—¡Oh, realmente, nada! Sólo que siempre hubo una nube negra sobre el señor Tudor. Él estaba bajo la influencia de Marte…, que anuncia una muerte temprana y violenta.

Miró fijamente a Charlton.

—Y su línea de la vida estaba quebrada en ambas manos, lo que siempre significa un peligro mortal.

Este no era el momento para predecir el futuro.

—Tal vez pudiera ser usted un poco más exacta, señorita Jones. ¿Tiene usted algún motivo para pensar que la seguridad del señor Tudor estaba amenazada? ¿Tenía él enemigos?

—¡Oh, no! El señor Tudor no tenía enemigos. Jamás he oído una palabra en contra de él, ni siquiera a gente que estaba en competencia con nosotros. ¡Era tan bueno y tan considerado… y siempre tan digno! Si creía que algo estaba mal o no era justo, lo decía a voz en cuello. No se excitaba fácilmente, pero tenía verdadero carácter cuando lo hacía.

Ella bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confidencial.

—Él no sabe, no sabía que yo sabía… y jamás se lo he dicho a nadie…, pero hay un hombre para todos los trabajos en casa de la señora Doubleday, llamado Hobson. La mujer de él está loca y, por largo tiempo, el señor Tudor ha estado pagando para que la cuiden bien. Creen que ella puede curarse. Después hay una viuda llamada la señora Mudge, cuyo hijo está tuberculoso. El señor Tudor ha pagado para enviarlo a un sanatorio. Y él me dió diez libras para el funeral cuando…, cuando mi padre murió… ¡Oh, Dios!

Estalló en llanto, y Charlton hizo señas a Martin para que la dejaran.

—Bueno —dijo el sargento, mientras, con las puntas de los pies para afuera, marchaba rápidamente al lado de su alto superior en camino hacia "La Casa del Águila"—. ¿Notó una cosa extraña? Ella no preguntó qué le había pasado a su patrón.

—No tenía necesidad de hacerlo —murmuró Charlton—. Él estaba bajo la influencia de Marte, y podía esperarse una muerte súbita.

Martin miró el reloj sobre la relojería de Benshaws. Había una sedienta mirada en sus ojos.

—Yo preferiría estar bajo la influencia de bitter en conjunción con vermouth —dijo.

Por los misteriosos caminos que recorren las noticias, la señora Doubleday fué enterada de la muerte de Tudor. Pese a que tenía a puntillo de honra preocuparse de sus huéspedes, no se ocupaba de ellos fuera de su casa; y Charlton creyó adivinar que lo único que la preocupaba era el efecto de la tragedia sobre el buen nombre del establecimiento. Respondió a las primeras preguntas de Charlton sin emoción visible.

—Sí, la cena se sirve generalmente a las siete y media, pero ellos la pidieron más temprano el otro día, a causa del ensayo. El señor Tudor salió de aquí con los demás, después de las siete y cuarto.

—¿Quiénes eran los otros?

—La señorita Ashwin, el señor Mortimer Robinson y el joven señor Gough. Todos ellos miembros de la sociedad dramática.

—¿Dónde y cuándo puedo hablar con ellos?

—Vendrán a almorzar dentro de un rato.

—¿Puede decirme a qué horas regresaron anoche?

—Después de las once. Esperé al señor Tudor hasta la una, por si quería algo caliente al regresar, y después, como no vino, me fui a acostar, dejando sin correr el cerrojo en la puerta principal.

—¿No estaba usted intranquila por él?

—No. Con frecuencia se quedaba hasta tarde en el teatro.

—¿Hicieron los otros alguna referencia a él?

—A mí no me dijeron nada.

—¿Y entre ellos?

La señora Doubleday movió los labios, desaprobando.

—Nunca escucho lo que hablan mis huéspedes.

—Pero puede haber oído algo casualmente.

—Bueno —vaciló—, oí que el señor Gough decía que él… (no mencionó ningún nombre), trabajaba probablemente en lo que llamó… ¿Cómo dijo?… La obra secreta.

—¿Qué respondieron?

Ella vaciló un momento.

—No recuerdo.

—¿Está segura?

Otra vez ella vaciló antes de decir:

—La señorita Ashwin dijo que, probablemente, él no estaría del mejor humor o disposición de ánimo…, no estoy segura de la frase exacta, para escribir.

Añadió en un tono concluyente:

—No recuerdo nada más.

—¿Qué hicieron los tres cuando regresaron?

—Permanecieron aquí, en la sala, diez minutos poco más o menos; después el señor Mortimer Robinson fué a acostarse. Yo traje café a los otros dos, y ellos permanecieron hablando hasta cerca de las doce menos cuarto, cuando el señor Gough salió. La señorita Ashwin estuvo aquí sentada hasta que él regresó, que fué exactamente después de la medianoche. Un minuto o dos después, ambos fueron a sus cuartos.

—¿Tiene usted idea adonde fué el señor Gough?

La señora Doubleday movió su curiosa cabeza.

—¿Está usted segura de que fué él quien salió?

—Bueno, realmente no lo vi salir, pero le oí decir que no se demoraría mucho. Después la puerta principal fué abierta y vuelta a cerrar. Yo estaba en mi salita, al otro extremo del vestíbulo. Oí el ruido de la puerta principal cuando él regresó, justamente después que el reloj de la iglesia había dado la medianoche. La señorita Ashwin fué a su encuentro en el vestíbulo, y ambos regresaron a la sala.

—¿Dijeron algo en el vestíbulo?

—No escuché. No era asunto mío. Diez minutos o un cuarto de hora después, ambos fueron a sus cuartos.

—¿Así que todos, con excepción del señor Tudor, estuvieron aquí un minuto o dos después de la medianoche? —Ella asintió. — ¿Quiénes estaban aquí la última noche?

—La señora Stoneham, la señorita Tearle y el señor Garnett, que son huéspedes fijos, y una joven pareja, que permaneció aquí una noche y que se fué en seguida de desayunar. Su nombre está en el libro de huéspedes, si desea verlo.

—No se moleste, gracias. ¿Cuántas personas a su servicio duermen en la casa, señora Doubleday?

—Tres muchachas y Hobson, el hombre para todo trabajo. Debí decirle que él estuvo anoche en el ensayo, pues los ayuda en los cambios de escena.

Por la manera de decirlo, Charlton adivinó que ella no estaba conforme con el arreglo.

—¿Sabe si él regresó anoche con los otros?

—Creo que no, aunque lo vi a eso de las once y veinte. Él iba hacia la escalera de atrás, después de haber preparado la caldera para la noche.

—Desearía hablar una palabra con él y con las criadas antes de irme, pero, ante todo, señora Doubleday, deberé molestarla un poco más. ¿Cuál es el nombre de pila de la señorita Ashwin?

—Myrna. Es profesora en la Escuela Superior de Señoritas.

—¿Una muchacha alegre?

—¡Oh, sí! Una muchachita muy animosa.

—¿De mal carácter a veces?

—¡Oh, no! No diría eso, señor Charlton.

—¿Alguno de sus inquilinos se ha ido recientemente?

Hubo algo furtivo en los ojillos que lo miraron a través de los anteojos con aro de acero.

—El último *huésped* —evidentemente a la señora Doubleday no le agradaba la palabra que él empleó— fué un tal señor Ridpath, que preparó su valija y se fué el domingo a la mañana.

—¿Puede decirme algo sobre él?

—Es un hombre buen mozo, con cabello rubio rizado…, y es y es antiguo amigo del señor Tudor. Vino aquí a principios de junio último, y el señor Tudor lo empleó empleó en su oficina. El domingo por la mañana,

temprano, vino a decirme que se iba en seguida, sin esperar siquiera para desayunar.

—¿Dió alguna razón para ello?

—Me dijo que le habían ofrecido un empleo mejor en Whitchester, y que él lo había aceptado inmediatamente. Ya había hecho su valija, y se fué en pocos minutos.

—¿Y lo demás? ¿Fue alguno a despedirlo a la estación?

Ella meneó la cabeza.

Y ni siquiera estoy segura de que él fuera a la estación. Salió caminando con la valija en la mano… y no he vuelto a verlo.

—¿Cómo describiría usted sus maneras esa mañana?

—Estaba triste y fatigado. ¡Él ha sido siempre tan alegre y tan brillante! Hacía varios días que no era el mismo. Recibió una carta el último domingo por la mañana y, seguramente, eran malas noticias.

—¿Ha recibido más cartas desde entonces?

—Sí, recibió otra el martes por la mañana. Yo tenía su dirección en Whitchester y se la envié.

—¿Eran los dos sobres de la misma letra?

—Creo que sí.

—¿De dónde era el sello de correos?

—¡Realmente, señor Charlton! —La señora Doubleday estaba profundamente ofendida.— No es costumbre mía espiar la vida privada de mis clientes.

Él sonrió tranquilizadoramente, y si la señora Doubleday lo hubiera conocido tan bien como Martin, se habría alarmado con aquella sonrisa.

—Es muy natural mirar el sello de correos de la correspondencia de otras personas, señora Doubleday. Yo mismo lo hago. ¿Las cartas eran de la misma procedencia?

—Sí…, de Guilford.

—¿Era letra de mujer?

Ella asintió.

—¿Era letra de persona educada?

—No demasiado. Las direcciones estaban escritas claramente, pero sin carácter. La clase de letra que se aprende en la escuela primaria.

El tono implicaba la superioridad que da un colegio superior.

—¿Hubo cartas de la misma fuente antes de aquel sábado?

—No recuerdo ninguna.

—¿De qué calidad era el papel?

—No de lo peor, pero distaba mucho de ser bueno.

—Si llegan más cartas para él, señora Doubleday, le agradeceré que me las muestre antes de enviarlas. ¿Pagaba su cuenta regularmente el señor Ridpath?

La palabra *cuenta* le agradó tan poco como la palabra *pensionista.*

—Sus *gastos* eran pagados inmediatamente. Se fué sin deber un penique.

—¿Era él y no el señor Tudor quien hacía los pagos?

—Sí.

—Gracias, señora Doubleday. Y ahora, si usted me lo permite, desearía charlar con Hobson.

Cuando ella los dejó solos en la sala, Martin murmuró:

—Ella sabe más de lo que dice.

El inspector hizo una mueca mientras respondía:

—Es lo que una mujer no dice lo que realmente importa.

XIII

... si quieres que esto pase,
di que Pompey te lo dijo.

Acto II, escena 1ª.

HOBSON se detuvo en la puerta y miró la alfombra, como si buscara dónde limpiarse los zapatos. Jugaba con su sucia gorra mientras avanzaba en la habitación nerviosamente. Sus modales alegres, ya habían desaparecido.

—¿Deseaba verme, señor? —preguntó con una sonrisa vacilante, que mostraba esos dientes de inartística regularidad y blancura, que son característicos como señal del poder de la ciencia sobre la naturaleza.

—Sí. Siéntese. Su nombre es Hobson, ¿verdad?

—Sí, señor. Archibald Hobson.

—¿Una vez estuvo usted preso tres meses por robar en ómnibus de Southmouth?

Hobson tragó tan bruscamente que sus dientes temblaron.

—Sí, señor, pero eso sucedió hace mucho tiempo. ¡Por Dios vivo, me he portado bien desde entonces! ¿Cómo ha sabido usted eso?

—Es parte de mi trabajo. ¿Decidió usted que hurgar en los bolsillos ajenos no era conveniente?

—Me he portado rectamente desde entonces, señor.

—Bien. No he recordado esto contra usted, sino para ubicarlo. Bueno, me han informado que usted estuvo en el ensayo de *Medida por medida* la otra noche.

—Así es, señor. Soy una especie de electricista y carpintero del escenario para la agrupación. Siempre he sabido usar las manos.

—Así me han dicho —murmuró Charlton, y el flaco hombrecito dió un salto—. ¿A qué hora salió del teatro?

—Salí con los demás, cuando terminó el ensayo. Digamos a las once.

—¿Vino aquí directamente?

Hobson asintió.

—¿Regresó solo?

—Bueno, señor, estuvimos juntos la mayor parte del camino, pero yo no estaba exactamente al lado ni en compañía de ninguno, aunque, como no se podían ver ni las manos, hubiera podido caminar al lado del arzobispo de Canterbury sin notarlo. Todo el mundo chocaba y se caía de la vereda y charlaba, pero lentamente, el grupo se deshizo, y al llegar a la calle de Friday, sólo quedábamos cuatro, tres de los pensionistas de aquí y yo, unos quince o veinte metros detrás. Ellos entraron por la puerta principal y yo por detrás; preparé las calderas, hice una o dos cosas y me fui a acostar.

—¿Después que usted se acostó, oyó que alguien entraba o salía de "La Casa del Águila"?

—No, señor, pero eso no quiere decir que no pudieran salir. Este sitio es una colmena. Hay media docena de caminos para entrar y salir, y todos los espías alemanes del país —dirigió una rápida y picara mirada al detective— podrían entrar y salir sin que usted se enterara, especialmente durante el oscurecimiento.

—¿El señor Tudor quedó solo en el teatro?

—No podría asegurarlo, señor. Había tanto ruido en las escaleras que no se podía decir quién salía y quién quedaba. Oí al señor Tudor decir que pensaba quedarse, pero si lo hizo o no, o si alguno se quedó con él, no podría decirlo.

El tono de Charlton se hizo más amable, y el sargento, conociendo los síntomas, se irguió expectante en la silla.

—¿Cómo marchó el ensayo?

—Tan bien como podía esperarse, señor, lo que no es decir mucho. Ha habido inconvenientes con esta obra, señor, de una u otra manera. Demasiada competencia para los papeles, demasiadas maniobras ocultas.

Todo empezó cuando la primera actriz perdió su papel y se lo dieron a otra…, a otra señorita. Si quiere saber mi opinión, señor, le diré que allí había algo feo. La señorita Faggott estaba tan interesada en el papel, que no hubiese renunciado a él si no la hubieran obligado a ello.

—¿La señorita Faggott es alta, verdad?

—Alta y morena, señor, con una rica voz. Una buena señorita, sin remilgos y sin altanerías. La otra, la señorita Boyson, es también alta, pero rubia. Bastante bonita, pero algo sosa. En cuanto a mí, señor, cuando se trata de las rubias, no soy un caballero.

—¿Alguna de ellas se llama Hilary?

—La señorita Boyson, señor. La señorita Faggott se llama Elizabeth.

—¿Fué la señorita Boyson quien se fué temprano a casa el sábado?

—Así es. Tuvo un ataque agudo de remilgos.

—¿Hace buenas imitaciones la señorita Faggott?

—¡Claro que sí! Imita a quien quiere. Ha sido una lástima que perdiera el papel principal. La señorita Boyson no se le compara. Parece que ella no sintiera el papel.

—¿Estaba allí anoche el señor Ridpath?

—¿El señor Ridpath? No. Él debía estar, pero se fué de prisa el domingo por la mañana.

—¿Sabe por qué?

—Nada definitivo, señor. Sólo puedo saber que dos más dos son cuatro, pero puedo equivocarme.

Charlton sonrió.

—¿Quiere decirme su opinión?

Hobson jugó con la gorra sobre las rodillas y vaciló. Después estalló:

—Vea, inspector, esto no es un cuento, porque no tengo tiempo que perder, ¿sabe? Yo quería mucho al señor Tudor. ¡Jamás he tenido mejor amigo! Puede guardarse a los demás…, tal vez la señorita Faggott…, pero nadie podrá decirme nada en contra del señor Tudor. Y si no puedo hacer que él vuelva, tanto da que mande al otro tipo a buscarlo… ¿Tal vez usted conoce al señor Don Juan Ridpath? Es un hombre de éxito con las mujeres, un verdadero especialista. Conquista a todas y pronto. ¡Trabajador rápido y decidido! Que yo sepa, estaban la señorita Collingwood… Felicity, la más

joven; Peggy Howard, la hija del abogado y la muchacha del quiosco de cigarrillos en la estación… Molly Wyant o Wyatt, o algo parecido. Después, por un tiempo, él anduvo festejando a la señorita Ashwin, hasta que ella supo quién era él y lo dejó, como a una papa caliente. El señor Tudor jamás manifestó sus sentimientos, excepto cuando se enojaba, y entonces no lo hacía sin razón. Pero, últimamente, se podía ver con un solo ojo que estaba entusiasmado con la señorita Faggott. Todo bien abierta y claramente. Hubiera sido una linda pareja. Pero, no conforme con lo que ya tenía, el señor Ridpath se dirigió también a la señorita Faggott. Ella no tenía tiempo para él, pero él es el tipo de individuo que no sabe cuándo no se le quiere, y empezó a molestarla.

Charlton se movió en su silla.

—Un momento, señor —suplicó Hobson—. Deje que le diga todo. El último sábado yo iba a acostarme, cuando pasé frente al cuarto del señor Ridpath, en el segundo piso. Adentro había una discusión en progreso. Yo no oí el principio, pero en el momento que yo cruzaba frente a la puerta, el señor Ridpath decía: "—Y si he dormido con ella, ¿qué diablos vas a hacer?" Después hubo una especie de grito, probablemente proferido por el señor Ridpath, y alguien cayó al suelo. "— ¿Quieres repetir eso?", dijo el señor Tudor, en voz baja y dulce.

Y se oyó al señor Ridpath, llorando como un niño de seis años. No podía soportarlo, ¿comprende? Es un hombre de ese tipo. Oí que el señor Tudor decía: "—Ya he tenido bastante contigo. Mañana te vas." Apenas tuve tiempo de desaparecer cuando él abrió la puerta. Lo primero que vi a la mañana siguiente, el domingo, fué al joven Ridpath. Su labio superior estaba lindamente hinchado, y uno de sus dientes delanteros había desaparecido.

Se inclinó hacia adelante, con una sucia mano en cada rodilla.

—No sería extraño —dijo— que Ridpath, sabiendo que el señor Tudor tenía la costumbre de quedarse hasta tarde en el teatro, haya regresado a Lulverton la otra noche, asesinando al señor Tudor por la espalda, el traidor…

—¿Quién le dijo que fué por detrás? —preguntó Charlton tranquilamente.

—¿Quién qué? ¿No fué así acaso?

—¿Quién le dijo eso?

—Nadie. Lo sabe todo el pueblo. Cosas así no se pueden ocultar.

—¿Quién se lo dijo a usted?

—Realmente nadie me dijo que fuera por detrás, pero generalmente se apuñala por la espalda, ¿verdad?

—¿Quién le dijo que el señor Tudor fué apuñalado?

Hobson se movió, con impaciencia.

—¡Condenación! Si quiere saberlo, fué la señora Doubleday antes que ustedes vinieran. Y si desean saber cómo lo supo ella, la señorita Jones telefoneó desde la oficina del señor Tudor. Y si desea saber cómo lo supo la señorita Jones, que usted se lo dijo. Y si desea saber cómo yo sé que usted se lo dijo a la señorita Jones, la señorita Jones le dijo a la señora Doubleday que usted se lo había dicho, y la señora Doubleday me lo dijo a mí.

Se echó hacia atrás en la silla, metió las manos en el cinturón de sus pantalones, y añadió, con amable sonrisa:

—Así es como se saben las cosas.

Oportunamente el sargento convirtió un gruñido en una tos, y se golpeó la boca con el dorso de la mano.

—Comprendo —dijo serenamente Charlton—. Su informante ha sido la señora Doubleday, y el informante de ella fué la señorita Jones, y el informante de ésta fui yo. ¿Es así?

—Así parece ser —dijo Hobson, todavía sonriendo.

—Lo único que yo dije a la señorita Jones es que el señor Tudor había sido encontrado muerto. ¿Qué le hace suponer entonces —el tono era de cándida averiguación— que el señor Tudor fué apuñalado por la espalda?

—¿No es así entonces?

— *¡Conteste mi pregunta!* —Había un tono penetrante en la voz.

—Yo…, bueno…, yo no sé. Le dije lo que imaginaba, señor. El…

—¿Así que usted mentía cuando afirmó que la señora Doubleday le dijo que el señor Tudor había sido apuñalado por la espalda?

—Eso es demasiado fuerte —se quejó Hobson—. No era exactamente la verdad, pero hablé de prisa. Usted me confundió con sus preguntas. Digo que nadie me dijo nada, y todavía ahora no sé si el señor Tudor fué

apuñalado, o muerto de un tiro, o envenenado, o hecho pedazos por una bomba nazi. Lo dije sólo por conjetura.

Su voz se convirtió en una súplica.

—¿Estoy equivocado, señor? Él estaba tan preocupado estos últimos días que podía haberse envenenado, y no me gustaría pensar que ha sufrido. El puñal da una muerte rápida y limpia… Yo quería mucho al señor Tudor, señor. Era el tipo de hombre a cuyas órdenes me gustaría estar ahora, en Francia.

—Sí —asintió Charlton— fué apuñalado por la espalda. Y ahora quiero que me diga por qué estaba usted tan seguro de ello.

—Definitivamente por una evidencia, señor. Las ropas para *Medida por medida* eran…

—Antes que prosiga, Hobson, debo advertirle que sus afirmaciones serán escritas por el sargento, aquí presente, y que luego yo le pediré que las firme. Le prevengo que pueden ser utilizadas como prueba.

Hobson se rascó la cabeza.

—¿No he oído esto antes? —preguntó—. Bueno, señor, los trajes para *Medida por medida* se ordenaron hace algunas semanas, y llegaron al teatro el martes, anteayer. Con ellos llegó una daga, con un cinturón de fantasía. Iba a preguntarle por qué fué enviada. No porque se necesitara para la obra, sino porque el señor Ridpath la pidió especialmente. ¿Cómo sé esto? ¡Porque lo oí!

Asumió un aire de superioridad.

—Usted no lo sabrá, pero hay un personaje en *Medida por medida* que se llama Lucio. Es un papel de afeminado, y fué dado primeramente al señor Northcott. Cuando éste se alistó en la Fuerza Aérea, buscaron otro intérprete y pensaron en el señor Ridpath. Aunque no podrán acusarme de simpatizar con el joven Ridpath, debo reconocer que era mejor actor que el señor Northcott. No sólo tiene todos los aires y las gracias necesarias, sino que fué muy hábil en su papel… e introdujo pequeñas innovaciones que eran muy cómicas. Una noche, en el ensayo, cuando representaban la segunda escena del primer acto, que se realiza en una calle, el señor Ridpath…

—Un momento. ¿Puede recordar la fecha?

Hobson pensó.

—No exactamente. Fué antes de Navidad. Quizás el martes o el miércoles.

—Gracias. Continúe.

—Al principio de la escena, Ridpath tenía que mencionar a un viejo pirata de doble cara, que recibía órdenes de los diez mandamientos, hasta que descubrió que el *No robar* no le convenía a su negocio, y lo borró de la lista. La idea del señor Ridpath fué que él tendría una daga, y la sacaría y haría el movimiento de raspar con ella las palabras. El señor Collingwood, el productor, no pensó demasiado bien de la idea, pero el señor Ridpath insistió mucho, asegurando que podría hacer reír a todos con esa daga. Y el señor Collingwood asintió. Así, el señor Tudor escribió a la sastrería, pidiendo que mandaran una daga con un cinturón junto con la ropa.

Se inclinó hacia Charlton.

—Pregúntese, inspector, por qué pidió la daga Ridpath. ¿Era para una escena teatral que no valía casi la pena? ¿O era para tener un arma a la mano para atacar al señor Tudor? Si venía de la sastrería, a nadie le sorprendería mucho ver el puñal en la Panadería, y cualquiera podía apoderarse del arma y matar al señor Tudor. Eso es lo que él deseaba. ¿Dónde estuvo el joven Ridpath anoche? En la calle de Back Eldon cualquiera puede conseguir un testigo por un vaso de cerveza, pero si ustedes prenden pronto a Ridpath, tal vez no tenga tiempo de preparar la coartada. ¡Y no digan que yo no les advertí!

—Dejemos eso por el momento, Hobson. Usted me acaba de dar la impresión de que las cosas no marcharon muy bien en el teatro la última noche. ¿Qué sucedió?

Hobson movió la cabeza de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—¡Fué un verdadero desastre! Toda la compañía parecía loca. En la noche del sábado la atmósfera no era precisamente buena, pero fué una fiesta en comparación con anoche. El sábado hubo una discusión entre la señorita Faggott y la señorita Boyson, quien no encontró nada mejor que irse a casa, como Josefina después de la batalla de Waterloo. ¡Está tan llena de remilgos como un camello enfermo, esa muchacha! Pero la última noche

vino temprano a la Panadería, toda sonrisas y muy contenta. “—Buenas noches, Hobson —dijo—, ¿y cómo están…?”

—¿Fué usted el primero en llegar?

—No, el señor Duzest llegó antes. El vino a verme por la tarde y me pidió prestada mi llave, porque quería llegar antes que los demás para probarse el traje. No había podido hacerlo antes. Bueno, según dije, la señorita Boyson estaba hecha un caramelo. Repetía: “—Espero que la obra será un éxito, ¿no lo cree así, Hobson?” Y añadía: "—Me apena verlo encerrado en ese hueco sofocante, entre llaves eléctricas toda la noche.”

Sus labios se curvaron.

—¡Era la sonrisa en la cara del tigre! Cuando terminó su papel de señora buena fué al vestuario. Habían distribuido todos los vestidos la noche anterior, así que no pasó mucho tiempo antes que ella reapareciera, con un vestido de terciopelo rojo y unas chucherías en la cabeza. En este momento el resto de la compañía empezaba a llegar, y la señora Cheesewright, que es una vieja metida, la vió y dijo: “—Querida Hilary, te has equivocado de traje. Isabella tiene un vestido blanco y un velo.” La señorita Boyson sonrió dulcemente y dijo: “—La señorita Faggott representará a Isabella.” ¡Oh Dios! ¿empezará de nuevo toda la discusión?, me pregunté. La señorita Faggott, que acababa de entrar, creyó lo mismo, porque se encogió de hombros y suspiró. El señor Collingwood, que tiene alguna experiencia con primeras actrices histéricas, dijo, muy secamente: “—Señorita Boyson, señorita Faggott, señor Tudor y señor Mortimer Robinson, tengan la amabilidad de acompañarme a la oficina.” Cerraron la puerta tras de ellos, así que no pude enterarme de lo que decían, pero, cinco o seis minutos después, el señor Tudor alzó tanto la voz que pude oír que decía: “—¡Lo que necesitas, Hilary, es una buena paliza! ¡Te estás portando como una niña caprichosa!” Después se abrió la puerta y apareció la señorita Boyson, roja como una remolacha. Corrió al vestuario de mujeres, y antes que hubiera tiempo de parpadear, estaba otra vez en la calle. Dejó el teatro furiosa.

—¿Por qué puerta salió?

—Por la puerta principal. Todos en el vestíbulo fingieron hacer otra cosa cuando pasó frente a ellos, como Josefina retirándose de Moscú.

Después de un minuto, poco más o menos, la señorita Faggott salió de la oficina, con los otros detrás. El señor Collingwood parecía preocupado. "— La señorita Boyson se ha retirado del reparto", nos dijo. "— ¿Quiere alguien representar a Mariana?" Nadie dijo nada, así que él se volvió hacia la señorita Howard. "— ¿Y tú, Peggy?" "—Si realmente quiere que lo haga…", contestó ella. "—¡Entonces que todos se vistan —dijo el señor Collingwood— y rápido!"

—¿Quién tomó el papel de Lucio, dejado por el señor Ridpath? —preguntó el inspector.

—Un tal Leslie Nash. Él ha asistido a los ensayos y tiene alguna idea del personaje, pero se parece tanto a Lucio como mi vieja tía Maggie.

—¿Llevaba una daga la otra noche?

Hobson lo miró atrevidamente.

—Así que ahí quería llegar, ¿eh? Sí, el señor Nash llevaba la daga…, ¡y buenas tonterías hizo con ella! Terminó dejándosela caer sobre un pie.

—¿Se fijó en lo que sucedió con la daga después del ensayo?

—Realmente no, señor.

—¿Sucedieron otras cosas molestas?

—Bueno, todos estaban nerviosos. La señorita Faggott no parecía ser la misma, y su actuación estuvo lejos de ser lo que debía ser. El señor Collingwood apenas podía contenerse, y silbaba todo el tiempo *El buen rey Wenceslao*, que es su canción favorita cuando está enojado. El señor Cheesewright, el director de escena, casi se salió de sus casillas. Para darle una idea de los sentimientos generales le diré que el señor Mortimer Robinson (y nadie puede decir que no tenga carácter tranquilo) se metió en su vestido y su peluca blanca, pero olvidó sacarse los lentes. El señor Gough, a quien divierten las bromas, empezó a burlarse de él, mientras el señor Tudor empeoraba las cosas diciendo: "—Creo que el señor Mortimer Robinson queda magnífico disfrazado." Yo tuve que reírme, porque el señor Mortimer Robinson es cualquier cosa menos magnífico. Quedó verdaderamente deprimido, y cuando el señor Gough le preguntó si había traído consigo alguno de los animales, queriendo decir que el señor Mortimer Robinson parecía Noé, él se puso pálido. Realmente, la única sonrisa feliz de anoche era la del señor Gough. Estaba como un muchacho

escapado de la escuela… ¿Por qué?… Porque la señorita Ashwin había decidido tratarlo bien.

—¿Estaba el señor Manhow en el ensayo?

—Es curioso que usted haya dicho esto, señor. Iba a mencionar ahora al señor Manhow. Representa el papel de Pompey, y está verdaderamente bien, aunque es un poco cómico. Anoche no se portó mejor que los otros. Le gusta la señorita Boyson, así que no puede haberle agradado mucho que ella hiciera exhibición de su mal carácter. El señor Manhow siempre me recuerda a John Tilley, con algo de Charles Laughton. Cuando la señorita Boyson se fué, él hizo ademán de seguirla, pero después se detuvo y encendió su pipa, que aspiró más de lo acostumbrado. Rápidamente, cuando el señor Tudor salía de la oficina, él se adelantó y dijo: "—No era ella quien merecía la paliza." "—¡Oh! —dijo el señor Tudor, tranquilo, pero pálido—. ¿Y se puede saber quién la merece?" "—Usted debe saberlo", contestó el señor Manhow. "—Pruébelo cuando lo desee", contestó el señor Tudor con frialdad; después añadió, con tono burlón: *"¿Qué hay, noble Pompey? ¿Qué, en las ruedas de César? ¿Te llevan en triunfo?"* Esas frases son de la obra, y fueron dichas burlonamente. El señor Manhow se volvió y se dirigió al vestuario, sin decir una palabra más. ¡Oh, le aseguro que era una noche de gala! ¡Me he visto en algunos enredos, pero ninguno como éste! Aunque recuerdo que una vez…

—¿Cómo se perdió ese billete de diez libras, Hobson?

La pregunta, suavemente dicha, interrumpió los recuerdos de Hobson, y lo dejó con la boca abierta.

—¿Eh? —preguntó finalmente.

—El billete de diez libras. ¿Cómo desapareció de la cartera de la señorita Faggott el sábado último?

—¿Eso quiere saber, eh? ¿Trata de sugerir que yo lo saqué, eh? Pues no tiene nada que ver conmigo. Simplemente porque uno ha tenido deslices, usted…

—Yo no sugiero nada —dijo el inspector—. Lo único que le pregunto es si usted sabe cómo o por qué el billete se perdió, y por qué apareció en el suelo del guardarropas.

—No lo sé.

—Gracias. Una última pregunta. El señor Tudor pasaba mucho tiempo en la máquina de escribir. ¿Sabe qué escribía?

—Ni remotamente.

—¿Ha visto alguna vez un grueso manuscrito, que debe pertenecerle? ¿Lo ha visto en el teatro, o en la habitación de él?

—No, señor.

—Eso es todo, gracias.

Cuando la parte principal del discurso de Hobson fué escrita y firmada laboriosamente con la lapicera fuente del sargento, Hobson fué despedido. Ya solos, Charlton y Martin se miraron, pensativamente.

—Estimulante —dijo el sargento al final.

—Muy estimulante —asintió el inspector.

XIV

¿Quién ha venido aquí últimamente?

Acto IV, escena 2ª.

LAS OTRAS dos criadas no tuvieron nada que decir, pero Edith Timms, la mucama, hizo meditar a Charlton.

—Ayer a las seis de la tarde —dijo— yo estuve en el cuarto de la señorita Tearle.

Pero, antes de narrar los hechos, quizás convendría más describir detalladamente "La Casa del Águila", porque fué un punto importante en la investigación de Charlton. El edificio principal, que enfrentaba el norte, era de diseño muy convencional. En la planta baja, a la derecha (o al oeste) de la escalera principal, estaba el comedor, y a la izquierda (o este), la sala con el departamento privado de la señora Doubleday detrás. En cada uno del primero y segundo piso había cuatro habitaciones, divididas por dos corredores que se cruzaban, así que las habitaciones, como en los edificios esquinados, quedaban cruzadas. El piso de arriba estaba destinado a habitaciones de servicio y piezas de almacenamiento.

Las complicaciones interiores y la desarmonía exterior eran provocadas por las alas, de dos pisos, que un predecesor de la señora Doubleday había edificado sobre los “garages”, a los lados de la casa. En cada piso de estas alas había tres habitaciones, unidas por un pasaje que corría de norte a sur, con un lavatorio en el extremo norte y una escalera en el extremo sur. Se llegaba a las alas por el edificio principal, por puertas abiertas en la pared original. Y por alguna razón sólo conocida por el arquitecto, unas puertas en los cuatro dormitorios principales de ambos pisos, comunicaban también

con las alas, de modo que todos estos cuartos tenían dos puertas. Al final del corredor central había una escalera trasera, desde el piso bajo hasta el piso más alto.

Las cuatro habitaciones principales en el primer piso estaban ocupadas por el señor Garnett (al frente a la izquierda), por la señora Stoneham (al frente a la derecha), por Tudor (izquierda detrás), y por la señorita Tearle (derecha atrás). Jack Gough ocupaba el cuarto del extremo sur en el ala izquierda y Myrna Ashwin la habitación del medio en el ala opuesta.

—A las seis y media ayer por la tarde —dijo Edith Timms a Charlton— yo estaba en la habitación de la señorita Tearle. La puerta se hallaba abierta y oí que alguien gritaba con voz muy enojada: "—¡Fuera!"

—¿Reconoció usted la voz?

—No, señor. No podría decir que se tratara de nadie en particular. Lo único que puedo decir es que era voz de hombre.

—¿De dónde cree que provenía?

—No podría decirlo, señor. Parecía provenir del anexo, al otro lado. Como he dicho, la puerta estaba abierta, y la del cuarto del señor Tudor, enfrente, también; un poco después del grito apareció el señor Tudor, desde el anexo, por la puerta del fondo de su cuarto.

—¿Se había cerrado previamente esa puerta?

—Sí, señor. El señor Tudor parecía muy preocupado. Atravesó el cuarto, tiró el sombrero y el sobretodo sobre la cama, y cerró la puerta, de manera que no pude ver más.

—¿Había estado usted previamente en alguna de las otras habitaciones?

—No, señor. La señorita Tearle no se sentía bien e iba a ir a la cama en seguida de comer, así que la señora me dijo que encendiera el gas en la habitación y que pusiera unas botellas de agua caliente en la cama. En cuanto lo hice, bajé en seguida.

—¿Está usted segura que no podría identificar la voz del hombre?

Edith movió la cabeza decididamente.

—Parecía demasiado apagada, aunque sonó cerca. Puede ser que no dijera "¡Fuera!", aunque eso me pareció.

—Está bien, gracias. Por favor dígale a la señora Doubleday que venga.

Accediendo a un pedido de él, la señora Doubleday los llevó al cuarto de Tudor. El mobiliario no tenía nada especial, pero era acogedor: una buena alfombra, un sillón, un sofá cama, un ropero lleno de trajes, una bonita mesa escritorio con tinteros de vidrio y una fila de libros en un estante; junto a la ventana una cómoda que miraba hacia el jardín de la terraza, al fondo de "La Casa del Águila", Un lavatorio con pedestal, con canillas muy brillantes, estaba en uno de los rincones, con un espejo encima. En la mesita de noche junto al lecho había una lámpara para leer y, en las paredes, unos pocos buenos dibujos.

—Una habitación encantadora —aprobó Charlton.

—Sí —contestó la propietaria, halagada—. Quiero que mis huéspedes estén lo más cómodos posible, aunque el señor Tudor gastó algún dinero para arreglar la habitación. Él estaba en buena situación económica, ¿sabe usted?

Ella y el sargento permanecieron al lado de la puerta, mientras Charlton recorría todo, abriendo los cajones y mirando detrás de los muebles. Martin supuso que buscaba el manuscrito desaparecido, y le fastidió la falta de éxito de su jefe en la cómoda y en un armario en la pared.

Dentro del ropero había seis cajones a uno de los lados. Charlton los abrió uno por uno.

—No era un joven muy ordenado —murmuró.

—¡Oh, no debe usted decir eso!—protestó la señora Doubleday—. El señor Tudor era muy ordenado.

Se acercó, con Martin detrás de ella, y espió el último cajón que el inspector había examinado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡El señor Tudor jamás dejó sus cuellos y sus pañuelos en un desorden semejante! Deje que vea los otros.

Considerablemente agitada, empujó al gran detective fuera del camino; él hizo un gesto al sargento, mientras la señora Doubleday revisaba los otros cajones.

—¿Qué puede haber sucedido? —preguntó ella.

—Ratones —sugirió Martin.

—¡Estas camisas!—gimió la señora Doubleday—. Las puse yo misma cuidadosamente en este cajón anoche, ¡y mírelas ahora! Las han arrugado

hasta convertirlas en una pelota. Tendré que mandarlas otra vez a la lavandería.

Charlton caminó detrás de ella y murmuró en el oído del sargento:

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros.

Después dijo a la señora Doubleday:

—¿A qué hora puso las camisas, señora Doubleday?

Ella se levantó, quejándose por la ropa, que no estaba ni con mucho tan estropeada como ella decía.

—A eso de las diez y media. Es penoso que la gente sea tan descuidada. Estas pecheras almidonadas están llenas de marcas.

—Seguramente —asintió cordialmente Charlton, y volviéndose a Martin, murmuró una sola palabra—: Peters.

Charlton abrió la puerta que conducía a una de las alas, o anexo, según preferían llamarlas la señora Doubleday y sus empleadas. El suelo estaba debajo del nivel del edificio principal, y se bajaba allí por dos escalones desde el cuarto de Tudor. Mirando a la izquierda se podían ver los escalones al final del corredor principal; más lejos, la entrada a la habitación del señor Garnett; y, más allá, al final del corredor, la puerta del lavatorio.

La señora Doubleday lo siguió y se paró al lado de él.

—Esa es la habitación del señor Gough —explicó, señalando a la derecha, a una puerta que llevaba el número 7, al lado opuesto del corredor, junto a las cortinas que ocultaban la escalera al piso de arriba.

—¿Cuál era la habitación del señor Ridpath? —preguntó el inspector.

—¡Oh, arriba! ¿Quiere verla?

—Sí, dentro de un momento.

Atravesó el corredor, para apartar las cortinas. Como la casa estaba construida sobre un declive, el fondo quedaba casi a nivel del suelo, y a un solo escalón desde el lugar en que él estaba, quedaba la puerta que comunicaba con el jardín del fondo. La escalera era una conveniente salida para los habitantes de las alas, que podían entrar y salir de “La Casa del Águila” sin utilizar la escalera principal.

Dejó que las cortinas cayeran y volvió junto a la señora Doubleday.

—¿Tenía costumbre el señor Tudor —preguntó de usar esa puerta?

Ella meneó la cabeza.

—No con frecuencia, creo. Guardaba su coche en el "garage", del otro lado, y, por eso le era más rápido salir por el fondo. Es probable que en verano lo haya hecho.

—Sus huéspedes de la otra noche, señora Doubleday, ¿qué habitación ocuparon?

Ella señaló hacia la izquierda.

—Los números cinco y seis, allí. Tres de las grandes habitaciones arriba están libres, pero ésas son más baratas, porque no son tan grandes y no tienen lavabo.

—¿Dijo usted que era un matrimonio joven?

—No, sólo eran novios… y estaban muy enamorados. Llegaron en un auto, y permanecieron aquí solamente una noche. De acuerdo al libro de huéspedes, procedían de Londres. Una tal señorita Brown y un señor Smith.

La tos del sargento Martin estaba cargada de sentido. Charlton frunció el ceño.

—¿A qué hora llegaron?

—A la hora de almorzar.

—¿Estaban ellos en sus habitaciones a las seis y media?

—Salieron por la tarde y regresaron después de las seis, de manera que, probablemente, será así. Pero no estoy segura.

—¿Si llega a saber algo de ellos quiere comunicármelo?

Ella asintió, inclinándose desde la cintura.

—Ahora le rogaría que nos acompañara a la habitación que ocupó el señor Ridpath.

Fué característico de la señora Doubleday que no los llevara por la escalera de atrás, sino por el camino más largo y más impresionante: la escalera principal. El cuarto que había sido de Ridpath era idéntico al de la señorita Tearle, que quedaba exactamente debajo. Al lado, pero separado naturalmente por el corredor, estaba la habitación del señor Mortimer Robinson, inmediatamente encima del cuarto de Tudor. La habitación de Ridpath no estaba tan bien amueblada como la de Tudor. Los muebles eran de pesada caoba, muy decorada, y el efecto era totalmente impersonal, acrecentado, aunque no del todo, por la carencia de la ropa de cama y de los objetos personales de Ridpath.

El inspector preguntó:

—¿No dejó nada ese señor?

—Absolutamente nada. Y no es que el pobre muchacho poseyera muchas cosas. Debía hasta esto al señor Tudor, que era un verdadero amigo para él. Cuando el señor Ridpath llegó aquí en junio último, no tenía más que la piel y los huesos. Y era tan descuidado que parecía increíble. Seguramente se apenará mucho cuando se entere de lo ocurrido al señor Tudor.

Del mismo modo que había examinado la habitación de Tudor, Charlton examinaba ahora ésta. La búsqueda fué tan prolija que Martin empezaba a aburrirse, cuando su atención fué despertada por un gruñido satisfecho de Charlton. El motivo era una simple hoja de navaja, que estaba sobre el vidrio encima del lavabo; el inspector la tomó cuidadosamente, hasta que desapareció en un sobre que el sargento presentó oportunamente.

Después de esto, Charlton perdió interés por la habitación.

—Señora Doubleday —dijo—, usted me manifestó temprano que cuando Ridpath se fué de aquí, parecía triste y preocupado. ¿Notó alguna otra cosa en él?

—No. Creo que no.

El inspector pareció sorprendido.

—Eso es muy extraño, señora Doubleday. ¿No notó usted que su labio superior estaba hinchado y que le faltaba uno de los dientes delanteros?

—¡Oh, sí! —asintió ella rápidamente—. Creí que usted se refería… al comportamiento de él. Como tropezó en lo oscuro contra su ropero…

—¿Estaba usted allí cuando pasó eso?

—¡Oh, no! Eso es lo que me dijo.

—¿Y usted aceptó la explicación?

—No tenía motivo para no aceptarla.

—Señora Doubleday —dijo el inspector, algo torvamente—, usted no es sincera conmigo. Es probable que el señor Ridpath le haya dicho que se iba de Lulverton para tomar un empleo mejor, pero ésa no es la verdad. Entiendo que en la noche del sábado hubo una seria disputa entre el señor Ridpath y el señor Tudor, a consecuencia de la cual el señor Ridpath se fué temprano el domingo de mañana. ¿Niega usted eso?

—Todos pueden tener opiniones propias, señor Charlton, y poseer también el derecho de guardarse esas opiniones. El señor Tudor y el señor Ridpath eran dos caballeros educados y no diré una sola palabra contra ninguno de ellos. Si alguna vez no se portaron tan bien, le aseguro que el saldo es en su favor.

—¿Está usted dispuesta a asegurar que ignora que hubo una pelea entre ellos el sábado de noche?

Los ojillos lo miraron a través de los feos anteojos.

—Si usted cree que el señor Ridpath mató al señor Tudor —dijo—, está equivocado.

—No ha contestado usted a mi pregunta —respondió él cortésmente.

”No quiero decir que porque ellos hayan peleado, el señor Ridpath haya matado al señor Tudor.

—No se puede confiar en la policía —declaró ella—. Ustedes deforman las palabras de la gente para que signifiquen lo que ustedes desean. Pero si quiere mi respuesta definitiva, le diré que nunca los oí pelear.

—¿Le dijo Hobson lo que había oído en la noche del sábado?

—Él creyó su deber informarme del hecho —replicó la señora Doubleday con tremenda dignidad.

—¿Por dónde sube él generalmente a su cuarto?

—Por la escalera de atrás. Mis criados tienen prohibido usar la escalera principal, a menos que sus quehaceres los obliguen a ello.

—¿Tenía uno de esos quehaceres Hobson, el sábado último después de las once?

—No, su última ocupación fué preparar las calderas. No se equivoque, señor Charlton: el señor Ridpath no mató al señor Tudor. Si hubiera sido lo opuesto, no estaría tan segura.

—¿Por qué dice eso, señora Doubleday?

—Porque, pese a sus modales, el señor Tudor tenía mal carácter. Una vez lo vi derribar a un hombre de una trompada por un motivo muy pequeño. El hombre se puso de pie y lo atacó, y el señor Tudor volvió a derribarlo. Pasó aquí, en la calle, y yo vi todo desde una ventana.

—¿Por qué lo había enojado el hombre?

—Porque maltrataba un *cabayo* —la señora Doubleday tosió, como una dama—, un caballo.

—¿No quiere usted decir nada más con su afirmación de que el señor Tudor era más testarudo que el señor Ridpath?

—Así es. El señor Ridpath es demasiado descuidado para matar a nadie. Es necesario tener mucha voluntad para cometer un asesinato.

El inspector se escapó por la tangente.

—Me entretuve charlando con Hobson. Es un conversador muy divertido. ¿Hace mucho tiempo que está con usted?

—Cerca de tres años.

—Tiene usted suerte en tener a su servicio ese hombre tan útil, tan respetable.

La señora Doubleday no pareció muy interesada en discutir a su empleado, y simplemente asintió.

—¿Es casado?

—Sí, pero su pobre mujer está loca y hay que tenerla encerrada. Es un caso desesperado, pero Hobson se las arregla para no perder el ánimo.

—Penoso —asintió él—. ¿Puede decirme si, ayer de tarde, a las seis y media, oyó que alguien en el primer piso gritaba "¡Fuera!"?

Ella pareció preocupada. Los gritos vulgares estaban fuera de lugar en "La Casa del Águila".

—Decididamente no. Yo estaba en la cocina, dirigiendo la comida.

—Del mismo modo —dijo él sonriendo— que usted debería ahora vigilar el almuerzo. No debo detenerla más. Si nos permite, el sargento y yo esperaremos abajo hasta que regresen la señorita Ashwin y los demás.

El alivio de ella fué evidente; los dejó que hicieran lo que quisieran.

Había un cerebro alerta debajo de la cabellera arenosa de Bert Martin. Mientras llegaban al rellano del primer piso, apoyó la mano en el brazo de Charlton.

—A veces —dijo—, cuando hay sesión en la Cámara de los Comunes, la puerta dice *Libre*, cuando debería decir *Ocupado*, y muchas veces los que están dentro no suponen que los miran.

—Hay veces, sargento —dijo Charlton cambiando de dirección—, en las que sospecho que usted tiene un poco de inteligencia.

—Es por el pescado que como —repuso Martin.

Nada pasaba con la cerradura de la puerta, al final del corredor en el ala este.

—Pueden haberse olvidado de cerrarla —sugirió el sargento—. Y ¿no cree que es una razón suficiente para gritar "¡Fuera!", el hecho que la señorita Brown y el señor Smith tuvieron cuidado de tomar cuartos separados? ¿No es posible que la señorita Brown haya invitado, por ejemplo, al señor Smith a ver su colección de pinturas?

El inspector lo miró tristemente.

—Piensa usted en las peores cosas —se quejó.

Martin fué enviado con instrucciones que incluían conseguir las impresiones digitales de la señorita Jones; informar a los padres de Tudor de la muerte de éste; conseguir la colaboración del sargento Peters, el experto en impresiones digitales en Whitchester; enviar los pedacitos de lana y el trozo de linóleo al laboratorio policial de Londres; comprobar los movimientos de la noche anterior de todos los vagabundos de Lulverton, y convencer a Peter Ridpath de que abandonara el feo barrio de la calle de Back Eldon, y fuera a una amable conversación con el inspector Charlton.

—¿Qué quiere que haga durante el tiempo que me quede libre? —preguntó el sargento antes de salir.

—Interrogar a los testigos —dijo Charlton dulcemente—. Hay como cuarenta.

—¡Demonios!—dijo Martin—. ¿Por quién me toma? ¿Por un caballo de tiro?

Tosió con tono de falsete, y después dijo, recalcando la palabra:

—¿Caballo?

Y luego, con su sombrero torcido, fué en busca de los agentes-detectives Bradfield, Emerson y Hartley, quienes estaban jugando a los dados en un tranquilo rincón de la estación de policía de Lulverton.

Jack Gough fué el primero en llegar a almorzar. Él y Charlton ya se conocían, por haberse encontrado profesionalmente en una de las pesquisas del detective con motivo de unos billetes falsos. Gough habló libremente, como con un antiguo amigo.

—¡Pobre Vaughan!—dijo—, me gustaría encontrar al puerco que lo mató. ¿Hay alguna pista?

—Háble me de anoche —invitó Charlton—. ¿Quiénes quedaron en el teatro cuando usted se fué?

—No puedo asegurarlo. Yo regresé con Myrna…, con la señorita Ashwin y con el señor Mortimer Robinson, nuestro tesorero. Casi todos volvieron a casa alrededor de las once, y realmente no me fijé quiénes eran. Sabía que Vaughan tenía intenciones de quedarse un rato.

—¿Para continuar con su manuscrito secreto, supongo?

Jack lo miró agudamente, pero la hermosa cara de Charlton sólo denotaba cortés interés.

—Algún pajarito ha charlado —dijo—. Sí, creo que ésa era su intención.

—¿Qué era ese manuscrito secreto?

—Nadie lo sabe realmente, aunque suponíamos que estaba escribiendo un libro. Le gastamos bromas, pero lo único que hizo fué una mueca. Acostumbraba quedarse trabajando hasta tarde en la Panadería, pero yo nunca vi el manuscrito.

—¿Qué ambiente había en el ensayo, anoche?

—Oh, era un terrible embrollo. No le contaré toda la triste historia, pero todos estaban a punto de saltarse encima. Nervios, principalmente. Hasta Mortimer Robinson, que normalmente ni siquiera chista a un ganso, se enfadó conmigo por algunas bromas.

—¿No notó nada que pudiera tener influencia en lo que siguió?

—¡Dios mío, no! Siempre pasa lo mismo en los ensayos con ropa. Todos están convencidos de que la representación será un fracaso…, y eso es muy desagradable para todos. Pero que eso pueda llevar al crimen…

Una de las armas que esgrimió Charlton fué la inesperada pregunta:

—¿Cree usted —preguntó— que la señorita Faggott hubiera sido una buena esposa para Tudor?

Jack pareció sorprendido, después su fea cara se puso seria.

— No lo creo —dijo bruscamente.

—¿Por qué no? ¿Porque deseaba representar a lady Macbeth?

—Eso ha sido hábil de su parte, inspector. Sí, es probable que la ambición sea el mayor defecto de ella. Quiere ser una actriz famosa, y no le importa quién se sacrifique a costa de ello. Y apostaría a que triunfa. Es muy atractiva, ¿sabe usted? Para cualquiera que busque una combinación de la Gioconda, Helena de Troya y Lucrecia Borgia, ella es la persona indicada. El pobre Vaughan estaba loco por ella…, y ella lo manejaba.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer término él era secretario de la agrupación teatral. Y una actriz famosa tiene que empezar de cualquier modo…, aunque sea en un grupo de aficionados. Además, él tenía un amigo llamado Phil Pearson, que es crítico teatral. Podía ser convencido por Vaughan para que escribiera media columna en un diario importante sobre la brillante joven aficionada Elizabeth Faggott, de quien los críticos entendidos ya habían dicho, etc… En cuanto a dinero, Vaughan estaba en bastante buena situación…, y el dinero siempre es útil.

—Alguien me dijo que Tudor debía compartir los favores de esa muchacha con un tal Ridpath.

Hubo un sutil cambio en los modales de Jack. A Charlton nunca se le escapaba una cosa de esa naturaleza.

—¿Acaso estas frases casuales mías tendrán que ser repetidas en un tribunal? —preguntó Jack distraídamente—. ¿Diciendo "el testigo afirmó entonces"…, etc.?

—No puedo prometerle que no sea así —fué todo lo que el inspector dijo—. No necesita usted decir más, si no quiere que así sea, aunque —sonrió— yo estoy muy interesado en los acontecimientos ocurridos antes de anoche.

—Entonces hablaré. Tenga en cuenta, inspector, que no acuso a nadie. No puedo dar pruebas directas de nada. Pero el bueno de Vaughan era la sal de la tierra —su amplia boca se torció y prosiguió, con volubilidad— y si necesita algunos detalles sobre Ridpath, se los daré. Él, en mi opinión, es una especie de hermoso hongo. Es un hombre muy buen mozo, e irresistible para las mujeres cuando se lo propone. Pero envenena todo lo que toca… y, a veces, necesita un antídoto muy fuerte. Pero usted está aquí para hacer

preguntas, y una de las cosas que debo decirle, si ya no la sabe, es que…, que…

Vaciló, y Charlton salió en su ayuda.

—Sé —dijo.

—Entonces no insisto. Sólo quiero que sepa que no se trata de uvas verdes.

—Por favor, continúe —sugirió Charlton.

—Nosotros, en la agrupación, hacía tiempo que sabíamos que Vaughan estaba enamorado de la Faggott; sin embargo, no creo que él se diera cuenta de ello hasta hace poco tiempo. Su actitud era de muda adoración, pero Elizabeth Faggott lo alentó; él no podía permanecer mucho tiempo en silencio…, y todos estábamos esperando las campanas de la boda. A principios del verano pasado apareció Ridpath, muy pobre y peligrosamente furtivo, como esos individuos que lo atajan a uno en el Strand diciendo: "—Vea, viejo, estoy en un lío." Con dinero que le prestó Vaughan, que siempre fué demasiado generoso, se convirtió prontamente en el espejo de la moda y el molde de la forma; y empezó a coquetear y a echar el ojo a toda la población femenina de Lulverton. No discutiremos sus otras conquistas baratas, hablaremos sólo de Elizabeth. Ella cayó bajo el martillo en el mes de agosto. No sé dónde se encontraron por primera vez, porque él no era entonces miembro de la agrupación.

Ellos creyeron que guardaban el secreto, pero todos lo sabían, con excepción de Vaughan y… de otra persona. Nadie estaba contento, porque el asunto iba a herir a Vaughan, que era, probablemente, el miembro más popular de la agrupación y también porque Ridpath estaba ya muy comprometido con… otra persona.

—¿La muchacha del quiosco de cigarrillos de la estación? —preguntó Charlton, como si hablara seriamente.

Jack pareció sorprendido.

—¿Quién, Molly, la mimada del viejo? No sabía que él también la cortejara. ¿Ridpath no pierde ocasión, verdad? No, no era Molly. Digamos que él estaba seriamente comprometido con una muchacha llamada… Mary Smith. La nueva intriga con Elizabeth no puso fin a la vieja amistad con Mary Smith, que continuó de una manera semioficial, mientras,

simultáneamente, él se encontraba con Elizabeth en la oscuridad de la noche, o en algún escondrijo apropiado.

—¿Conocía la señorita Faggott el asunto de Mary Smith?

—Naturalmente —exclamó Jack; y añadió amargamente—: Todo el mundo lo conocía. Sí, y pese a eso, ella tuvo un asunto clandestino con Ridpath.

—¿Puede decir por qué?

—Supongo que la Faggott no podía resistir a un bello rostro. O, quizás, creyó que podía utilizarlo para abreviar su carrera de gran actriz. Sólo una cosa es cierta: Ridpath se entusiasmó mucho con ella. Probablemente ése haya sido el único sentimiento verdadero que él haya sentido por una mujer. Ella es capaz de enamorar a un hombre. Debo reconocer en confianza que, aunque yo estoy en otra parte, ella consigue inquietarme a veces. Ella se las arregla para significar, aunque no lo diga con palabras, que somos muy importantes, y que ella estaría perdida sin nuestra ayuda. Creo que debe haber descubierto el secreto de la emoción perpetua. Es una verdadera especialista. La simpatía, un gentil sentido común, y la apreciación de las cualidades masculinas son cosas que ella sabe manejar, probablemente para su provecho, pero ¡cómo sabe hacerlo!

Charlton sonrió. En un mundo de pesadas conversaciones la charla de Jack era un fuerte tónico… *Que, como el sapo... lleva una preciosa joya en la cabeza*. Había, en el medio de esas frases, otras palabras que no podía recordar… *feo y una u otra cosa*… Su sonrisa desapareció al oír las siguientes palabras de Jack.

—El sábado último, por la tarde, Elizabeth dió a Ridpath orden de irse.

—¿Lo hizo? ¿Está usted seguro?

—Bueno, yo no estaba allí cuando eso ocurrió, pero él estuvo alegre y brillante toda la mañana, y parecía la Miseria Pública Nº 1 a la noche.

—¿Cree usted que, finalmente, la señorita Faggott había elegido entre Ridpath y Tudor?

—No, no voy tan lejos, inspector. Creo que, seguramente, las cosas no marchaban bien para Ridpath, pero, por la tarde, Vaughan la llevó a pasear en su auto, y, al regreso, no parecía tan feliz. Es sólo una conjetura, no lo

olvide… Pero yo creo que ella tenía una tercer cuerda en su arco…, otra persona.

—¿Puede decirme el nombre de esa persona?

Jack rió torpemente.

—No me agrada mucho ser chismoso —dijo—. Pero el nombre es Duzest…, Franklin Duzest, y éste iba a representar uno de los principales papeles en *Medida por medida*.

—¿Ángelo?

—Sí. No es costumbre mía fijarme en el prójimo, pero en los últimos ensayos percibí que ellos se atraían entre sí. En la noche del sábado los vi en una conversación bastante íntima, que fué interrumpida por Vaughan, en cuanto se dió cuenta de ello. Pero no debe usted tomar esto muy en cuenta, inspector, porque puedo estar equivocado. Sus papeles en la obra los hacía acercarse mucho.

Charlton sacó su libreta de notas.

—Debo tener una lista completa —explicó— de todos los que estuvieron en el teatro la última noche. ¿Puede darme todos los nombres y direcciones que recuerde?

Pasó cierto tiempo antes que se anotaran todos los detalles. Cuando Charlton guardó la libreta, dijo:

—Ahora, dos cosas más, y termino con usted. Primera: ¿dónde estaba usted ayer a las seis y medita?

Jack reflexionó un momento.

—En mi cuarto. Íbamos a comer a las siete menos cuarto…, más temprano a causa del ensayo… y estaba terminando una carta para mis viejos que empecé hace quince días, con intenciones de ponerla en el correo cuando fuera a la Panadería.

—¿Lo interrumpió alguien cuando estaba escribiendo? —Jack meneó la cabeza. — ¿Oyó usted que alguien gritaba: "¡Fuera!"?

La pregunta fué recibida con una torcida sonrisa.

—¿Lo que usted desea saber es si yo tuve una pelea con Vaughan y terminé liquidándolo? ¿Es así? No, no sucedió nada por el estilo. Vaughan era un buen amigo mío. Si alguien le dijo que se fuera, no fui yo…, y tampoco oí nada.

—¿Nadie pasó junto a su cuarto a las seis y media?

—Quizás sí. Pero no me fijé. Escribir cartas no es mi punto fuerte, y yo estaba sufriendo las angustias de la composición.

—Bien. Eso es lo primero. Vamos ahora a lo segundo. Anoche, después de las once, usted regresó del Pequeño Teatro con la señorita Ashwin y el señor Mortimer Robinson. A las doce menos cuarto volvió a salir. ¿Adónde fué?

—¡Permítame que le diga, inspector, que no ha perdido usted el tiempo! Fui a la Panadería.

—¿Por qué?

—Myrna y yo estábamos inquietos por Vaughan. El pobre muchacho había estado deprimido los últimos días, y no nos agradaba la idea de que estuviera solo con sus pensamientos en la Panadería esa noche. Por eso Myrna sugirió que yo fuera y lo convenciera para venir a casa.

—¿Lo vió?

—No. Cuando llegué a la Panadería la puerta estaba cerrada y, por eso, pensé que Vaughan se había ido ya. Pero, para estar seguro, golpeé varias veces y después llamé a través del buzón. Debo haber hecho mucho ruido, porque alguien se asomó a una ventana y, de mala manera, me ordenó que no hiciera escándalo, para que la gente respetable pudiera dormir.

—¿Era desde una ventana que miraba a Cooper Yard?

—Sí, desde una ventana sobre la casa del prestamista. ¿Sin duda usted lo conoce? El nombre del caballero es Aarón Sugarman y él y yo hacemos negocios confidenciales de tiempo en tiempo, especialmente cuando se acerca fin de mes. Así que, cuando pude interrumpir sus lamentaciones judaicas y me disculpé, él reconoció mi voz. Le dije que había regresado a buscar al señor Tudor, y él me informó que, un minuto o dos antes que yo llegara, había oído cerrar la puerta de la Panadería y que alguien atravesaba Cooper Yard y entraba en la calle de Harpur. Yo supuse que se trataba de Vaughan, pedí nuevamente disculpas al viejo Sugarman y regresé aquí. Si le interesa la hora, le diré que los relojes daban la medianoche, uno tras otro, cuando yo regresaba.

—¿Estaba la escalera iluminada cuando usted miró a través del buzón?

—No me es posible decirlo. Sólo hay allí una débil lámpara azul… y, naturalmente, las cortinas para oscurecimientos.

—¿Y cuando llegó aquí?

—La señorita Ashwin me esperaba. Le pregunté si había oído entrar a Vaughan. Ella dijo que no lo había oído, y entonces decidimos salir a caminar un rato. Cerca de un cuarto de hora después ambos regresamos y nos fuimos a acostar.

—¿Sin preocuparse más por el señor Tudor?

—Bueno, golpeamos su puerta, pero, claro está, él no estaba allí.

—¿No entraron ustedes?

—No. Yo abrí la puerta, encendí la luz y miré el cuarto… Para ser absolutamente sincero, inspector, le diré que aunque antes yo estuve preocupado por Vaughan, en aquel momento él no me parecía tan importante… En realidad, yo… hice el agradable descubrimiento de que, después de empezar una carrera con cien probabilidades contra seis, y de estar muy lejos de ganarla, acababa de pasar la cabina del juez, con mucha ventaja. Así que, como le digo, en aquel momento…

Charlton, que simpatizaba con Jack Gough, le dió sus cordiales felicitaciones, y preguntó cuándo vendría a almorzar Myrna Ashwin.

—En seguida después de la una —dijo Jack—. Yo debo almorzar antes.

Charlton buscó su reloj, recordó que lo había olvidado en casa, y miró el reloj encima de la chimenea.

—Ese reloj adelanta cinco o seis minutos —dijo Jack.

—Entonces regresaré dentro de media hora. Le ruego que diga a la señorita Ashwin y al señor Mortimer Robinson que me esperen.

Se puso de pie y miró a Jack.

—¿Empujaron a la señorita Boyson deliberadamente escaleras abajo? —preguntó casualmente.

—Un accidente —fué la rápida respuesta—. Había mucha gente en aquel momento y la empujaron sin querer.

—¿Quién estaba cerca de ella?

—Yo no estaba allí, así que no puedo decirlo.

—¿Hasta qué punto tiene que ver ese billete de diez libras con la muerte de Tudor?

—¿Eso? ¿Eso? Muy poco, supongo, pero alguien armó escándalo con ello.

—¿Quién?

Jack se levantó de la silla.

—Preferiría no decirlo.

—¿Se había recobrado de su lastimadura el señor Manhow?

—Sí, su nariz había recobrado, más o menos, la forma normal.

—¿Cómo sucedió eso?

—Él dijo que se había golpeado contra una tabla.

—Es muy curioso que el señor Ridpath tropezara contra su ropero esa misma tarde. ¿Me pregunto si los dos objetos eran del mismo período histórico?

Jack pareció sorprendido un momento, después comprendió lo que quería decir el inspector.

—Llamémoslo del período de la Reina Ana —sugirió.

Hay un tipo de postal poco elegante en crudos colores que se compra en los balnearios, y que puede mandarse a amigos menos ricos, pero igualmente desprejuiciados. Además de la mujer gorda en el botecito, del caballero borracho con una botella de cerveza asomando de un bolsillo, y de la muchacha a quien el artista ha dado una excusa para caer hacia atrás, quizás la figura más antigua de estas postales es el judío prestamista, con un enorme chaleco, detrás del anuncio de tres bolas de bronce. Basta recordar esta imagen (¿y quién puede negar haberse parado en la rambla, entre los sombreros para el sol y las sombrillas y haber dirigido una furtiva mirada al escaparate?), para tener un retrato inmediato del señor Aarón Sugarman.

Cuando descubrió que el desconocido alto y distinguido, que lo enfrentaba a través del mostrador cubierto de vidrio no era un cliente, el entusiasmo del señor Sugarman se enfrió; respondió rápidamente a las preguntas del inspector, con una abstracción que sugería que no perdía la esperanza de interesar a su bien vestido visitante, en su extenso negocio de objetos irredimibles.

—¿Conoce usted al señor Gough? —comenzó Charlton.

—¡Oh, sí! Es un buen cliente.

—¿Habló usted anoche con él?

—Sí, desde la ventana de mi dormitorio.

—¿A qué hora?

—Cerca de la medianoche. Con sus golpes y sus gritos estaba despertando a la gente decente.

—Usted le dijo, tengo entendido, que alguien había salido del teatro poco antes de que él llegara.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Quizás un minuto antes. No lo sé con seguridad. Durante toda la noche habían hecho un ruido como para despertar a los muertos, y yo y mi pobre mujer no pudimos dormir hasta que la agrupación de aficionados teatrales terminó el ensayo y se fueron todos a dormir. Después, por un rato, hubo paz y tranquilidad; y mi mujer, a mi lado, se puso a dormir, mientras yo, que había trabajado duro en la tienda, no podía dormir y me daba vueltas de un lado a otro. Después de un rato oí pasos hacia Cooper Yard. Los pasos se oyeron en la arcada. Yo escuché que la puerta, fué abierta, oí que la movía, seguramente el dueño de los pasos; finalmente, oí el ruido de llaves en el llavero. Después la puerta se cerró de golpe.

—¿Qué hora era?

El señor Sugarman extendió sus manos enjoyadas.

—¡Por Jehová! —exclamó—. Siempre pasa lo mismo con la policía. Siempre preguntan qué hora era. Aunque un hombre honesto lleve testigos de que ha estado en un sitio, viendo con sus propios ojos un robo o un crimen, y aunque sepa el nombre del criminal, ¿qué saca con ello? ¿Le dan siquiera las gracias? ¡Oh, no, no! Todo lo que la policía hace es preguntar la hora.

—Lo siento —dijo Charlton sonriendo—, pero a veces es importante.

El pequeño prestamista estalló.

—Entonces le diré cuándo fué. Eran cerca de las doce cuando llegó el señor Gough. Esos pasos se oyeron como un cuarto de hora antes. Entretanto escuché ruido de idas y venidas.

Ningún signo reveló el interés de Charlton.

—¡Oh, por favor, le ruego que me hable de eso!

—Un poco después…

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Charlton pacientemente, y el señor Sugarman se impacientó otra vez.

—¡Cuándo, cuándo, cuándo! Soy un hombre de negocios, no un reloj. Un poco después, quizá luego de dos o tres minutos…, alguien golpeó la puerta, que no se cerró, sino que golpeó contra la pared o contra algo. Creo que se trataba de la puerta del escenario. Después la voz de un hombre gritó: "¡Crimen!", y el…

—¿Gritó *qué*?

—"¡Crimen!" ¿Se cometió un crimen, verdad?

—¿Cómo describiría ese grito? ¿Sugería terror, enojo, o parecía una broma?

—¡Puedo asegurarle que no era una broma! Para mí lo único que sugirió fué que un hombre gritaba: "Crimen", y, cuando un hombre grita "Crimen", no está bromeando. ¡Oh, no!

Charlton dejó este punto. Era un trabajo demasiado pesado.

—¿Qué hizo usted cuando oyó el grito?

El señor Sugarman pareció sorprendido y apoyó sus gruesos dedos contra el pecho.

—¿Yo? ¿Qué hice yo? Si pasa algo en mi casa mando a mi mujer a buscar a la policía, pero, si pasa algo fuera, no es asunto mío. ¿Cómo puedo saber que no gritan "Crimen" para hacerme salir a la calle y robarme? ¡Oh, no, no! Lo único que hice fué quedarme donde estaba. Después de un momento —miró rápidamente a Charlton—, un cuarto de minuto después, se cerró la puerta.

—¿Qué puerta?

—La pequeña puerta del escenario. Está más cerca de mí que la puerta exterior y no está hecha de esa madera pesada.

—¿Después que se la oyó abrir, salió alguien…, quiero decir, inmediatamente después?

—No, no se oyeron pasos entonces, a menos que hayan caminado muy suavemente. Durante cinco, tal vez seis minutos, todo estuvo en paz, y yo empezaba a dormirme como un niño inocente, cuando oí que nuevos pasos llegaban a Cooper Yard desde la calle. No oí si entraban en la arcada. Esperé que se abriera una puerta, pero, si así ocurrió, yo no lo oí, y pasó

otro minuto antes que se oyeran pasos que regresaban y salían a la calle. Creo que cuatro minutos después oí que empujaban la puerta grande, pero no tan fuertemente como antes. Después, ese individuo siguió al otro en la calle. Y un minuto después, oí los pasos del señor Gough. Cuando él empezó con sus gritos, yo salté de la cama y fui a la ventana para quejarme. "¡Oh, hijo de mi vida —empecé—, con sus gritos y sus golpes usted…!"

—No creo que necesite repetir toda la conversación, señor Sugarman.

—Bueno, el señor Gough se disculpó y después nos dimos las buenas noches, yo cerré la ventana y volví a la cama, al lado de mi mujer, y me dormí en un abrir y cerrar de ojos. Esas —concluyó el señor Sugarman— fueron todas las idas y venidas que escuché.

—¿Diría usted por los pasos, señor Sugarman, que alguno de los visitantes era una mujer?

Otra vez los dedos se abrieron sobre el pecho.

—¿Yo? ¿Cómo podría saberlo?

—Bueno, una mujer suele tener el paso más liviano que un hombre, y camina más rápidamente.

El señor Sugarman movió los brazos.

—Me hace usted demasiadas preguntas —exclamó—. Oí los pasos. Quiero ayudar a la policía en todo lo que pueda, por eso le he hablado de los pasos. Pero usted hace demasiadas preguntas. ¿Cómo puedo saber si un paso es masculino o femenino? Un paso es un paso, y cuando yo oigo pasos…

—Entonces no lo molestaré más, señor Sugarman. Le estoy muy agradecido por su ayuda.

Metió las manos en el bolsillo de su chaleco; y entonces, recordó que había olvidado su reloj.

—¿Puede decirme la hora, por favor? —preguntó amablemente.

La respuesta fué aguda y quejosa.

—¿Qué? ¿Otra vez?

La primera persona que encontró al regresar a la Casa de Huéspedes fué al sargento Martin, cuya cara estaba excitada por las noticias.

—Cuando fuimos a la oficina a tomar las impresiones digitales de la señorita Jones —dijo—, ésta me informó que cinco minutos después que

usted y yo salimos, un canalla que ella no conocía llegó en automóvil y pidió ver los papeles de Tudor.

—Naturalmente, ella no lo dejó.

—¡Oh, sí, lo dejó! Él parecía representar a un gabinete de ministros; dijo que representaba a los señores Golightly & Farthingale, los ejecutores de los abogados, y la muchacha Jones lo dejó en libertad.

—¿Por qué demonios hizo eso?

—Ella dijo que era jueves cuatro, día de decisiones rápidas contra los dictados de la prudencia; y añadió que yo había nacido bajo la influencia de Saturno, en la tercer década de Sagitario, lo que significa estar hambriento de trabajo, pero ser demasiado servil con los superiores.

—No lo he notado —gruñó Charlton.

—Ese tipo metió la nariz durante cinco minutos o más, y después le preguntó a la señorita Jones si conocía un grueso manuscrito. Recordando que usted le había hecho la misma pregunta, ella empezó a sospechar. El hombre vió el peligro, se despidió rápidamente, salió y tomó el auto antes que ella pudiera decir nada. La señorita Jones no vió el número del coche, ni siquiera la marca, pero hemos hecho un llamado general, en la esperanza de encontrarlo.

—Muy curioso, Martin, y un poco inquietante. Yo tenía la impresión de que éste era un crimencito sencillo, con todo el mundo limpiamente clasificado. Pero ahora, que desconocidos desaparecen en automóvil, el asunto va a ser más difícil.

—Quizás él hacía de agente del joven Ridpath, quien lo contrató para apoderarse del manuscrito, porque había algo que Ridpath no quería que supiéramos.

—Espero que tenga usted razón.

XV

Espero que haya aquí verdades.

Acto II, escena 1ª.

EL INSPECTOR Charlton ha dicho que la verdadera investigación criminal no se realiza ni con el microscopio ni con el tubo de experimentos, sino haciendo innumerables preguntas y desentrañando las respuestas. Ocurre, por lo tanto, que al realizar el informe de un caso criminal donde muchas personas han tomado parte, es posible quedar *confundido entre la nube de testigos*, porque cada nueva interrogación es, en general, una repetición de las anteriores. Por esto, el estudiante debe tener ocasión de encontrar por sí mismo la prueba, y no corresponde al biógrafo excluir hechos y conversaciones, con el pretexto de evitar una repetición tediosa.

Para subsanar esta dificultad, los interrogatorios que hicieron Charlton y sus ayudantes con el resto de los testigos, han sido reducidos a un tamaño conveniente. Debe darse por entendido que los interrogatorios se realizaron en varias casas y oficinas; que unos testigos eran francos, y otros reservados; que a algunos les apenaba la muerte de Tudor, y a otros los dejaba indiferentes; que a todos se les preguntó por el manuscrito secreto, si habían visto el puñal y si habían regresado a la Panadería; que todos fueron invitados a establecer coartadas; y que dos de ellos mintieron, uno tonta e innecesariamente; y que un tercero no dijo toda la verdad.

Cada historia fué examinada y comparada con la otra, hasta que Charlton tuvo un completo informe de todas las personas presentes en el ensayo, y de los trajes que vestían. Nada importante fué omitido, y las respuestas fueron, en parte, variadas; cuando Charlton hubo terminado el

análisis, buscó y encontró el manuscrito secreto, lo leyó una vez…, volvió a leerlo más atentamente…, realizó una búsqueda en cierto lugar y tuvo el caso completo para ser presentado ante el fiscal público.

Aquí están los informes:

Señorita Myrna Ashwin:

—Regresé a casa con el señor Gough y el señor Mortimer Robinson. Dejamos allí al señor Tudor. Él dijo que regresaría luego. Cuando Mortimer Robinson fué a acostarse, yo y el señor Gough conversamos hasta las doce menos cuarto. Entonces el señor Gough dijo que estaba algo preocupado con el señor Tudor y sugirió ir al teatro a buscarlo. El señor Gough regresó solo a eso de las doce y cinco. El teatro estaba cerrado y creímos que el señor Tudor había salido a caminar.

—Sí, el señor Gough encendió la luz y miró en la habitación. Después estuvimos unos diez minutos conversando en el rellano de la escalera, nos dimos las buenas noches y fuimos a dormir.

—¿El billete? No, lo único que sé es que cuando el señor Tudor nos dijo que se había perdido, lo buscamos; y el señor Cheesewright y yo recorrimos palmo a palmo el guardarropas sin encontrarlo. Sin embargo, un rato después, el señor Duzest lo encontró allí.

—¿Cómo fué, señorita Ashwin, que la señorita Faggott abandonó el papel principal y lo entregó a la señorita Boyson?

—Fué, en realidad, muy extraño. Una de las personas que vive aquí es un tal señor Garnett, cuya hija está casada con uno de los jefes de sección en la fábrica de suelas de goma. Supongo que usted sabe que el señor Boyson, padre de Hilary, es gerente director de la compañía. El señor Garnett es el dueño de la Panadería y, para congraciar a su yerno con el señor Boyson nos obligó, amenazando con expulsarnos, a que quitáramos el papel de Isabella a Elizabeth Faggott y lo diéramos a Hilary Boyson. Este yerno del señor Garnett… creo que se llama Saunderson… tiene mucho interés en ser nombrado gerente de las obras. El gerente actual está a punto de retirarse, y se suponía que si Saunderson iba a ver al señor Boyson y le decía: "—Puedo decirle, señor, que gracias a mí Hilary está a la cabeza del reparto", el señor Boyson quedaría encantado y lo nombraría gerente de las obras inmediatamente.

—Un poco optimista, ¿no le parece?

—Eso dijimos, y nos negamos a acceder al pedido del señor Garnett al principio, pero entonces él nos dió orden de desalojo, y tuvimos que hacer lo que él pedía. Él comprendió que si Hilary Boyson caía enferma o rehusaba el papel, no sería culpa nuestra.

—Entonces, ¿si ella se hubiera lastimado seriamente en la escalera, el desalojo no se hubiera llevado a cabo y la señorita Faggott hubiera vuelto a tomar su papel?

Ella lo miró rápidamente.

—Sí —contestó, y allí quedó el asunto.

—No, a las seis y media yo había salido. Regresé justo a la hora de comer, a las siete menos cuarto.

—¿Estaba usted en términos amistosos con el señor Ridpath ?

—Sí, simpatizaba mucho con él.

—¿Usted estuvo comprometida con él, verdad?

—¡Oh, no! Yo salía mucho con él, pero nunca llegamos a comprometernos.

—¿Por qué dejó usted de salir con él, señorita Ashwin?

—Porque decidimos romper… la amistad.

—¿Quién lo decidió?

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque no nos conveníamos.

—¿Fué ése el solo motivo?… Repito: ¿fué ése el solo motivo?

—No, hubo otro.

—¿Puedo saberlo, por favor?

—Realmente, señor Charlton, no entiendo qué tiene que ver esto con el asesinato.

—Deje que yo sea juez de eso, señorita Ashwin. ¿Por qué dejó usted al señor Ridpath?

Su bella carita se puso roja.

—Me niego a decirlo. Si realmente quiere saberlo pregúnteselo al señor Cheesewright.

Señor Mortimer Robinson.

—Como advertí que estaba de más, dejé a los muchachos en la sala y subí a acostarme. El señor Gough me dijo que luego él regresó al teatro. Y puedo comprender la ansiedad que sintieron él y la señorita Ashwin. El pobre Tudor estaba muy deprimido ayer. Se dice que el espectador ve la mayoría del juego, inspector, y yo seguía con gran interés su cortejo a la señorita Faggott. Desgraciadamente, es evidente que el último fin de semana tuvieron un desacuerdo. Desde entonces el señor Tudor no fué el mismo y anoche noté que sólo cambiaron palabras convencionales.

—¿Conoce usted el motivo de ese desacuerdo?

—No, inspector, fué una sorpresa para mí. Sólo pensé que era una pelea de enamorados.

—¿Le hubiera agradado enterarse del compromiso de ambos?

—Hubiera estado encantado, como lo estuve esta mañana cuando la señorita Ashwin me dijo que había aceptado al señor Gough. La señorita Faggott es encantadora. Si yo fuera más joven…

Sus ojos grises brillaron.

—¿Sabe usted si ella tenía otros pretendientes?

—Hubo algunos rumores maliciosos, pero le ruego que no crea en ellos. Una muchacha tan atractiva como la señorita Faggott es siempre víctima de calumnias, especialmente en una ciudad chica como Lulverton. Bastaba que ella conversara en la calle con un amigo para que los chismosos unieran sus nombres.

—¿Cuál es su opinión sobre el señor Ridpath?

—Es un joven sumamente agradable, pero demasiado afecto al sexo contrario. No lleva intenciones serias detrás de sus galanteos, pero preocupa mucho a los objetos de su atención, que lo creen más formal de lo que es.

—¿Cree usted que él nunca ha experimentado… lo que los franceses llaman una gran pasión?

El señor Mortimer Robinson meneó la cabeza con decisión.

—Estoy seguro que no, inspector. Todos sus galanteos eran superficiales.

—¿Por qué se asesinó a Tudor?

—Lo único que imagino es que el desdichado joven fué sorprendido por algún vagabundo que se había metido en el teatro con intenciones de robar.

La puerta debe haber estado abierta hasta que el señor Tudor la cerró esa noche.

—Tengo entendido que usted es el tesorero de la compañía, señor Robinson.

—*Mortimer* Robinson —fué la gentil corrección—, sin guión. Hay demasiados Robinson a secas. Sí, soy tesorero. La sociedad tiene cuenta en el Banco de los Condados del Sur, aunque, desgraciadamente, no es una cuenta muy grande.

—¿Había algún dinero en el teatro?

—Una pequeña cantidad…, un par de libras como máximo.

—¿Dónde se guardaba?

—En una lata de cigarrillos en el cajón cerrado del escritorio de la oficina. ¿Ha sido abierto?

—¿Quién tiene las llaves del cajón?

—El señor Tudor, la señorita Ashwin, que es encargada de la boletería, y yo. Si mal no recuerdo, cuando examiné el balance la noche del martes, había un billete de una libra y dieciocho chelines y seis peniques en plata en la lata. ¿Estaba eso intacto cuando usted lo examinó?

El descuido de Charlton para contestar a las preguntas de la gente hubiera parecido poco cortés, de no haber sido tan cordial el tono.

—Y las llaves del teatro… ¿quién las tiene?

—No estoy seguro. Había varias. Sé que el señor Tudor tenía una; el señor Manhow otra; la señora Mudge, la limpiadora, otra. Yo mismo tengo una, pero no sé quién tiene las demás. Naturalmente, si usted lo desea, yo puedo averiguarlo.

—Le ruego que lo haga.

—¿Dónde estaba usted ayer a las seis y media?

—Según mis recuerdos, en mi cuarto.

—¿Supongo que usted no gritó a nadie: "¡Fuera!"?

—Eso no es muy cortés. Por supuesto que no.

—¿No oyó si alguien gritó?

El pulcro hombrecito movió la cabeza.

Patrick Collingwood.

—Entiendo —dijo Charlton— que, generalmente, no se envían puñales junto con las ropas para *Medida por medida*. ¿Se pidió especialmente un puñal en este caso?

—Sí. Peter Ridpath, que iba a desempeñar el papel de Lucio sugirió que se pidiera para hacer unos juegos en broma.

—¿Justificaban estos juegos la molestia de traer el puñal desde Londres?

Patrick Collingwood encogió sus anchos hombros.

—No, realmente, pero Ridpath tenía interés en ello, así que asentí.

—Pero él se fué de Lulverton antes que el puñal llegara junto con los trajes.

—Así es. Él se fué el domingo de mañana, y los trajes no llegaron hasta el martes.

—¿Puede usted decirme qué sucedió anoche con el puñal?

—Temo que no lo sé. El sucesor de Ridpath, un hombre llamado Nash, lo usó en el ensayo, así que imagino que lo dejó junto con su ropa en el vestuario de hombres.

—¿Quiénes quedaron en el teatro cuando usted se fué?

—Yo fui uno de los últimos en irme. Mi hija, Felicity, que figura en el reparto, y un hombre llamado Duzest estaban conmigo. Los tres habíamos discutido acaloradamente sobre Hamlet (si él era un hábil planeador o un tonto), y no nos percatamos que los demás se habían ido a casa. Tudor se había encerrado en la oficina y escribía a máquina. A las diez y media todavía no estábamos de acuerdo acerca de Hamlet, entonces yo decidí terminar la discusión. Fui hasta la oficina y, desde la puerta, di las buenas noches a Tudor. Él parecía…, bueno, no exactamente culpable, pero como si no quisiera que viéramos lo que estaba haciendo. Felicity y Duzest habían venido detrás de mí, y ellos me empujaron adentro de la oficina, aunque evidentemente, Tudor no estaba contento con tenernos allí. Arrancó de la máquina la página que estaba escribiendo y la puso dada vuelta sobre el escritorio.

—¿Estaba la hoja pronta…, quiero decir, estaba escrita hasta el final?

—Diría que sí. Parecía a punto de salir ya de la máquina. Hablamos con él de una y otra cosa durante un par de minutos, después le pregunté si

habíamos vendido entradas para todas las funciones. "—Sí —dijo—, y esto me recuerda algo. Debo hacerlo antes de olvidarme." Tomó una hoja del cajón del escritorio y la puso en la máquina.

—¿Usó otra hoja de apoyo?

—No, no lo hizo. Tudor escribió una nota en la cual decía que habíamos vendido todo. La sacó de la máquina y firmó.

—¿Con una pluma fuente?

—No, se levantó y llevó la nota al otro extremo del escritorio, donde siempre hay una lapicera común y un tintero.

—¿Escribió la nota en letra roja, verdad?

Collingwood lo miró, con expresión de divertida admiración.

—Es usted especial para los detalles, ¿verdad? —dijo—. Sí, Tudor movió el ganchito de la máquina antes de empezar, diciendo que la gente se tomaría la molestia de leerla si estaba escrita en rojo. Mi hija le preguntó dónde iba a poner la nota. "—Abajo, sobre la puerta", dijo, y ella ofreció clavarla cuando saliéramos nosotros. En caso de que desee saberlo —hubo una sonrisa sobre su amplia y bondadosa cara—, le diré que Tudor nos dió el clavito, que tomó de una caja del escritorio. Mi hija colocó la nota poco después, cuando salimos.

—¿Le dió a usted Tudor la impresión de que iba a estar largo tiempo en el teatro?

—Sí. Yo le dije que fuera a casa y durmiera, pues teníamos un día pesado delante de nosotros, pero él me contestó que tenía trabajo que hacer.

—¿Qué clase de trabajo?

—No lo dijo.

—¿Tenía un manuscrito…, unas doscientas páginas…, sueltas o en un portafolio con él?

—Si las tenía, estaban guardadas en alguna parte. Yo no las vi.

—¿Y lo dejó usted sentado junto a la máquina de escribir?

—No. La última vez que lo vi estaba sentado en la silla junto a la mesa. Habíamos tenido varios cambios en el reparto en los últimos días, y él iba a alterar los programas. Felicity y yo ofrecimos quedarnos y ayudarlo, pero parecía ansioso por verse libre de nosotros. Así, pues, nos fuimos.

—¿El señor Duzest los acompañó?

—Sí.

—Elizabeth Faggott, inspector, es una de las actrices jóvenes más prometedoras que yo haya visto nunca. He tenido que ver con el teatro durante veinticinco años, y creo poder reconocer a la gente que vale. Si se le da oportunidad, ella irá lejos…

—¿Y la señorita Boyson?

—Es una muchacha encantadora, pero…

Sacudió la cabeza dolorosamente y, como Humpty Dumpty, el personaje de la historieta, no dijo más.

(Felicity Collingwood corroboró lo dicho por su padre.)

Franklin Duzest.

—Estoy seguro de que sólo quedaba Tudor en la Panadería cuando yo me fui, con Collingwood y con su hija.

—¿Caminó usted hasta casa con ellos?

—Sólo hasta el fin de la calle de Friday; después ellos se fueron por un lado, y yo por el otro.

—¿Adónde fué usted después de separarse de ellos?

—A casa, y después de beber algo a la cama.

—Tengo entendido que la señorita Faggott se había ido más temprano.

—Sí, creo que ella se fué junto con la señorita Lark. Ellas viven cerca.

—Usted llegó al ensayo un poco antes que los demás, ¿verdad?

Duzest golpeó un cigarrillo sobre su costosa cigarrera.

—¿Quién le dijo eso?

—Un hombre llamado Hobson. Usted le pidió prestada la llave.

—Así es. Yo no estuve en Lulverton el martes, por lo que no pude comprobar si mi traje me quedaba bien. Por eso pedí la llave a Hobson y fui más temprano al teatro.

Michael Kelso (a P. C. Bradfield).

(Michael Kelson representaba los papeles del fraile Thomas y de Barnardine, el prisionero borracho. Periodista y revistero libre. Amigos en el *Daily Post*. Era alto, joven y descuidado, con anteojos de aro de carey arreglados en el puente con tela de celofán.

Lector voraz, estudiante interesado de diplomacia internacional, una oficina de información viviente y un ardiente socialista.)

—Sólo una cosa me parece extraña. Durante un intervalo en la representación de anoche Tudor estuvo hablando conmigo, y, casualmente sacó el tema de la quinta columna. Me preguntó, primeramente, si yo creía que aquí corríamos los mismos peligros que corrió Polonia. Le dije que no lo creía así, ya que no tenemos minoría alemana, lo que es sólo un buen nombre para un elemento subversivo. Luego Tudor dijo que suponía que tendríamos un departamento especial en el gobierno para vigilar esas cosas. Yo dije: "—Le aseguro que es así", y añadí que conocía a los muchachos del servicio de Inteligencia, que se llaman a sí mismos M. I. 5. Me dijo que él suponía que ellos eran inaccesibles. Reí y le dije que, seguramente, ellos no figuraban en la guía telefónica, pero que si él descubría a alguien en fragrante delito de quinta columna bastaba que pidiera hablar con cualquiera autorizado en la policía del distrito.

"Probablemente, no era esto todo lo que él quería saber, porque siguió diciendo que se encontraban quintacolumnistas bajo toda clase de disfraces. Dije: "—Naturalmente, eso es parte del juego: oficiales del ejército, empleados de ferrocarril, guardianes…, puede esperarse que adoptaran cualquier disfraz." Le dije que los guardianes civiles siempre llevaban un arma para casos de emergencia, para evitar ser muertos si llegaban los contingentes germanos. Por si la invasión es inminente, dije, llevan armas debajo de sus sobretodos, o impermeables.

"Le pregunté bromeando si había descubierto a alguno, y él negó prontamente que sus preguntas estuvieran guiadas por otro motivo que una simple curiosidad; y como fuimos interrumpidos en ese momento por Franklin Duzest, que estaba cerca de nosotros, conversando con Mortimer Robinson y Stewart McIver, la conversación trató de otros temas.

Frederick Cheesewright (*al sargento Martin*).

—Estoy pronto a afirmar bajo juramento, en el banquillo de los testigos, sargento, que cuando examiné el guardarropas con la señorita Ashwin no había tal billete en el suelo. No había tal billete en el suelo. Lo recorrimos palmo a palmo. Palmo a palmo.

—¿Todo el suelo? —preguntó Martin, para estar seguro.

—Todo el suelo. Sí, todo el suelo.

Martin vaciló pensando si debía preguntar por el techo pero, finalmente, decidió no hacerlo.

La señora Cheesewright.

—Ayer por la mañana estuve en el correo al mismo tiempo que el señor Tudor. Él enviaba una carta certificada. Naturalmente, no sé el contenido, pero el sobre era grande y bastante grueso.

—¿Vio usted la dirección?

—No, no pude verla…, quiero decir, no me fijé.

—No me corresponde a mí decírselo, señor Charlton, pero creo mi deber informarle que la conducta personal de esa muchacha, la señorita Faggott, no es irreprochable. Los hombres, especialmente los hombres buenos mozos, la atraen mucho. Todos saben que tenía la costumbre de ir a pasar los fines de semana con un joven amigo del señor Tudor llamado Peter Ridpath…, un joven peligrosamente bien parecido, que recibe regularmente cartas de Italia, y que es, probablemente, un fascista, lo que resulta poco patriótico, cuando ese país está virtualmente en guerra con nosotros. Es muy significativo que ambos desaparecieran la víspera de Navidad y que no se les volviera a ver en Lulverton hasta la mañana siguiente. El señor Tudor parecía muy enamorado de esa muchacha Faggott, y a mí me apenaba mucho ver a un joven tan decente entusiasmado con una…—hizo una pausa antes de añadir desafiantemente— con una mujer de virtud fácil.

—Eso es un grave cargo contra la señorita Faggott —dijo Charlton—. ¿Puede usted sostenerlo?

—Con pruebas concluyentes. Una tal señora Mandeville, con quien juego al bridge todos los martes, fué a visitar en septiembre último a unos amigos que viven en Guilford ("otra vez Guilford", pensó Charlton), y ella vió a la Faggott que entraba en un hotel con ese Ridpath. Él llevaba dos valijas, y cuando la señora Manderville hizo averiguaciones en la mesa de recepción del hotel, descubrió que ellos habían firmado en el libro como marido y mujer.

—¿Puede darme la dirección de la señora Manderville? —preguntó él.

Aquello parecía más que simple chismografía.

La señora Manderville (*al sargento Martin*).

—Sí, así es. Ellos firmaron en el libro del hotel como el señor y la señora Matthew Saw, de Birmingham. El hotel se llama Chandos.

Hotel Chandos, Guildford (*a P. C. Emerson*).

—El señor y la señora Matthew Shaw estuvieron aquí el 9 de setiembre último. Permanecieron una noche, y venían de Birmingham.

Norah Parsons, empleada del correo de Lulverton (*a P. C. Emerson*).

—Estaba dirigida a John Tudor, 40 calle de Westcroft, Lee, Londres, S. E. 12.

*Leslie Nash (*a P. C. Hartley).

—Dos o tres de nosotros jugamos con el puñal después del ensayo. Yo lo dejé colgando del respaldo de una silla en el vestíbulo. Estaba en la vaina que colgaba del cinturón.

Hilary Boyson.

—Salí del teatro a eso de las ocho menos cuarto, y fui directamente a casa.

—¿Cómo se cayó usted de las escaleras, señorita Boyson? —preguntó el inspector.

—Íbamos en grupo desde el vestíbulo a la platea. El corredor no es muy amplio, y cuando yo llegué a lo alto de la escalera, la señorita Faggott cayó sobre mí. Ella dijo que había tropezado con una alfombrilla, pero, fuera cual fuera la verdadera causa, yo caí escaleras abajo. Mi pie atravesó completamente uno de los escalones y quedé arañada y moreteada. Es un milagro que no me matara, o que no quedara seriamente herida.

—Dice usted *fuera cual fuera la verdadera causa*. ¿Quiere usted decir que había un propósito deliberado de herirla?

—Sí; pero, como no puedo probarlo, no quiero decir nada más sobre ello.

—El señor Manhow fué a casa conmigo. Cuando saqué del bolsillo de mi tapado la llave de la puerta de entrada, encontré en él el billete. El señor Manhow lo llevó inmediatamente al teatro.

—¿Cómo supone usted que el billete llegó a su bolsillo, señorita Boyson?

—Fué puesto allí por alguien que quería hacerme daño. Mi tapado estaba en el vestuario de las muchachas… Y una persona tuvo muchas

oportunidades para deslizar el billete en mi bolsillo.

—¿Quién fué esa persona?

—Elizabeth Faggott. No la acuso de haberlo hecho, porque, una vez más, no tengo pruebas. Pero, ¿por qué le dijo ella a la pequeña Jill Geering que lo llamara a usted en cuanto yo dejé el teatro? Cuando sucede algo desagradable, como la pérdida de dinero, nadie llama en seguida a la policía. Esa muchacha, inspector, es muy mala. Desde que le quitaron el papel principal en *Medida por medida* y me lo dieron a mí, se ha portado conmigo de una manera horrible. No le agrada que las cosas no sean como ella quiere.

—¿Cómo fué que se alteró el reparto, señorita Boyson?

—El comité me dijo, primeramente, que la señorita Faggott quería abandonar el papel. Yo descubrí después que ella estaba desesperadamente interesada en ese papel, pero que el comité había decidido que era más conveniente para mí. Con la ayuda del señor Tudor ella estuvo tan insoportable anoche, que yo renuncié a la agrupación. Y ahora que ella tiene el papel —añadió Hilary con cierto agrado— no podrá representarlo, porque no se hará la representación.

*George Boyson (*padre de Hilary).

—Sí, un hombre llamado Saunderson. Acabo de nombrarlo gerente de las obras. Es un individuo muy competente.

—Cuando el puesto quedó vacante, ¿se pensó primeramente en darlo a algún otro?

—Claro que no. Siempre le dije a Saunderson que cuando Hill, el antiguo gerente de las obras, se retirara, él tendría el puesto. Saunderson es el mejor hombre que tengo. Ha recibido más de una oferta tentadora de otras casas rivales, y no puedo exponerme a perderlo. ¡Y él lo sabe, demonios!

Thomas Saunderson.

—¡Qué! ¿Poner otro hombre por encima de mí? ¡Me gustaría que lo intentaran! Tal como están las cosas, sólo me quedo para hacer el gusto al viejo.

James Henry Garnett.

La entrevista se realizó en la sala de “La Casa del Águila”.

—¿Dónde estaba usted, señor Garnett, ayer a las seis y media?

—Sentado en esta misma silla.

—¿Oyó algún ruido?

—Siempre hay ruido en este lugar, y estaba muy contento de disponer de la sala durante diez minutos. Sí, todos corrían de arriba abajo preparándose para un ensayo, u otra tontería.

—¿Pero nadie lo molestó en la sala? ¿No ordenó usted a alguien que se fuera?

El señor Garnett permitió que una sonrisa cruzara sus arrugadas facciones.

—Frecuentemente estuve tentado de hacerlo, pero aún no lo he hecho. Pero eso no quiere decir que, si me molestan mucho más…

—¿No oyó a nadie gritar: "¡Fuera!" a las seis y media?

El viejo fabricante meneó la cabeza.

—Su habitación está frente a la del difunto señor Tudor. ¿Oyó usted anoche, después de las diez y media, que alguien entrara allí?

—Sí, la señorita Ashwin y el joven Gough. Yo leía en la cama cuando ellos subieron las escaleras charlando. Llegaron al cuarto de Tudor y golpearon la puerta. Después la abrieron y oí que Gough decía: "—No está aquí." Cerró después la puerta. Luego ambos regresaron y comenzaron a reír y a murmurar como palomos en el rellano. A mí no me molestó demasiado. Hice esas cosas con frecuencia cuando era joven.

—¿Y después que ellos subieron, no oyó nada?

—Absolutamente nada.

(Es probable que Myrna y Jack se hayan avergonzado de saber que la señora Stoneham y la señorita Tearle habían oído también lo que pasó en el rellano de la escalera. Además, las dos señoras confirmaron que no habían oído a nadie más en la habitación de Tudor.)

—Hay otro asunto, señor Garnett, que desearía discutir con usted. Creo no equivocarme al afirmar que usted tomó parte en el cambio de reparto en *Medida por medida*. ¿Es eso cierto?

La fuerte barbilla saltó amenazadoramente hacia adelante.

—¿Qué hay con eso?

—Por favor, desearía saber por qué creyó usted necesario provocar confusión y descontento en la agrupación dramática de aficionados, obligando a la señorita Faggott a ceder su papel a la señorita Boyson.

—¡Eso no tiene nada que ver con usted, señor detective! ¡Usted tiene que investigar un crimen, y no meterse en la vida privada de nadie!

—¿No quiere contestar a mi pregunta?

—¡Primero lo mandaré a usted al infierno!

—Ha llegado a mi conocimiento que usted deseaba que la señorita Boyson tuviera el papel principal, para que su intervención fuera después conocida por el padre de la señorita Boyson y lo predispusiera a favor de su yerno. ¿Tengo razón, señor Garnett?

La única respuesta fué un gruñido provocador.

—Sin embargo, mis investigaciones —prosiguió Charlton serenamente — tienden a demostrar que el señor Saunderson no estaba en peligro de perder el nuevo puesto. Él mismo rió de ello cuando yo le sugerí tal posibilidad.

Debajo de sus gruesas cejas contraídas los duros ojos grises del anciano miraron brillantes al detective.

—¿Ha hablado usted con mi hija? —preguntó.

—¿Quiere usted decir con la señora Saunderson? No, todavía no.

—Entonces vamos a verla en seguida.

La señora Saunderson.

Casi antes que la señora Saunderson abriera la puerta de la casita en la calle de Londres, el señor Garnett dijo:

—Quiero hablar una palabra contigo, hijita.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó ella, y su voz rebosaba inquietud.

Él la empujó rudamente hacia la habitación del frente, y Charlton los siguió.

—¡Vamos a ver! ¿No me dijiste que Tom tendría oportunidad de ser nombrado gerente de las obras si la hija de Boyson tenía el papel principal en la obra?

—Sí, papá —fué la respuesta, apenas oíble.

—¿Y no me convenciste…?

Charlton comenzó a hablar, pero el anciano, que había olvidado quitarse el sombrero, se volvió hacia él y gruñó:

—¡Deje esto por mi cuenta! ¿No me convenciste, Elsie, contra mi voluntad, para que apretara los tornillos al joven Tudor? ¿No lo hiciste? ¡Habla, muchacha!

—Sí, papá.

—Pero ¿no me dijiste, verdad, que Tom tendría el empleo aunque yo no hiciera el tonto? ¿No mencionaste una cosita como ésa, verdad?

—¡Papá, por favor, no me grites! Me has confundido tanto que no sé lo que digo. ¿Quién es este caballero?

Garnett puso de lado a Charlton con un movimiento de ambos brazos.

—¡Has estado jugando conmigo, muchacha, y te sacaré la verdad! ¿Por qué me dijiste un cúmulo de mentiras?

—No eran mentiras, papá. Tom se preocupó cuando supo que el señor Hill se retiraba, porque el señor Hill era un hombre con quien era fácil entenderse, y el señor Etheridge, jefe del departamento de mezclas, que podía tener el empleo en lugar de Tom, era…

—Etheridge no obtendría el empleo —rugió su padre—. Tú lo sabías…, y también lo sabía Tom.

—Él no me dijo nada de sus preocupaciones, papá, pero me di cuenta que estaba ansioso, y entonces pensé…

— *¡Pensaste!* ¡Dios sabe *qué* pensaste, tú, picara, canalla, pero tenías otro motivo! ¿Qué era? ¡Adelante, dilo!

Elsie Saunderson rompió a llorar y no fué posible que dijera nada más. Cuando los dos hombres caminaban por la calle de Londres, Garnett gruñó:

—Esa hija mía es como un agua viva testaruda, que vuelve a salir a la superficie en cuanto usted la ha hundido.

La comparación pareció ingeniosa a Charlton, quien, sin embargo, se prometió otra y menos tormentosa entrevista con la señora Saunderson.

*Charles Howard (*de Dickson, Parrish, Willmott & Lister).

—Sí, representábamos al difunto señor Tudor, y habíamos tomado a nuestro cargo la administración de su patrimonio, mientras llegan sus representantes personales.

—¿Dejó testamento?

—Sí. Los ejecutores son su padre, el señor John Tudor, y un tío suyo por la rama materna, el señor Percival Fox-Hammond. Espero que el señor y la señora Tudor lleguen esta tarde.

—¿Conoce usted el contenido del testamento?

—Fui yo quien lo escribió, pero, ahora, no puedo revelar su contenido.

—¿Dónde está?

—En la caja fuerte del Banco del Sur, debajo de estas oficinas.

—Gracias. Arreglaré con el señor Scott-Brown para verlo.

—En ese caso, inspector, insisto en estar presente. Es mi deber salvaguardar los intereses de las partes.

Maurice Scott-Brown.

—Siempre estoy pronto a ayudar, Charlton, pero ese testamento tiene que ir a Scotland Yard, y mi inspector principal está en Londres.

Charlton suspiró resignadamente.

—¿Entonces todas mis suscripciones al Orfanato de Empleados del Banco han sido inútiles? —preguntó tristemente.

El gerente hizo girar su macizo cuerpo en la silla giratoria y tomó el teléfono con una risita.

—En modo alguno —dijo—. Hasta esos pocos cobres han sido de utilidad.

—El doctor Faggott vino aquí el viernes último, según me dijo uno de mis cajeros, y sacó un billete de diez libras.

La llave de la caja de hierro de Tudor, en el cuarto fuerte del Banco de los Condados del Sur, figuraba en el llavero de momento, en poder de Charlton. El señor Scott-Brown abrió el cajón, mientras Charlton y Howard quedaban detrás.

Además de una colección de viejos talonarios de cheques, de una póliza de seguros contra incendios, recibos, otros papeles y documentos personales, el cajón contenía títulos de propiedad en Beastmarket Hill, una póliza de seguro de vida y el testamento.

No había huella del manuscrito secreto.

El beneficiario principal en el testamento de Tudor era su madre, y los legados eran como sigue: cincuenta libras a cada uno entre Myrna Ashwin, Jack Gough, Muriel Jones y Peter Ridpath; un legado de diez chelines

semanales a Archibald Hobson, para el cuidado de su esposa, Florence Hobson, con la nota de que los pagos cesarían en caso de muerte de ésta, y de que no habría renta si ella fuera sacada de la institución en que estaba antes de la muerte del testador. También había una nota para la continuación de la renta en beneficio de la señora Hobson, si su marido fallecía antes.

Charlton se volvió hacia Howard.

—¿Cuál será la situación —dijo— si la señora Hobson se cura, digamos dentro de un año? ¿Continuará en ese caso la renta para su marido?

—Según las frases del documento, sí. Recuerdo haber discutido el asunto con el difunto señor Tudor cuando redacté el testamento. Él comprendió mis razones, pero expuso su voluntad de que la cláusula del testamento siguiera tal como él la había redactado originariamente. Recuerdo que dijo que la infortunada mujer moriría probablemente mucho antes que él.

El señor Howard sacudió la cabeza enérgicamente.

—Ahora, si ella se cura la semana próxima y vive el resto de su vida normalmente, durante varios años deberá sacarse dinero del patrimonio del difunto.

Alfred Smart, decorador de casas (*al sargento Martin*).

—Miré atentamente esa escalera, sargento. No cabe duda que la podredumbre provocó la rotura. Toda la escalera está en condiciones imposibles, y mi opinión personal es que deberían echarla abajo y poner una nueva.

La señorita Maud Lark.

—Estoy segura que usted no se ofenderá, señor Charlton —dijo la elegante mujercita, con la audaz pluma roja en su sombrero—, si le digo que está usted rompiendo el árbol que no debe. Conozco a todos esos jóvenes desde hace algún tiempo y he llegado a tomarles mucho cariño. Aunque distan de ser perfectos, gracias a Dios, no creo que ninguno de ellos haya muerto a Vaughan Tudor, y, menos que nadie, Peter Ridpath, que debe todo a Vaughan…, y que, de todos modos, no tendría ánimo para hacerlo. Elizabeth Faggott es una muchacha encantadora y confía en mí. Yo no voy a revelar los secretos que me ha confiado ella, señor Charlton, pero tenga la seguridad de que ella no tiene nada que ver en el asunto, y tampoco tiene

nada que ver Peter Ridpath. Está claro que usted piensa eso, pero, ¿ha olvidado acaso que nuestro país está en guerra con Alemania? Es probable que el país esté lleno de agentes enemigos. Le suplico, señor Charlton, que amplíe el margen de sus investigaciones.

—Entonces —dijo él amablemente—. ¿Puedo preguntarle qué hizo usted después de dejar a la señorita Faggot la otra noche?

XVI

¿Quién creyera en ti, Isabel?

Acto II, escena 4ª.

PAUL Manhow.

—Salí del teatro a eso de las once y me encaminé a casa de la señorita Boyson; pero, ya entonces, ella se había acostado; yo volví a casa e hice lo mismo.

Sí, Vaughan Tudor me esperaba en las escaleras. Dijo que usted venía y que convenía que yo me librara en seguida del billete. Yo lo dejé caer entonces en el guardarropa. Una cosa inmoral verdaderamente, pero no queríamos que la policía interviniera.

—Aunque, aparentemente, otros lo deseaban.

—Debe usted sacar consecuencias de esto.

—¿Quién sabía que el billete fué encontrado en el bolsillo de la señorita Boyson?

—Sólo yo, y ella…, y Tudor. Ninguno de nosotros tenía motivos para informar a los demás.

—¿Cuáles eran sus relaciones con el señor Tudor?

—Él y yo éramos buenos amigos. La agrupación dramática nos unió mucho.

—Ustedes eran muy buenos amigos —repitió Chralton lentamente—. Es curioso, por lo tanto, que el sábado último él lo trompeara a usted en la nariz.

La gran cara blanca de Manhow no registraba inmediatamente emociones fuertes, y su espesa y pesada voz jamás se apresuraba, pero

ahora, tanto en la voz como en la cara, hubo sorprendida alarma.

—¡Eso es mentira! —protestó.

—Y después de golpearlo, le preguntó a usted si deseaba más golpes. Su nariz empezó a sangrar. Entonces el señor Tudor salió, dejándolo a usted solo en el teatro. ¿Ocurrió así, señor Manhow?

—¿Quién se lo dijo?

—Lo sé por el mismo Tudor.

—Entonces él fué a la policía antes de ser ase…

—Entonces, ¿está usted de acuerdo en que no se trata de una mentira?

—Sí, es absolutamente verdad. Hablé sin pensar. Tudor se enojó y me atacó.

—¿Por qué?

—¡Oh, tuvimos unas palabras…, y Tudor era bastante excitable!

Su voz había recobrado su lenta monotonía, y volvió a encender su gran pipa.

—¿Cuál era la discusión, señor Manhow?

—La vieja discusión…, mujeres. Prefiero no hablar de ello, si no tiene usted inconveniente.

—Temo *tener* inconveniente. No puedo forzarlo a decir nada, pero un poco de franqueza de su parte haría que esta conversación fuera… mucho más agradable. El señor Tudor fué brutal y traidoramente apuñalado en la espalda…, y si *usted* no lo hizo, señor Manhow, debe usted ayudarme a encontrar al autor.

Manhow aspiró sólidamente su pipa.

—Prefiero no discutir ese asunto —dijo—. Era un asunto privado y no tiene nada que ver con el crimen.

—Entonces, si usted no me lo dice —dijo el inspector agudamente—, yo se lo diré. Tudor estaba enamorado de la señorita Faggott, y usted está interesado en la señorita Boyson. Usted creía que la señorita Faggott molestaba a la señorita Boyson, a causa de un cambio en el reparto de *Medida por medida*. Y en la noche del sábado, usted previno a Tudor que la persecución debía terminar. En apoyo de sus argumentos usted acusó a la señorita Faggott, y por eso, Tudor lo golpeó en la cara. ¿Tengo razón?

—Si insiste en una respuesta, sí. Y me gustaría saber cómo se ha enterado. ¿Me delató Tudor a la policía?

—De todas las pruebas que he recogido, señor Manhow, surge un hecho decisivo: el señor Tudor sólo se enojaba cuando tenía razón. Creyendo lo oído en muchas fuentes, le diré que él tenía un gran sentido de justicia y ecuanimidad, y reaccionaba violentamente contra cualquier injusticia. Era, en verdad, un hombre de honor. Estos deliberados elogios hicieron que Manhow dijera, detrás de una nube de humo:

—Eso es absolutamente cierto. Tudor fué uno de los mejores hombres que he conocido.

—Entonces tal vez él tuvo razón cuando lo trompeó en la nariz.

—Me ha tendido una trampa para que lo reconozca, ¿verdad? —dijo Manhow lentamente—. Bueno, repito que Tudor era uno de los mejores hombres que he conocido. Pero, como muchos hombres buenos, sufría la mala influencia de una mujer. La dama de marras es de peligro. Quería el papel de Isabella, y cuando se lo quitaron, no se detuvo ante nada para volver a tenerlo. Persiguió a la señorita Boyson… no hay otra manera de decirlo. Primeramente la empujó escaleras abajo, después…

—¿Puede usted probar eso?

—Vi que así ocurría. Todos íbamos por el corredor hacia el vestíbulo cuando de repente, sin motivo alguno, la señorita Faggott golpeó de costado a la señorita Boyson y la lanzó escaleras abajo. Ella se arrepintió mucho, naturalmente, y dijo que había tropezado con el borde de una alfombrilla, pero yo no estoy seguro. Después está el asunto del billete…

Aquí Manhow repitió los argumentos que había dicho a Tudor la noche del sábado último.

—Al día siguiente —prosiguió— fui a hacer las paces con él. Le dije que estaba pronto a reconocer que no debía haber hablado como lo dice, pero que no deseaba que ningún amigo mío hiciera el tonto.

El inspector casi sonrió: pudo imaginar las reacciones de Tudor ante este complaciente protectorado.

—Pedí disculpas por meter las narices en algo que no me importaba realmente y él dijo que estaba pronto a aceptar las disculpas, siempre que yo retirara lo dicho sobre la señorita Faggott. Le dije claramente que lo

dicho era verdad, y que no retiraba mis palabras. Si alguien no hubiera entrado en aquel momento hubieran ocurrido nuevas violencias.

—Y anoche usted amenazó golpearlo.

—Está usted bien informado, inspector —hubo una leve burla en su tono—. Sí, anoche amenacé golpearlo, y supongo que su teoría ahora es que yo regresé a la Panadería, después que todos se fueron, y le metí un cuchillo en el corazón.

—Le ruego que me convenza de lo contrario, señor Manhow.

—Nada sería más de mi agrado, pero no puedo dar pruebas. Mi madre dormía cuando regresé a casa. La criada que me abrió la puerta en casa de Boyson fué la última persona que he visto hasta esta mañana a la hora del desayuno. Ése es el peligro de las coartadas: uno no sabe que va a necesitarlas hasta que es demasiado tarde para preparar una. Pero, realmente, inspector, ¿cree usted que un hombre sencillo como yo es capaz de apuñalar a sus amigos, aunque haya peleado con ellos? En mi opinión hay algo mucho más serio que peleas menores en este asesinato. Hay una vieja leyenda… ¿Quiere usted que prosiga?

—Sí, por favor.

—Hay una vieja leyenda que afirma que los muertos no hablan. ¿No es posible, entonces, que Tudor descubriera algo y tuvieran que silenciarlo? Usted sabe tan bien como yo que sólo la muerte lo hubiera hecho callar si él creía su deber hablar. Además de todos los inconvenientes del tiempo de paz, ¿recuerda usted que hay guerra? Creo que, hasta en los países mejor gobernados, hay agentes enemigos que no desean salir a la publicidad.

Charlton rió.

—¿Ha cambiado usted ideas con la señorita Lark? —preguntó.

—En verdad, sí. La señorita Lark es una mujercita resuelta y observadora. Me dijo claramente que a causa del reciente enfriamiento de relaciones entre Tudor y yo, yo iba a ser sospechoso, y que me convenía preparar una especie de coartada. Ella me dijo que no sospechaba que yo hubiera muerto a Tudor, y que tampoco sospechaba de Peter Ridpath… ¿Ha oído usted hablar de él?

—Su nombre se ha mencionado una u otra vez —dijo Charlton secamente.

—Después la señorita Lark hizo la brillante sugerencia de que Tudor hubiera sido muerto por uno de esos espías. No suponga que estoy echando tierra a Tudor, pero hay también otra cosa. Debe recordarse que no hacía muchos años que vivía en Lulverton. Todo lo que sabíamos de él es que provenía de Londres. ¿Es posible que estuviera envuelto en alguna organización subversiva? Algo lejano, pero no improbable, ¿verdad? Él siempre escribía secretamente en su máquina y a nadie le permitió ver lo que escribía. Es posible que él fuera… ¿Cómo los llaman ?… Uno de esos individuos que ayudaron a provocar el caos en Polonia.

—Diversionistas, señor Manhow, cuya misión es distraer del objetivo principal.

Se levantó de la silla.

—Y —añadió— no están confinados a Polonia.

Hubert Mortimer Robinson (*segunda entrevista*).

—He preparado una lista con los dueños de las llaves para usted, señor Charlton. Ellos son: el señor Tudor, el señor Manhow, el señor Collingwood, el señor Cheesewright, la señorita Ashwin; Hobson, Ridpath y yo.

—¿Entregó la suya el señor Ridpath cuando se fué Silverton?

—No, la llevó consigo.

Elizabeth Faggott.

—Di las buenas noches a la señorita Lark en la esquina de nuestra calle y fui a casa a acostarme. No volví a levantarme.

—¿Por qué entregó usted el papel principal de la obra, señorita Faggott?

—Porque el comité me lo pidió especialmente.

—¿Fué un gran golpe para usted?

—Un terrible golpe, pero en el mundo del teatro las cosas son así. Yo siempre he esperado dedicarme seriamente al teatro, y creo que ese pequeño incidente ha sido una valiosa experiencia.

—¿Por lo tanto, estaba usted pronta a aceptar un papel menor para el beneficio de la sociedad?

—Sí…, y lo hice por la sociedad, pues de lo contrario habríamos perdido el teatro. El edificio pertenece a un viejo horrible llamado Garnett,

quien tiene una hija. Nunca la he visto, pero debe ser una de esas mujeres grandes y dominantes. Su marido es…

—Conozco los detalles, señorita Faggott, y tengo la impresión de que, aunque el señor Garnett estaba ansioso de que la señorita Boyson representara el papel principal, él estaba de acuerdo en no hacer efectiva la orden de desalojo si la señorita Boyson caía enferma o rehusaba aceptar el papel. ¿Es así, verdad?

Los hermosos ojos de ella lo miraron fijamente.

—Veo —dijo en voz baja— que las malas lenguas han estado trabajando. Han tratado de convencerlo, supongo, que yo he hecho todo lo posible por hacerle a ella las cosas difíciles, para que ella rehusara y yo recobrara el papel principal; y es probable que alguien le haya dicho que yo la empujé escaleras abajo deliberadamente, para que se rompiera una pierna o algo por el estilo. ¿Es así, verdad?

—Estoy seguro, señorita Faggott —fué la fácil evasión— que ninguno de sus amigos haría esas acusaciones.

—Ninguno de mis *amigos*, pero, en las últimas semanas, señor Charlton, he descubierto que tengo muy pocos amigos. Le digo a usted ahora, bajo mi palabra, que el asunto de la escalera fué enteramente accidental y lo último que yo deseaba que ocurriera. Me golpearía por haber sido tan torpe. Hilary Boyson y yo no nos hemos querido nunca mucho, pero estoy segura de que ella no ha dicho que yo la empujé a propósito.

—¿Qué piensa usted del billete, señorita Faggott?

—¿El billete? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Aunque así fuera, ¿quiere decirme por favor todo lo que sepa?

Elizabeth pareció perpleja y, mirándola, Charlton quedó cautivado por su fascinante belleza morena. No es extraño, pensó, que el frívolo y ligero Peter Ridpath, el recto inglés entre los ingleses que era Vaughan Tudor y el sofisticado hombre de mundo que era Franklin Duzest estuvieran enamorados de ella y que hasta Jack Gough haya reconocido sus encantos. Buena o mala, tenía tal magnetismo que arrastraba a todos los hombres y los manejaba, convirtiéndolos, como con un tiro casual de los dados, en héroes o en villanos. Hasta él, el inspector Charlton, el inquieto sabueso, tuvo que recordar firmemente que no estaba allí para ser atrapado en la

magia de la voz y de la presencia de ella, sino para lograr que dijera más de lo que había pensado decir. Porque él estaba convencido, en su fuero interno, que si la vida y la muerte de Vaughan Tudor se movían alrededor de alguien, ese alguien era la hermosa Elizabeth Faggott.

—Hay tan poco que decir —afirmó ella después de una pausa—. El último sábado era mi cumpleaños y, aunque no puede hacerlo, mi padre me regaló el billete. Yo lo deposité en mi cartera. Jill, mi hermanita adoptiva, se excitó viendo tanto dinero en un solo billete, e insistió en que lo mostrara en el ensayo de esa noche.

—¿Estaba la señorita Jill en el ensayo de anoche?

—No. La tuve que llevar conmigo el sábado porque mis padres iban a una comida, y era el día de salida de la doncella. Pero volviendo al billete: todos se interesaron cortésmente en él y, después, yo volví a meterlo en mi cartera.

—Que usted dejó después sobre la mesa del vestíbulo.

—Sí, y cuando volví a recogerla el billete había desaparecido. Se lo dije a Vaughan…, al señor Tudor, y él organizó la búsqueda. Después llegó usted y, como recordará, miramos otra vez, y el señor Duzest lo encontró en el guardarropa, donde, seguramente, se me había caído.

—¿Le dijo usted a la señorita Jill que llamara a la policía?

—¡Claro que no! La traviesa chica lo hizo en la excitación del momento. La obligué a reconocerlo cuando íbamos a casa.

—Entonces ¿por qué telefoneó?

—Probablemente usted no conoce a mi hermanita adoptiva, señor Charlton. Ella es un peligro público y, a veces, me avergüenza. Hemos hecho todo lo posible para enseñarle a portarse bien, pero es incorregible. Ella le telefoneó a usted para volver las cosas un poco más difíciles de lo que ya eran.

—¿Está usted conforme, señorita Faggott, suponiendo que se le cayó el billete?

—¡Oh, sí! El cierre de mi cartera no era muy seguro. Lo haré arreglar el lunes.

—¿Cuándo fué al guardarropa?

—Después de recoger mi cartera en el vestíbulo.

—Entonces, ¿cuándo descubrió que faltaba el billete?

—Cuando iba desde el vestíbulo al escenario.

—¿No se le ocurrió regresar al guardarropa?

—No. Mi primer pensamiento fué que alguien lo había robado, y me dirigí inmediatamente al señor Tudor.

—¿No fué usted al vestuario de las muchachas?

Ella meneó la cabeza.

—Sentí un gran alivio —dijo— cuando lo encontraron.

—Estoy seguro de ello.

—Ahora, hay otro asunto señorita Faggott, y lamento tener que mencionarlo, después de la muerte del señor Tudor: ¿Había algún entendimiento entre ustedes?

Elizabeth guardó silencio unos momentos y después preguntó:

—¿Debemos hablar de eso?

—Mi tarea es saber quién lo mató… y por qué.

—Entonces tendré que decírselo, porque —hubo una nota de pasión contenida en su voz— quiero que quien lo mató sea ahorcado. El sábado 25 de noviembre del año pasado, en el François, en Leicester Square, él me pidió que me casara con él. No le di respuesta definitiva, porque… no estaba segura de mis sentimientos, y él dijo que esperaría hasta que hubiéramos terminado con *Medida por medida*. Diez días después, martes 5 de diciembre, él vino aquí a decirme que debía entregar el papel de Isabella. Fué entonces cuando yo… ¿Debo proseguir, señor Charlton?

—Sí, por favor.

—El… ¿sufrió?

—No, la muerte fué instantánea. Probablemente no se dió cuenta de lo que ocurría,

—Gracias a Dios —murmuró ella, y Charlton pensó que, si estaba representando, lo hacía muy bien.

—Me hablaba usted de la visita de él.

—Sí, él estaba tan…, ¡no puedo encontrar la palabra! Era como un perrito que espera ser castigado por algo que no ha hecho, que… me conmovió. No me importó que no interpretara a Isabella; ¡hubiera limpiado los pisos si él me lo hubiera pedido!

—¿Le comunicó usted su decisión al señor Tudor?

—No. Habíamos prometido dejarlo hasta después de la representación. Pero, si él me hubiera preguntado otra vez esa noche, todo hubiera sido diferente y más feliz, porque ahora la representación se ha abandonado, y Vaughan… ¡Dios mío! ¿Por qué ha sucedido esto?

—¿El señor Tudor no volvió a mencionar el asunto?

—No, él cumplió el trato… y yo creí que era más agradable esperar. Estábamos tan ocupados con los ensayos y demás, que no hubo verdadera ocasión.

—¿Ni siquiera cuando pasearon juntos en auto la tarde del domingo último?

Para un hombre acostumbrado a observar, cada cambio es perceptible. Y Charlton percibió ahora una súbita tensión en Elizabeth.

—¡Oh, ése fué un pequeño paseo! —dijo ella, con un ademán casual—. Le pedí a Vaughan que me sacara. En realidad yo era responsable de un incidente desagradable ocurrido la noche anterior por haber hecho una imitación de Hilary en el papel de Isabella. Fué algo maligno, me avergoncé mucho después, y quería que Vaughan supiera cuánto lo lamentaba.

—¿Cómo lo tomó él?

—Se enojó conmigo al principio, pero terminó riendo.

—¿Nada se dijo sobre…, sobre el otro asunto?

—No…, no exactamente.

Él se inclinó hacia adelante.

—Señorita Faggott: desde esta mañana temprano he hecho cientos de preguntas, y he recibido muchas respuestas interesantes. Una de ellas fué que cuando regresó de su paseo con usted, el señor Tudor parecía muy abatido. Antes de venir a verla yo había llegado a la conclusión de que usted había rechazado la propuesta matrimonial de él. Pero, al manifestar usted su intención de aceptarlo cuando él se lo pidiera de nuevo, me pregunto qué sucedió exactamente entre ustedes.

Elizabeth miró alrededor desesperadamente.

—¡Nada! —afirmó—. Le digo que nada.

Él intentó una táctica de sorpresa.

—Duncan —murmuró— es rey de Escocia. Macbeth debe ser rey, así que Duncan…

—¡NO!

Se llevó ambas manos a la cabeza. Cuando las retiró había en su cara una expresión de azoramiento.

—¿Cómo sabe usted eso? —dijo casi en un murmullo.

No era el momento de manifestar cuán útil había sido la hoja de papel encontrada en la máquina de escribir de Tudor.

—¿Por qué no me dice usted la verdad, señorita Faggott? —sugirió suavemente—. No fué usted, sino el señor Tudor quien puso fin a las relaciones, ¿verdad?

Ella se mordió los labios y volvió la cabeza.

—Sí —dijo muy bajo.

—¿Por qué?

—Él estaba muy extraño esa tarde. Después de recorrer cierta distancia, yo… le recordé nuestra conversación del François y le dije que si él… todavía sentía lo mismo, podía pedirme aquello otra vez. Su única respuesta fué que lo lamentaba, pero que no sentía lo mismo. Cuando le pregunté repetidas veces qué ocurría, estalló diciéndome que se trataba de… mi amistad con otro hombre. Este hombre me había perseguido durante cierto tiempo, y yo nunca lo alenté. Después de una tremenda lucha convencí a Vaughan de que sus sospechas carecían de apoyo. Él comprendió que no era culpa mía si el otro hombre me perseguía, y cuando profirió terribles amenazas contra ese hombre si lo llegaba a ver otra vez detrás de mí, quedó mucho más alegre. Nos detuvimos en un lugar para tomar el té y yo le juré que nunca… —se detuvo y miró a Charlton como pidiendo ayuda, pero él no se movió—. Que yo nunca había tenido nada serio con ese hombre. Entonces él volvió a estar encantador como siempre, y mientras fumábamos un cigarrillo antes de regresar, me pidió que me casara con él. Acepté.

Charlton esperó las siguientes palabras de ella, y estaba a punto de hablar, cuando Elizabeth continuó, por una tangente, según creyó él al principio.

—Usted conoce el alto de Cowhanger, donde el camino trepa la colina. Habíamos llegado allí, de regreso a Lulverton, y ambos estábamos muy

felices. Yo le pedí que manejara con cuidado, porque una vez estuve a punto de ser víctima de un choque, cuando un auto se salió del camino y casi chocó contra el que yo iba, escapando sólo por unas pulgadas. Vaughan había estado canturreando alegremente mientras manejaba, pero, cuando yo dije eso, quedó en silencio. Después de la discusión que habíamos tenido, yo expliqué rápidamente que aquello había ocurrido años atrás, y que una chica amiga mía era quien manejaba. Él no prestó atención y me trajo aquí sin decir ya palabra.

Cuando bajamos, él saltó del auto y me abrió la puerta… Traté de aplacarlo, pero lo único que dijo, cuando regresaba al coche, fué: "—Ya has jugado bastante conmigo." Creo que estaba tan preocupado pensando en el otro hombre, que en cuanto oyó que había salido en auto, todas sus sospechas volvieron. Le escribí una carta…, pero él no acusó recibo…, y me cortó la comunicación cuando lo llamé por teléfono. El ensayo con ropas anoche fué una terrible prueba, pero yo debía soportarla.

—Ese otro hombre ¿era el señor Ridpath?

El creyó que ella iba a negarlo, pero, después de unos segundos de vacilación, Elizabeth asintió.

—Y, perdone mi pregunta: ¿nunca tuvo usted relaciones íntimas con él?

—Nunca.

—¿Recuerda usted al señor y a la señora Mattheu Shaw, de Birmingham?

La tranquila pregunta la hizo ponerse de pie.

—¡Bestia sin corazón! —gritó—. ¿Por qué no me deja en paz? Él está ahora *muerto*…, y usted me está atormentando! ¡Váyase, por amor de Dios!

—Siéntese por favor, señorita Faggott. Un policía debe ser rudo a veces, pero —una nota de seriedad apareció en su voz— no es tan bestia como quien mata a un hombre desprevenido por la espalda. En cuanto me diga usted la verdad sobre el señor Ridpath me iré. Y no suponga que puede engañarme…, sé mucho más de lo que usted imagina. Sé, por ejemplo, que el 9 de septiembre del año pasado usted y el señor Ridpath pasaron la noche en el hotel Chandos, de Guilford, y que ustedes se inscribieron en el libro de huéspedes como el señor y la señora Matthew Shaw, de Birmingham. Le ruego que no lo niegue, porque tengo testigos.

—No lo niego, pero niego que…, que sucediera algo. Él me convenció de que fuera con él. Yo creí estar locamente enamorada de él y, como una tonta, asentí. Pero, cuando ya casi era demasiado tarde, me asusté y me encerré con llave en el cuarto de baño de nuestra habitación. Esto es todo lo que he hecho con el señor Peter Ridpath, pero, ¿para qué decírselo a nadie, ni siquiera a Vaughan?

—En el presunto accidente de Cowhanger…, ¿estaba usted, supongo, con el señor Ridpath?

—Sí, fué el domingo en que se declaró la guerra, y en ese tiempo mi entusiasmo por él estaba en su punto culminante. Para convencerme dijo que pronto tendría que ir a pelear, y que probablemente sería muerto, así que…, bueno, fui lo bastante tonta para escucharlo. Yo apenas conocía entonces la existencia de Vaughan Tudor… ¡Hace apenas cuatro meses!… Él era simplemente un conocido tranquilo, agradable, buen mozo…, un típico inglés bien educado…, que parecía encogerse en cuanto yo le hablaba. Nos llamábamos Elizabeth y Vaughan a secas, pero todo el mundo tiene confianza en el trato en una agrupación teatral. Sé que me defendió y que tuvo mucha oposición cuando consiguió para mí el papel principal en *Los semejantes a ella*, pero pasó algún tiempo antes que me diera cuenta de que él no podía decirme lo que quería.

”E1 incidente de Guilford fué el punto más alto de mi amistad con Peter Ridpath. No inmediatamente, sino con lentitud, sentí menos interés en él y más en Vaughan Tudor. Peter parecía creer que lo de Guilford era un contratiempo pasajero y seguía insistiendo en que me fuera con él. Yo rehusé totalmente, y el 25 de noviembre, cuando Vaughan me llevó al François, ya estaba harta del lindo Peter Ridpath.

—¿Por qué no aceptó usted en noviembre al señor Tudor, señorita Faggott?

—Sé que parecerá terriblemente egoísta, pero pensaba en mi carrera como actriz. El matrimonio con Vaughan la hubiera terminado… No habría habido *Elizabeth Tudor* en luces sobre el Prince Consort. Me hubiera quedado en Lulverton y… habría tenido hijos.

—¿Dónde pasó la noche de la víspera de Navidad? —preguntó Charlton bruscamente.

—Fui a casa de una tía que vive en Streatham. ¿Por qué?

—¿Habló usted con el señor Ridpath el último sábado?

—Creo que conversamos algunas palabras.

—¿No le dió usted el ultimátum final?

—¡Oh, no! Lo despedí hace ya tres semanas…, y lo aceptó, por un tiempo.

—Entonces, ¿qué le pasó esa noche? Varias personas me han dicho que estaba muy abatido.

Elizabeth meneó la cabeza.

—No lo sé. Pero, al fin y al cabo, no tenía nada que ver conmigo. Él tuvo bastante tiempo para curarse de la desilusión que sufrió por mi causa. Tal vez encontró un rechazo igual en otra parte.

Las cartas de Guilford…

—Tal vez —dijo Charlton.

La señorita Jill Geering.

—Lo llamé porque no quería que Elizabeth perdiera su regalo de cumpleaños. Ella iba a comprar un vestido nuevo con parte de ese dinero. Y sé que la policía siempre devuelve lo robado y pone preso al ladrón. Fué una broma cuando dije que Elizabeth me pidió que llamara a la policía.

—Anoche, ya tarde, el señor Ridpath vino aquí a ver a Elizabeth.

XVII

Esto durará una noche en Rusia,
donde las noches son largas.

Acto II, escena 1ª.

LA LENGUA de hierro de la medianoche había golpeado ya las doce campanadas, y era el viernes 5 de enero de 1940.

Cuatro hombres fumaban en la habitación de Charlton en el Departamento de Policía de Lulverton; tres hombres estaban exhaustos, y el cuarto muy despierto y ansioso por recibir noticias. Los tres eran el inspector Charlton, el sargento Martin y P. C. Bradfield; el cuarto, el superintendente Kingsley, quien, aunque nominalmente ejercía autoridad sobre los policías de su división, normalmente les dejaba actuar con libertad. Era un sureño animado, conversador, cuyo tamaño puede colegirse sabiendo que sus amigos le llamaban *Pequeño*, y que todos los bandidos locales lo apodaban *Caballo de tiro*. Cuando le daba el capricho, usaba uniforme; esa noche el capricho se había apoderado de él.

—Ahora —dijo con una prontitud que los otros estaban lejos de imitar — quiero conocer los hechos. Nada de palabras, los hechos escuetos.

Charlton aspiró su cigarrillo y exhaló el humo con un profundo y preocupado suspiro.

—Estoy harto del sonido de mi voz —se quejó—, pero si quiere un informe a esta hora tardía, Pequeño, lo tendrá.

—Tan rápido como quiera —dijo el superintendente.

—Vaughan Tudor fué apuñalado en el corazón, desde la espalda, con el puñal que se usaba para la representación de *Medida por medida*, en la

Sociedad Teatral de Aficionados de Lulverton.

—Mi mujer y yo pensábamos ir el domingo.

—Lorimer examinó el cadáver esta mañana a las 9.30 y expresó la opinión de que la muerte había ocurrido diez o doce horas antes, es decir, entre las 9.30 y las 11.30 de anoche. A menos que treinta y dos testigos hayan mentido, y hasta yo debo reconocer tan pesada evidencia, Tudor estaba vivo anoche a las once y, según la evidencia de tres testigos, estaba todavía vivo a las 11.15. Así que, teniendo en cuenta la afirmación de Lorimer, él fué asesinado entre las 11.15 y las 11.30. Pero el tiempo del diagnóstico mortal es siempre dudoso, como Lorimer es el primero en reconocer, y, por lo tanto, yo permito un margen de error, y supongo que la muerte ocurrió entre las 11.15 y las 12.30.

Ayer noche hicieron el ensayo general para *Medida por medida* en el Pequeño Teatro. Cuarenta y tres personas estaban presentes, y una de ellas era, naturalmente, Tudor. Encontré algunos programas en el teatro, pero he hecho mi propia lista del reparto, de los colaboradores y de los invitados. Es ésta.

Pasó una hoja de papel al superintendente.

MEDIDA POR MEDIDA

PERSONAJES DE LA OBRA

Vincentio Geoffrey Cutner

Ángelo Franklin Duzest

Escalus H. Mortimer Robinson

Claudio Boyd Gloster

Lucio Leslie Nash

Primer caballero y Froth Ralph Freshwater

Segundo caballero y fray Peter *Steward McIver*

Preboste Vaughan Tudor

Fray Thomas y Bernardine *Michael Kelso*

Juez James Quin

Elbow Jack Gough

Pompey Paul Manhow

Abhorson, el verdugo Roy Chittenden

Isabella Elizabeth Faggott

Mariana Peggy Howard

Juliet Myrna Ashwin

Francesca, una monja Alice Cheesewright

La señora Overdone Maud Lark

Guardia del palacio Doris Belcher

Nobles, oficiales, guardias, rameras, monjas ciudadanos, etc.: Alexander Anscomb, Victoria Fox, Pamela Wargrave, Kathleen Newton, Susan Haydon, Joyce Sinclair, Felicity Collingwood, Marjorie Scott-Brown, Eileen Smith, Hilda Cotton, Richard Penn.

COLABORADORES

Productor Patrick Collingwood

Director de escena Frederick Cheesewright

Carpintero de escena Archibald Hobson

Presidente Maurice Scott-Brown

Camarero Edgar Boothroy

Vendedora de programas Ursula Wheatley

VISITANTES

Señor y señora J. H. Upjohn, *señor y señora* R. L. Grainger, *señorita* Grace Marshall, *señorita* Ruth Marshall, *señor* Leopoldo Mears.

Actores, 30; colaboradores, 6; visitantes, 7; total: 43.

El superintendente hizo un comentario al pasar, mientras estudiaba los detalles:

—Geoffrey Cutner, un burro pomposo… Franklin Duzest. ¿Duzest? ¿No es el individuo que vive en "El Racimo de Uvas"? Maneja un Bugatti. Nada que hacer y todo el día para hacerlo… Ah, ese encantador anciano, Mortimer Robinson… Boyd Gloster… Leslie Nash… Ralph Freshwater… Steward McIver. Siempre pierde su bicicleta. Para ser franco, su acento es demasiado escocés… Preboste, Vaughan Tudor… Era una especie de jefe de policía, ¿verdad?… Michael Kelso… amigos… James Quin. Mejor educado que su padre y con el décimo de cerebro del viejo… Jack Gough. Uno de estos días ese joven Adonis se meterá en un lío… Paul Manhow. Una corbata azul con manchas blancas. Siempre me recuerda a una babosa somnolienta… Roy Chittenden… Elizabeth Faggott. ¡Qué preciosura! ¡Qué

maravilla! *Algo más allá del alcance del arte*. Sabe usted, Harry, si yo volviera a ser joven…

—Tan rápido como quiera —replicó Charlton—. Nada más que los hechos estrictos.

El superintendente tosió.

—Tal vez tenga usted razón —dijo, y volvió a la lista que tenía en la mano—. Peggy Howard, la hija de Charley Howard… una muchacha también muy agradable. Charley gastó mucho la víspera de Navidad. Le costó veintisiete… Myrna Ashwin… Alice Cheesewright, esa vieja verruga… Maud Lark. Decente mujercita. Valiente como un león. ¿Recuerda cómo se portó cuando aquella alarma de tifus? Ella me contó hace unos días la historia de un médico que fué llamado a medianoche por una pareja recien…, pero otra vez hablaremos de eso… Guardia del palacio, Doris Belcher. Vestida como un muchacho isabelino, supongo. Es una pena que no podamos ver la representación: ella tiene un par de piernas muy bonitas para llevar calzas.

Así, entre vigorosos y a veces dañinos comentarios, llegó hasta el señor Leopold Mears, autor de *Francis, lord Verulam*, que era un idiota aburrido desde que escribió la obra.

Devolvió la hoja a Charlton, quien resumió:

—Martin, los tres mosqueteros y yo nos hemos agotado hasta convertirnos en fantasmas hoy, visitando a esas cuarenta y dos personas y a muchos otros más. Se han tomado todas las impresiones digitales. Dentro de lo posible hemos observado las acciones de cada uno entre las 11.15 y las 12.30. Y como la mayoría parece haber dejado el teatro poco después de las once para ir a casa a acostarse, no hay mucho más que hacer. Los últimos en irse fueron Collingwood, su hija y Duzest, y los tres confirman haber dejado a Tudor sentado a la mesa en la oficina. La única excepción en el grupo fué el joven Jack Gough, que regresó al teatro antes de la medianoche.

Entonces Charlton tuvo la experiencia tranquilizadora de responder a su pregunta favorita:

—¿Por qué?

—Porque estaba preocupado por Tudor, que parecía muy abatido y quería llevarlo a casa. La puerta de entrada estaba cerrada, y al no obtener respuesta, Gough regresó a "La Casa del Águila", en la calle de Friday, donde vive. Tiene un testigo, Aarón Sugarman…

—¿Quién, ese riquísimo judío? Yo no necesitaría mucha persuasión para creer que él es un comprador de objetos robados.

—Yo también tengo la misma idea, pero nunca he podido pescarlo. De todos modos él confirma el hecho de que Gough llegó al teatro, golpeó la puerta y llamó por el buzón con tanta fuerza que Sugarman protestó desde la ventana de su dormitorio, que mira a Cooper Yard. Sugarman tenía otras cosas interesantes que decirme. De acuerdo a sus declaraciones Gough no fué el único en ir al teatro entre las 11.30 y medianoche. Con las palabras del viejo caballero yo he construido un pequeño horario, que, quizá, no sea perfecto, pero del que deberemos servirnos. Además de Gough, a quien yo llamo número 3, existen otras dos personas: el número 1 y el número 2.

—Usted sabe que no estoy fuerte en aritmética —gruñó el superintendente—. ¿No podría convertirlos en A, B y C?

—Sería demasiado complicado —explicó Charlton.

Tendió al superintendente una hoja que decía:

11.42 Llegó el número 1. Ruido de llaves. La puerta
principal cerrada ruidosamente.
11.44 La puerta de entrada de artistas golpeada contra
la pared, seguido de una voz de hombre
que gritaba: —¡Crimen! No se oyó que nadie
se fuera. Se cierra la puerta de artistas.
11.50 Llega el número 2. No hay prueba de que
él (o ella) entrara al teatro.
11.51 Alguien se va. Probablemente el número 2,
pero quizá el número 1, o alguna otra persona
que hubiera estado antes en el teatro.
11.55 Alguien cierra suavemente la puerta principal
y se va. Probablemente el número 1, pero
quizá el número 2, o alguien que hubiera
estado antes en el teatro.

11.56 Llega el número 3.

11.59 Se va el número 3.

Kingsley arrojó la hoja sobre el escritorio de Charlton.

—Parece el argumento de una farsa francesa para mí —dijo—. ¿Qué es eso de que alguien gritó: “¡Crimen!”

—Sugarman dice que parecía eso, pero no parece posible. La primera presunción es que Tudor fué apuñalado al pie de las escaleras que conducen a la puerta de artistas, después de haber tenido tiempo suficiente para abrir la cerradura, golpear la puerta contra la pared y gritar: “¡Crimen!” Pero, un hombre como parece haber sido Tudor, seguramente no era aficionado al melodrama. La segunda posibilidad es que un tercero vió al asesino mientras daba muerte a Tudor en la oficina, y gritó “¡Crimen!”. Sin embargo, nada ocurrió después. Cualquier persona lo bastante histérica como para gritar “¡Crimen!”, grita luego “¡Auxilio!”, o “¡Policía!”, si no recibe respuesta al primer grito. Pero Sugarman no oyó más ruidos hasta que apareció Gough. Mi opinión personal es que el grito no fué “¡Crimen!”, sino Tudor.

El sargento Martin se movió en su silla.

—O “¡Turtle!” —sugirió secamente.

—¡Esa es una buena idea, Martin! Sólo una persona llamaba "Turtle” a Tudor: el joven Ridpath.

—¿Quién es él? —inquirió el superintendente.

—Un amigo de colegio de Tudor que trabajaba con él y que ha estado viviendo en “La Casa del Águila” desde principios de junio. Él y Tudor tuvieron una discusión por Elizabeth Faggott la noche del sábado, y Ridpath se fué de Lulverton el domingo de mañana.

—¿Dónde está él ahora?

—Bradfield se encarga de Ridpath. Yo sólo poseo un esquema ligero de sus actividades en el día, así que es mejor que Bradfield se lo diga.

Después del sargento Martin el cabo detective Peter Bradfield era el ayudante más valioso y de confianza. Hijo de un abogado londinense, había abandonado la Escuela de Policía de Hendon, que le hubiera permitido comenzar su carrera en un puesto alto, para comenzar desde abajo. En el momento de esta investigación no llevaba uniforme; era un joven alegre,

enérgico, que vestía con gracia y llevaba el sombrero en un ángulo absurdo; tenía el cabello bien peinado, una nariz ancha y chata y era mimado del sexo opuesto. Según decía el inspector, Peter Bradfield mantenía los contactos sociales de la policía de Lulverton, y obtenía más informaciones valiosas llevando a una chica al cinema, que las obtenidas por otro poniéndola en el banquillo de los testigos.

—La policía fué informada esta mañana, señor —dijo al superintendente—, que cuando Ridpath se fué de aquí el domingo por la mañana, se dirigió a Whitchester y se estableció en el número 54 de la calle de Back Eldon. Me dirigí allí y supe estos hechos por la dueña de casa, señora Raffety. Ridpath salió anoche a las diez menos cuarto, y dijo que iba a visitar unos amigos y que, probablemente, estaría fuera dos horas. Pero no regresó hasta cerca de las tres y media de la madrugada. La señora Raffety lo oyó llegar y después se echó a dormir. Esta mañana no había señales de él…, hizo su valija y salió. Como había pagado una semana por adelantado, y la clientela de la señora Raffety tiene la costumbre de entrar y salir a horas desusadas, ella no se preocupó demasiado. Hice algunas averiguaciones en la estación del ferrocarril, y me dijeron que había tomado el tren de las 10.03 que para en Lulverton. Un guarda de Lulverton confirma que un hombre cuya descripción coincide con la de Ridpath, salió del tren, pero está seguro de que Ridpath no tomó otro tren para regresar a Whitchester. El último tren de aquí a Whitchester sale a las 11.52. Informé al inspector antes de proseguir, y sus instrucciones fueron que saliera mañana tras de Ridpath.

—Y puedo confiar en mi sabueso preferido para que lo encuentre —dijo Charlton sonriendo—. Además de eso, hemos avisado a todas las estaciones y hemos notificado a la *Gazette*. Hay otra prueba que…

El teléfono sobre el escritorio llamó. Charlton tomó el auricular.

—Inspector Charlton…, sí, ¿Peters? ¿Acostumbra quedarse levantado toda la noche?… Sí, pero yo soy un hombre ocupado… ¡Está bien! ¿Es demasiado tarde para enviarlas inmediatamente?… Bueno. ¡Magnífico, Peters!

Dejó el teléfono y se dirigió al superintendente.

—¿Quién ha dicho que la policía provinciana no servía? —preguntó—. Peters ha revelado todas esas impresiones digitales y desea saber si queremos verlas antes de enviarlas al Despacho. Las manda en seguida en motocicleta, con una clasificación provisional. ¿Dónde estaba?

¡Ah, sí… Ridpath! Anoche, después de las once, alguien llamó a la casa del doctor Faggott. La señorita Faggott, que acababa de regresar del ensayo, y estaba todavía con sus ropas de calle, abrió la puerta. Unos minutos después salió y se paró en la puertecilla del jardín, donde se reunió, casi en seguida, con un hombre. Mi informante, que es una hermanita adoptiva de la señorita Faggott…, una niña de unos trece años poco más o menos, no pudo ver al hombre, naturalmente, pero, la distancia entre la puerta del jardín y la casa no es muy grande y, abriendo cuidadosamente la ventana de su dormitorio, la insoportable niña oyó que la señorita Faggott llamaba al hombre varias veces Peter.

—¿Peter? —dijo el superintendente riendo—. ¿Qué hacía usted anoche, Bradfield?

—Bordaba, señor. Es un entretenimiento agradable en las largas y oscuras noches.

—Comparte la señorita Molly Winterton su entusiasmo?

Bradfield tuvo la gracia de ruborizarse.

—No sabía que hubiera oído hablar de ella, señor.

—Yo sé todo…, y si desea saber quién me informó, le diré que fué la señora Cheesewright.

—¡Ese viejo buey! —dijo Bradfield con rencor.

Lo curioso acerca de la señora Cheesewright era que todos empezaban diciendo: El viejo, añadiendo un adjetivo que variaba según las preferencias individuales. La señora Cheesewright era inevitable: formaba parte integrante de una población provinciana inglesa, como las vidrieras con acero cromado en la calle principal.

—Bradfield no es culpable esta vez —dijo Charlton al superintendente, haciendo un guiño por la incomodidad en que estaba Bradfield— porque ese demonio de chica, Jill Geering, identificó la voz de Ridpath, aunque no pudo pescar más que una palabra aquí y allí. Después de cinco minutos de

conversación, la señorita Faggott volvió a entrar, y Ridpath caminó en dirección al Pequeño Teatro.

"La señorita Faggott me dijo previamente que no había visto a Ridpath desde el sábado último, pero cuando quise hablar nuevamente con ella no quiso recibirme. El doctor Faggott, que estaba en la casa, me informó brevemente que su hija sufría un serio ataque de postración nerviosa y que no convenía molestarla. Mañana haré otra tentativa.

—¿Hay alguna prueba que ese individuo Ridpath fué efectivamente al teatro?

—Todavía no. Aunque espero que el trabajo de Peters en las impresiones digitales nos sea útil. Pero su pregunta nos trae de vuelta a nuestro horario. He sido informado por Robinson…, *Mortimer* Robinson, le pido disculpas!…, que es tesorero de la agrupación teatral, de que Ridpath posee una llave de la puerta de artistas. Gough no tiene llave, pero la señorita Ashwin, su prometida, sí. Así que Ridpath puede haber sido el número 1 de mi horario.

Supongamos que Tudor, para disfrutar de la soledad, baja y cierra la llave Yale de la puerta después que los demás se han ido; por eso, cuando Ridpath llega, debe usar su llave para entrar. Sube y encuentra a Tudor sentado en la oficina, corrigiendo programas con pluma y tinta. Colgando del respaldo de una silla en el vestíbulo está el cinturón, con el puñal en la vaina. Se saludan fríamente. Quizás Ridpath se disculpa. Toma el cinturón de la silla diciendo: "—Este es el puñal", y corre hacia Tudor, que todavía permanece sentado junto a la mesa. Siempre conversando ligeramente Ridpath se coloca detrás de Tudor, saca la daga y lo apuñala por la espalda.

—Después de hacer eso —dijo el superintendente con entusiasmo—, él desciende, abre la puerta con un golpe y grita: "Crimen", o "Tudor", o "Turtle", o "Cualquier cosa". ¿Es así como usted trabaja?

—Con mortal precisión —confirmó Charlton— da usted en el punto visible. Es probable que se encuentre en el vestuario de hombres o en el otro lado del escenario. Ridpath cree oír un ruido al pie de las escaleras, baja y…

—Se rompe el pescuezo —interrumpió Martin.

—No he olvidado el escalón roto, sargento pero, para quien lo supiera, no sería difícil pasar por encima. Ridpath llega al pie de las escaleras. La puerta se abre fácilmente y se golpea contra la pared. Ridpath grita: "¡Turtle!", no recibe respuesta, cierra la puerta y regresa arriba, donde encuentra a Tudor esperándolo en el rellano. Luego, cuando Tudor se ha colocado en posición en la oficina, las cosas ocurren más o menos como en mi primera hipótesis. Esta segunda teoría es mucho más factible que la primera, porque de acuerdo al testimonio de Sugarman, la entrada del número 1 con la llave ocurrió sólo dos minutos antes del grito.

Seis minutos después del grito aparece el número 2, tantea la puerta, la encuentra cerrada y se va, o (ésta es una alternativa interesante), la puerta del escenario no quedó bien cerrada por Ridpath, y no teniendo llave de la otra puerta, el número 2 usa la puerta del escenario sin hacer ruido, la encuentra abierta y se desliza arriba. Ridpath lo oye venir, mira alrededor y hace una rápida retirada hacia abajo por la puerta principal, que cuidadosamente abre y deja así para evitar el ruido. Eso significaría que él fué la persona que salió a las 11.51. A las 11.55 el número 2 ya casi tropieza con Gough, que llega a las 11.56.

Ahora, seguramente como el número 2 estuvo en el teatro unos cuatro minutos después de la partida de Ridpath, tuvo tiempo de recorrer todo y tropezar con el cuerpo de Tudor. La gente de la agrupación sabía que Tudor trabajaba hasta tarde en el teatro, y probablemente la intención del número 2 fué tener una conversación privada con él. En ese caso, seguramente él no dejó el teatro sin echar un vistazo a la oficina, donde, según todas las probabilidades, estaba Tudor. ¿No es acaso posible que el número 2 haya asesinado a Tudor? Supongamos que Ridpath y Tudor estaban conversando en la oficina cuando oyeron los pasos del número 2 en la escalera. Ridpath tenía razones particulares para no desear ser encontrado allí; dió rápidamente las buenas noches a Tudor y desapareció, dejando cuatro minutos al número 2 para que atacara a Tudor. ¿Qué le parece esto, Pequeño?

—Demasiado complicado —gruñó el sencillo superintendente. — Siga mi consejo, Harry: encuentre al joven Ridpath, dígale que tiene pruebas de

que él es el autor y hágale firmar una confesión. Eso será mucho menos cansador que todas sus especulaciones.

—Gracias —murmuró Charlton con gratitud.

—Si me permite interrumpir, señor —dijo Bradfield que había estado escuchando atentamente—, todavía queda un punto importante: ¿quién era el número 2?

—Precisamente —asintió rápidamente Charlton—, y tengo idea de quién puede ser, pero, después de las palabras dichas por la voz de la autoridad, me lo guardaré para mí. Dejemos eso de momento, Pequeño, y vamos a otra cosa: la máquina de escribir. Cuando se entra en la oficina hay una mesita de caoba, a la izquierda, debajo de la ventana de la boletería. Tudor se hallaba allí sentado cuando Collingwood y los otros lo dejaron. Cuando Martin y yo la examinamos, la llave del cajón estaba en la cerradura, con el resto de las llaves del llavero. El cajón se encontraba semiabierto. Me ha dicho Mortimer Robinson que una suma de dinero que llegaba a una libra, dieciocho chelines y seis peniques estaba en una lata dentro del cajón. No encontramos rastros de la lata ni del dinero.

Sobre la mesa, además del teléfono, había una pila, o mejor dicho dos pilas, de programas, una a la derecha y la otra a la izquierda. La de la izquierda, que era la mayor, era de programas tales y como habían salido de la imprenta, mientras que los de la derecha tenían los nombres de algunos de los actores cambiados con tinta. Los programas eran de cuatro páginas, es decir, dos hojas grandes dobladas por el medio y unidas con ganchos. Los avisos locales ocupaban la mayor parte del espacio, pero la doble plana central estaba dedicada al reparto. Entre las pilas había un programa abierto en la página central. Debían hacerse cuatro correcciones en ese programa: Leslie Nash en lugar de Peter Ridpath en el papel de Lucio; Elizabeth Faggott por Hilary Boyson como Isabella; Peggy Howard por Elizabeth Faggott como Mariana; y retirar a Peggy Howard de la multitud de prostitutas y monjas. El programa abierto tenía sólo las dos primeras alteraciones, y, diferentemente de los otros, la tinta se había secado sola en lugar de haber sido secada con un papel secante. Había, al lado, un pedazo de papel secante y un tintero destapado al fondo de la mesa, con una lapicera apoyada en el borde. La impresión general era que Tudor (se me ha

confirmado que la letra era suya), había estado sentado trabajando en los programas, y se había detenido un momento para encender un cigarrillo o para descansar los dedos.

Esto en lo que se refiere a la mesa.

A la derecha, al entrar, contra la pared opuesta a la ventanilla de la boletería, y cubierto parcialmente por la puerta, cuyos goznes están a la derecha, hay un escritorio para máquina de escribir, con una Corona portátil. Frente hay una silla giratoria, y fué en esta silla donde encontramos a Tudor inclinado, de manera que su cabeza se apoyaba sobre las teclas de la máquina. Sobre el linóleo en las inmediaciones del cuerpo, había gotas de sangre seca.

Sonrió, como disculpándose con el superintendente.

—Lamento todos estos detalles, pero debo presentar los hechos en orden. Cuando Martin y yo miramos la máquina, había una hoja de papel en ella. Le diré, en seguida, lo que estaba escrito. Lo que ahora nos importa es que la hoja estaba terminada y pronta para ser quitada. Nuestro interés reside en el hecho de que *había sido* quitada, y vuelta a colocar.

—¿Acaso eso significa algo? No es nada extraño quitar una hoja y volver a comenzar donde se había dejado.

—Pero lo es cuando se ha llegado al final de la página. Escuche, Pequeño: Tudor fué distraído mientras escribía a máquina por los Collingwood y por Duzest. Cuando ellos entraron en la oficina él quitó la página. Es probable que fuera solamente para impedir que ellos pudieran ver lo escrito, pero Collingwood tuvo la impresión de que la hoja estaba terminada. Tudor la puso hacia abajo sobre el escritorio.

Precisamente antes que ellos lo dejaran, él escribió un anuncio de “No hay más localidades", y para hacerlo notable, lo escribió en tinta roja. Cuando examinamos esta mañana la máquina Corona, la cinta estaba *todavía* en rojo. ¿No indica eso que el anuncio fué lo último que Tudor escribió anoche, y que la otra hoja fué puesta allí después?

—Quizás lo hizo el mismo Tudor, y lo mataron antes de poder cambiar el color de la cinta.

—Ya le dije —respondió Charlton pacientemente— que la página estaba ya llena.

—Comprendo su idea: otro volvió a ponerla —pensó un instante y añadió, con habilidad: — ¿Se hallaba derecha?

—Lo bastante derecha como para resistir cualquier inspección. La última palabra de la página era "contigo", seguida de punto y guión. El guión fué el último en ser golpeado al final de la página. La máquina estaba exactamente en el guión.

—Si no le importa que se lo diga, Harry, sus teorías sobre el color me parecen un poco rebuscadas. Ese es el error suyo: se anda usted por las ramas. Se me ocurren mil razones para…

—Tal vez sea así —interrumpió Charlton—. Pero ¿puede pensar en un solo motivo para que la máquina estuviera en el guión, cuando, si esa tecla fué la última en golpearse la máquina debería estar en el próximo espacio?

El superintendente abrió la boca.

—Para que todo esté claro —prosiguió Charlton con una complacencia que enfurecía al viejo policía— le diré que cuando uno golpea la tecla de una máquina de escribir, el rodillo salta a la próxima letra en cuanto se retira el dedo de la tecla. Por lo tanto espero que ahora estemos de acuerdo, Pequeño, en que la hoja fué quitada por Tudor y vuelta a colocar por el criminal o por un cómplice de éste.

—Sí —asintió el superintendente con notable calor.

—¿Por qué se volvió a colocarla? Seguramente para dar la impresión de que Tudor se hallaba ocupado escribiendo cuando el cuchillo le atravesó el corazón. Para hacernos creer que estaba sentado junto al escritorio. Para impedir que descubriéramos que no estaba allí cuando lo apuñalaron, sino junto a la mesa, donde Collingwood lo había dejado hacía poco rato.

—¿Por qué? —preguntó Kinsgley, y esta vez, Charlton recibió bien la pregunta.

—Tudor fué apuñalado directamente hacia el corazón. Sentado a la mesa, estaba de lado hacia la puerta. No podía haber sido tomado desprevenido. Nadie hubiera podido ponerse en posición conveniente como para apuñalarlo sin que él lo advirtiera. Pero si estaba sentado junto a la máquina de escribir, el asunto era distinto. La puerta hubiera estado detrás de él, a la derecha; y, con la puerta abierta, como solía dejarla, cualquier

persona de pasos ligeros podía entrar y colocarse detrás sin darle tiempo a volverse.

—¿No hubiera sido eso molesto para el asesino?

—No si él era lo suficientemente conocido por Tudor como para no despertar sospechas si caminaba descuidadamente por el vestíbulo, arrastrando el cinturón con la daga. El asesino no quiso que supiéramos que Tudor había sido muerto por una persona de su círculo íntimo; deseaba que creyéramos en la existencia de algún vagabundo, que entró casualmente, lo mató al encontrar resistencia, robó el cajón y desapareció.

—Bien preparado —aprobó el superintendente.

El sargento Martin tosió.

—Lo cual me recuerda, inspector —dijo— que hemos examinado a todos los vagabundos que han estado anoche en los alrededores, y los hemos encontrado limpios de culpa.

—Se me ocurre una cosa —dijo el superintendente— ¿Cómo explica las manchas de sangre alrededor del cuerpo en el linóleo?

—El puñal fué metido hasta la empuñadura, cosa que, como usted sabe, no produce prácticamente pérdida de sangre. La mayor parte de la hemorragia es interna. He descubierto que el sábado último Tudor trompeó a un hombre en la nariz, cuando estaba de pie junto a ese escritorio. Las manchas de sangre sobre el linóleo crujían y se rompían cuando yo las examiné, lo que significa que estaban allí desde mucho más tiempo que el supuesto. He cortado un trozo del linóleo y lo he enviado a la Oficina Central, con una muestra de la sangre de Tudor y otra sangre que me interesa. Si la primera y la tercera corresponden al mismo grupo, y la segunda es de un grupo diferente, entonces podremos atar cabos.

El superintendente Kinsgley lo miró con sorpresa.

—¿Cómo ha encontrado tiempo para hacer todo eso hoy?

—Lo he hecho con espejos —dijo Charlton, y bostezó.

—¿Me he enterado de todo?

El superintendente no estaba tan animado.

—No todavía. El teatro ha sido recientemente decorado. Lo último que se hizo fué la puerta del escenario, que fué pintada el martes. Por motivos del escalón roto, había anuncios de: “Prohibido pasar”, en lo alto y abajo de

las escaleras; sin embargo, en la barra del cerrojo de la puerta, había huellas claras y definitivas, como si hubiera sido tocada por unos dedos convulsos. Esto corrobora las declaraciones de Sugarman. Peters confirmará esto, claro está; pero, dentro de lo que Martin y yo hemos podido ver, no había más impresiones digitales en la puerta. Esto demostraría que la persona que dejó las huellas, simplemente cerró la puerta, y que no la abrió previamente.

Encontramos más impresiones digitales en el cajón de la mesa en la oficina, pero pueden ser de cualquier miembro de la agrupación. Las otras impresiones digitales que entran en este confuso caso, son encontradas por mí en algunas camisas de vestir de Tudor en el ropero suyo, en "La Casa del Águila". No entraremos ahora en detalles: sólo digo que anoche, después de las diez y media, alguna persona desconocida revolvió el cuarto de Tudor, aparentemente en busca de algo.

Encendió otro cigarrillo.

—Finalmente está la cuestión de los guantes. Todavía no es definitivo, pero todo parece probar que el asesino llevaba guantes…, no guantes de goma, sino sencillos guantes de lana. Esto sugiere cierta prisa; sugiere que el asesino conocía la necesidad convencional de llevar guantes, pero no tuvo tiempo de ir a comprar los de goma. El sargento y yo hemos encontrado trazas de un material que parece ser lana en el mango del puñal, en los ganchos de la máquina de escribir (para colocar el papel, ¿sabe usted?), en la barra del cerrojo y en la pintura exterior de la puerta del escenario. Se enviaron muestras de todo esta mañana al Laboratorio de la Policía Metropolitana.

"Deliberadamente no hablé de guantes con ninguno de los testigos, pero, cuando ellos llegaron esta mañana para que se les tomaran las impresiones digitales, todos confirmaron que llevaban los mismos guantes que la noche anterior. No hubo ninguna respuesta en contra, y se sacaron hilos de todos los que eran de lana. No fueron, en verdad muchos, porque la mayoría de la gente lleva guantes de gamuza o cabritilla. Las segundas muestras siguieron a las primeras a Londres y, probablemente, pasarán algunos días antes que tengamos el informe.

—¿De qué color era la lana?

—Es difícil decirlo sin un lente muy poderoso. En la máquina de escribir y en el puñal los fragmentos eran casi microscópicos; y cuando raspamos los otros fragmentos de la pintura, quedaron un poco sucios. Creo que debemos esperar el veredicto de los expertos.

Sofocó otro bostezo.

—Durante cierto tiempo —resumió—, Tudor ha estado ocupado, no exactamente en secreto, sino privadamente, en un manuscrito. La página de la que oyó hablar hace un momento era la 229 y, al principio, se leía *Capítulo XII*. Describe el final de una pelea entre Tudor y Manhow, ese zángano dormilón. De ahí se desprende que Tudor estaba escribiendo un libro, una especie de autobiografía en forma de novela. Pero no he podido echar mano a los once capítulos anteriores. Desearía hacerlo, pueden ser muy útiles. La única huella que puedo seguir ahora me fué dada por… ¡Usted nunca lo adivinaría!… Por la señora Cheesewright. (Los otros tres estaban demasiado cansados para murmurar siquiera: La vieja…) Ella afirma que el miércoles por la mañana ella estaba en el correo cuando Tudor enviaba un grueso sobre, lo bastante grande como para contener hojas en cuarto. El correo verificó después que el sobre estaba dirigido al padre de Tudor. Los padres de él han llegado a Lulverton esta tarde y, fuera de la identificación formal del cuerpo, no los hemos molestado todavía. Pero, el viernes a más tardar, espero estar en posesión del manuscrito secreto, para llamarlo como lo llama el joven Gough.

El superintendente se puso la mano sobre la boca y murmuró, perezosamente:

—¿Es eso todo?

—No, Tiny, no es todo. Ha querido saberlo todo y lo sabrá, aunque pase aquí toda la noche. Hay otra cosa muy extraña en este caso: aunque tiene todas las señales de un crimen personal, digamos de un crimen pasional…, ha habido una curiosa corriente, persistente en todos los interrogatorios. Bradfield todavía no ha entregado su informe, pero Martin, Hartley, Emerson y yo lo hemos notado: una sugerencia aquí y allí de que había un motivo que no tenía nada que ver con el amor, los celos, el robo con violencia, o una ganancia por medio de seguros de vida.

Apoyó los codos en el escritorio frente a él y juntó los dedos extendidos. Cuanto más presa del sueño estaba el superintendente, más inclinado se sentía él a hablar.

—Durante la guerra civil española de 1936 —declamó con unción—, cuando el general Franco atacó al Madrid republicano, sus tropas avanzaron sobre la capital desde cuatro direcciones. Pero no hubieran podido capturar a la ciudad de no haber sido por sus colaboradores de puertas adentro, quienes hicieron todo lo posible para causar disturbios civiles y sembrar el pánico. Y como el ejército se dividía en cuatro columnas, esos elementos subversivos pueden muy bien llamarse…

La interjección del superintendente fué firme:

—¡Abrevie!

Charlton pareció dolorido y sorprendido.

—¿No desea conocer el origen de la quinta columna? —preguntó.

—No. Y tampoco quiero conocer los hechos de la vida o la verdad sobre el Padre Noel.

Peter Bradfield rió.

—Lo único que deseo —dijo el superintendente, como un niño cansado — es ir a la cama.

El cabello arenoso del sargento Martin había caído hacia adelante, mientras él roncaba suavemente, como para no molestar.

—Lo que deseaba decir —explicó el inspector— es que algunos miembros de la agrupación teatral creen que Tudor fué muerto por un individuo de la quinta columna, porque había descubierto algo o porque él mismo era un agente enemigo. A Martin, a Hartley y a Emerson les dijeron lo mismo; y a mí me lo dijeron Manhow y la señorita Lark. Hasta Hobson, el hombre de todo trabajo de la señora Doubleday, se refirió a los espías alemanes con una expresión de inteligencia en la cara. Entonces, es posible…

Brandfield interrumpió.

—Perdón, señor, pero debo decirle algo inmediatamente. Uno de los testigos que interrogué esta tarde es Michael Kelso, el periodista. Me dijo que durante el ensayo general Tudor le hizo preguntas indirectas, de una manera totalmente casual, sobre la quinta columna. Dijo que él había oído

que los individuos de la quinta columna habían sido encontrados en Polonia bajo todos los disfraces. Kelso expresó que naturalmente, es parte del juego: oficiales del ejército, empleados de ferrocarril, guardianes… Puede preverse cualquier clase de disfraz. Tudor también quería saber quién vigilaba las actividades de la quinta columna en este país. Kelso le dió algunos detalles. Tudor dijo que suponía que los agentes del gobierno eran inaccesibles, y Kelso sugirió que, para dar una información, lo mejor era dirigirse a la policía local. Cuando Kelso le preguntó riendo si él había encontrado un individuo de la quinta columna, Tudor rápidamente lo negó…

—¡Martin! —exclamó Charlton.

—¿Señor? —preguntó éste, parpadeando, mientras sonreía disculpándose.

—El llamado telefónico, Martin.

—¿Cuál, señor?

—¿No me llamaron anoche?

—Probablemente, señor.

—¡No sea tonto! ¡El llamado del que usted me habló esta mañana, hombre!

—¡Oh, ese llamado! ¡Sí, claro, ese llamado! El individuo quería hablar con usted. No quería hablar con nadie sino con usted. Cuando el oficial de guardia le dijo que usted se había ido a casa (eran cerca de las 11.30 en aquel momento), y que usted vendría esta mañana después de las 9, él dijo que volvería a llamar.

—¿Y lo hizo?

—Que yo sepa, no, señor.

—Bien. Encárguese de eso mañana temprano. Vea si los telefonistas pueden ubicar el llamado, y averiguar si fué hecho desde el Pequeño Teatro —se volvió hacia el superintendente—. Interesante, Pequeño. La conversación de Tudor con Kelso explica por qué se hablaba tanto de la quinta columna en los interrogatorios de hoy. El teatro lleno no era el mejor lugar para esa conversación, y, probablemente, fué oída. ¿No le parece posible que Tudor fuera “silenciado” antes de poder hablar?

El superintendente se inclinó hacia él.

—Siga mi consejo, Harry —dijo—, y concéntrese en Ridpath. Deje el tema de la quinta columna a los diarios del domingo. Alguien procura despistarlo, pero usted sabe tan bien como yo que el motivo más obvio para un crimen siempre resulta el verdadero. Concéntrese en Ridpath y…

Se detuvo y se rascó la oreja. La tranquilidad de las vacías calles de Lulverton fué alterada por el ruido de una motocicleta próxima. Dos minutos después, un elegante agente entraba en el salón, saludaba al superintendente y tendía un paquete a Charlton.

—No tenemos, naturalmente las impresiones digitales de Ridpath —dijo Charlton, mientras trabajaba con su cortapapel—. Pero envié a Peters dos objetos que él usaba: una hoja de afeitar de su antiguo dormitorio en "La Casa del Águila", y una carta que escribió a la secretaria de Tudor, cuyas impresiones también tomamos.

Además de las fotografías, el paquete contenía un informe del sargento Peters. Decía, entre otras cosas, y para la considerable satisfacción del superintendente, que las impresiones digitales encontradas en la hoja de afeitar y en la carta coincidían con las de la barra de la cerradura de la puerta del escenario.

—¡Ahí tiene, Harry! —gritó alegremente—. Su caso está terminado.

Charlton gruñó sin escuchar, y leyó en voz alta:

"Las impresiones digitales encontradas en la camisa de vestir sacada de la "Casa del Águila" y las del cajón de la mesa en la oficina son idénticas a las del número 16 en la lista de miembros de la agrupación teatral."

—¿Y quién es el número 16? —preguntó Kingsley.

Él y Bradfield miraron ansiosamente a Charlton. Hasta el sargento despertó de nuevo. Charlton corrió el dedo sobre los nombres, se detuvo y silbó.

—Franklin Duzest —dijo.

XVIII

Ven aquí, delante,
Te ordeno venir ante nosotros, Ángelo.

Acto I, escena 1ª.

EL SEÑOR y la señora Tudor preguntaron por Charlton en la oficina policial, por la mañana temprano.

—Parecía tan feliz recientemente —dijo la señora Tudor—. El sábado último tuvimos carta suya. Nos dijo todo lo referente a la obra de Shakespeare que iban a representar esa semana, y añadió que esperaba darnos noticias interesantes muy pronto —y su boca tembló—. El querido muchacho escribió: "Deséenme buena suerte." Imaginamos que pensaba comprometerse. Y ahora él…

—¿Tiene algún indicio, inspector? —preguntó el señor Tudor, con una voz de hombre de mundo que puso un nudo en la garganta del endurecido detective.

—Continúo haciendo averiguaciones, señor Tudor.

Conversó con ellos unos momentos antes de hacer la pregunta que más le urgía: el manuscrito perdido. El señor Tudor pronto lo tranquilizó.

—Sí —asintió—, mi hijo me lo mandaba de a poco, porque no deseaba dejarlo en la oficina o en la pensión. Tenemos en casa seis sobres sin abrir, y el último de ellos nos llegó ayer de mañana. Era deseo especial de mi hijo que no leyéramos el manuscrito ahora; y, naturalmente, cumplimos su deseo. Nos dijo que se trataba de un experimento literario en forma de novela autobiográfica. No sé si pensaba, al terminar el trabajo, en caso que

un trabajo de esa naturaleza pueda terminarse, cambiar todos los nombres y buscar un editor.

—¿Me permite leerlo, señor Tudor?

El anciano caballero pareció dudar, pero la señora Tudor dijo:

—Si puede ser útil al inspector, querido, creo que él debería leerlo. Quizás Vaughan haya escrito algo que… sirva para encontrar a su asesino. Mi marido y yo no somos vengativos, señor Charlton, pero queremos que quien mató a nuestro hijo sea descubierto y castigado.

—¿Tienen ustedes teléfono en casa?

—Sí, la mucama está allí para contestar a los llamados.

—Entonces si no tienen inconveniente, llamaré ahora y le diré a ella que entregue los sobres al hombre que mandaré en seguida a Londres.

—Como guste —dijo el señor Tudor, resignado.

Se hizo el llamado, el señor Tudor firmó una nota que entregó al mensajero, y la entrevista terminó. Solo ya en su oficina, Charlton fué hacia la ventana y vió a sus visitantes que caminaban lentamente, la señora Tudor prendida del brazo de su marido. Cuando doblaron la esquina y se perdieron de vista, pensó que, si el asesino hubiera visto el pesar de la desamparada pareja, el puñal se habría detenido, ya a punto de descender, antes de penetrar en la inofensiva espalda de Tudor.

Discutía el programa del día con Martin y los tres mosqueteros, cuando sonó el teléfono. Era la señora Doubleday.

—¿Usted recuerda —dijo en el tono lento, claro, achaparrado, de quien no tiene costumbre de hablar por teléfono con naturalidad— que me pidió que no olvidara a un señor Smith y a una señorita Brown que estuvieron aquí el miércoles por la noche? Bueno, esta mañana he recibido una carta de la señorita Brown, que ha perdido un broche y desearía saber si puede encontrarlo en "La Casa del Águila". La dirección que da es —su voz subió una octava— 94, camino de Beechwood, Sutton, Surrey.

—¿Dió número de teléfono?

—No. Sólo mandó un sobre con estampilla para que le conteste.

—¿Cuál dijo que era el nombre de ella? —preguntó Charlton, recordando una probabilidad sugerida por el sargento Martin.

—Brown. La señorita Faith Brown.

Charlton agradeció a la señora Doubleday, cortó la comunicación y se dirigió a P. C. Emerson.

—Telefonee y disponga que un inspector vaya a visitar a esa joven —ordenó—. Y que ella conteste a estas preguntas.

Emerson tomó las preguntas al dictado de su jefe. Era un forzudo y gigantesco joven, que podía deshacer una lata de tabaco con la mano, como si fuera una bolsa de papel, y que naturalmente, era muy útil en una gresca.

—Y no se aleje de por aquí —dijo Charlton— hasta que tengamos el informe, Sargento, usted ocúpese de aquel llamado telefónico; y usted, Bradfield, ponga la nariz sobre la huella de Ridpath…, y si no lo encuentra hoy, considérese derrotado. Yo no volveré hasta alrededor de las cuatro y media.

Elizabeth Faggott consintió en verlo cuando él la visitó. Estaba pálida y enferma, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Señorita Faggott —dijo Charlton gravemente—, no necesito recordarle cuán grave es mentir a la policía. Ayer me dijo usted que no había visto al señor Ridpath desde el sábado. Después he sabido que él la visitó aquí el miércoles por la noche. ¿Es así?

—Sí —reconoció ella en voz baja—. Hablé con él en la puerta.

—¿Por qué vino?

—Estaba muy preocupado por lo ocurrido. El ignoraba que Vaughan quería casarse conmigo; y Vaughan se enteró el sábado del error de Guilford… ¡Oh, cuánto me arrepiento de eso!… Él fué inmediatamente a casa de la señora Doubleday y tuvo una feroz pelea con Peter. Peter quedó tan confundido que no supo qué decir. Cuando Vaughan le dijo que se fuera y que no volviera a aparecer por Lulverton, él pensó que era mejor irse mientras pasaba la tormenta. Pero hasta unos pocos días de ausencia le resultaron tan desagradables, que vino aquí a preguntarme cuáles eran sus posibilidades de reconciliación con Vaughan.

—¿Qué le aconsejó usted?

—Le dije que mi situación no era mejor que la suya. Que Vaughan rehusaba totalmente tener que ver algo conmigo. Si Vaughan —le dije a Peter— pudiera entender que lo de Guilford no fué más que una tonta indiscreción, ocurrida antes que yo pensara en él más que como un

conocido casual, y que desde entonces, yo he rehusado tener algo contigo, las cosas serían más fáciles para nosotros tres. Entonces Peter me preguntó si convendría que él viera a Vaughan. Le dije que era difícil que sirviera para el caso, pero que valía la pena intentarlo; añadí que si iba inmediatamente a la Panadería encontraría solo a Vaughan. Y Peter se fué.

—¿Lo ha vuelto a ver desde entonces?

—No. ¡Por favor créame, señor Charlton! No le dije ayer toda la verdad porque estaba terriblemente asustada. Peter Ridpath no significa ya nada para mí, pero parece tan desamparado que no quise agravar su situación diciéndole a usted que él había estado el miércoles en la Panadería… Es curioso lo que ocurre con Peter. Hasta cuando lo despedí en septiembre no pude evitar el sentimiento de que debía cuidar de él. Es un curioso instinto de protección, como si él fuera un niñito y yo tuviera que impedir que corriera a la calle.

—¿Cree usted, señorita Faggott, que la noche del miércoles… él corrió a la calle?

—No —dijo ella rápidamente—. ¡Oh, no! Peter jamás mataría a nadie. Es demasiado blando, demasiado… afeminado. Lo único que desea…, ahora lo comprendo…, es una vida fácil, buena ropa, dinero en el bolsillo y una cantidad de muchachas no muy inteligentes. Es una mariposa, y las mariposas no son peligrosas, ¿verdad?

—No lo sé —dijo él, casi sin bromear—. Nunca he visto una enojada.

Charlton regresaba por el camino cuando un agudo grito lo hizo detener y volverse. Jill Geering corría tras él con las trenzas al aire.

—¡Hola, señorita! —dijo Charlton con forzada cordialidad, mientras ella jadeaba—. ¿Por qué provoca tanto alboroto?

—¿Todavía quiere saber —preguntó ella— quién sacó el billete de la cartera de Elizabeth?

—Sí.

—¿Y quién lo puso en el bolsillo del tapado de Hilary Boyson, para que todos creyeran que ella lo había robado, y la pusieran presa y Elizabeth recobrara el papel?

—Sí, quiero saberlo.

—Bueno, lo hice yo.

La señora Saunderson, hija del viejo Garnett, debía ser visitada nuevamente. Charlton no podía comprender qué papel había representado ella, aunque fuera indirectamente, en la muerte de Tudor, y sin embargo, presentía que por ese lado debía investigar. Alguien, y por algún motivo, quería que Hilary Boyson substituyera a Elizabeth Faggott. La resbalosa y pequeña señora Saunderson, la obstinada aguaviva que vuelve a salir a la superficie, había reconocido su intervención en el asunto, pero la excusa que dió era claramente una mentira; y cuando se trata de un crimen, las mentiras merecen especial atención.

Si las cortinas de la habitación del frente no se hubieran movido levemente cuando él abrió la puerta del jardín, Charlton se hubiese retirado cuando sus dos timbrazos no recibieron respuesta. Llamó con violencia una tercera vez, y tras una pausa, la señora Saunderson abrió la puerta.

—Buenos días —dijo él sonriendo—, soy inspector de policía. Usted recordará que la visité ayer en compañía de su padre. ¿Puedo molestarla unos momentos, por favor?

—Sí —dijo ella insípidamente—. ¿Quiere pasar?

Abrió completamente la puerta y lo hizo pasar a la habitación donde Garnett la había regañado el día anterior. Lo invitó a tomar asiento y se sentó en el borde de una silla, mientras jugaba nerviosamente con un mantel de té que, en su turbación, no había dejado.

—Cuando yo estuve aquí ayer, señora Saunderson —empezó Charlton —, su padre le hizo confirmar a usted que la razón para pedir usted que la señorita Faggott fuera substituida por la señorita Boyson, era que esto podía influir en el ánimo del señor Boyson para la elección de su nuevo gerente de obras. ¿Todavía sostiene eso, señora Saunderson?

—Sí, lo hice por el señor Saunderson.

A Charlton le desagradaba en principio que una mujer llamara “señor” a su marido; tal vez por eso su tono fué brusco cuando hizo la amenaza convencional:

—Debo prevenirle que estoy investigando un crimen, y que cualquier cosa que usted diga será escrita y podrá ser empleada como testimonio. Ahora le pregunto una vez más, señora Saunderson: ¿mantiene todavía lo que dijo ayer a su padre, en mi presencia?

Ella había hecho un nudo con el mantel. Esta vez lo dejó caer en el suelo. Lo recogió y lo desanudó antes de contestar.

—Papá me asusta. Yo no supe lo que decía, especialmente estando usted presente. Creí que usted era de la fábrica…, que el señor Boyson lo había enviado. Papá se enoja tanto a veces que me alarma terriblemente y no sé lo que digo.

—No ha contestado usted a mi pregunta, señora Saunderson.

Súbitamente, como un disco de fonógrafo demasiado rápido, ella dijo, con voz de cantilena:

—No le dije la verdad a papá. El señor Saunderson hubiera tenido el empleo de cualquier manera. Yo quería que la señorita Boyson tuviera el papel para quitárselo a la señorita Faggott. Estoy ofendida contra la señorita Faggott y deseaba vengarme.

—¿Qué hizo ella para ofenderla?

—Hizo algunas imitaciones en una fiesta de caridad, y una de ellas era la mía. Todos rieron y se volvieron, y el señor Saunderson me dijo: "—Te ha calado bien, Elsie." ¡Yo no iba a permitir que ella hiciera su gusto…, que estuviera allí, de pie sobre la plataforma, sonriendo y saludando cuando la aplaudieran!

—¿Cómo conoció a la señorita Faggott?

Esta sencilla pregunta pareció desconcertar a la señora Saunderson, como si no hubiera estado preparada para oírla. Cuando volvió a hablar, su tono, aunque siempre insípido, era más lento y vacilante.

—Realmente, no recuerdo. Todos nos conocemos en Lulverton. Siempre la he visto.

—Pero ella, ¿la conoce a usted?

—Debe conocerme, pues de otro modo no me hubiera ridiculizado en el escenario. Hasta el señor Saunderson lo notó, así que no se trata de pura imaginación mía.

Esto fué todo lo que pudo sacar de ella. El aguaviva había cambiado de táctica, porque ahora, cada vez que procuraba detenerla, se escurría.

Charlton llegó a "El Racimo de Uvas", pero fué informado que Franklin Duzest había ido a Southmouth en su auto, y que no regresaría hasta algún tiempo después de almorzar. Dejó un mensaje para que Duzest le

telefoneara a la estación de policía; y luego, como el caso Tudor distaba mucho de ser el único que reclamaba su atención en ese momento, se dedicó a otras cosas.

A las tres y cinco Emerson atendió un llamado de la policía de Surrey.

—Me he puesto en contacto con la señorita Brown —dijo el inspector al otro lado de la línea—. Ella no escuchó nada, pero el individuo Smith ha sido un poco más útil. Debí buscarlo en su oficina en el centro de la ciudad, de lo contrario habría telefoneado antes. Él dice que unos pocos minutos antes de las seis y media, en la tarde del miércoles, fué detrás de la casa para poner su auto en el "garage". Regresaba, cuando alguien en el primer piso gritó: "¡Fuera!", con una voz muy enojada. Era una voz de hombre, y fué seguida por otra voz, también de hombre, que dijo: "Lo siento". Después Smith oyó cerrar una puerta con violencia. No reconoció ninguna de las voces. ¿Está bien?

Emerson dió las gracias y cortó la comunicación.

A las 3.15 llegó el mensajero de Londres con un sobre color castaño que contenía el manuscrito de Tudor.

A las 3.20 el sargento Martin se unió a Emerson.

A las 3.25 llamaron de Scotland Yard para informar sobre las manchas de sangre encontradas por el inspector Charlton en la oficina.

A las 3.35 Franklin Duzest telefoneó desde "El Racimo de Uvas", y se le dijo que el inspector regresaría a las 4.30. Duzest informó a Martin que iría a la estación de policía a las 4.45.

A las 4.5 Charlton llegó a la oficina, ante la turbación del sargento, que nunca podía quedar tranquilo si no estaba ocupado en algo. Charlton tiró su sombrero sobre un archivo (sistema que siempre descuidaba dando la preferencia a una pila de papeles sobre una silla), se quitó el sobretodo, se dejó caer en una silla, encendió un cigarrillo y lanzó un prolongado "¡Ah!"

Martin dejó pasar un tiempo prudente antes de hablar de los negocios, después dijo:

—Hay una o dos novedades, inspector. El señor Duzest llegará a las cinco menos cuarto. Aquel llamado telefónico para usted en la noche del miércoles fué hecho desde el Pequeño Teatro, a las 11.25. El telefonista dice que era la voz de un caballero.

—Martin —dijo el jefe—, este caso empieza a tomar forma.

—Los de Scotland Yard se han dado maña con esas manchas de sangre. La gente de la Oficina Central informa que las manchas en el linóleo pertenecen al grupo 1, mientras que la sangre de Tudor corresponde al grupo 2. La muestra de la sangre de Manhow lo coloca en el grupo 1, igual que a las manchas del linóleo.

Cuando Martin se detuvo, Charlton no dijo nada, así que Martin prosiguió:

—Emerson recibió un llamado de la policía de Surrey que informaba sobre la señorita Brown y ese hombre, Smith. Emerson, diga su informe.

—Smith —dijo Emerson al inspector— confirma que un hombre en el primer piso gritó: "¡Fuera!" Después, otro hombre dijo: "Lo siento", y una puerta fué cerrada vigorosamente.

—Me parece, inspector —dijo el sargento—, que ésas no son las últimas palabras de una pelea, sino que alguien entró en el cuarto de otro, sin avisar, cuando aquél, probablemente, se cambiaba los pantalones.

—Sí —dijo Charlton distraído—, se cambiaba los pantalones.

Súbitamente, abrió los ojos y miró al sorprendido sargento.

—¡Eso es lo que hacía, Martin! ¡Se cambiaba los pantalones!

Martin se dirigió a la puerta.

—Es mejor que le traiga una buena taza de té —dijo tranquilizadoramente.

Reanimado por tres tazas de té de la tetera traída por Martin, Charlton desató el paquete procedente de Londres. Dentro había seis sobres cerrados y certificados, todos con el sello de correos de Lulverton. El primero llevaba la fecha del 18 de septiembre de 1939, y el último el 3 de enero de 1940. Los abrió con un cortapapel, y, conservando separada cada sección, comenzó a mirar entre las páginas.

Fué interrumpido a las 4.45 por la puntual llegada de Franklin Duzest, cuya presencia recordaba más que nunca a las ollas egipcias. Charlton deslizó el manuscrito en un cajón del escritorio cuando Duzest apareció, guiado por Emerson, quien dejó a los dos hombres solos.

—Quería verlo de nuevo —explicó Charlton—, para tener la seguridad de no equivocarme en su declaración de ayer. Dijo usted entonces que

caminó con el señor Collingwood y su hija hasta la calle de Friday, donde los dejó y se fué a su casa. Cuando llegó a casa tomó un trago y se acostó. ¿Desea añadir algo a eso?

—No, no creo. Eso es todo.

—¿No estoy equivocado al afirmar que después de dar las buenas noches a los Collingwood usted fué directamente a "El Racimo de Uvas" y se retiró por el resto de la noche?

Duzest sonrió, preocupado.

—¿Adónde nos lleva esto, Charlton? ¿Estoy yo en su lista negra? La respuesta a su pregunta es: sí.

—Pese a eso —dijo Charlton amablemente—, debo decirle que usted no fué directamente a acostarse, sino que se dirigió a "La Casa del Aguila" y se deslizó en el cuarto del difunto Tudor.

Duzest se acarició su bruñido pelo.

—No he hecho eso —dijo.

—Usted revisó el cuarto, no encontró lo que buscaba y, tranquilamente, salió por detrás.

—¡Parece usted muy seguro, Charlton!

—Estoy seguro. Sus impresiones digitales fueron encontradas en algunas de las camisas de vestir que no fueron colocadas en el ropero de Tudor hasta el miércoles a las diez y media.

Franklin Duzest echó atrás la cabeza y rió alegremente.

—¡Atrapado por la policía! No sabía que usted fuera tan exacto. Bueno, no le haré perder más tiempo; reconozco que, por razones privadas, hice una pequeña búsqueda en el cuarto de Tudor.

—¿Cuáles eran esas razones privadas, señor Duzest?

—Prefiero decir solamente que deseaba encontrar unos papeles.

—En otras palabras, el manuscrito en el que Tudor estaba trabajando desde hacía unos meses.

—¿Así que oyó hablar de eso, eh? Sí, eso era lo que buscaba.

—¿Por qué?

—Porque deseaba leerlo.

—¿Por qué?

—¡Qué hombre inteligente es usted! El hecho es que todo parecía indicar que el manuscrito de Tudor era una crónica de los acontecimientos en la historia del Pequeño Teatro. El mismo Tudor hacía una sugerencia de cuando en cuando. Sinceramente, yo nunca he sido un niño modelo, y deseaba saber si algunas de mis escapatorias figuraban en el manuscrito. Ha sido mala suerte que esa misma noche otro decidiera matar a Tudor. Si yo hubiera sabido que pasaban cosas tan importantes en otra parte, hubiera tenido cuidado de no dejar impresiones digitales.

—La señorita Faggott —comenzó el inspector, pero Duzest lo interrumpió bruscamente.

—Por favor, no la mezcle en esto.

—Eso no es posible. La señorita Faggott está muy envuelta en el asunto. Y desearía que usted me dijera exactamente cuáles son sus relaciones con ella.

Duzest se echó hacia atrás en su silla y cruzó una pierna sobre la otra.

—Ella no significa nada para mí —dijo con estudiado descuido.

—No sugiero lo contrario —fué la ácida respuesta—. Pero usted acaba de decir que no es un niño modelo; y lo que pregunto es: ¿hasta dónde ha llegado con la señorita Faggott?

—Le aseguro que a ninguna parte. Se necesitan dos para hacer un *affaire de coeur*. La señorita Faggott y yo somos buenos amigos.

—Entonces, ¿por qué estaba tan preocupado con lo que pudiera escribir Tudor?

—¡Oh, se trata de otra cosa!

—Señor Duzest, me parece que usted no comprende la seria situación en que se encuentra. No sugiero, ahora, que usted esté complicado en la muerte de Vaughan Tudor, pero sugiero que cada vez se vuelve más difícil para usted probar su inocencia. Tudor fué muerto por una causa muy poderosa…, y sólo una se me ocurre a mí. Los asesinos, señor Duzest, son siempre condenados por pruebas circunstanciales.

Duzest se levantó y, con las manos en los bolsillos de su pesado sobretodo, recorrió la habitación durante unos minutos. Charlton lo vigilaba en silencio. Después Duzest regresó a su asiento, sacó su valiosa cigarrera

de un bolsillo, tomó un cigarrillo, lo golpeó sobre la cigarrera y lo encendió lentamente.

—No pensaba decírselo —dijo, inclinándose hacia adelante para arrojar el fósforo en el cenicero del escritorio—, pero me ha puesto usted en un aprieto. La respuesta a todas sus preguntas es muy breve.

—¿Y es…?

—Soy agente secreto del gobierno.

XIX

No huya, señor.

Acto V, escena 1ª.

"DE ORDEN mía y por el bien del Estado, el portador de esta orden hará lo que debe hacer."

Se dice que tal era el contenido de las *lettres de cachet* en poder de los emisarios del gran cardenal Richelieu. Y en términos similares, aunque no tan concluyentes, estaba escrita la orden que Franklin Duzest mostró a Charlton, quien silbó cuando vió la firma al pie de la orden.

—Usted me ha obligado —dijo Duzest sonriendo—. Estuvo demasiado hábil con esas impresiones digitales mías. Algunas personas eminentes se disgustarían si yo me viera mezclado en un crimen local. Le contaré todo para que usted pueda continuar sus investigaciones y yo las mías.

"La peor arma en poder de los nazis —prosiguió en un tono que recordó a Charlton su propio discurso al irritado superintendente— es su complicada red de agentes, quienes, además de realizar un útil servicio de espionaje, preparan el camino para el gran *putsch*. Desde 1919 estos conspiradores han estado trabajando… esas llamadas minorías, cuyos miembros forman parte de lo que el almirante von Hintze describe lindamente como "una nación de noventa millones de alemanes, uniendo las manos y los corazones a través de las fronteras políticas", y cuya única tarea es aprovecharse de la hospitalidad en que viven para traicionar después a sus buenos y distraídos anfitriones.

"Tome el caso de Polonia. La *Verein für das Deutschtun im Auslande,* es decir, la Sociedad para los Alemanes en el Exterior, la *Auslandsinstitut*, que

era ostensiblemente una sociedad científica; la Unión de Profesores Alemanes, la Sociedad Agrícola de Polonia Occidental… Todas recibían instrucciones de la Oficina Central Alemana, y estaban pagadas por el Ministerio de Guerra alemán, por intermedio de un banco holandés. Cientos y cientos de jóvenes polaco-alemanes iban en viaje de vacaciones a Dantzig, y desde allí eran enviados a Berlín por el cónsul general alemán, para seguir un curso de espionaje y servicio de quinta columna.

"Cuando llegó el momento del golpe las minorías estaban prontas. Hacían correr rumores, provocaban pánico, destruían los medios de comunicación y provocaban incendios… En verdad crearon tanta confusión que las tropas invasoras sólo necesitaron entrar con paso de ganso en las tranquilas aldeas, que estaban prontas a recibirlos.

Echó la ceniza de su cigarro.

—Además de esos alemanes-polacos, de quienes se puede decir, para ser justos, que hicieron lo que hicieron en servicio de la Madre Patria, había, entre ellos, un considerable número de polacos verdaderos…, unos cerdos venenosos, preparados a vender sus servicios al mejor postor, y a traicionar su patria, ya fuera por dinero o por la certeza de un lindo puesto en la nueva administración.

"Todo esto ocurrió en Polonia. Probablemente, usted dirá que no puede suceder aquí. Pero puede ocurrir. Es verdad que no tenemos minorías como los sudetes en Checoslovaquia y los alemanes de Polonia; pero hay alemanes en todas partes, y cada uno de ellos es una minoría, uniendo las manos y los corazones, etc. Hemos hecho lo posible contra los nazis y sus simpatizantes en este país, pero, confidencialmente, le diré que todavía hay muchos. Un número aterrorizador de esos patéticos refugiados que cruzan el Canal con sus tristes atados al hombro, son sólo individuos de la quinta columna, listos a entrar en contacto con las organizaciones clandestinas que ya existen…, para ayudarnos a perder la guerra.

''Según ya habrá adivinado, mi tarea actual es descubrir una de esas organizaciones. Nos ha dado dolor de cabeza durante cierto tiempo. Sabemos que existe y conocemos algunos de sus miembros, que serán prendidos en el momento oportuno. Pero estamos detrás de los jefes: el senador Wiesners y el pastor Zöcklers; esos son los grandes que, por lo que

sabemos hasta ahora, pueden estar predicando desde los púlpitos, sentándose en sociedades benéficas o sirviendo detrás de un mostrador. Sé que todo esto parece una novela del Servicio Secreto, pero ése es el inconveniente del Servicio de Inteligencia… Se parece mucho a una novela de terror barata, con excepción de que la cabeza de la organización no es el viejo profesor Fiddlefaddle, sino una eficiente y altamente organizada Oficina Central en Berlín, bajo la inspirada y genial supervisión del caballero Adolfo Hitler.

"Estamos trabajando desde hace tiempo, y hemos limitado las cosas a las vecindades de Southmouth, donde, además de los importantes muelles que todo el mundo conoce, hay otras cosas que es preferible permanezcan en una discreta oscuridad. Nada enviado por ellos ha salido todavía de este país por correos irlandeses, pero tenemos motivos para creer que, además de estar prontos a recibir a sus amigos invasores al debido tiempo, la fraternidad conocida como Nº 23 (a causa del lugar que este distrito ocupa en el mapa de Inglaterra en la Oficina Central Alemana), han recogido informaciones sobre "las demás cosas" en Southmouth, y están prontos a contrabandear todo el informe para enviarlo a sus jefes nazis, quienes, seguramente, lo utilizarán de una manera que será muy incómoda para nosotros.

"¿Comprende ahora por qué estaba tan interesado en Tudor? Mi infortunado predecesor en esta tarea tuvo la desdicha de caer en lo que los diarios llamaron "Un fatal choque en medio del oscurecimiento"; así que fué con cierto desagrado que escuché la voz del deber, me separé de mi querida esposa y de mis hijos, y me introduje graciosamente en la vida social de Lulverton, donde rumores cuidadosamente distribuidos me convirtieron pronto en el más fascinante libertino de la ciudad, cosa que, para un hombre interesado solamente en jardinería y en primeras ediciones de libros, es bastante difícil de representar, pero que me permitió entrar en las mejores casas de Lulverton. Como parte de mi tarea me uní al grupo teatral, y me divertí allí casualmente.

"Tudor me llamó primeramente la atención cuando descubrí, por accidente, que había estado en Alemania antes de la crisis de septiembre de 1938. Es verdad que él no fué el único turista en los Alpes Bávaros en

aquella época, pero era un dato, y Tudor era el tipo de caballero inglés típico, que puede convertirse en uno de los mejores agentes de la quinta columna. De todos modos, mientras proseguía mis averiguaciones no le quité el ojo, y quedé especialmente perplejo cuando supe sus secretas tareas nocturnas. Un hombre no se encierra y trabaja escribiendo a máquina hasta altas horas de la noche sin tener un buen motivo para hacerlo… y la única cosa que se le ocurrió a mi preocupada mente es que él estaba documentando el informe sobre "las otras cosas" de Southmouth.

"Anteayer, y Dios sabe que elegí mal día para hacerlo, decidí enterarme de lo que escribía. Un mensaje en código que interceptamos el martes decía: "Informe completo en pocos días", así que no había mucho tiempo que perder.

"En tres lugares podía guardar los papeles Tudor: en su oficina, en el teatro y en "La Casa del Águila". Averiguaciones hábiles demostraron que la bigotuda secretaria de Tudor, Muriel Jones, tenía acceso a todo en la oficina, incluso la caja fuerte. Por eso la descarté. Temprano en la noche del miércoles pedí prestada a Hobson la llave del teatro, con el pretexto de probarme mi traje, y registré todos los sitios.

—Incluido el cajón en la oficina —murmuró Charlton.

—Sí…, una cerradura muy elemental. ¿Dejé impresiones digitales?

—¡En toda la oficina! Parecía un juego. ¿Quiere ver las fotografías?

—No, gracias. Recordaré en lo futuro que yo no soy el único individuo inteligente del mundo. No encontré nada en la Panadería, y Tudor no trajo nada consigo el día del ensayo general, en un portafolio o en una valijita, así que cuando estuve seguro que él iba a detenerse una hora o más, yo…

—Antes de proseguir, mayor: ¿había en el cajón una lata de cigarrillos con dinero adentro?

—Sí, una lata de Players. No conté el dinero, pero había un billete de una libra y monedas.

—¿Dejó usted abierto alguno de los cajones?

—¡Oh, no! Dejé todo tan en orden como me fué posible. Después fui a casa de la señora Doubleday, entré por detrás, la puerta estaba todavía sin cerrar, y recorrí el cuarto de Tudor. Felizmente, no me molestaron.

—¿Ayer por la mañana mandó usted a un fingido representante de los señores Golightly & Farthingale a visitar a la señorita Jones?

—¿También sabe eso?—gruñó Duzest—. Son unos nombres bastante raros, ¿no le parece?

—El apellido Frogbaskett en el medio les hubiera dado distinción —replicó justamente Charlton.

—Lo único que debo explicar ahora es que mi interés por Elizabeth Faggott es completamente profesional. Cultivé su compañía porque esperaba, por medio de ella, averiguar más cosas sobre Tudor. Y quisiera añadir, privadamente, que es una joven encantadora.

—¿Así que todavía no está seguro de que Tudor fuera un agente enemigo?

—No, principalmente por no haber podido encontrar los papeles que buscaba.

Charlton abrió su cajón y sacó los sobres.

—Tal vez éstos le interesen —dijo, empujándolos sobre el escritorio.

Duzest se inclinó y sacó las hojas, que empezó a estudiar ansiosamente.

—No creo que sean de mucho interés para usted —dijo el inspector—, excepto por referencias a un actor que no estaba muy bien como Ángelo, porque Ángelo era un novato en el libertinaje.

—¡Qué reputación para un respetable hombre casado!—dijo Duzest con una triste sonrisa—. ¿Puedo llevarme este manuscrito?

Charlton pareció dudar antes de asentir.

—Tal vez nos ayude a solucionar nuestros dos acertijos —dijo el mayor.

—Tal vez —añadió Charlton— la misma respuesta sirva para ambos.

Una hora después Bradfield apareció en el cuarto.

—Abajo hay un hombre que quiere verlo, señor —anunció con satisfacción.

—¿Quién es? —preguntó Charlton levantando la cabeza de su trabajo.

—Un tal Peter Ridpath.

—¿Dónde lo encontró?

—En Londres.

—Es un lugar muy grande.

—Cuando un hombre llega a Londres, señor, con poco dinero y sin tener dónde ir, siempre se dirige a uno de los parques…, y allí es donde lo encontré, en un asiento en Kensington Gardens, más triste que el pecado. No intentó resistirse y me ha seguido como un cordero.

—Muy bien, Bradfield. Hágalo pasar.

Las delicadas y hermosas facciones de Ridpath tenían una expresión torturada cuando Charlton lo invitó a sentarse.

—Lamento haberlo hecho venir desde Londres, señor Ridpath, pero, seguramente, ya se ha enterado que su amigo Tudor fué asesinado en la noche del miércoles; espero que usted podrá darnos alguna información.

—Le diré todo lo que pueda —dijo Ridpath en voz baja—. Quizás usted no me creerá, porque a mí mismo me parece poco convincente. ¿Le molesta que fume?

—De ninguna manera. Tome uno de éstos.

Encendieron los cigarrillos y Ridpath prosiguió:

—El sábado de noche Tudor y yo tuvimos una pelea terrible por una muchacha y, a consecuencia de ello, yo me fui de Lulverton el domingo por la mañana y me dirigí a Whitchester. El miércoles me harté del lugar y, por la noche regresé aquí con intenciones de reconciliarme. En cuanto llegué a Lulverton fui a ver a la muchacha…

—¿La señorita Faggott?

—Sí. Quería que ella me dijera cómo estaban las cosas. Ella me informó que Tudor, después de su pelea conmigo, había roto con ella. Él había descubierto algo de nosotros dos. No había nada de cierto en ello, claro…

—¿Está usted seguro, señor Ridpath?

—Bueno, cuando me refiero a que no había nada de cierto, quiero decir que no era lo que él pensaba. Es verdad que la señorita Faggott y yo fuimos juntos a un hotel en septiembre, pero pasamos la noche respetablemente en cuartos separados, aunque —sonrió vagamente— una de esas habitaciones era un cuarto de baño. La verdad es, inspector, que hasta hace unos días yo ignoraba que Tudor estaba verdaderamente interesado en ella. Es muy desagradable que nuestro mejor amigo nos acuse de birlarle la muchacha con la que está prácticamente comprometido. Tudor era tan serio que siempre me divertía sorprenderlo, pero el último sábado fui demasiado

lejos, y dije muchas cosas de las que me arrepentí después. Ése era el principal motivo para desear verlo nuevamente; quería disculparme por haber hablado como un canalla, y deseaba arreglar el error que existía entre él y la señorita Faggott.

—¿Y cuando se separó de ella el miércoles de noche…?

—Fui directamente al teatro y encontré la puerta cerrada. Yo tenía la llave y abrí la puerta. Había luz en el vestíbulo y el sobretodo de Tudor estaba sobre la mesa. La puerta de la oficina, abierta, pero no había luz. Yo iba a buscar a Turt…a Tudor, cuando oí un ruido que llevaba al escenario.

—¿Qué clase de ruido?

—Un ruido como si alguien hubiera caído sobre una cosa. Corrí al corredor y encontré una fea corriente de aire que venía por la escalera. Encendí la luz azul y vi que la cortina de abajo se movía. Bajé las escaleras y…

—Uno de los escalones estaba roto. ¿Acaso el ruido que oyó era como si alguien cayera?

—Sí, creo que sí, aunque cuando descendí las escaleras para investigar, pensé que el ruido lo había hecho la puerta del escenario, porque se estaba moviendo y, justamente cuando llegaba al pie de las escaleras, se golpeó violentamente contra la pared. Pensando que Tudor había salido lo llamé.

—¿Cómo lo llamó?

—¡Oh, lo llamé Turtle, que es un viejo apodo de los días del colegio! No recibí respuesta, y suponiendo que la puerta había sido abierta por el viento, la cerré y volví a subir, muy perplejo.

—¿Cerró usted bien la puerta?

—Creo que sí. Tiene un cerrojo, y yo creo que estaba en buenas condiciones. Arriba otra vez, vagué en busca de Tudor, después encendí la luz de la oficina y entré. Él estaba echado sobre la máquina de escribir, con el mango del puñal saliendo de su espalda. No lo toqué, quedé allí petrificado de horror…, hasta que lentamente me vino a las mientes un pensamiento: ¿cómo iba a probar que yo no lo había asesinado? ¿Comprende usted mis sentimientos, verdad?

El gruñido de respuesta no fué comprometido.

—Cuando me recobré —prosiguió Ridpath—, pensé que lo mejor era salir sin ser visto. Eché una rápida mirada alrededor y salí por la puerta principal.

—¿La cerró tras de usted?

—Sí, la cerré con la *yale*. Ya era muy tarde y yo tenía que regresar caminando a Whitchester. Llegué allí después de las tres, y aunque estaba terriblemente cansado, empaqueté mis cosas y detuve al primer camión que iba para Londres.

—¿A qué hora llegó al teatro?

Ridpath meneó la cabeza.

—Realmente, lo ignoro. Creo que alrededor de las doce menos cuarto.

—¿Cuánto tiempo permaneció dentro?

—Unos diez minutos.

—Además de los ruidos mencionados, ¿oyó otra cosa?

—Nada. Eso fué lo que me alarmó…, ese mortal silencio.

Charlton señaló los guantes de cuero color castaño de Ridpath.

—¿Llevaba esos guantes anoche?

—Sí, son los únicos que tengo.

—¿Fué usted a "La Casa del Águila", tarde o temprano durante ese día?

—No, ni me acerqué por allí.

—Usted empezó a trabajar con el señor Tudor en el mes de junio, como resultado de un aviso. ¿Sabía usted, al solicitar cl empleo, que el aviso lo había puesto un antiguo compañero del colegio?

—¡Oh, sí! Si no hubiera reconocido el nombre no me habría molestado en escribir. Yo no tengo condiciones para el puesto, ¿sabe usted? Sí, alguien me había dicho que Tudor estaba en Lulverton.

—¿Quién le escribe desde Italia, señor Ridpath?

—Una muchachita napolitana de quien me hice amigo hace años. Nos escribimos a veces.

—¿Cuándo dejó el servicio de la señora Salveter?

—¿La señora Salveter?

—Sí, la viuda americana con la bonita sobrina.

—Parece usted conocer muchas cosas de mi vida privada —dijo Ridpath con tono ofendido—. ¿Qué tiene que ver la señora Salveter con

este asunto?

—¿Por qué lo despidió?

—Porque me hice demasiado amigo de la sobrina. Al fin y al cabo, eso ocurrió hace años.

—En el ensayo del sábado, señor Ridpath, usted estaba preocupado por algo. ¿Por qué?

Ridpath pareció inquieto.

—Estaba preocupado.

—¿Quiere decirme por qué?

—Yo… había recibido malas noticias.

—¿Tal vez querrá darme algunos detalles?

—Recibí una carta de chantaje.

—¿De quién?

—¿Realmente importa? —preguntó Ridpath desesperadamente.

—Sí, deseo saberlo.

—De una muchacha. Fui lo bastante tonto como para darle mi dirección. Me amenazaba con un pleito si no me casaba con ella. La vieja bruja de su madre la forzaba a ello.

—¿Había alguna razón urgente para que usted se casara con ella?

Ridpath tragó saliva y dijo:

—Sí.

—¿Ofrecía ella otra alternativa que no fuera el matrimonio?

—Sugería, sin decirlo, que yo le pagara una fuerte suma.

—¿Tenía usted dinero?

—Ni un céntimo.

—Así que, el miércoles, usted vino a pedir prestado el dinero al señor Tudor. Ése fué el motivo principal de su visita, ¿verdad?

—Sí —la palabra fué dicha de mala gana.

—¿Y qué pensaba hacer si Tudor rehusaba prestarle el dinero?

—No suponía que él pudiera negarse después de saber la verdad acerca de Elizabeth Faggott y de mí.

—¿Quién es este último amor de Guilford?

—¿Cómo sabe que es de Guilford?

—¿Cómo se llama?

—Sheila Watkins. Es una de las camareras del hotel Chandos. Empecé a charlar con ella después que Elizabeth Faggott se encerró en el cuarto de baño.

El inspector se puso de pie.

—Si usted hubiera informado a la policía cuando encontró muerto a Tudor —dijo—, tal vez habríamos apresado ya al asesino. Es mejor que lleve su valija a "La Casa del Águila"… y le aconsejo que se quede allí hasta que vuelva a tener noticias mías.

Ridpath miró el suelo.

—Temo no quedar muy bien parado en este asunto —dijo—. Pero mi enfermedad es siempre buscar algo nuevo.

Charlton miró con disgusto la rizada cabeza inclinada.

—¡Usted, ratita sin espinazo! —dijo sin enojo.

Era refrescante mirar la sana fealdad de Jack Gough, quien apareció luego en respuesta a un llamado telefónico.

—Gough —dijo Charlton, y era una especie de cumplimiento que lo llamara Gough a secas—, quiero otra palabra con usted acerca del miércoles. Entre las once y media y la medianoche tres personas llegaron al teatro. Usted fué el tercero, y el primero, aunque le ruego que se controle, fué Ridpath. La pregunta es: ¿quién era el segundo?

—Fui yo —dijo Jack rápidamente.

—Eso suponía, y temía que fuera usted a negarlo.

—La primera vez —dijo Jack— empujé la puerta, y como la encontré cerrada, pensé que Vaughan había vuelto a casa. No lo había encontrado regresando; pero tal vez usted sepa que hay dos caminos entre la casa de la señora Doubleday y el teatro. Estaba a la mitad del viaje cuando, súbitamente, pensé que tal vez Vaughan había estado en la Panadería todo el tiempo, y que se había encerrado para estar solo. Entonces regresé y grité por el buzón hasta que me oyó el viejo Sugarman.

—Hubiese deseado que me hubiera dicho eso ayer, Gough.

—Lo siento, inspector, pero no me pareció bastante importante.

La pregunta siguiente hizo que Jack mirara sorprendido.

—¿Le queda bien el uniforme?

—¿Qué? ¿El uniforme? No entiendo.

—Alguien me dijo que había recibido usted una comisión.

—¡Dios mío, no! He estado jugando con la idea de alistarme, pero todavía no me he decidido. En cuanto a una comisión…, probablemente, no pasaré de ser soldado. Volviendo al crimen: ¿es curioso, verdad, que Ridpath y yo fuéramos los únicos en ir al teatro?

—Muy curioso, en verdad, Gough. Sólo hay una explicación.

—¿Cuál?

—Suelas de goma.

Antes que Charlton regresara a su casa, en Southmouth, apareció un agente con un paquete. Dentro estaba el manuscrito de Tudor, con una nota del mayor Duzest.

"Parece haber aquí mucho para usted —decía la nota—, pero muy poco para mí. Sólo una cosa pide investigación. Deberé discutirla pronto con usted."

A pesar de estar cansado, Charlton llevó el manuscrito a la cama y leyó absolutamente todo. Después lo puso sobre la mesita de noche, apagó la luz y se acomodó entre las sábanas. Su cerebro estaba demasiado activo para permitirle dormir, y pasó una hora antes que dejara de pensar en la historia de Tudor. Luego, en el momento en que la vigilia se convertía en sueño, un pensamiento atravesó su mente.

—¡Dios mío! —exclamó, y se sentó.

Encendió la luz, buscó el manuscrito y volvió las páginas hasta encontrar la que buscaba.

XX

¡Muestra tu bellaco rostro! ¡Muestra tu cara de lobo!

Acto V, escena 1ª.

CON UNA historia muy curiosa, Amos Miles, un viejo pastor, apareció el sábado por la mañana en la división de la policía de Lulverton. Dijo a Charlton que, al alba, él estaba en Downs. Mientras marchaba lentamente por el cerro, los ojos de Amos, viejos pero penetrantes como los del halcón, habían visto una figura, a lo lejos, en un campo del sur. Naturalmente, Amos no hubiera prestado atención, pero la figura se comportaba de manera tan extraña, que hasta el campesino poco imaginativo que era Amos había detenido el paso.

—Iba dando vueltas y vueltas alrededor de ese campo —dijo Amos— como un viejo carnero atado a una soga. Después de un rato se cansó y empezó a atravesar el campo de lado a lado, hasta que pensé que nunca dejaría de hacerlo. Pero pisoteó el suelo donde había corrido antes de terminar…

—¿Podría usted reconocer a ese hombre?

—¡Oh, estaba demasiado lejos, pero yo pensé que debía venir a informar a la policía! No se sabe qué demonios estaba haciendo, caminando alrededor y a través del campo.

Charlton miró a Martin con las cejas levantadas, y Martin se rascó su arenosa cabeza.

—¿Quiere que vaya y eche un vistazo, señor?

—¿Dónde queda ese campo? —preguntó Charlton a Amos.

—Más allá de Sheep, al lado de la gran pradera de la granja Gamble.

Estaban a punto de partir en un negro Vauxhall, cuando la figura del mayor Duzest, en un pesado sobretodo y bufanda, deslumbrante de elegancia, llegó hacia ellos desde "El Racimo de Uvas".

—¿Va a alguna parte? —preguntó—. Yo venía a verlo a usted.

—Sí. Se trata de algo que parece más dentro de su línea que de la nuestra. ¿Quiere venir con nosotros?

Duzest se sentó al lado de Charlton, mientras Martin y el viejo Amos confraternizaban en la parte de atrás. Mientras marchaban, Duzest mencionó el manuscrito de Tudor, y habló a Charlton, en voz baja, de sus sospechas.

—Con todo el respeto que usted me merece —fué la respuesta del detective—, creo que usted está equivocado. Realmente lo está. He leído anoche muy cuidadosamente esos capítulos, y encontré un pequeño incidente que proporciona, si no la pieza final, la pieza más importante de mi acertijo.

Se detuvo un instante antes de añadir:

—Y del suyo.

Se inclinó para hablar en secreto a Duzest, quien lanzó un silbido.

—Él no podía haber sabido nada en esa época —dijo el mayor—. Es curioso que ella estuviera allí.

—Una pequeña coincidencia; y esas mujeres son peligrosas, ¿sabe usted?

Caminaron alguna distancia antes que Duzest hablara de nuevo.

—¿Percibió usted —preguntó— el tono grotescamente irónico de la primera página del manuscrito de Tudor? “Los hechos y la súbita muerte de un hombre sencillo.” ¡Cómo deben haber reído los dioses cuando él escribió eso!

—Evidentemente, él se refería —replicó Charlton— al accidente de motocicleta en que fué muerto su amigo. Pero, como usted dice, los dioses deben haber reído y se deben haber hecho señas entre sí cuando espiaron sobre el hombro de Tudor, en la tranquila oficina.

Siguiendo las indicaciones de Amos, Charlton lanzó el coche por un paso que se abría sobre un campo solitario. Todos descendieron; el campo

estaba arado y, como Amos decía, estaba junto a una gran pradera, en la cual pastaba una vaca solitaria y de aspecto desdichado. Mientras Martin y el viejo pastor permanecían en la entrada, Charlton y Duzest recorrieron el campo, buscando las huellas dejadas por el madrugador paseante.

—¿Usted sabe qué es esto, verdad ? —preguntó Duzest, mientras seguían el círculo externo de las huellas.

—¿Una señal para los aviadores nazis?

—Así es; y cuando hayamos estudiado todo el dibujo, podré descifrarle el mensaje. Si estuviéramos en un aeroplano podríamos verlo en seguida. Se ve claramente desde arriba. Los canallas han hecho muchas cosas de este tipo en Polonia. Parvas de paja especialmente arregladas era otra de sus claves.

Durante diez minutos siguieron todas las huellas. Después:

—¡Lo tengo! —dijo el mayor.

El inspector lo miró interrogante.

—Pase a buscarme mañana al alba.

Durante la tarde llegó el informe sobre los trozos de lana. Decía que los fragmentos encontrados por Charlton en la daga, en la máquina de escribir y en la puerta del escenario eran idénticos. Pero no había similaridad entre éstos y las muestras tomadas de los guantes de los miembros de la agrupación teatral. Aunque este informe era provisional y estaba sujeto a la confirmación de un experto de Nottingham, los químicos de la Oficina Central estaban lo bastante seguros de sus conclusiones, para añadir que la calidad de la fibra y su peculiar tono verde oscuro la identificaban (pero no indudablemente), como proveniente de una firma de fabricantes cuyo único agente en Lulverton era el señor Frederick Cheesewright.

Charlton, naturalmente, fué en seguida a la tienda, pero la única información que obtuvo fué que, de los doce cajones que estuvieron en poder del señor Cheesewright durante algunos meses, se había vendido un par de guantes verde oscuro. Se les preguntó tres veces a todos los dependientes si recordaban quién había comprado los guantes, pero ellos meneaban la cabeza diciendo:

—No, señor Cheesewright —con una unanimidad que enfureció a aquel hombrecito gordo y oficioso.

El último acto del drama fué representado en la húmeda luz grisácea de un amanecer de enero. Se había dado aviso a la policía, a las autoridades militares y al Comando de guerra; y todos estaban prontos para recibir al visitante de ultramar.

Charlton y Duzest se metieron en una zanja muy húmeda, con Martin, Bradfield, Emerson y el oficial que comandaba las operaciones. El campo tenía la forma de un paralelogramo, con un cerco en el lado norte, en medio del cual había una sola entrada. Charlton y los otros estaban en el rincón del sudoeste. En los cercos y en las zanjas del extremo sur y oeste, estaban ocultos ametralladoras e infantería con fusiles y rifles.

—Generalmente no tenemos una ocasión como ésta —dijo el oficial—, y si podemos, desearíamos capturar al aeroplano intacto. Pasará sobre nuestras cabezas y la tierra volando contra el viento, que es del nordeste y, como el campo no es lo bastante grande como para que aterrice un aeroplano que puede llevar un pasajero, tendrá que volver a este rincón del campo y después volverse otra vez a favor del viento para descender. En cuanto empiece a doblar la infantería avanzará. Sólo dispone de ametralladoras fijas en la parte delantera, así que, si la infantería le da el frente, él no podrá utilizar la ametralladora suelta de atrás. Si el navegante hace cualquier tontería con las ametralladoras delanteras los hombres se echarán a tierra y dejarán que los de los cañones antiaéreos se ocupen de él.

“Pienso que el hombre que ustedes buscan hará lo natural y entrará en el campo por la puerta. No quiero perder ningún hombre, si es posible, y los he puesto lejos de ese lado del campo y fuera de la acción de la ametralladora suelta en la parte de atrás del aeroplano. Así que las sospechas de su hombre no se despertarán cuando él avance por el sendero.

Durante quince minutos permanecieron quietos.

—Espero que no tarden mucho —dijo Martin a Charlton—. Esto no me hará bien al lumbago. Mi mujer se horrorizó cuando supo lo que íbamos a hacer.

—Usted no debió venir —murmuró Charlton.

El sargento quedó escandalizado.

—¿No venir *yo*? Prefiero perder mi ración de tocino antes que esta fiestita. Sólo deseo encontrarme con uno de ellos.

El oficial miraba al otro lado de la pradera con sus anteojos de larga vista.

—No hagan mucho ruido —murmuró—. Su hombre ha aparecido. Espera en la entrada con una valija que parece muy pesada y lleva impermeable y gorra. Quietos o él nos oirá.

Una orden de silencio recorrió todas las filas.

No oyeron acercarse al aeroplano, porque descendió a tierra desde gran altura. Cuando giraba alrededor el oficial levantó los anteojos.

—Es un Messerschmitt *Jaguar*, bombardero de reconocimiento —dijo.

Vieron las cruces en las alas, mientras el avión pasó sobre sus cabezas. Se dirigió hacia el extremo más lejano del campo, y luego, como lo había previsto el oficial, giró y retrocedió en dirección a ellos. El hombre de la puerta marchó hacia el aeroplano. Había andado unos pasos cuando apareció otra figura y se lanzó a perseguirlo.

—¿Quién es el segundo individuo? —preguntó Duzest.

—No puedo ver con esta maldita luz —contestó Charlton impacientemente, y casi arrancó los anteojos al oficial. Después añadió brevemente—: Es el joven Ridpath.

El Messerschmitt se acercaba. Ridpath gritó. El hombre de la valija volvió la cabeza y empezó luego a correr torpemente. Ridpath corrió tras él. El oficial dió una breve voz de mando. La infantería dejó la protección de los cercos y avanzó en dos direcciones hacia el aeroplano. Martin comenzó a trepar para salir de la zanja y Charlton lo tiró hacia abajo. Ridpath alcanzó al otro hombre. El hombre movió la mano, se detuvo y se inclinó. La ametralladora en la zanja empezó a funcionar. Ridpath levantó los brazos como un corredor al llegar a la meta, después cayó y quedó quieto.

A través del vidrio del Messerschmitt el aviador vió a la infantería venir hacia él. Calculó las posibilidades, se volvió, habló unas palabras con el jefe de ruta, quien movió la ametralladora delantera… y recibió en ese momento una bala de fusil en el cráneo.

El piloto detuvo la máquina. El y el fusilero de atrás descendieron y se entregaron.

El hombre del impermeable permaneció en medio del campo, con su valija sobre el pasto. No se movió cuando Charlton y Duzest salieron de la

zanja y marcharon hacia él. De pie frente a ellos, sin el más mínimo temblor en su tranquila voz, dijo:

—Buenos días, caballeros.

Charlton contestó:

—Buenos días, señor *Mortimer* Robinson.

El mayor Duzest recogió la valija.

XXI

¿Está ahora claro?

Acto IV, escena 2ª.

LA TRANQUILIDAD de la mañana del domingo invadía "La Casa del Águila" cuando ellos arribaron. La noticia de los acontecimientos matutinos no había llegado aún. Charlton, Duzest, Martin y los dos jóvenes detectives subieron al cuarto de Mortimer Robinson. Debajo de la cama había un baúl en el cual encontraron cosas interesantes; Charlton se interesó especialmente en una lata de cigarrillos Player (contenía una libra, dieciocho chelines y seis peniques), un par de guantes verdes de lana y un uniforme completo, incluidos el capote y la gorra, de capitán del ejército inglés.

—Por esto murió Tudor —dijo él, mostrando la chaqueta—. Fué Mortimer Robinson quien gritó: "¡Fuera!" a las seis y media esa tarde. Esta habitación es idéntica a la de Tudor en el cuarto de abajo, con una puerta similar que conduce al anexo. Tudor no tenía la costumbre de entrar por atrás, pero lo hizo en la tarde del miércoles, o, por lo menos, así debemos creerlo. Su pensamiento estaba en otras cosas, y olvidó que entrando por la puerta de atrás, ya estaba en su propio piso. Subió la escalera hasta aquí, caminó por el anexo y tomó a Mortimer Robinson de sorpresa al aparecer súbitamente en su puerta. Probablemente Mortimer Robinson había cerrado la puerta principal de su cuarto, pero descuidó la otra. Esto es teoría, naturalmente, pero explica por qué alguien gritó: "¡Fuera!" y por qué alguien dijo: "Lo siento." Pero, en resumidas cuentas, no cabe duda que Tudor, por casualidad, entró en el cuarto de Mortimer Robinson.

—Pero ¿qué hacía éste? —preguntó Martin.

—Usted lo sugirió el viernes, Martin. Estaba poniéndose los otros pantalones. En otras palabras: estaba probándose el uniforme. Tenía que quedarle bien, comprende, para que al iniciarse la invasión de este país él pudiera pasearse vestido así, dando órdenes falsas, informaciones mentirosas y provocando la mayor confusión posible. Es posible suponer sus sentimientos al ser descubierto por Tudor, quien no necesitó ser muy inteligente para sacar conclusiones exactas, y es evidente que lo hizo, a juzgar por el interrogatorio a que sometió a Kelso esa noche. ¿Usted oyó parte de la conversación, verdad, mayor?

—Sí —asintió Duzest—. Yo hablaba con Mortimer Robinson y con un hombre llamado McIver, sólo a un metro de distancia de ellos. Oí una o dos frases, y es probable que también las oyera Mortimer Robinson.

—Y debe haberse sentido todavía más incómodo cuando Tudor dijo, al verlo en el traje de Escalus, que él siempre quedaba bien disfrazado. Me dicen que palideció. Sólo quedaba una cosa para él: cerrar la boca a Tudor. Apenas tenía tiempo. Si yo hubiera estado cuando Tudor telefoneó, su vida se hubiera salvado.

"Mortimer Robinson regresó a "La Casa del Águila" con la señorita Ashwin y con Jack Gough, les dió las buenas noches, subió a su cuarto, esperó hasta…, bueno, no lo sabemos exactamente, pero más o menos al mismo tiempo que Tudor telefoneó, él salía por una de las puertas traseras de "La Casa del Águila" y regresaba al teatro. No había tiempo de adquirir un par de guantes de goma y, por eso, él debió usar lo primero que encontró a la mano: un par de guantes de lana, comprados probablemente en la tienda de Cheesewright. La entrada principal del teatro no estaba cerrada, pero él cerró la puerta contra otros eventuales visitantes. No lo sabemos aún con seguridad, pero podemos suponer que Tudor estaba sentado a la mesa, con la puerta de la oficina abierta. Oyó a Mortimer Robinson que subía las escaleras y lo vió entrar al vestíbulo iluminado; Mortimer había inventado una historia…, quizás una explicación para el incidente del uniforme, algo para calmar las sospechas de Tudor durante uno o dos minutos. El cinturón colgaba del respaldo de una silla, con el puñal en la vaina. Esto fué muy conveniente para Mortimer Robinson, porque si el puñal hubiera estado en

otra parte, él hubiera debido buscarlo. Sabía que el puñal estaba en el teatro. Atravesó el vestíbulo, recogió el cinturón como al descuido y entró en la oficina. Tudor debe haber quedado satisfecho con su historia del uniforme, o no esperaba un ataque asesino de parte de aquel hombrecito tan tranquilo, porque no se levantó, ni siquiera se volvió cuando Mortimer Robinson se colocó detrás de él.

”No podemos decir si la treta de la máquina de escribir se le ocurrió en el momento o si estaba pensada de antemano, pero apenas debe haber tenido tiempo para ocuparse de la máquina, trasladar el cuerpo de Tudor a la otra silla, revolver los papeles, abrir el cajón de la mesa con la llave de Tudor y sacar la lata con dinero antes de la llegada de Ridpath. Oyó la llave en la cerradura y los pasos de Ridpath en la escalera. Lanzó una última mirada alrededor, apagó la luz en la oficina, atravesó corriendo el oscuro corredor y tropezó en lo alto de la escalera de la entrada de artistas, sacando, al procurar agarrarse, uno de los clavos que sostenían el anuncio en la pared.

"En ese momento Ridpath llegaba al vestíbulo. Él me dijo que había oído un ruido estridente; probablemente, era Mortimer Robinson que caía en el escalón roto. Se las arregló para abrir la puerta de artistas sin ruido, pero no se atrevió a cerrarla. Sin más, se dirigió a "La Casa del Águila" (si usaba suelas de goma es imposible que el viejo Sugarman lo oyera), y finalmente, imagino que por poco no tropezó con Gough, quien iba entonces camino del teatro. Naturalmente, existen dos caminos.

"El testimonio de Kelso, junto con el incidente a las seis y media en “La Casa del Águila”, me persuadió que uno de los inquilinos…, huéspedes quise decir, de la señora Doubleday, era responsable de la muerte de Tudor. Lo que todavía no entiendo es por qué ese individuo Smith dijo que el grito: “¡Fuera!” fué pronunciado en el primer piso, cuando en realidad fué dicho en el segundo.

Emerson tosió.

—Él parecía muy seguro de eso, señor. Regresaba de guardar su auto en el garage y entró por la puerta de atrás cuando oyó el grito en el piso de arriba.

—Eso lo explica todo —dijo Charlton riendo—. Usted lo ignoraba, Emerson, pero, como esta casa está construida en declive, cuando se entra por el jardín ya se está en el primer piso, de modo que el piso de arriba es el segundo. Debí habérselo dicho cuando le encomendé el trabajo…, y seguramente debí haber comprendido cuando usted me dió el mensaje del inspector de Surrey.

—¿Cómo sospechó primero de Mortimer Robinson, señor? —preguntó Bradfield.

—Bueno, como ya he dicho, creía que uno de los habitantes de la casa había muerto a Tudor, así que cuando leí el manuscrito por segunda vez, puse especial atención en las acciones y dichos de Gough, Mortimer Robinson y Garnett.

El mayor Duzest lo interrumpió.

—Como le dije ayer, yo quedé muy perplejo por la descripción de Tudor del mapa con las banderitas en el cuarto de Garnett —dijo.

—Naturalmente que los de la quinta columna no suelen colgar sus mapas de operaciones en la pared de las casas de pensión, pero las banderas podían indicar las posiciones de reservas de petróleo, rifles y municiones, en lugar de tabernas llamadas “El Hombre Verde”, o “Las Armas del Jardinero”. Como Tudor le dijo a Garnett, no hay ninguna taberna en Westham St. Martin, pero allí podían guardarse un cajón de granadas de mano o un par de ametralladoras.

—Todo lo que Tudor escribió sobre esas tres personas —resumió Charlton— lo he leído con gran cuidado. Hay un incidente cuya importancia se me escapó al principio, pero que luego comprendí. Ocurrió el día que se declaró la guerra, cuando los huéspedes estaban reunidos en la sala, oyendo el discurso del primer ministro. En su manuscrito Tudor menciona que una visitante casual, que pasó aquí la noche con su marido, estaba allí con ellos, mientras el marido permanecía afuera, tratando de arreglar la motocicleta.

Poco antes del discurso de Chamberlain, Tudor se inclinó hacia Manhow, que también estaba allí, y le preguntó si le gustaría estar casado con esa mujer, quien, evidentemente, era una arpía. Mortimer Robinson

estaba sentado con ellos y dijo sonriendo que ella le recordaba a una mina magnética: atractiva, pero peligrosa.

—No comprendo adónde va a parar, señor —reconoció Bradfield.

—Desde 1918 —dijo Charlton— se han hecho experimentos por medio de controles magnéticos con minas; pero no fué sino a principios de noviembre último cuando Hitler lanzó contra nosotros su discutida arma secreta, la mina magnética. ¿Oyó usted que alguien hablara de minas magnéticas antes que los diarios las mencionaran en noviembre? Quizás nuestros expertos navales las conocieran, pero el hombre de la calle, el carnicero, el panadero, el fabricante de velas, ignoraban su existencia. ¿Cómo podía conocerlas el empleado de un departamento de divisas y valuaciones dos meses antes? Seguramente porque él conocía los planes de Hitler, ese cerdo sin principios, que iba a usarlas contra todos los navíos, neutrales o no.

"A su tiempo sabremos cómo se convirtió Mortimer Robinson en agente alemán. Probablemente lo hizo porque le pagaban bien, o porque le habían prometido un puesto de *gauleiter* en Downshire cuando se hubiera llevado al cabo la conquista de este país.

—He mirado el contenido de la valija —dijo el mayor— y hay allí bastantes pruebas como para condenar a toda la Sección 23. Mortimer Robinson parece haber sido quien la fiscalizaba. ¿Recuerda las "otras cosas" de las que le hablé, Charlton? Bueno, en la valija había un informe completo…, y si éste hubiera caído en las manos del comando alemán, habría sido muy desagradable. Si no hubiéramos detenido hoy a Mortimer Robinson, estaría ahora en camino a Berlín con el informe.

—Y el joven Ridpath viviría aún —dijo Charlton—. Cuando lo trajimos de Londres le dije que viviera aquí hasta que el asunto estuviera aclarado. Creo que él descubrió a Mortimer Robinson cuando salía por detrás, sospechó y lo siguió. Yo tenía algunos hombres alrededor, con orden de vigilar a Mortimer Robinson, pero no tenían instrucciones para impedir que saliera Ridpath.

Cerró su libro de notas.

—Es mejor regresar a la sección —dijo.

Cuando descendían, alguien tocaba *Un día, cuando éramos jóvenes* en la sala, mientras una voz masculina muy poco melodiosa se esforzaba por seguir las palabras.

Myrna y Jack, por lo menos, eran felices.

*

Melpómene dobló los dedos y examinó sus bien cuidadas uñas.

—Supe que iba a ser él —dijo ligeramente— desde el principio.

—¡Oh! ¿Sí? —dijo Talía, con un leve y gracioso acento americano.

FIN

Notas

[1] Turtle = tortuga. (N. del T). <<

[2] *Asesinato en pleno verano* (EL SÉPTIMO CÍRCULO, nº 16). <<